

EL COLOR DE LA PIEL



Gema Juárez
Quesada

EL

COLOR

DE LA

PIEL

“ Las guerras continuarán existiendo mientras el color de la piel sea más importante que el color de los ojos ”

Bob Marley

“ Tengo el sueño de que un día pequeños niños y niñas negros se den la mano con pequeños niños y niñas blancos ”

Martin Luther King Jr.

“ Dedicado a todas aquellas personas que vibraron con el Patio de las Luciérnagas y siguieron las vicisitudes de Katrina en Pan y rosas. Espero que disfrutéis con la tercera entrega de esta colección dedicada a mujeres luchadoras ” Gema.

1

AÑO 1763

Diego contempló a la mujer morena introducir su pezón en la boca de su nueva hermana, que al sentir el contacto y succionar la leche templada, paró su llanto. Esbozó una sonrisa que hacía mucho tiempo le faltaba al comprobar los movimientos gráciles de sus labios, y al cruzarse con la mirada de la negra observó sus lágrimas. A pesar de los diez años con los que contaba,

comprendía el dolor que sentía aquella mujer a la que los hombres trataban peor que a los animales. En miles de ocasiones le habían dicho que no se fiara de ella, que las personas con la piel tan oscura pertenecían al diablo y que jamás llevaban buenas intenciones, y que en cuanto pudiera, no dudaría en acabar con su vida sin importarle que fuera un mocoso. Era algo que ponía en duda. En toda la semana que aquella mujer llevaba cautiva le parecía un humano como otro cualquiera, solo que más morena. A veces, por la noche, sólo conseguía verla cuando, agazapada en el rincón donde dormitaba le sonreía, y las perlas blancas de sus labios brillaban en mitad de tanta oscuridad. Su hermana no parecía apreciar diferencia entre la leche que manaba de sus pechos repletos y los que seguramente hubiera tenido su querida madre, de haber sobrevivido al parto. Lamentaba profusamente no poder hablar con aquella mujer que recorría con su dedo en una intensa caricia el rostro de la pequeña, pero no hablaban el mismo idioma. Pero alguien que trataba con tanta ternura a la niña, no podía ser mala.

Se estiró en el lecho y cruzó sus brazos por detrás de la nuca rememorando toda su corta existencia. Había olvidado lo feliz que fue en otro tiempo que parecía lejano. Todavía anhelaba las caricias de su querida madre, y las conversaciones que en aquella tierra a la que le arrastró su padre, y en la que estaba condenado a vivir, hacían más amenas su prolongada estancia. Le odiaba, estaba seguro de ello. De no ser por ese autoritario padre que les arrastró sin misericordia a Senegal, su madre seguiría con vida. Además no entendía el odio que sentía por la pequeña, a la que ni siquiera se había dignado a coger entre sus brazos a pesar de sus llantos, dejando en él toda la responsabilidad de su existencia, sin importarle que aún fuera un crío que apenas sabía de la vida. Aún así había tomado las riendas del futuro de su hermana acogiendo a su cargo a aquella mujer morena que ahora alimentaba a la niña, que ni siquiera tenía nombre aún. No pudo evitar las lágrimas, a pesar de intentar ser valiente y todo un hombre, al recordar su pasada vida.

Estaban en el jardín de la finca de Cádiz cuando su padre entró con la carta. Hacía de aquello tres años, pero incluso a su corta edad de siete años y a tenor del rostro de la madre, supo que no eran buenas noticias. Le enviaron a su habitación, pero incluso en la otra punta de la casa se apreciaban los gritos

de aquella discusión que acabó con la comisura de los labios de su madre ensangrentada. Fue entonces, tras aquella calma, cuando la madre entró en el cuarto mientras limpiaba con el pañuelo los restos de sangre, y sentándose en el lecho, le dio una caricia que aún mantenía bien guardada en el corazón, a pesar de recordar como una tortura sus ojos aguados provocando que cerrara los puños en un arranque de ira contra su progenitor.

- He de hablar contigo, mi querido niño- intentó esbozar una sonrisa forzada Hemos de irnos de nuestro hogar- suspiró resignada.
- ¿Por qué madre?- preguntó mirándola fijamente.
- A tu padre le destinan a África, y quiere llevarnos con él. Como a ti, no me gusta la idea de abandonar esta casa, pero debemos seguir juntos y mantener nuestra familia.
- ¿Por qué ha de ir padre a esas tierras?- preguntó de nuevo acurrucando la cabeza en el pecho de la madre.
- Hace años comenzó una guerra¹ entre Inglaterra y Francia, y España toma partido por nuestros vecinos franceses. Llevamos años soportando los ataques de la flota inglesa que merman nuestro comercio y asesinan sin piedad a nuestros compatriotas, y por eso el rey ha decidido tomar partido.
- ¿Y a qué parte de África mandan a padre?
- Vamos a Senegal, hijo mío. Allí, por lo que me dijo mi tutor en su día, cuando era una niña apenas dos años mayor que tú, la gente tiene un color de piel distinta a la nuestra. De todas formas estaremos a salvo, a pesar de que al principio sus habitantes te den respeto, pues es colonia francesa. Allí te asignaré un tutor para que aprendas su lengua y comiences los estudios que iniciarías este invierno de no marcharnos ahora.

Lucía de la Cruz besó la frente de Diego y se retiró a preparar todo lo necesario para el viaje. A pesar de las dulces palabras con las que su madre trataba de tranquilizarle, sabía por los gritos que momentos antes mantuvieron en el patio, que no quería abandonar aquella tierra en busca de un nuevo hogar ¿Pero qué podían hacer? Nada, absolutamente nada, porque su padre ya había dado la orden.

Sintió de nuevo los llantos y los besos de su abuela materna el día de la

marcha. Con todo el equipaje, montaron en el carruaje que les acercaría hasta el puerto hasta coger aquel barco lleno de soldados que les llevaría hasta las costas africanas. Desde la ventanilla, observó derrotado como la abuela caía de rodillas al suelo con la partida mientras su querido abuelo la recogía sujetando sus hombros. Fue entonces cuando se cruzó con la mirada del padre, y se sintió de nuevo un cobarde al recordar como bajó la mirada ante los ojos firmes del hombre, que sin inmutarse abandonaba la casa sin mostrar el menor sentimiento. A su lado, Lucía derramaba lágrimas en el pañuelo intentando no hacer ruido para no molestarle. Después, simplemente, había ocurrido todo lo malo.

Habían pasado la mayor parte del tiempo solos en su nueva casa, una fortaleza a varias millas de distancia de la capital, Dakar. África no era tan mala como pensaba. Aquellas tierras estaban pobladas de animales extraños que solo había visto en dibujos de libros. Elefantes, leones, jirafas, panteras, rinocerontes...parecían saludarle en el trayecto a la nueva casa que sería su hogar. Como dijo su madre, la ciudad era completamente francesa y por primera vez contempló a personas con distinto color de piel, tan negros como la noche y con los cabellos tan rizados que eran imposibles de peinar. Las mujeres, llevaban el pelo trenzado desde el inicio de la cabeza, y no parecían tener el cabello tan sedoso como el de su madre. El calor era mucho más intenso que el de su querida Andalucía, y provocaba surcos debajo de su camisa a pesar de contar tan solo con siete años. Tras un par de años allí, habituándose al nuevo hogar, se desató la debacle al regresar su padre.

Limpió con la palma de sus manos las lágrimas y se incorporó en la cama sacudiendo la cabeza para olvidar aquellos tiempos. Todo había cambiado, todo por culpa de su padre que había provocado que la hermana llegara antes de tiempo terminando con la vida de su madre. Miró de nuevo a la negra que acababa de guardar el pecho moreno y mecía con una melodía que no entendía a la niña, dormida plácidamente entre los brazos. Con fuerza, le arrebató a la pequeña a la que tumbó de nuevo en la cuna, y salió de allí irritado. Necesitaba que la luz del sol le despejara esas ganas de venganza que todavía no podía llevar a cabo. Esperaría, lo haría pacientemente y adiestrándose en las armas, porque cuando fuera un hombre, le haría pagar a

su padre por toda aquella pena.

2

Juan de la Cruz contempló el líquido ámbar de su vaso. No recordaba cuantas veces lo había rellenado, y quizás hubiera sido mejor coger directamente la botella, pero si todavía le quedaba algo de su ser anterior era comportarse como todo un caballero y no un vulgar borracho de aquellos que tantas veces había visto tirados en la calle desaliñados. No, todavía le quedaba orgullo. Tras moverlo un poco más, lanzó el vaso contra el espejo que quedó roto en mil pedazos y se llevó las manos a la cabeza irrumpiendo en un pequeño llanto ¿Por qué Dios le castigaba de aquella manera? Era un hombre devoto, fiel a la corona y a sus obligaciones, y no merecía que se hubiera llevado a Lucía junto a él. Hubiese preferido una y mil veces que se llevara a aquella pequeña cría que nació de su vientre.

Los llantos de la niña habían cesado. No se arrepentía de no conocerla, no la quería, es más, la odiaba con todas sus fuerzas porque era la causante de que ella no estuviera en este mundo. La había amado más que a nada en la vida, desde aquella primera vez que acompañado del padre visitó la casa en aquel matrimonio pactado del que al principio había dudado. Recordaba haber protestado cientos de veces por la decisión del padre, pero en cuanto atravesó la puerta y vio aquellos ojos verdes, con una melena negra recogida en una trenza adornada con aquella redecilla, llegándole hasta la cintura, por no hablar de su cintura y sus firmes pechos, había quedado prendado de aquella hembra de labios carnosos con la que su padre tuvo a bien unirle. Y en honor a la verdad reconocía que fueron inmensamente felices. Las primeras dudas de ser correspondido, a pesar de saberse un caballero apuesto, se disiparon cuando le robó el primer beso, y luego su felicidad fue completa con la llegada de su primogénito Diego.

Estaba terriblemente arrepentido. Todo había cambiado desde que la obligara a permanecer a su lado arrastrándoles a esa odiosa África. Recordaba con penar el primer bofetón con el que cruzó su bonito rostro, haciendo que un hilo de sangre brotara de sus labios carnosos. Desde entonces, y quizás por separarla de sus ancianos padres, no volvió a ser la misma esposa amorosa y anegada que le hacía disfrutar con apasionados besos en la cama y le colmaba de atenciones reflejando en los ojos una gran admiración por su persona. Con

la muerte de los ancianos, a los pocos meses, todo empeoró y el único respiro que ambos tuvieron fue cuando partió con las tropas a defender aquella árida tierra. A su regreso, tras varios años lejos y quizás por el temor de la mujer a que pereciera en el campo de batalla, por un breve instante había vuelto a ser la misma, disfrutando aquella noche de pasión donde engendraron a aquel demonio que acababa con su vida en el parto. Por eso odiaba a la pequeña, a ese ser miserable que con apenas una semana de existencia acabó con la vida de Lucía, cuyo cuerpo descansaría lejos de su amada Cádiz. Desde entonces, había sido incapaz de separarse de aquella botella con el líquido ámbar que le hacía menos dolorosa su mísera existencia sin ella.

Giró el rostro cuando la puerta de la casa se abrió. En el umbral, el viejo amigo paño de lágrimas y compañero de batallas le escrutaba con la mirada. Sin embargo, bajó la suya al suelo consciente de que en aquellos momentos no era más que un despojo humano. Lucien Bellamy, capitán de las tropas francesas, anduvo hacia él y se sentó a su lado, posando la mano en el hombro de Juan.

- Juan, la guerra ha terminado- dijo en un leve susurro con aquel peculiar acento francés- Regresamos al hogar, querido amigo.
- ¿Qué hogar?- respondió en un susurro sin levantar la cabeza- Yo ya no tengo hogar, no sin ella Lucien.
- En verdad entiendo tu dolor, amigo mío, pero Dios ha tenido a bien llevarla a su paraíso eterno, y aunque a veces no comprendamos sus motivos, es voluntad divina.
- Preferiría que se llevara al demonio que acabó con su vida...- alzó un poco la voz.
- Esa criatura es sangre de tu sangre a la que te niegas a ver y no es culpable de nada Juan. Deberías estar cuidando de ella y amarla con todas tus fuerzas, pues es lo único que te queda de Lucía, ella y Diego, que anda de un lado para otro intentando mantener con vida a su hermana- apretó fuerte el hombro del amigo provocando que por primera vez el hombre le mirara a los ojos. Lucía dio la vida por esa niña, fue su decisión. Deberías estar orgulloso de ella en vez de andar como alma en pena. Tus hijos te necesitan. Si la vieras Juan, es igual que ella, su mismos cabellos negros,

labios rojos...

-¡Cállate, no quiero que me cuentes nada de ese demonio!-Gritó zafándose del consuelo del amigo y revolviendo sus cabellos.

- Es el dolor el que hablar por ti, querido amigo- prosiguió levantándose y poniéndose en pie frente a él- pero créeme Juan, si algo malo le pasa a esa criatura por la que Lucía dio la vida, jamás te lo podrás perdonar.

Lucien Bellamy se retiró sin decir nada más, dejando solo en el dolor a Juan. Ambos habían compartido mucho más que sangre y horror, hilvanando una bonita amistad que duraría más allá de aquella guerra. Al salir de la casa, escuchó triste los llantos de su roto amigo apoyado en la puerta. Era algo necesario, necesitaba llorar el luto, perdonarse por la paliza que le había dado a su mujer justo antes de que se pusiera de parto, para poder empezar una nueva vida al lado de sus hijos. Era un hombre recto, y no dudaba de que lo conseguiría, solo necesitaba tiempo. El capitán movió la cabeza sin poder evitar que la melancolía le invadiera. Aquel hombre que se destruía dentro de aquella casa culpaba a la pequeña de todos sus males. Pero no había sido aquella preciosa niña, y él lo sabía, y por eso seguramente sufría ahora arrepentido, solo que no había vuelta atrás porque Lucía ya no poblaba este mundo.

3

Una hilera de guerreros fulani² mantenían el ritmo sin apenas descansar ni dormir. Originarios de Casamance, al sur de Senegal, su aldea fue atacada por aquellos hombres blancos que tanto habían aprendido a odiar. Ahora, aquellos veinte guerreros marchaban en busca de las mujeres que aquellos blancos se habían llevado. Al mando, Ashauti, jefe de la tribu y cuya mujer estaba también en poder de aquellos canallas. En la aldea al mando de todo dejó a su primogénito Sharik que contaba con doce años, edad suficiente para iniciarse en aquellos rituales que le harían convertirse en un hombre, pudiendo crear su propia familia con las cinco reses de ganado bovino que le regalaría la familia de la novia, si salía vencedor de la disputa contra el oponente que reclamaba el amor de la misma muchacha. Afortunadamente, la muchacha se había guarecido entre los animales y no había sido raptada con

el resto, manteniendo a salvo a las pequeñas niñas de la aldea. Sin apenas descanso, llegarían a las proximidades de Dakar al anochecer, momento propicio para asaltar esa fortaleza extranjera que las mantenía cautivas antes de que fuera demasiado tarde.

A la cabeza de los guerreros, provistos con lanzas y escudos de madera, hábilmente preparados con veneno letal en la punta de las flechas que llevaban a la espalda junto a los arcos, no podía dejar de pensar en su amada esposa. Shaira había luchado con valentía defendiendo a su pueblo, hasta que aquellos cinco hombres la inmovilizaron y la ataron como si se tratase de un vulgar animal. Nada pudo hacer por ella sin dejar desprotegida la cabaña que fieramente defendía porque dentro estaban los pequeños, incluido Tafari, el último en nacer y su mayor preocupación hasta ese día. Tenía que hacer del pequeño un hombre de provecho, pero lamentablemente Ashauti sabía que el mal estaba dentro de su ser, y que de no poder llevarle por el camino correcto, sería la ruina de la aldea cuando creciera. Ya había observado, pese a su corta edad, como manejaba el cuchillo y el brillo de sus ojos cuando despedazaba a algún animal hábilmente cazado, y hasta el mayor de sus hermanos, a punto de convertirse en todo un hombre, le tenía respeto. Si era así con tan solo cuatro años, no imaginaba lo que podría ocurrir según fuera pasando el tiempo y fuera haciéndose más fuerte. Era algo que no permitiría, o le encauzaba por el camino correcto con el consiguiente respeto por los mayores, o el mismo acabaría con su existencia, aunque aquello supusiera un enorme dolor en el corazón de su compañera. Juntos tenían seis hijos, el número maldito, y desde entonces buscaban tener uno más, el séptimo, y dejar atrás aquella maldita cifra señal de desgracias. Si nunca fue supersticioso, ahora el ataque a la aldea confirmaba que las desgracias acababan de comenzar.

Ashauti alzó la mano y el resto de guerreros detuvieron la marcha. En el horizonte, divisaban los restos de humo de las hogueras que habían mantenido con luz la fortaleza, evitando así que alguna fiera se colara entre sus murallas de madera. Sumido en sus pensamientos, había acelerado el paso llevándolo al mismo ritmo que su corazón desbocado por el miedo que sentía de perder a la mujer de su vida. Giró el rostro un momento para atrás y divisó

el cansancio de los hombres. Faltaba todavía medio día para que anocheciera, y protegidos con la oscuridad bajo el amparo de las estrellas, entrarían dentro de aquella fortaleza a bastantes millas de la capital y recuperarían a su pueblo, aunque para ello tuvieran que arrasar con lo que hubiera dentro.

- Descansaremos antes de atacar- se volvió dirigiéndose a los hombres- Lanoche será nuestra aliada. Cuando todos duerman, entraremos y rescataremos a todas las mujeres, no pienso marcharme sin ninguna de ellas- contempló el brillo en los ojos de los guerreros, tan deseosos como él de recuperarlas- Por ahora, descansaremos y comeremos para coger fuerzas.

Se internaron en la espesura de la arboleda para que los vigías no les descubrieran. Exhausto, apoyó su espalda contra el tronco del árbol, mientras los hombres cazaban un par de alimañas para alimentarles. Sabía perfectamente que no podría sumirse en aquel reparador sueño, pero allí sentado le bastaría para recuperar las fuerzas. Sería todo o nada, recuperar a las mujeres o perecer en el intento, pero jamás se rendiría dándolas por perdidas. Esperaba que estuvieran con vida, y que aquellos miserables no hubieran poseído sus cuerpos, porque si no su ira se desataría perdiendo el raciocinio y acabando con todos los que estuvieran allí dentro.

El ruido de los matorrales hizo que se despertara de su duermevela. De un salto, se puso en pie dirigiendo la lanza con la punta envenenada dirección al leve movimiento de la hojarasca. Sigilosamente, tal y como recordó de sus enseñanzas de niño, se acercó hasta los matorrales intentando no hacer ruido. No pudo por menos abrir los ojos como platos cuando Tafari se puso en pie en mitad de las hojas verdes. Con una lanza dos palmos más grandes que él y el escudo, mantenía el rostro pintado con las rayas que indicaban que era un guerrero. Posó su lanza en el suelo y con un movimiento de la mano mandó al hijo que se acercara hasta situarse justo delante de él, aguantándole firmemente la mirada.

- ¿Se puede saber qué demonios haces aquí Tafari?

- No pienso dejar abandonada a madre. Esos canallas pagarán por habérselallevado.

Ashauti se acercó y se acuclilló al lado del niño. Otra vez contempló el brillo que desprendían sus ojos y sintió un escalofrío. Aún así, calmó su ira y acarició la mejilla del niño.

- Es loable y valiente lo que pretendes, hijo mío, pero eres demasiado pequeño todavía. Mírate, apenas puedes con la lanza que abulta más que tu pequeña estatura.
- Nada podrá impedir que entre padre- le retó el niño con la mirada. Ashauti suspiró, dejó el escudo y la lanza en la tierra y con las dos manos cogió al pequeño por los hombros, dedicándole una sonrisa sincera.
- Sin duda, hijo mío, eres el hombre más valiente que conozco, pero necesito que por una vez me obedezcas si quieres que tu madre regrese a nuestro lado. Aún así, participarás en esta guerra con una misión que nadie más que tú puede hacer, pues de todo el poblado eres el que dispone de mejor puntería Tafari le miró por un momento desconfiado- Cuando llegue la noche, harás una hoguera y con el arco y las flechas, a mi señal, prenderás todas las construcciones de madera ¿Serás capaz de llegar con ellas desde aquel árbol? - Señaló en dirección al árbol, uno pasos delante de ellos- ¿Crees que podrás subir hasta la copa y bajar rápido para prender las flechas?

Tafari contempló por un momento sopesando si a su corta edad sería capaz de trepar rápido como los leopardos. Finalmente, y con una sonrisa en los labios asintió, orgulloso de poder participar de alguna manera en el rescate de su adorable madre, la única persona capaz de controlar los brotes de ira que a veces sentía. Intentaba portarse bien, intentando contener aquellos brotes que en la mayoría de las veces poseía todo su ser.

- Déjelo de mi cuenta padre, le prometo que esos asquerosos creerán en el infierno y arderán con mi ira- Ashauti comprobó de nuevo aquel destello de ira en los ojos del pequeño, pero aún así sonrió. Lo que menos necesitaba era que el niño estropeará aquel ataque.
- Estoy seguro de ello, amor mío- Posó sus labios en la frente provocando que el niño pasara el dorso de su mano para limpiar el beso- Ahora descansa un poco y come algo, por la noche llevaremos a cabo una dura batalla.

Se levantó del suelo y tomó al niño por el hombro andando con él hacia el campamento. Los ojos de los hombres se abrieron cuando contemplaron la pequeña silueta del niño, pero aún así, no dijeron nada ni protestaron. Más de uno había sentido la ira del mocoso que a pesar de no levantar un palmo del suelo era temido por todos. Aún recordaban lo que pasó hacia un año con el chamán de la aldea que osó llevarle la contraria, y que ahora alimentaba las alimañas del fondo del río. Tafari se sentó desafiante y sonrió al comprobar su poder, pues muchos de los hombres le desviaron la mirada. Mordiendo el resto de ardilla, dirigió su mirada al gran árbol que tendría que subir y bajar velozmente mientras en las murallas de aquel pequeño fortín su padre rescataría con vida a su madre, no le cabía la menor duda. El destello en sus ojos hizo que Ashauti temblara de nuevo, y lanzó un cansado suspiro que solo el hombre escuchó. Aquellos hombres blancos habían encontrado su asentamiento y se maldecía por ello. Nunca pasaban demasiado tiempo en el mismo sitio, pero aquel paraíso le había parecido un gran oasis donde descansar e intentar crear un hogar. Se había equivocado, retando a sus dioses. Gueno, su Dios, ya les había expulsado del País de Heli³ por mezquinos, y quizás, querer construir de nuevo aquel paraíso había sido lo que provocaba su castigo.

4

Shaira terminó de dar la última toma a la pequeña, a la que había puesto el nombre de Diara porque parecía un regalo que le enviaba Gueno ante la imposibilidad de concebir de nuevo. Tenía seis hijos y anhelaba tener un séptimo para que el número maldito no persiguiese a toda su descendencia y, desafortunadamente acababa de perder al último. Aquella pequeña blanca era sin duda un milagro que llegaba a su vida si conseguía escapar de allí antes de que esos hombres blancos la metieran en un barco rumbo a lo desconocido, como contaban los rumores, pues era la primera vez que les atacaban. Aún así, no pudo por menos que compadecer al pequeño que se convertía en su sombra y que, sin quererlo, se convirtió en su salvador cuando entró en aquella cabaña llena de hombres lascivos que amenazaban con arrebatarse la honra, cosa que la hubiera llevado a quitarse la vida. Aquel crío, que sería de la edad de su hijo Tanisha, la libró de aquel cruel destino otorgándole otra oportunidad, y se lo agradecería toda la vida.

Aún escuchaba los gritos de la barbarie que se había cebado con el pueblo cuando aquellos hombres blancos irrumpieron en la aldea que durante un año se había convertido en su hogar. En numerosas ocasiones discutió con Ashauti para proseguir el camino, pues sabía perfectamente que si dejaban de lado su vida nómada, la misma que Gueno les había impuesto en el pasado por corromperse, se desataría su ira y enviaría de nuevo a Njeddo Dewal para castigarles. Entendía perfectamente los motivos que llevaron a su esposo a querer formar un pueblo, pues por aquel tiempo la mayor preocupación que compartían ambos era su hijo pequeño Tafani, que parecía la misma reencarnación de Njeddo Dewal. Ashauti siempre mantuvo la esperanza de que formando un hogar pudiera enderezar al pequeño y convertirle en un hombre de provecho para su pequeña sociedad.

Aquellos hombres habían irrumpido arrasando con todo y asesinando a mujeres, ancianos y niños que se impusieron en el camino. Se llevaron muchas de las reses que sustentaban al poblado impidiendo los intercambios por otros productos, y habían hecho prisioneras a muchas de sus compañeras que habían corrido peor suerte que ella siendo poseídas por la lascivia de aquellos miserables y que no regresarían nunca, pues como era costumbre, en

cuanto quedaran libres acabarían con la deshonra producida quitándose la vida. Aquello era mejor que soportar la vergüenza y la humillación de sus familias, y por lo menos agradecía que la bella Siomara no estuviera entre ellas, porque conocía el amor que el primogénito le profería, y que pronto iniciaría el ritual que le llevaría a desposarse con ella o perderla para siempre, compitiendo con Nayar por el amor de la muchacha.

Acarició el rostro de la pequeña a sabiendas que en breves momentos el niño se la arrebataría de las manos. Aquel muchacho estaba lleno de ira, y aunque sabía que no era con ella, su corazón estaba lleno de tristeza y desesperación. Lamentaba no poder comunicarse con él y consolarle, pues le debía mucho. La entrada del pequeño hizo que abandonara sus pensamientos y mirase por última vez a la niña, que pronto descansaría repleta de su leche tras el último hijo que perdiera en un plácido sueño.

Diego entró con los ojos enrojecidos pero calmado. El largo paseo le había permitido despejar todos aquellos recuerdos que momentos antes le habían atormentado llenando su corazón de ira. Cogió a su hermana en los brazos y, tras darle un beso en la frente, la acomodó en la cuna y echó la tela para que los insectos no se cebaran con su pequeño cuerpo. Giró el rostro mirando a la negra, y decidido anduvo hasta ella sentándose con las piernas cruzadas delante de Shaira, que con los ojos abiertos le contemplaba asombrada.

- Sé que no vas a entender nada de lo que te diga, pero necesito hablar con una mujer- pronunció lentamente.

Shaira le miró intentando descifrar algún significado. Diego estiró la mano provocando un respingo en la negra que se pegó contra la pared hasta que comprendió las intenciones del niño.

- ¿Puedo?- preguntó de nuevo con la mano estirada. La mujer asintió con la cabeza.

Diego acarició aquellos cabellos negros y trenzados, aunque bastante despeinados a tenor de la lucha fiera que aquella mujer mantuvo contra los soldados. Sentía curiosidad desde que había llegado a Senegal de acariciar aquellos cabellos que no parecían tan sedosos como el largo pelo moreno de

su madre. Acercó un poco más la mano y sintió su tacto, y no pudo evitar que las lágrimas amenazaran con desbocarse resbalando por sus mejillas. Shaira posó su morena mano en la del niño que asintió firme.

- ¡Ojalá me entendieras! Mi padre se ha despreocupado de mi hermana y yo no sé cómo se educa a una mujer ¿Igual que lo han hecho conmigo? No lo creo. A veces pienso que es mejor así, porque si algún día mi padre entra por esa puerta no llevará buenas intenciones para con ella, y necesito tiempo para aprender a defenderla- Paró un momento su discurso suspirando consciente de que no le iba a responder. Sin embargo, ella le señaló con el dedo índice captando toda la atención del niño, y luego se señaló a sí misma.
- Shaira- pronunció en un tono melodioso para Diego. Estiró de nuevo el dedo hacia el niño que permaneció en silencio, para llevarlo de nuevo hacia ella y pronunciar de nuevo aquella palabra- Shaira.

Por un momento, Diego la miró fijamente hasta que comprendió lo que significaba aquella palabra. Imitando a la mujer, estiró su dedo hacia ella.

- Shaira ¿tu nombre, verdad?- Se señaló a sí mismo- Diego. Mi nombre es Diego. Shaira- dijo señalándola de nuevo- Diego.
- Diego- repitió la mujer.
- Eso es Shaira, encantado de conocerte al fin- dijo tras una sonrisa apretándole la mano de la mujer que le dedicó una sonrisa. Fue entonces cuando se soltó de su caricia y repitió la operación.
- Shaira, Diego...- el pequeño siguió la dirección del dedo de la mujer hacia la cuna.
- La niña aún no tiene nombre- dijo levantando los hombros- mi madre murió sin decir cómo quería llamarla, y no sé qué nombre ponerle- la mujer le contempló durante unos segundos y prosiguió.
- Shaira, Diego...Diara- pronunció al fin señalando la cuna. Diego la miró sorprendido por unos momentos- Diara- repitió la mujer.

El muchacho contempló por un momento la cuna y frotó su barbilla. Desconocía el significado del nombre que le puso aquella mujer, teniéndola como un regalo en su vida, pero le gustó el sonido que salía de sus labios morenos.

- Diara...¡Me gusta!- dijo sonriente y se acercó a la negra posando un beso en su frente provocando una dulce sonrisa en ella- Diara, se llamará Diara, suena bien- Se giró entonces hacia ella y le devolvió la sonrisa y, a pesar de ser consciente de que no entendería ni una palabra, se despidió de ella- Adiós Shaira, tengo que saber si Lucien sabe qué significa.

Movió la mano en el aire a modo de despedida y sonriente se fue a buscar a Lucien que entendía algunas palabras de aquella gente. Los hombres estaban alrededor del fuego terminando la cena. Por un momento, dejó a un lado la edificación de madera con dos plantas que había sido su casa y en la que se hallaría su padre. No quería verle, no de momento, demasiado dolido por todo lo ocurrido y temeroso de que hiciera daño a Diara. De nuevo la sonrisa asomó a su rostro al comprobar lo bien que sonaba aquel nombre. Al final de la muralla reconoció el porte de Lucien, que se había convertido en el mayor amigo de todos allí dentro y que admiraba intensamente, queriendo ser algún día como él.

- Vaya Diego, por fin te dignas a visitarme- sonrió el francés revolviendo el pelo del muchacho.
- Ahora tengo obligaciones que atender- respondió serio el muchacho, provocando la carcajada en su amigo.
- Bueno, todo hombre que se precie tiene obligaciones que atender en su vida. Y dime hijo...- sonrió de nuevo- ¿qué te hace dejarlas a un lado acudiendo a visitar a este soldado?- preguntó con su gracioso acento francés.

Diego se sentó a su lado y mordisqueó el trozo de pan que el hombre le tendía, recordando lo hambriento que estaba porque olvidó cenar emocionado con el nombre de su hermana. Tras dar un gran mordisco y tragar el trigo, realizó su pregunta.

- Dicen que entiendes palabras de estas personas....
- ¿Negras?- terminó Lucien las palabras.
- De distinto color- puntualizó Diego.
- Algo difícil porque no todos hablan en el mismo idioma. Sin embargo, querido, si te refieres a los prisioneros que capturamos la semana pasada cuya mujer mantienes en la cabaña improvisada donde habitas con tu

hermana, puedo decirte que conozco bastante bien su lengua. Son de la tribu de los fulani. Durante muchos años, incluso antes de que tu familia llegara, no eran enemigos nuestros y comerciábamos con ellos.

- ¿Y por qué les atacasteis entonces?- se sorprendió Diego.
- Porque todo el mundo en estas tierras tenía que saber quiénes eran los que lagobernaban. Los fulani no fueron propensos a acatar nuestras normas, y un gobierno que se precie no lo puede consentir. De todas formas eso cambiará dentro de poco- contempló el cielo estrellado.
- ¿ Por qué?- preguntó curioso el niño.
- Porque la guerra ha terminado Diego y regresaremos a casa- Lucien mirólos ojos sorprendidos del muchacho sin entender bien la mirada que procesaban. Tras unos segundos callado, el niño habló de nuevo.
- ¿Y sabes el significado de Diara?- preguntó al fin.
- En su lengua significa “regalo” ¿De dónde lo has sacado? ¿Te lo ha dicho esa mujer que mantienes alimentando a tu hermana?
- Me gusta...regalo...sí, le pega- dijo hablando para sí mismo- Gracias Lucien- Se levantó dispuesto a marcharse cuando el francés le agarró la mano, haciendo que se sentara de nuevo.
- Y ahora que he resuelto tu duda, muchacho, vamos a hablar seriamente de la reacción extraña que has tenido ¿ No te alegras de volver a casa?
- ¿Qué casa Lucien?- sorprendió el niño que le devolvió una mirada aguada Mira todo lo que ha pasado. Mi madre está muerta, me ocupo de mi hermana pequeña a la que mi padre odia con todas sus fuerzas, y no queda ni rastro de la familia que algún día tuve ¿Cómo crees que podré proteger a mi hermana cuando me halle solo con esa...?
- ¡Ten respeto Diego, Juan sigue siendo tu padre!
- ¡Pues dile que se comporte como tal!- contestó enfadado zafándose de su caricia y marchándose de allí dejando al hombre con la palabra en la boca.

Lucien contempló al niño que se iba con la cabeza gacha. Sabía que el pequeño tenía razón y el temor que sentía ante aquella situación. A pesar de la última conversación que había mantenido con Juan, seguía sin salir de aquellas cuatro paredes donde lloraba todas las penas. Quizás surtiera efecto y pronto fuera de nuevo el compañero y amigo de tantas batallas al que admiraba. De todas formas, no dejaría que les pasara nada a ninguno de los

pequeños, aunque tuviera que encerrarle si perdía la cordura y atentaba contra su propia sangre. Era algo que le debía a Lucía. Una promesa que cumpliría.

5

Llegaron agazapados ocultos por la negrura de la noche hasta los pies de la empalizada que se interponía entre ellos y la misión. En completo silencio, un grupo de quince hombres mantenían las posiciones a la espera de la orden del jefe de la tribu. En la retaguardia, cinco hombres se ocultaban entre la maleza de la selva y el pequeño Tafari aguardaba en lo alto del árbol la señal de su padre. Desde el suelo, Ashauti levantó la mirada contando los centinelas que estaban de guardia. Movi6 su mano con el dedo estirado indicando a sus hombres que rodearan la muralla. Cuando alcanzaron las posiciones, levantó el dedo y los cinco hombres del bosque lanzaron sus flechas haciendo un blanco perfecto y evitando los gritos de alerta al dar en el centro de sus gargantas. Aguardó unos minutos más intentando descubrir si el interior amurallado seguía tan silencioso como antes, y al no escuchar ningún ruido, continuaron con su plan escalando aquellos muros desprotegidos sin los hombres que los custodiaban.

El otro lado de la muralla seguía silencioso, de momento todo iba bien. Acuclillado en el suelo, entonó el silbido imitando el ruido de los búhos. Tras unos segundos, los cánticos susurrantes de las mujeres llegaron desde el lado norte de la fortaleza, donde divisó una pequeña cabaña con barrotes de hierro en sus ventanas. Fue entonces cuando trepó de nuevo al muro mientras los hombres permanecían agazapados y envió la flecha al árbol iniciando la señal acordada. A su vez, el hombre recogió la flecha y lanzó la señal a Tafari para que iniciara la guerra.

El niño no pudo evitar dar un respingo amarrado al tronco ancho de aquel gran árbol cuando la flecha impactó clavándose en el tronco. El momento había llegado, y la furia que le salía de dentro al pensar en que en aquella fortaleza se hallaba su madre hizo el resto. Sintió de nuevo ese calor característico que se apoderaba de su sangre cada vez que la ira le invadía, y sin pensarlo dos veces como si fuera una pantera, descendió de la rama

prendiendo las flechas que metió en el carcaj sin importarle el calor que desprendían sobre su piel. Se chupó el dedo gordo comprobando la dirección de las pequeñas ráfagas de viento, y tras divisar los edificios más altos y más anchos que sin lugar a dudas pertenecían a oficiales y soldados, lanzó su primera flecha dando en el blanco, admirando las llamas que empezaban a dibujar aquel paisaje naranja que le llenó de éxtasis provocando una sonrisa malvada en los labios.

Ashauti corrió entonces hacia la cabaña donde sabía que tenían cautivas a las mujeres. Los gritos de alerta no se hicieron esperar cuando las llamas empezaron a quemar toda la madera, y no sintió lástima por los gritos desesperados y desgarradores de los hombres que allí se quemaban. Con la lanza forzó el candado que le separaba de las mujeres liberando a todas, a todas menos a Shaira que no estaba con ellas. Muchas mujeres no se alegraban del rescate, y el jefe supo que para ellas solo quedaba la muerte. Aferró por el brazo a una de ellas y le hizo la pregunta que atemorizaba su corazón.

- ¿Shaira?- pronunció simplemente bajando la mirada.

- Tuvo mejor suerte que muchas de nosotras. Esta con el muchacho blanco, en la cabaña del este.

Ambos salieron fuera y Ashauti no pudo evitar mirar en aquella dirección. Por suerte, la cabaña no había sido incendiada por una de las flechas de su hijo pequeño. Repartió las lanzas entre las mujeres quedándose tan solo con el arco, las flechas y el cuchillo que llevaba consigo, y veloz como el viento puso rumbo a aquella cabaña donde esperaba hallar a Shaira.

Los gritos de los soldados despertaron a Diego que con los ojos llenos de pánico miró por un instante a la mujer que estaba tan extrañada como él. Por un instante, salió a la puerta comprobando que todo el campamento estaba envuelto en las llamas anaranjadas que arrasaban con todo. Regresó dentro intentando abrir las cadenas que sujetaban a la mujer a la madera, recordando que la llave de aquellos grilletes la tenía Lucien. Fue entonces cuando la miró con pena, y sin pensarlo dos veces se acercó a la cuna cogiendo a su hermana para protegerla, que irrumpió en un llanto desesperado como si supiera de

todo lo que acontecía en esos momentos. Por un instante, con la niña en brazos, contempló por última vez a aquella mujer que durante una semana había alimentado a su hermana y a la que, sin querer, había tomado un gran cariño. El golpe de la puerta le hizo caer al suelo y solo tuvo tiempo para dar con la espalda en el suelo protegiendo a su hermana, mientras sentía como la vista se le nublaba por momentos, sacando fuerzas de su interior para no caer en la inconsciencia.

Ashauti entró y divisó a los niños en el suelo, hasta que su mirada se cruzó con la de su esposa. En dos zancadas, llegó hasta ella y tras unos breves instantes perdiéndose en su mirada, rompió sus cadenas. La asió por la mano iniciando la carrera sin sopesar si podría caminar, si hacia falta la sacaría de allí a volandas, tranquilo porque le había mantenido la mirada firme, lo que le indicaba que no había sido forzada. Antes de llegar a la puerta, su mujer paró en seco soltándose de su mano.

- ¡Vamos, el tiempo apremia!- le gritó desesperado mientras la mujer se acercaba a los niños.

Fue entonces cuando Diego sintió que le quitaban a su hermana de los brazos. Por un breve instante, y con las pocas fuerzas que mantenía en su semi inconsciencia intentó asirla con fuerza, pero sintió como el pequeño peso se desprendía de su pecho. Creyó ver la figura de Shaira con la niña en brazos, y sintió algo de alivio. El hombre, con la piel tan oscura como su reciente amiga, empuñaba el cuchillo en la mano. Le cogió por el cuello dispuesto a dar la última estocada y tras escuchar palabras que nada entendía, aquel salvaje le soltó de nuevo. Fue la última vez que contempló a la mujer con la niña en brazos, antes de que todo se tornara oscuro y se sumiera en un profundo sueño, donde por fin regresó al lado de las caricias de su amada madre.

6

El calor infernal le despertó de la borrachera. Tras toser durante unos segundos y frotarse los ojos, comprendió lo que estaba sucediendo. Los gritos de los hombres no hacían más que corroborarle que el campamento,

fuertemente edificado, estaba siendo atacado. Cogió los balines y la escopeta, y tras atarse la espada a la cintura y calzarse las botas, salió fuera comprobando la barbarie que se desataba entre aquellas murallas. Por primera vez en todo ese tiempo sintió miedo por sus hijos, y a su memoria no pudo evitar que llegaran las advertencias que por la tarde le había dicho Lucien. Si algo le pasaba a alguno de sus hijos, no se lo perdonaría nunca.

Contempló la destrucción y las llamas que devoraban todo. Decenas de hombres, soldados fieles franceses y españoles con los que había combatido en un tiempo no muy lejano, salían envueltos en llamas y en paños menores. Aquellos miserables que les atacaban habían preparado aquella batalla cuando eran más vulnerables. Sin embargo, no tenía tiempo de atender a todos aquellos compañeros que en más de una batalla le habían salvado la vida, separándole de alguno de aquellos balines para poner fin a su existencia. No tenía tiempo, llevaba el corazón en la boca al pensar en sus pequeños, y aunque le costaría conciliarse con la pequeña, era justo admitir que en aquellos momentos su mayor preocupación era Diego, sumido al cuidado de la pequeña a la que no abandonaría aunque aquello supusiera perder la vida. No obstante, no podía por menos que sentirse orgulloso de su primogénito.

Sintió el aliento corriendo detrás de él y fue entonces cuando se giró apuntando con el filo de su escopeta, con aquel aguijón peor que el de las abejas que podía sacar las tripas de cualquier hombre. Suspiró de alivio cuando comprobó que la persona que le seguía era su querido amigo Lucien, que como él mismo había hecho, lo primero que pensaba era en rescatar a sus hijos. Tras una ligera sonrisa, juntos se encaminaron hacia la cabaña donde su hijo se ocupaba de la hermana, alegres porque no la vieron en llamas.

Antes de llegar al objetivo se cruzaron con dos enemigos en el camino. Lucien no pudo evitar comprender que tenían su justo escarmiento, pues nada más verle supo que procedían de la tribu de los fulani. Quizás nunca deberían haber asolado a aquel poblado pacífico que tan solo se había negado a seguir proporcionándoles suministros mientras siguieran asesinando y asolando poblados senegaleses. No pudo por menos dejar de admirarles a pesar de toda la desolación que llevaban a sus vidas cuando todo finalizaba con el pacto

firmado para terminar con aquella guerra que durante años le había alejado de su tierra, a la que tampoco tenía pensado regresar pues no había nada que le uniera a Francia. Sentía admiración por ellos, que regresaban para rescatar a las mujeres a pesar de que desde ese momento se enemistaran para siempre. Con las bayonetas en posición, no dudaron en desgarrar la carne pegada a su vientre por el bien de los dos niños que permanecían desprotegidos en el interior de aquella cabaña. Aún así, no pudo por menos que sentirse feliz al comprobar que su querido amigo era el de antes, dispuesto a dejar su sangre en el camino con tal de proteger a los suyos, incluida aquella pequeña niña sin nombre que todavía no había querido conocer.

Irrumpieron en la cabaña tras derribar la puerta con una patada. Comprobaron que las cadenas que mantenían cautiva a aquella mujer tan negra como la noche estaban destruidas. En el suelo, encontraron al pequeño Diego sin rastro de sangre en el cuerpo, lo que llenó de esperanza a los hombres. Tras acercarse al niño y comprobar que respiraba sin más heridas que un gran golpe en la cabeza motivo por el que habría perdido la consciencia, Lucien permaneció arrodillado a su lado observando el paso lento que Juan mantenía hacia la cuna de la niña. Supo que todo iba mal cuando escuchó el grito de su amigo, que desesperado se sumía en un dolor que jamás había previsto. Con piernas temblorosas, se acercó hasta el pequeño lecho consciente de que hallaría el cuerpo ensangrentado de la niña. Sin embargo, cuando asomó su rostro, vio esperanzado que la cuna estaba vacía. La niña, sin embargo, había desaparecido, y tan solo anhelaba que siguiera con vida.

7

AÑO 1766

Ashauti permaneció parado al pie de la tienda grande. Desde el ataque a la fortificación extranjera, no pasaban más de dos días en el mismo lugar, levantando todas aquellas tiendas hasta encontrar otro lugar donde pasar unos días. Llevaban a la orilla del río una semana, más que nunca tras la batalla, pero los acontecimientos provocaban que se asentaran durante una temporada. Su primogénito, Sharik, estaba preparado para el Sharot⁴. Al

fondo, sentada al lado de Tafari con el rostro embadurnado de barro y la cabeza alzada mostrando orgullo, la pequeña Diara le contemplaba sin bajar la mirada.

Jamás pensó que aquella pequeña blanca sobreviviera, y quizás por eso y por la urgencia de la huída aquel día donde rescataron a las mujeres de la aldea, no protestó cuando Shaira tomó entre sus brazos a la pequeña blanca. Más tarde, una vez lejos de aquella fortificación y cuando consiguieron recobrar el aliento, supo que fue un error. Aquellos hombres blancos les perseguirían hasta atraparles para recuperar a la pequeña. Sin duda, no acabar con aquel crío tendido en el suelo provocaría que en cuanto despertarse de su aturdimiento relatará lo que pasó con la pequeña, haciendo que todos los soldados que siguieran con vida saliesen a perseguirlos hasta el fin del mundo. Y no se había confundido, porque pronto tuvieron que adentrarse en la selva cuando escucharon los casos de las decenas de caballos que les perseguirían hasta los confines de la tierra. Sin embargo, ellos conocían mejor cada rincón de aquella selva que desde tiempos de sus ancestros habían recorrido a diario.

Aquellos hombres blancos le asombraron, porque insistentes recorrían cada parte del trayecto abrupto por el que intentaban internarse para que perdieran su rastro. Había dividido a los hombres en dos, con un pequeño grupo que acudiría raudo al poblado para movilizar a la tribu hacia zonas seguras, a la espera de que el resto se reuniera y recuperaran fuerzas. Por un instante, miró para atrás mientras ascendían por la pequeña ladera del río, comprobando como Shaira, con la pequeña blanca a la espalda de igual forma que llevaban a sus críos, caminaba feliz de la mano de Tafari que no se separaba de ella. Quizás aquella sonrisa era lo que le había hecho ser débil y aceptar a aquella niña que ahora miraba todo expectante y orgullosa en la familia. Tras tres días de fatigadora persecución, Tafari se había librado de ellos eliminando simplemente a los caballos. Sin montura, aquellos hombres no pudieron seguir el ritmo de la larga hilera que regresaba a casa tras el rescate, y a los pocos días ya no pudieron seguirles dando por perdida a la niña. Luego, simplemente, había escuchado las peticiones de Shaira y los motivos que argumentaba para quedarse a la niña, a la que tomó mucho cariño tras perder

al último hijo nacido del vientre. No estaba convencido, y no podía mostrarle el mismo cariño que el resto de la familia profería a la pequeña, blanca como la leche de sus cabras. Para él, el número maldito seguía estando entre su familia, pues solo había conseguido engendrar seis hijos, y el pequeño de todos parecía el mismísimo demonio.

No pudo evitar dedicar una mirada al niño que crecía irremediablemente. Era cierto que la llegada de Diara le había vuelto más calmado, convirtiéndose en su protector desde que aquel regordete bebé le tomó con fuerza el dedo y le dedicó una enorme sonrisa. Desde aquel momento, Ashauti supo que su hijo pequeño quedó prendado de la niña, y que no consentiría que nadie osara tocarle ni uno solo de sus cabellos sedosos, tan lisos y distintos al del resto de la tribu. Sin embargo, Diara consiguió durante todo este tiempo un efecto mágico sobre Tafari, que dejaba sus demonios aparcados a un lado cada vez que estaba cerca de ella, algo que era habitual durante todo el día. La última vez que había visto el brillo malvado de sus ojos, ese mismo brillo que poblaba sus pesadillas de padre angustiado, había sido esa misma mañana mientras preparaban el recinto donde al atardecer su primogénito se batiría a Nayar por el amor de Siomara.

- Ella no puede entrar- había ordenado al verles a la entrada de la tienda mientras tendían la alfombra donde la tribu contemplaría todo el ritual.
- Ella es parte de la familia, y como tal acudirá al Sharot de mi hermano teguste o no- respondió Tafari calmado pero con aquel brillo en los ojos que tanto miedo le daba. Diara apretaba con fuerza la mano de su hijo, que a sus siete años era el más temido de todo el poblado.
- Gueno puede enfadarse mucho con todo nuestro poblado si ve que una niña blanca está presente. Lo siento mucho Tafari, pero los torobés⁵ no verán su presencia con buenos ojos.
- No me importa lo que digan, Diara estará presente como el resto de la familia- le había retado dando un paso hacia delante, y fue consciente de que tenía miedo a su propio hijo.

Pero había sido Diara la que respondió. Sin decir una palabra, se había soltado de la mano de Tafari dejando estupefactos a ambos, que uno junto a

otro observaron los pasos de la pequeña cría de tres años encaminándose hacia el charco. Allí había metido sus manos blancas en el barro y se untaba todo el cuerpo con él. Tras unos minutos donde bañó todo su cuerpo, regresaba sonriente hacia la puerta de entrada donde ambos aguardaban. Estiró su pequeña mano hacia Ashauti que la contempló con una delgada línea en los ojos, y habló por fin con aquella lengua de trapo.

- Ahora padre, ambos somos del mismo color.

Ashauti sintió la punzada de dolor ante el comentario de la pequeña. Jamás le había dicho padre, y jamás consentiría que le volviese a llamar así porque no era de su sangre, sino una niña robada a hombres blancos mucho mejor cuidada que como aquellos seres ruines y malvados trataban a los de su raza. Contempló una vez más a Tafari que permanecía desafiante llevando su mano hacia el machete, con aquel brillo en la mirada deseando salir y tener algún motivo para desatarse, y con resignación bajó la mirada.

- Está bien pequeña, podrás entrar como el resto.

Ambos se habían marchado de allí cogidos de la mano, como siempre caminaban. Ahora, fijando la mirada en ella, sentada al igual que cualquiera pese a las protestas de los torobés, temblaba expectante ante el ritual que no conocía y que vería por primera vez, con aquellos grandes ojos azules abiertos y chispeantes llenos de emoción. Aquello no podía seguir así, tarde o temprano tendría que mantener con Shaira la conversación que destrozaría su corazón, pero la pequeña tenía que marcharse de la tribu cuanto antes. Lo único que temía era la reacción de Tafari.

8

Nueva Orleans era una ciudad situada al sureste del estado de Luisiana sobre el delta del río Misisipi. Era una buena colonia en la planicie de este río que creaba una ruta de comercio excelente con los nativos americanos. Tras el tratado de París, los franceses habían cedido el territorio a los españoles por los servicios y la ayuda prestada en la guerra contra los ingleses. Bajo el mando del gobernador provisional a la espera de la llegada del que destinara la corona, españoles y franceses convivían pacíficamente poblando sus territorios. Aquel sitio y los buenos comentarios que llegaron a sus oídos una vez de regreso en España, habían provocado que Lucien eligiera aquel nuevo territorio como residencia donde comenzar un nuevo futuro lejos de guerras.

Detuvo a su caballo en mitad del camino observando a todos aquellos negros trabajar su extensa plantación de algodón. Con la mano a modo de visera, contempló la figura delgada y cada vez más alta de Diego, que seguía con aquella mirada lánguida desde que regresaran de África. Aún en sus sueños escuchaba el grito desgarrador que su amigo Juan había pronunciado cuando halló la cuna vacía. Desde entonces, el hombre no había vuelto a ser el mismo, maldecido por el castigo divino de Dios por haber rechazado durante tanto tiempo a su pequeña hija, que sin lugar a dudas yacería muerta en alguna parte de aquella selva, un castigo impuesto por aquellos nativos con los que osaron meterse. Había sentido la misma impotencia que aquel español tras la esperanza de recuperarla, una empresa en la que no obtuvieron recompensa. Diego se había despertado pronunciando el nombre por el que instantes antes de la debacle le preguntara el significado, y les había relatado como aquella negra mal nacida a la que salvó de ser humillada la había tomado entre sus brazos arrebatándosela al muchacho, que la hubiera protegido con su vida de ser mayor y no un joven inexperto. Tras aquello, habían movilizado a muchos de los hombres tan ansiosos de revancha como ellos, y siguieron durante muchos días los pasos de aquellos nativos que se internaban en una odiosa selva llena de insectos que se cebaban con la sangre de todos ellos. Las flechas en las patas de los caballos les habían obligado a abandonar a la pequeña a manos de aquellos sanguinarios, pese a la insistencia de Juan empeñado en seguir adelante aunque fuera andando. Las fiebres y el cansancio, sumado a que cada vez aquellos nativos estaban más

lejos, habían obrado el resto haciendo que abandonaran apesadumbrados a la pequeña, una derrota que hoy en día seguía escociendo en su interior. Después de aquello, simplemente habían regresado a España, a Cádiz, a la antigua casa de Juan que se sumió en su tristeza y cobardía y jamás fue el mismo, atormentado por todos aquellos demonios fruto de la culpabilidad que le perseguían convirtiéndole en un despojo humano.

Por todo eso y por el cariño que ambos se tenían, había apadrinado a Diego y se le había llevado con él, una forma de cumplir la promesa que en su día le hiciera a Lucía de que siempre le protegería. Así, estaba empeñado en darle la mejor educación, como si fuera de su propia sangre, y a hacer que el muchacho olvidara todos los malos momentos que había pasado en aquella odiosa África. Faltaba menos, y aunque su pupilo seguía con aquella mirada llena de tristeza y melancolía, el paso del tiempo obraría el milagro. Alzó la mano en el aire para saludar al muchacho, y tras esperar su saludo, prosiguió con los que se habían vuelto sus quehaceres diarios.

- ¿Cómo marcha la plantación Bartolo?- preguntó al capataz de las tierras.
- Este año tendremos una excelente cosecha patrón. Ha llegado el momentode que compre más esclavos, si no el año que viene no podremos sacarla adelante- contestó el hombre.
- No se preocupe Bartolo. Precisamente esta tarde espero la visita de Manuelde Usía que nos proporcionará nuevos trabajadores para el campo. Por lo pronto, haz que terminen cuanto antes, no deseo que por la tarde me atormenten sus cánticos y enturbien mi visita.
- Se hará como usted diga patrón.

Lucien puso rumbo de nuevo a la casa. Sabía perfectamente que aquel pacto con Manuel conseguiría dos cosas: más mano de obra barata para ampliar el próximo año la plantación, y un excelente matrimonio entre Isabel de Usía y su protegido Diego, que en pocos días pasaría a tener su apellido y a ser el heredero de toda su fortuna. Había desistido de tener sus propios hijos. No deseaba compartir todo aquello con ninguna viuda que lo único que buscaría sería solucionar su vida tras la muerte del esposo llenándole la casa de los hijos que ambos tuvieran. A sus cuarenta años pretender que una dama siguiera soltera era algo absurdo, y contentaba sus noches en el burdel de la

ciudad donde su querida Anne Sophie le daba todo el placer que demandaba. Esa era otra cuestión pendiente, comprar de una vez por todas a aquella estúpida Madame a la chica para que solo yaciera con él y no con cualquier otro, pero era algo que podía esperar. Lo que más prisa urgía era solucionar todo lo relacionado con Diego para que dejara de apellidarse de la Cruz.

Descendió de la montura al llegar a la casa y el negro mozo de cuerdas se llevó al caballo para que bebiera agua. En la puerta, Diego le esperaba sonriente dispuesto a dar la clase de esgrima por la que esperaba todo el día.

- Veo que aguardas impaciente mi llegada- rió el hombre.
- Es lo que deseo durante todo el día Lucien, darte tu merecido- le siguió en la broma el muchacho.
- Aún, querido Diego, tienes que crecer un palmo más y engordar tu flacocuerpo para vencerme- se acercó hasta el muchacho y posó su mano en el hombro y ambos entraron en la vivienda- Hoy, sin embargo, nuestra clase será más breve que de costumbre, pues por la tarde espero una visita que sin duda será de tu agrado- ambos se pararon y se mantuvieron la mirada.
- ¿Y qué puede ser más agradable que darte tu justo merecido maestro?- se sorprendió Diego.
- Isabel de Usía- sonrió el hombre.

Lucien prosiguió el camino a la sala donde ambos se batían con la espada sin decir nada más, pero con la imagen en la retina de la cara de pavo que había puesto el muchacho, completamente enamorado de aquella niña. Escuchó sus pasos rápidos por detrás y cuando cogieron las espadas, se olvidaron del resto sumidos en sus clases de esgrima, donde Diego se convertiría en el mejor espadachín de todos los tiempos, a su imagen y semejanza, sonrió Lucien.

9

Isabel comenzó a llorar sobre el regazo de su madre. Era injusto que la condenaran y la prometiesen a un muchacho menor que ella y que ni siquiera conocía. Durante mucho tiempo había esperado ser libre para casarse por amor y no en uno de esos contratos que los padres de sus amigas habían pactado hacía mucho tiempo. Siempre se había jactado de que su propio padre era un hombre bueno que jamás la obligaría a casarse con un hombre desconocido al que no amara, y sin embargo ahora que su madre confirmaba sus peores temores, creía estar viviendo la peor de las pesadillas. Sorbió los mocos que amenazaban con manchar la linda falda de su madre, y con la cara llena de lágrimas intentó convertirla en su aliada.

- Por favor madre- dijo entre hipos- no permitáis que padre lleve a cabo ese odioso trato que me unirá a un crío- y bajó la mirada refugiándose de nuevo en las faldas de su madre, en un llanto incontrolable.

Catalina se mantuvo en silencio durante unos segundos acariciando los cabellos rizados de la niña. Comprendía a la perfección el sufrimiento que mantenía por dentro, de la misma manera que en su juventud había sentido cuando le dijeron que se desposaría con Manuel, por entonces un completo desconocido y diez años mayor que ella. Sin embargo, tenía un matrimonio feliz y había aprendido a amar a ese hombre teniendo juntos a su preciosa Isabel. Ambos se habían jurado que jamás le harían lo mismo a la pequeña, pero tras la muerte de Juanjo, su heredero, tras aquel brote de peste negra que asoló el barco, y arruinados como estaban desde que Manuel se mantenía sin poder usar sus piernas, no quedaba más remedio que hacer un buen trato con el francés, que había removido cielo y tierra para que Isabel fuese prometida a su heredero. No era tonta, había investigado al muchacho y era de alta cuna, pues además de heredar toda la plantación de aquel francés, sabía que procedía de una famosa familia andaluza adinerada aunque cayera en desgracia. Los rumores contaban que su madre había muerto degollada por los salvajes nativos africanos, y que su padre había enloquecido provocando que su hijo quedara al amparo de su amigo francés. Sin embargo, aquel niño dos años menor que Isabel sería un gran partido que heredaría las dos fortunas sacándoles a ellos de su miserable ruina, aunque intentaran seguir manteniendo las apariencias hasta casar a Isabel. Aún así, no pudo por menos

que compadecerse de la niña y tomando su barbilla, limpió las lágrimas con el pañuelo e hizo que la mirase a los ojos.

- Isabel, tu padre jamás hubiera aceptado desposarte con alguien que no valiese la pena. Sabes que, aunque no sea justo, eres la última oportunidad que tenemos de volver a recuperar todas nuestras inversiones. Desde que tu hermano Juanjo murió, estamos sumidos en la miseria, y solo tú puedes hacer que eso cambie.
- ¡Pero no es justo madre, ambos me prometisteis que podría casarme por amor! Es algo que llevo escuchando desde niña- sollozó de nuevo.
- Con el tiempo aprenderás que, a veces, las promesas son difíciles de cumplir cuando no imposibles ¿Acaso quieres ver a tu padre en la miseria, abandonado en alguna calle de Nueva Orleans como todos esos pordioseros? ¿No has pensado que jamás hemos realizado oficio alguno? ¿Qué crees que sería de ti sin el amparo de tu dinero? ¿Vivir en alguna casa de esas que tan mala fama tienen?- Catalina aguardó por un instante a que su hija comprendiera las palabras. Tras unos segundos, la abrazó con fuerza y la besó en la cabeza- Sabes que hubiésemos deseado que las cosas fueran distintas, pero es voluntad de Dios y de tu padre que seas la esposa de Diego.
- Diego es tan solo un crío al que saco una cabeza madre ¡No me gusta! Además, ni siquiera puedo mantener una conversación adulta con él sin que sus mejillas se sonrojen.
- Solo tiene trece años Isabel. A tus quince años, parece muy joven, cierto es. Pero Diego crecerá y tiene planta de que será un joven guapo y atractivo, de buenos modales y buen corazón. Tan solo tienes que darle tiempo para que los años obren.

Catalina tomó por los hombros a su hija para separarla de su regazo, se levantó del asiento que ambas compartían, y tras estirarse la falda, salió de la habitación de la niña sin mirar atrás para no dejar que su voluntad flaqueara. Ella misma había vivido todo aquello, y no le había ido mal, incluso había sido feliz. Estaba completamente segura de que lo mismo le sucedería a ella, pues un corazón tan noble como el de Isabel no podía unir su destino a un hombre cruel. Diego parecía buen muchacho, y sería mejor hombre, y juntos unirían aquellas dos haciendas convirtiéndose en los hacendados más

poderosos de toda Nueva Orleans, teniendo por encima tan solo al gobernador de la zona. Tarde o temprano, su hija comprendería que le brindaban el mejor futuro de todos. Cerró la puerta a su paso y se apoyó en la madera suspirando. Al otro lado, Isabel se sumía en un intenso llanto.

10

Diara se despertó en mitad de la noche con el cuerpo empapado. Escrutó toda la tienda en busca del único bulto que podía consolarla en aquellos instantes. Por un momento, cerró de nuevo los ojos y las imágenes del Sharot regresaron a su mente. Hacía varios días desde que Sharik venciera y consiguiera el ansiado enlace con Siomara, que al igual que él, se mostraba inmensamente feliz. Recordaba estar sentada al lado de Tafari y quedarse pálida y con la boca abierta, temblando al igual que los pájaros, cuando Sharik recibió el primer golpe en la cabeza que provocó un intenso hilo de sangre. Por un momento, pensaba que iba a caer redondo al suelo, pero sacudió la cabeza e irrumpió en una enorme carcajada para satisfacción de todos los mayores. No entendía absolutamente nada, ella hubiera irrumpido en llantos de estar consciente. Tras el primer golpe de Nayar, le tocó el turno a su hermano, que asestó un golpe igual de fuerte que el que sufrió momentos antes, y Nayar también comenzó a reírse. Entonces llegaron las ganas de vomitar y aquel temblor que recorría todo su diminuto cuerpo. Quizás Ashauti tan solo quiso evitar que una niña tan pequeña presenciara aquel espectáculo para el que todavía no estaba preparada, como anunciaban las constantes pesadillas que ahora no permitían ni una sola noche de descanso. De todas formas estaba contenta. Pensar que Ashauti no quería que sufriera el horror de aquel rito que aún no comprendía para qué servía, aunque su madre intentó explicarle que tenían que demostrar quién era el más capaz para proteger a Siomara y la familia que ambos tuvieran, significaba que la quería como a uno más de sus hijos.

Abrió de nuevo los ojos y retiró el brazo de su madre con cuidado de no despertarla. En mitad de aquella oscuridad, aprendió a reconocer la silueta de Tafari. Recorrió a gatas la distancia que le separaba de la tela en el suelo donde dormía y comprobó que no estaba. No podía esperar a que regresara. Tafari era así, levantándose en mitad de la noche para salir a la selva a la caza de cualquier fiera que sorprendiera en mitad de aquel silencio roto tan solo por los animales. Por un momento dudó. Salir al exterior significaba enfrentarse a todos aquellos felinos que dormirían plácidamente bajo las estrellas, y que con su pequeño olor abrirían el ojo para ir tras ella, pero necesita el consuelo de Tafari para que borrara aquel miedo que todas las

noches se apoderaba de su descanso. Permaneció en silencio escuchando todos los sonidos del exterior, y se estremeció cuando el búho ululó su sonido. Daba igual, iba a ser valiente y salir para buscar a Tafari.

Sin hacer ruido salió al exterior sintiéndose más valiente cuando aquel manto estrellado la recibió. Se mantuvo en pie durante un pequeño tiempo para acostumbrarse a los ruidos que, en mitad de la noche, parecían sonar muy alto. Tras un breve tiempo, se dio cuenta que los únicos que estaban despiertos en esa noche clara eran los búhos y los grillos. Decidida, dio el primer paso hacia la empalizada de madera que separaba aquellas tiendas de la selva, evitando así ser sorprendidos mientras dormían por cualquier bestia. Su diminuto cuerpo no tuvo problemas para reptar por el hueco que quedaba y salir corriendo hacia el interior de la arboleda.

Toda la valentía que mostraba momentos antes desapareció en cuanto dejó de correr. Los ruidos provocaron que en más de una ocasión mirase para todos los lados en busca del peligro que, sin lugar a dudas, podría estar acechando entre cualquier matorral, agazapado, a la espera de que diera un paso en falso y allí acabara todo, devorada entre las fauces de cualquier felino. Aún así, y reproduciendo el gesto característico de Tafari de apretar los puños para armarse de valor, prosiguió hacia el río donde sabía que le encontraría.

Todo comenzó a ir mal cuando la nube ocultó la luna, única luz que tenía en mitad de aquella noche. De repente, los árboles, tan bonitos y amables durante el día, querían atraparla con sus ramas y se habían vuelto malvados. No pudo evitar los gritos y comenzó a correr con un pánico que jamás había sentido, ni siquiera después de ver como su hermano mayor recibía aquellos golpes que le dejarían magullado durante los siguientes días. Quería ser tan valiente como ellos y demostrarle a Ashauti que sería una buena hija, aunque el color de su piel fuera distinto al del resto del poblado, pero sus piernas cortas y pequeñas no obedecían provocando que corriera. Cuando las fuerzas la abandonaron, se sentó en el suelo aferrando sus rodillas, intentando recobrar el aliento sin caer en el llanto, intentando ser valiente. Fue entonces cuando vio aquellos dos ojos verdes en mitad de la noche. Se arrastró con los pies para atrás intentando escapar de aquella pantera hambrienta que

lentamente se acercaba a ella, consciente de que aquel ser humano tan pequeño que se arrastraba por el suelo sin dejar de mirarla no tendría ninguna escapatoria y saciaría su hambre de carne. Llegó hasta el tronco del árbol y comenzó a llorar. Estaba perdida, allí acababa su existencia y lo único que esperaba era que no doliera. Cubrió su rostro con los brazos a la par que aquel felino iniciaba el salto que confirmaba su ataque en un vano intento porque no la mordiera, y gritó con todas sus fuerzas, mientras que su corta existencia pasaba por delante de ella.

Sólo escuchaba el latido del su corazón desbocado, queriendo salir de su pecho. Mantenía los ojos apretados y los brazos cubriendo su rostro. Tras el sonido de sus latidos, vino el aullido de dolor del felino, y fue entonces cuando poco a poco, dejando una pequeña abertura para poder ver lo que pasaba, fue descubriendo uno de sus ojos bajando el brazo. Aquel felino que instantes antes saltaba para devorarla no estaba. Con las piernas temblorosas, fue levantándose lentamente hasta quedar en pie. Allí, tumbada sobre la hierba, permanecía aquella pantera negra sin moverse, con un hilo de sangre alrededor de su cuello. Por unos instantes, dio un brinco para atrás cuando observó el movimiento de su cuerpo. De debajo de aquel felino salía Tafari, con aquel pelo negro y trenzado que le llegaba hasta los hombros y portando el cuchillo largo con el que había degollado a la pantera. Se sintió orgullosa de él, y corrió a aferrarse a su cuello en cuanto se liberó de la prisión del cuerpo de aquel animal que había muerto por intentar atacarla.

- Me estás ahogando- protestó el niño con Diara agarrando su cuello sin dejarde llorar, mostrando todo el miedo que había sentido instantes antes- No me dejas respirar- protestó de nuevo retirando a su hermana.

Diara abrió los ojos con un hipo que intentaba calmar. Tafari la miraba molesto, con aquel brillo que a veces le daba miedo, aunque sabía perfectamente que jamás era contra ella. Avergonzada, bajó la mirada.

- ¿Se puede saber en qué pensabas pequeña mocosa estúpida?- Gritó con furia- ¿Sabes lo que hubiera ocurrido si no escucho tu grito? ¡Mírame Diara!

Cogió fuerte sus muñecas mientras la sacudía en el aire. Diara arrancó de

nuevo en un llanto desconsolado. Tafari miró a la pequeña y suspiró, atrayéndola para sí para refugiarla en sus brazos.

- Está bien Diara, por suerte no ha pasado nada, deja de llorar andacariciósus cabellos mientras poco a poco la pequeña se calmaba- Por suerte estaba cerca. Tan solo ha sido un susto.
- Lo siento Tafari, sólo quería encontrarte- prosiguió con un sollozo.
- Anda, vayamos al asentamiento, mañana seguiré cazando. Si madre se despierta y no te ve, se va a llevar un susto de muerte.

Ambos se fundieron en un abrazo y Diara se resguardó en el calor de su cuerpo. Los latidos de Tafari eran tan fuertes como los que había tenido ella, con el corazón a punto de salirse de su pecho. Permanecieron así recobrando el aliento hasta que el ruido les sobresaltó a ambos. De un respingo, Tafari se puso de pie buscando por todos los lados. Soltando a su hermana, trepó al primer árbol que tenía más cerca para divisar mejor desde la altura. Diara aguardó intranquila mirando hacia la copa de aquel árbol que de nuevo era bonito y amable. En la rama, podía ver la silueta de Tafari que con la mano a modo de visera, como si hiciera un terrible sol en aquella negra noche, oteaba el horizonte. Cuando bajó de nuevo, la agarró de la muñeca y sin decirle nada, comenzó a correr hacia las tiendas. Más cerca, Diara comprendió lo que ocurría: el asentamiento estaba en llamas.

11

El capitán Emiliano Zapata asentía satisfecho mientras sus hombres capturaban a aquellos negros que llenarían sus arcas de nuevo, si es que conseguían sobrevivir al largo trayecto en barco que les separaba de América. Marinero desde niño, había abandonado el buen camino dejando atrás una mísera existencia cuando su padre había muerto a manos de los soldados del rey, en una acusación injusta que hizo que terminara ahorcado en mitad de aquel puerto. Desde entonces, se había dedicado a surcar los mares obteniendo productos de contrabando, y ahora que España poseía de nuevo Cuba y Florida, gracias a los franceses, el mercado de esclavos le permitía obtener mejores réditos. Confiaba en todos sus hombres, llevaba navegando con ellos muchos años, tantos desde que ganara en aquella partida de cartas a aquel borracho su gran barco. Todavía recordaba emocionado el día que lo

bautizaron en el puerto, rompiendo una botella de vino caro en su caso y cambiando el absurdo nombre que el antiguo dueño tenía por uno que alentaba a los hombres: “El Brillo del Oro”. Porque no había mejor aliciente que contemplar el resplandor de todas las monedas de oro que, a base de esfuerzo y de jugarse la vida en los mares, conseguían con la venta de todos aquellos negros. Y ahora, sus planes estaban saliendo a la perfección buscando sangre nueva, menos vistas que aquellas partes de África demasiado explotadas y donde tan solo quedaban críos, en una competencia que no le dejaba sacar por aquellas bestias el dinero que costaba mantenerles con vida hasta llegar a costas americanas. Cierto era que, como otras veces, muchos de aquellos salvajes no llegarían con vida, y otros tantos ni siquiera llegarían a subir al barco. Tenía la orden dada de que tan solo degollaran a los ancianos e inválidos, pero en muchas ocasiones aquellos salvajes luchaban bravamente para defenderse, y siempre algún hombre fuerte y musculoso perecía irremediablemente. Por los niños sacaba menos dinero, tenía que vender dos para obtener el mismo beneficio que por un adulto, pero estaban más solicitados porque aquellos ricos terratenientes de las vastas extensiones de tabaco y algodón, alegaban que eran más fáciles de moldear que los mayores. Intentaban matar tan solo a las mujeres más viejas, porque las carnes de las jóvenes negras estaban sin duda mucho más solicitadas que los hombres, porque a parte de aliviar la lascivia de los hombres blancos, eran el cultivo de nuevos esclavos sin tener que pagar por ellos.

Frotó su mentón pensativo. Aquel poblado se resistía más de la cuenta. Tras la sorpresa inicial cuando llegaron y todos dormían, muchos de ellos combatían ante lo inevitable. Tenía al menos dos docenas de ellos fuertemente encadenados, pero faltaba aún unos cuantos, hombres fuertes y sanos que serían muy buenos para las cosechas, y se encargarían de que continuasen fuertes alimentándolos bien en el trayecto. Alzó la cabeza saliendo de sus pensamientos y entonces la vio. Entre cuatro hombres aquella negra protegía a sus hijos como una fiera. No supo lo que era, pero sintió la erección en la entrepierna, y supo que aquella esclava no sería vendida como el resto, sino que formaría parte de sus adquisiciones. Con un silbido, llamó a uno de los hombres que custodiaban a los negros que ya habían encadenado.

- Sí capitán- dijo servicial el hombre.
- ¿Ves aquella negra de allí, la que lucha contra ellos?- preguntó señalando con el dedo. El hombre siguió la dirección que le mostraba el capitán- La quiero con vida. Matad a los niños que la rodean si hace falta, para desmoralizarla y que caiga derrotada, pero a ella la quiero sana y salva.
- ¡Sí capitán!- respondió el hombre sin más saliendo al encuentro de unos cuantos marineros y susurrando las órdenes del capitán.

Permaneció un instante más divisando a aquella negra que sin duda sus hombres traerían como el regalo perfecto, y tras dar las últimas órdenes a los hombres que custodiaban a los prisioneros que ya tenían en su poder, iniciaron el regreso al barco. Se fiaba de ellos, y ponía las manos en el fuego porque cumplieran con lo acordado, pudiendo retirarse a descansar al barco y hacer todos los preparativos para que en las bodegas cupieran todos. Inició la marcha cortando con el machete las ramas deseando poner rumbo a América con toda la mercancía. Sin embargo, no podría descansar cuando hiciera la entrega, porque sabía que como él, muchos llegarían pronto a esas tierras tan poco explotadas, quizás porque antes eran tierras francesas. Después de unos años yendo y viniendo, formaría por fin una familia con aquella cubana a la que mantenía cada vez que arribaba en el puerto, y que sabía que esperaría impaciente su regreso. Era hora de formar una familia con ella, tener descendencia y vivir la buena vida que, tras aquel buen negocio en el que andaba inmerso ocupando todo su tiempo, a buen seguro tendría.

12

Ashauti revisó todos los enemigos que poco a poco le rodeaban. Detrás de él Leiza y Eissein, dos de sus hijos mayores, movían las lanzas para impedir que aquellos bárbaros se acercaran. La mitad del poblado desaparecía encadenados y custodiados por parte de un grupo amplio de aquellos hombres en los que comprobó que se hallaba el que daba las órdenes. La mayoría del resto, ancianos y enfermos, yacían en el suelo atravesados por las bayonetas, demasiado débiles como para malgastar munición. En pie, Shaira al otro lado del campamento, pegada sin escapatoria a la cerca de palos de madera que les protegían de los felinos y alimañas, luchaba tenaz junto con dos de sus hijos pequeños, Niara y Tanisha. No necesitaban entrar en combate, ni siquiera atravesarlos con la lanza, cosa mucho más fácil en carne humana acostumbrados como estaban a traspasar la piel dura de los animales. Con un simple roce de la punta de la lanza, el veneno haría el resto en pocos minutos. Estaban impregnadas con el veneno de los escorpiones del desierto. No era mortal en pequeñas dosis. Muchos humanos pasaban los síntomas y luego se recuperaban. Los más débiles sucumbían. Desde sus ancestros lo usaban para mermar las fuerzas del enemigo antes de entrar en combate. Aquel veneno provocaba hemorragias de sangre que principalmente estallaban por la nariz y la boca, con fuertes fiebres que dejaban a las personas como despojos humanos durante veinticuatro horas. Con un simple rasguño, aquellos enemigos que les sorprendían a traición antes del alba, comenzarían con los síntomas y huirían como los perros cobardes que eran. Después tendría que hacer un peligroso viaje hasta el barco que a buen seguro tendrían amarrado en la bahía, pues aquellos rufianes se habían llevado encadenado a Sharik y Siomara, su nueva hija desposada con el muchacho.

Los ojos de pánico de Shaira le alertaron y comprendió la tragedia cuando el cuerpo de Leiza cayó a sus pies. Un grito ensordecedor de dolor inundó aquel pequeño campamento donde llevaban asentados quince días. Ése había sido su error, no mantenerse en movimiento donde hubiera sido mucho más difícil que les localizaran, evitando todas aquellas muertes y dolor. Contempló los ojos aguados y el rostro pálido de su hijo Eissein contemplando el cuerpo yerto de su hermana por la bayoneta, manchando toda la arena de sangre.

- ¡No es hora de lamentaciones Eissein!- rugió a su hijo para que reaccionara.No podía evitar tener un nudo en la garganta.

El niño reaccionó y provocó un corte en el brazo del hombre que tras asesinar a su hermana se disponía a terminar también con su existencia. Aunque todos habían escuchado las órdenes del jefe decir que los quería con vida, sin lugar a dudas aquellos blancos estaban cansados de lidiar con ellos, y pretendían poner fin al asedio de una forma u otra. El hombre cayó de rodillas con las manos en los ojos mientras dos lágrimas de sangre corrían por sus mejillas, síntoma de que el pobre diablo no superaría el veneno, sorprendiendo a sus compañeros que alzaron los rifles para iniciar un único disparo con aquella bola de metal que salía disparada deprisa, capaz de romper en añicos las rodillas de un ser humano. Padre e hijo se quedaron paralizados, conscientes de que ante aquello no podrían defenderse. A paso lento, transcurriendo toda su vida por delante, Ashauti vio como elevaban la escopeta y tras el estruendo, comenzó a tener un fuerte pitido en los oídos. Giró entonces el rostro y vio el agujero en mitad de la frente de su hijo, que como si fuera un muñeco de tela caía de espaldas al suelo con los ojos abiertos.

- ¡Negro asqueroso, vas a pagar por esto!- bramó el hombre que tenía delanteal comprobar como su compañero escupía el primer borbotón de sangre roja que salía por su boca.

Contempló derrotado cómo subía aquella escopeta apuntando a su cabeza. Sabía que el final se acercaba, sin poder hacer absolutamente nada. Por última vez miró dirección a Shaira, atrapada y encadenada junto a los dos pequeños. Aquellos salvajes esperaron hasta que aquellos rufianes se los llevaron, en una forma de provocarle más dolor a su alma. Se dedicaron una última mirada cuando pasaron a su lado, dedicándose los últimos gestos de amor desde la distancia, hasta que poco a poco fueron siendo tan solo unas siluetas que se adentraban en la espesa vegetación de la selva.

- ¡Tu, perro, no vas a tener tanta suerte como ella!- se rió uno de los doshombres que le apuntaban, mientras el tercero seguía escupiendo espumarajos de sangre.

Observó cómo aquel canalla sujetaba firmemente el arma, moviendo el dedo que tenía en el gatillo. Un único disparo antes de volver a cargarlo con

pólvora, uno solo que le haría reunirse de nuevo con sus dos hijos que yacían a sus pies. Quizás era mejor así, rendirse y partir al paraíso junto a los pequeños, antes de vivir y saber que jamás volvería a ver al amor de su vida ni a su familia. Lentamente, el blanco acercó más el dedo en el gatillo y por un instante, cerró los ojos hasta que aquel sonido atronador retumbara de nuevo en aquel poblado sangriento. Tras unos segundos, los abrió de nuevo y contempló como caían de rodillas atravesados por la flecha que había entrado por la parte trasera de la nuca y asomaba la punta por la garganta.

- Tafari - susurró para sí mismo. Aquel disparo sólo podía lograrlo su hijo. En el horizonte, contempló emocionado la silueta de su pequeño hijo de siete años que ni siquiera había comenzado su ritual de iniciación⁶, y por primera vez en su vida agradeció aquel brillo reluciente en su mirada. Con el desconcierto, no había caído en que el muchacho no estaba en el campamento, acostumbrado a hacer su voluntad por las noches adentrándose en el bosque para cazar. Cayó también en la cuenta que tampoco le había parecido ver a la pequeña Diara y sintió un temblor de miedo recorrer su cuerpo. Por primera vez sintió que también la quería como a uno más de sus hijos, algo que mantuvo oculto por el color de su piel, pero ahora que no estaba y que no recordaba haberla visto, ni atada ni corriendo por aquel poblado, rezó para que no yaciera entre los cuerpos de ancianos y enfermos que poblaban el suelo.

Tafari hizo su silbido consciente de que ya no quedaban más enemigos y la pequeña Diara salió de entre los arbustos. Tenía el rostro atormentado y corrió a abrazarse a su hermano. Ashauti respiró aliviado y la pequeña, al verle, corrió a refugiarse entre sus brazos sin importarle que aquel padre nunca le mostrara cariño. Tenía miedo, mucho miedo, y no comprendía por qué les habían atacado. Sin embargo, su padre abrió los brazos y la abrigó entre su pecho. Por primera vez aspiró de cerca el olor de su piel, y escuchó los fuertes latidos de su corazón, música celestial para sus pequeños oídos. Aquel abrazo era un oasis entre tanta barbarie. Tafari se acercó manteniendo el mentón en alto, aunque por primera vez sintió la sensación extraña de querer llorar, algo que no recordaba haber hecho en su vida, ni siquiera cuando hacía años también hombres blancos se llevaron a su madre y a las

demás mujeres. Esto era distinto, la muerte les rodeaba y los cuerpos de dos de sus hermanos permanecían en el suelo. Se acercó hasta Eissein, y acucillándose a su lado, el niño cerró los ojos de su hermano.

- Tafari...- susurró su padre que seguía manteniendo a Diara en los brazos, ambos observando el rostro adolecido que mostraba el niño.
- Eres un jefe indigno, me causas vergüenza. No has sido capaz de defenderni a tu pueblo ni a tu familia. No mereces ser el líder de los fulani- se dirigió a él con la voz calmada, los puños apretados y la mirada hacia el suelo.

Ashauti escuchó las palabras de Tafari que le llegaron al alma. Observó como se daba la vuelta y comenzaba a caminar hacia la selva, siguiendo el rastro de los hombres blancos que hacía un rato se marchaban llevándose a su madre con ellos.

- ¡Diara!- gritó deteniéndose antes de entrar en el bosque.

La niña miró a su padre, después a Tafari y otra vez a su padre, que con cariño la dejó de nuevo en el suelo. Tras acariciar sus cabellos negros, finos y sedosos, preguntó a su hermano.

- ¿Dónde vas Tafari?- intentó decir con toda la voz autoritaria que pudo.

Tafari giró el rostro y Ashauti sintió un temblor que recorrió cada parte de su cuerpo. A su lado, Diara no parecía sentir lo mismo que él. Aquellos ojos estaban brillantes y enrojecidos, y en ese mismo momento tuvo claro que su hijo era la reencarnación del mismo Njeddo Dewal. A pesar de tener solo siete años, su expresión daba miedo. El pequeño torció la boca a modo de una risa irónica, antes de responder a su padre y estirar a el brazo para que Diara le diera la mano.

- A buscar a mi madre y a mis hermanos. Esos blancos se van a arrepentir de haberse cruzado en mi camino.

Ashauti contempló como se daba la vuelta y esperaba unos instantes con el brazo estirado a que Diara le diera la mano. La pequeña miró por un instante a su padre y corrió hacia Tafari, comenzando ambos a andar hacia la selva. Ashauti suspiró. Tras hacerlo, siguió los pasos de sus hijos pequeños, armado

con la lanza y colgándose a la espalda el carcaj con el arco y las flechas de punta envenenada.

Diego contempló de pie, detrás del sillón donde estaba sentado su padrino, el bello rostro de Isabel que permanecía sentada con las manos en el regazo y la mirada al suelo. Como él, era española, originaria también de Andalucía de la mismísima Córdoba. Su melena estaba trenzada sutilmente con una larga coleta que llegaba hasta su cintura. Era de tez morena, y tenía unos grandes ojos negros que ocupaban casi toda su cara. Con la nariz recta, su punta dejaba al descubierto unos labios gruesos y una perfecta dentadura blanca. No pudo evitar dirigir la mirada hacia su pecho. A pesar de ir vestida como toda una señorita con el vestido abotonado al cuello, la suave prenda de lino para soportar el calor de Nueva Orleans, dejaba traslucir unos incipientes pechos formados para tener tan solo quince años. Como pasaba hacía tiempo, desde que su propio cuerpo comenzara a cambiar llenándose de pelo y algún que otro grano, sintió que no podía controlar su miembro, y se arrimó más al sillón temeroso de que alguien lo notara. De fondo, la voz de Lucien hablando educadamente con sus padres, sentados a ambos lados de la muchacha y que parecían estar de acuerdo con el pacto de su matrimonio, algo que le hacía inmensamente feliz, aunque para ello todavía tuviera que esperar varios años más, hasta cumplir los dieciocho.

- Es grato para mí saber que consideran a mi ahijado Diego digno de la manode la bella Isabel- escuchó de nuevo el joven regresando a la conversación que mantenía Lucien con sus padres- De sobra me es conocido que su hija tiene numerosos pretendientes, no en vano es una de las muchachas más hermosas de Nueva Orleans.
- Con ilustre apellido- apostilló Manuel de Usía orgulloso.
- Apellido sin fortuna, no se ofenda amigo mío. De todos es conocido que susnegocios no han ido demasiado bien en los últimos tiempos- Lucien miró fijamente al hombre que enrojeció- No obstante, este matrimonio que hoy se acuerda aquí será muy beneficioso para ambos.
- ¿Por qué lo hace, señor Bellamy?- habló por primera vez la esposa intrigada.

Antes de responder, Lucien frotó su perilla y cambió la postura de sus piernas. Isabel levantó la mirada por primera vez, provocando que el corazón de Diego se desbocara.

- Bien, voy a serles franco. Mi ahijado Diego lleva suspirando por ella desde hace muchos años, casi desde que llegamos a estas tierras. Ciertamente es que ustedes se encuentran a borde de la quiebra, pero el dinero es lo que sobra a mi ahijado- el francés contempló por un instante el rostro sorprendido de la pareja- Hace un año que mi amigo Juan de la Cruz transfirió toda su riqueza a su hijo, en una forma que la diosa muerte no le sorprenda. Como sabrán ustedes, es un hombre que anda delicado de salud, y muy recto para cometer el gran error de abandonar estas tierras sin que su fortuna esté en manos de su hijo. De momento, sigue llevando todos los negocios como albacea de Diegola pareja se miró incrédula, esa información no la tenían.

Lucien se levantó y comenzó a pasear por la sala mientras todos le seguían con la mirada. Las miradas de Isabel y el muchacho se cruzaron, y el joven se sintió estúpido al comprender que, sin duda, sus mejillas habían tomado un color rojizo, provocando una tierna sonrisa en la niña.

- Voy a contarles algo que todavía nadie más sabe, a excepción de mi ahijado y mi abogado, naturalmente. Confío en su discreción hasta que todo sea definitivamente legal- aguardó el asentimiento de la pareja, cada vez más sorprendida- Además de poseer las tierras y fortuna de su familia, allí en la lejana España, Diego se convertirá en breve en mi hijo adoptivo. Naturalmente, su propio padre está al tanto de todo y en completo acuerdo. Dentro de poco será Diego Bellamy, heredero de todas mis riquezas. Como ven, si a todas mis tierras, les sumamos su hacienda y los campos de España, estos dos muchachos serán los más adinerados de Nueva Orleans, salvando al gobernador.

Lucien aguardó a que la pareja terminara con las miradas donde sin palabras hablaban. La sonrisa de la esposa le confirmaba lo que ya sabía, que para ellos era un negocio excelente, casando a Isabel con uno de los mejores partidos de toda Nueva Orleans. Manuel se levantó entonces sujetando firmemente el bastón, y tendió la mano hacia el francés para que el trato fuera sellado con aquel apretón de manos.

- Entonces, no hay más que hablar, y dentro de poco ambos seremos familia se pronunció al fin emocionado.

- No lo dude, amigo Manuel- sonrió Lucien cuyos planes iban tomando forma- Ahora, pasemos al comedor y brindaremos por la futura unión de los jóvenes. Mientras llega el día, espero cuiden bien de la jovencita- tomó la barbilla de Isabel levantado su rostro.

La muchacha sintió latir su corazón de prisa. Quizás, estar unida a Diego era buena idea, porque le permitiría ver a Lucien todos los días. El encanto se terminó cuando quitó su dedo y seguido por sus padres, se encaminó a la sala de al lado, donde sirvientes tenían preparadas todas las viandas con las que celebrarían su unión. Sintió una mano en su hombro, y giró el rostro descubriendo la mirada brillante de alegría de Diego.

- Parece que en unos años estaremos unidos para siempre- sonrió tímidamente el muchacho. Isabel se puso seria.

- No eres tú quien me interesa- respondió fríamente encaminando sus pasos a la sala.

Diego sintió un dolor como nunca antes había sentido. Era la primera vez que le rompían el corazón. Tras unos breves instantes desconcertado, sonrió mientras contemplaba cómo se alejaba la muchacha.

- Algún día creceré y seré un hombre, y entonces ya no andarás tras Lucienne dijo para sí levantando los hombros sonriente.

14

Emiliano Zapata se frotó el mentón mientras contemplaba a la mujer negra que tenía delante y que tanto le excitó en el poblado. Comenzó por sus pies en los que tenía atados una tela suave marrón con cuerda de esparto anudada al tobillo. Sus largas piernas morenas estaban desnudas casi hasta la ingle donde colgaba tela del mismo color ocultando su valle, seguramente igual de negro que el resto de su cuerpo. Ascendió la mirada por el ombligo hasta llegar a sus pechos cubiertos por la misma tela adornada de numerosos collares cuyas cuencas tintineaban con las que sujetaban sus trenzas. La cara fina mostraba unos labios morenos y gruesos, bastantes carnosos y dos grandes ojos negros ocupaban su rostro. Sonrió cínicamente pensando que cuando solucionara el problema que se le presentaba, disfrutaría poseyéndola en incontables ocasiones. Detrás de ella, igualmente encadenados, dos pequeños que no podían evitar las lágrimas, a pesar de querer mostrarse

orgullosos. El niño, el más pequeño, y la niña apuntaba tener los mismos genes de la madre. Quizás se quedara con ambas, en una forma de sustituir a la madre cuando se hiciera vieja y no le sirviera para nada más que para saciar la lascivia de alguno de sus hombres mayores.

- ¡Bajad a los niños a las bodegas con el resto!- profirió las órdenes- ¡A ella, atadla entre los dos mástiles del barco!

Sin decir ni una palabra, los hombres obedecieron al instante y puso rumbo hacia su camarote. Era el espacio más grande del barco y ocupaba todo el timón del barco. Con dimensiones anchas, allí tenía su camastro al fondo, tras una puerta y una mesa donde llevaba a cabo los negocios justo debajo del gran ventanal que le dejaba admirar la belleza del mar. Al lado izquierdo, un mueble repleto de licor y una mesa con dos sillas donde comía, normalmente solo.

Anduvo hasta la mesa y cogió de nuevo el mapa donde tenía marcado el rumbo que seguirían hasta llegar a tierras americanas, si es que la mar permanecía tranquila y no se tenían que desviar por culpa de alguna tormenta, siempre peligrosas porque la mayoría de las veces, en aquel inmenso océano, hundían barcos. Sin quererlo, no pudo evitar dar un puñetazo en la mesa expresando toda su ira. Tendrían que retrasar el viaje un par de días, hasta que solucionara los flecos que habían quedado colgando. Para su fortuna, era un hombre no demasiado confiado, y siempre dejaba a un hombre de su confianza de vigía.

Tras abandonar la aldea creía que todo estaría solucionado en pocas horas. Tan solo había dejado luchando a aquella negra que le quitaba el sueño y al hombre que protegía con una absurda lanza a aquellos dos niños que jamás llegarían a habitar las bodegas de su barco. Realmente era una pena, porque había perdido a dos buenos esclavos, sobre todo la niña, en aquella tierna edad de unos once años que la hacían deseable para muchos hombres. Supo que algo iba mal cuando le avisaron de que Bartolomé llegaba con el aire en la boca, tras darse una enorme carrera para informarle. Cuando se reunió con él y el hombre retomó el aliento, supo que tendría problemas con aquel niño

al que debía reconocer su valor. Aquellos estúpidos se habían dejado matar por un crío de corta edad que atravesaba sus gargantas con una flecha. Al parecer, imbécil de él, acudía en una misión imposible para intentar liberar a los esclavos del barco. No pudo evitar las carcajadas al pensar en la valentía del mocoso que no le serviría de nada, pues pensaba aplastarle como una cucaracha, a pesar de perder el buen dinero que le darían por tan valiente mocoso. Era mejor así porque lo único que podía darle eran quebraderos de cabeza durante el viaje. Intentaría que el hombre permaneciese con vida. En el tiempo que le contempló en la aldea, admiró sus buenos músculos que serían el deleite de quien le comprara. Sin duda, se vendería bien. Además, Bartolomé le había informado que había también una niña pequeña, con el cabello liso, algo que le tenía intrigado pues normalmente el pelo de aquellos negros era lacio y enredado. Si no le había parecido entender mal, su hombre de confianza aseguraba que era blanca ¿Pero qué demonios hacía una niña blanca en medio de aquellos salvajes? Subió sus hombros mostrando la duda y luego rió. De todas formas le daba igual el color de la piel de la pequeña. Si la capturaban con vida, sería vendida igual que el resto, al no ser que aquello le ocasionara algún problema con las autoridades, algo que preguntaría al arribar a tierra de la Florida.

Estaba todo claro, hasta que no llegara la noche aquel niño no intentaría nada, y lo que desconocía era que estaría esperándole. Ya había colocado a su presa atada entre los dos mástiles. Dejaría tan solo un par de hombres de vigías y cuando se confiara, le asestaría su golpe y le rebanaría el pescuezo como la rata que era. Si el hombre también caía, mala suerte, pero esperaba poder atraparlo con vida. La niña blanca, ya vería más adelante qué demonios hacía con ella. Irrumpió en una carcajada al reconocer que seguramente la tiraría por la borda para que el Océano Atlántico la acogiera en el fondo del mar.

15

La oscuridad era su mejor aliada, ocultaba la luna por las nubes que poblaban el cielo, casi sin permitir ningún resplandor. A lo lejos, los faroles de aceite de la cubierta del barco les informaban de dónde se hallaba el objetivo. Corrieron sigilosamente hasta donde comenzaba el acantilado, y tumbados al amparo de la noche, observaron si había cualquier movimiento.

- No han zarpado todavía- pensó en voz alta Ashauti- Esto no me gusta nadaprosiguió- parece una trampa.

Tafari levantó su pequeño cuerpo de siete años y su padre observó como apretaba los puños casi hasta hacerse sangre con sus propias uñas. Siguió la dirección de la mirada del niño y contempló el círculo iluminado entre los dos mástiles. No le quedaba ninguna duda de que aquello era una trampa. Atada con gruesas cadenas y la cabeza desplomada por el cansancio permanecía Shaira, expuesta como un vulgar trofeo. Ashauti posó su mano en el tobillo del muchacho. Giró el rostro y vio de nuevo el brillo en sus ojos, solo que esta vez no le daba miedo porque sabía que la ira del muchacho encarnado en el mismísimo diablo sería su mayor aliada. Tafari se tumbó de nuevo al lado del padre, mientras la pequeña Diara los contemplaba a ambos en silencio.

- Parece una trampa, pero he de ir a por ellos- le susurró a su hijo que le miraba fijamente- No podemos arriesgarnos a que zarpen, les perderíamos para siempre- suspiró resignado aunque sabía que se metía en la guarida del lobo.

- Voy a ir con usted, padre.

- Eres valiente hijo, lo has demostrado a pesar de tu edad, apenas un niño. Siempre demostraste tener el valor de los guerreros, y sé de sobra que naciste para ello, pero aún no ha llegado tu tiempo.

- Voy a ir con usted.

- Tafari ... ¡Mírame un momento!- le obligó cogiendo al niño del mentón a pesar de sus protestas- Si vienes conmigo, sólo me pondrás en peligro, a mí y a tu madre. Eres un gran guerrero, es cierto, pero demasiado pequeño. Cualquier hombre cuerpo a cuerpo no tendrá problemas para inmovilizarte y ponerme en una situación complicada.

- No pienso quedarme sin hacer nada- protestó el niño.
- Y no es eso lo que quiero. Es cierto que tu edad no te deja entrar en laguerra a mi lado, todavía no tienes la fuerza suficiente, pero eres el mejor con el arco. Necesito que me ayudes desde la distancia, disparando tus dardos envenenados contra el enemigo. Eres el único que no falla nunca aunque haya mucha distancia ¿Ves el otro lado del acantilado?- Esperó a que el niño asintiera- Desde aquel lado se divisa toda la cubierta del barco. Necesito que dispires a matar hasta que libere a tu madre y saque a todos de las bodegas. Si consigo liberar a nuestros hombres, la lucha quedará igualada.

Tafari permaneció pensativo por unos instantes. En el fondo sabía perfectamente que su padre llevaba razón, y que su mente de guerrero iba muy adelantada a su cuerpo de niño pequeño ¡Cómo odiaba aquello, encerrado en aquel cuerpo todavía demasiado débil para la lucha! Cayó en la cuenta que junto a ellos estaba Diara.

- ¿Y ella? - preguntó señalándola con el dedo. De siempre supo que su padreno tenía en gran estima a la pequeña. Quizás por eso se había convertido en su guardián- No pienso dejarla sola.

Ashauti contempló a la niña que no les quitaba el ojo de encima pensativo. No quería que fuera con Tafari. La posición donde le enviaba estaba descubierta y no deseaba que se distrajese con la pequeña. Además, necesitaba que estuviera a salvo. Hasta que no había desaparecido del poblado, no se había dado cuenta de todo lo que la quería, reacio desde la decisión de su esposa de llevársela de aquel campamento que las tenía prisioneras pese a sus quejas. Era mejor que se quedara donde estaban, oculta entre la vegetación del acantilado. Rebuscó en el zurrón que llevaba colgado y sacó el cuerno.

- Para ti tengo otra misión Diara- se dirigió a ella dulcemente. Tafari le dedicó una mirada desconfiada- ¿Serás capaz de hacerlo sonar si algo peligroso nos acecha? Hay que soplar muy fuerte.

Diara tomó entre sus manos el cuerno y lo observó por unos instantes. Se aproximó la punta a la boca y antes de soplar su padre lo retiró de sus labios, dejándola perpleja.

- Ahora no Diara, delatarías nuestra posición.
- Entonces no sabré si puedo hacerlo sonar- protestó la pequeña.
- Solo tienes que coger mucho aire y soplar con todas tus fuerzas, estoy convencido de que podrás- contestó dulcemente tendiendo de nuevo el cuerno- Este es el plan- continuó hablando para los dos niños- Diara se quedará aquí oculta. Si ves a muchos enemigos, avísanos con el cuerno. Tafari te situarás en el otro lado del acantilado y me cubrirás con las flechas, y yo con esto- dijo desenfundando el machete que llevaba colgado- iré a por vuestra madre y a por los nuestros, al menos a por todos los que queden con vida.

Aguardó unos instantes mientras los niños asentían. Se despidieron de la niña que como toda una guerrera se puso seria sin desviar la vista del barco con el cuerno cerca de sus labios. Ambos anduvieron hasta que se alejaron de ella, y antes de despedirse, Ashauti posó su mano en el hombro de su hijo.

- Ten cuidado Tafari, en aquel lado del acantilado serás visible para el enemigo, por eso no he querido que Diara fuera contigo.
- No se preocupe padre, sé cuidarme solo.
- Lo sé hijo, no lo pongo en duda- Abrazó fuerte al pequeño, casi hasta dejarle sin respiración sin importarle sus protestas- Nos veremos de nuevo Tafari, si no es en esta vida, será en el País de Heli y Yoyo.

Tafari llevó su brazo derecho con el puño cerrado al corazón y asintió. Ashauti contempló por unos instantes a su hijo marcharse para ocupar aquel peligroso acantilado que esperaba que aquellas armas de los hombres blancos no pudieran alcanzar y, armándose del valor que le faltaba, comenzó a descender el desfiladero que le llevaba hasta la embarcación. El plan era sencillo. Con el machete en la boca nadaría hasta la soga que sostenía el ancla y treparía por ella hasta conseguir subir a cubierta. Después, simplemente, iría a cortar las cadenas que retenían a su amada matando a todo el que intentara interponerse.

Antonio de Ulloa⁷ subió feliz la pasarela que le llevaba al nuevo destino. Llevaba dos años en la Habana, tras el agotador tiempo que permaneció en Perú luchando con los conflictos de las minas de mercurio que tantos quebraderos de cabeza le dieron. Todos aquellos enfrentamientos con el gremio de mineros y los funcionarios del virreinato le dejaron agotado, teniendo que pedir que le relevaran de su cargo. Había esperado dos largos años a que le dieran nuevo destino, y por fin la recompensa a todos sus servicios se estaba haciendo realidad. Sin familia porque aún no había tenido tiempo para formarla, ponía rumbo a Luisiana, instalándose como gobernador de la recién adquirida posesión española gracias al apoyo que dieron a los franceses en la dichosa guerra que duró siete años, aunque era bien cierto que España sólo entró al final de la guerra. Reconocía que el rey había sido listo, dejando que se mataran entre ingleses y franceses hasta que vio la oportunidad perfecta para sacar réditos de su participación.

Por delante le quedaba unos años difíciles, pero si conseguía poner en marcha todos los planes que tenía en mente, pasaría a la historia como alguien importante. Ya había intentado hacerle ver al rey que el correo con América no era bueno, que tenía demasiadas lagunas y tardaba demasiado. Aquello, en un territorio que no era originariamente español podía ser un peligro en caso de revueltas, donde la ayuda desde la Península llegaría demasiado tarde. Ya había enviado su escrito al rey indicándole que mantener la correspondencia desde La Coruña a la Habana, para su posterior reparto por todo el continente, era una temeridad. Por eso había recomendado que abrieran más rutas para facilitar la comunicación, pero aún no había conseguido respuesta.

Escuchó las órdenes del capitán haciendo que izaran las velas del barco y subieran a cubierta la pasarela. Guiado por un grumete, se dirigió al mejor camarote que tenía el barco, sin contar con el del capitán. En su poder llevaba toda la información que necesitaba para ponerse al día de su nuevo cargo. Cientos de documentos le tendrían ocupado durante todo el trayecto, inmerso en la contabilidad y las leyes del nuevo territorio. Cambiaría las que hicieran falta, pero sin duda la que más le preocupaba era el trato que mantenían con

los indios indígenas de la zona. No podía permitir que aquellos infieles, devoto como era de Nuestro Señor, aprendieran a disparar las armas que aquellos franceses les vendían. Sólo al país vecino se le ocurría vender armas a los enemigos, claro, que así les había ido en aquella guerra contra los ingleses. De no ser por ellos, seguirían combatiendo y perdiendo vidas.

El camarote era tal y como lo había pensado. Tan solo una pequeña mesa y un lecho dejando un pasillo estrecho por el que tenía que andar de lado. Si se sentaba, nadie podría pasar porque la silla quedaba pegada al lecho mugriento. Al menos, disponía de una pequeña ventana de ojo de buey que podría abrir para quitar el olor a la madera húmeda que recubría las paredes. Al pie de la cama, un cubo de madera para hacer sus necesidades, aquellas que luego tirarían por la borda unos hombres que carecían de vergüenza.

Supo que estaban en marcha cuando comenzó el balanceo de la nave. Muchas otras veces había montado en barco, y ya sabía a ciencia cierta que acabaría echando las tripas con el movimiento. Decidió no comer nada hasta que su cuerpo se acostumbrara al movimiento, dejando atrás el mareo de los primeros días. Durante esos días, irremediablemente tendría que subir a cubierta a respirar aire fresco, y muchos de aquellos hombres intentarían entablar una conversación que para nada le apetecía, pero en fin, eran circunstancias del cargo que tendría que asumir como buenamente pudiera. En su primer viaje había aprendido que era mejor llevarse bien con aquellos canallas, aprendiendo de aquel error de juventud que casi le cuesta la vida cuando aquel bastardo casi le tira por la borda. Finalmente su padre lo evitó, pero se ganó tener el ojo morado durante una semana entera y perder un diente que ahora era de oro. Sí, había aprendido muchas cosas desde entonces, pero sobre todo sabía llevar el mando. Conocía bien los barcos, por supuesto que sí, pero no los echaba de menos después de estar viajando en ellos durante once años. A lo largo de su vida, era nombrado capitán de navío, comendador de Ocaña, gobernador de Huancavelica, superintendente de las minas y contraalmirante, motivos por el que aún no se había casado y formado una familia. Si Dios quería, y los planes salían como esperaba, se asentaría en su nuevo cargo de gobernador en Luisiana y por fin podría formarla, desposándose con alguna buena viuda o quizás con alguna

jovencita a la que los padres les gustara el dinero y la autoridad que poseería, aunque si era por amor mucho mejor. Los ruidos en la puerta le sacaron de sus pensamientos, y antes de que pudiera dar paso a la persona del otro lado de la puerta, la silueta del capitán entró sin pedir permiso.

- Veo que se ha instalado señor Ulloa. Siento no poderle ofrecer nada más, pero seguro que esto es mejor que compartir la bodega con mis hombres finalizó moviendo su mano en el aire- Afortunadamente, no trae usted esposa.
- No se preocupe capitán Salazar. Puedo asegurarle que en mi vida he dado con mis huesos en sitios peores- contestó decidido. Sin lugar a dudas, tenía mucho más mundo recorrido que aquel capullo. Sin embargo, se tranquilizó como aprendiera desde la primera vez y fue de nuevo amable- De verdad capitán, este lugar es perfecto, aunque sea pequeño.
- Me alegro entonces señor Ulloa. Espero que no le importe que le invite a cenar conmigo esta noche, me gustaría hablar con alguien razonable por una vez en mi viaje. No todos los días llevo a bordo a tan ilustre personaje.
- Será todo un honor estar sentado a su mesa, capitán Salazar. A la hora de la cena, estaré en su camarote puntual.

El capitán le devolvió una sonrisa de satisfacción y tras una pequeña inclinación de cabeza, salió dejándole solo. Antonio suspiró. No le apetecía nada tener que cenar, sobre todo porque sabía a la perfección que luego estaría vomitando toda la noche, hasta que su cuerpo se acostumbrase a las olas, pero había aprendido que no era bueno agraviar a ese tipo de personajes si quería pasar la próxima semana tranquilo, si el viento se ponía de su parte.

17

Emiliano Zapata aguardaba atento a los ruidos de la noche. Lo había preparado todo bien, seguro que aquel extraño trío se acercaba a una misión suicida para rescatar a su poblado. Tenía que reconocer el valor del hombre, o tal vez su locura, porque no entendía muy bien qué podría hacer con dos niños pequeños. Por si acaso, pues en todos estos años traficando con aquellos salvajes había aprendido a no fiarse de ellos y esperar cualquier locura, había apostado tan solo a dos hombres mientras el grueso permanecía al acecho en escondidos tras las rocas. El primer lugar que

intentaría abrir para buscar superioridad numérica, eran las bodegas, o al menos eso haría él. Lo que no sabía muy bien era la función que desempeñarían los críos. Suponía que aquel loco que andaba hacia la muerte, no los llevaría con él, pero nunca se sabía. De todas formas, serían fáciles de reducir. La niña blanca apenas contaría con tres o cuatro años y el niño, aunque había demostrado su valía clavando certeramente las flechas en las gargantas de sus hombres según le relató su espía, tenía solo siete años. Si podía, los atraparía con vida. El hombre era fuerte y musculoso y valdría su peso en oro. La niña...bueno, con la niña ya vería lo que haría, porque para bien o para mal era blanca. Como mucho, no sacaría nada por ella si llegaba viva a las costas americanas, pero si no se le ocurría que hacer con ella durante el viaje, simplemente la lanzaría a que durmiera al amparo del mar. El niño era distinto, un valiente luchador que a pesar de no levantar más de dos palmos del suelo había matado a dos de sus hombres sin que le temblara el pulso. Podía ser conflictivo, pero durante el viaje le enseñaría a base de latigazos quiénes eran los que gobernaban el mundo. Un niño tan pequeño sería fácil de moldear. Si algo se torcía y le provocaban dolores de cabeza, ordenaría que los mataran sin más. El cebo, la bella mujer que mantenía atada entre los mástiles, estaba preparado. Lo único que lamentaba era no poder yacer con ella esa noche, pero habría tiempo para ello.

Ashauti aguardó unos instantes más en el agua para escuchar los ruidos de la cubierta del barco. Todo estaba silencioso, demasiado para su gusto. Por un momento dudó en subir el ascenso, pero no había marcha atrás. Si era una trampa, caería en ella sin remedio ¿ Pero quién iba a pensar que intentaría salvar a su pueblo a la desesperada? Los únicos hombres que les habían visto luchar estaban muertos gracias a Tafari. Sacudió la cabeza intentando quitarse el mal presagio que sentía, y comenzó a ascender por la cuerda sin hacer el menor ruido. Cuando llegó al borde, saltó a la popa del barco y sujetó bien el machete. Agazapado para no ser visto, miró al acantilado y comprobó que Tafari estaba preparado. Levantó la mano y tras bajarla, escuchó el silbido de la primera flecha que rompía el silencio de la noche con su vuelo en el aire. Miró hacia su objetivo, el primer hombre apostado que daba paseos por el lado norte del barco. Había cometido un error, apoyarse en el poste que sujetaba una de las cadenas de su esposa para contemplar la

desnudez de sus pechos. La flecha, atravesó la cabeza del hombre de lado a lado, cayendo al suelo yerto.

Corrió agazapado al lado de la barandilla del barco hasta llegar a la proa, justo en el momento que el otro guarda daba la vuelta y vería a su compañero muerto. En un instante, el filo de su machete afilado se teñía de rojo cortando la garganta del hombre. No había nadie más. Ante él estaba tan solo Shaira y el camino despejado hasta las bodegas. Sin embargo, algo no le convencía ¿Sólo dos hombres para toda la carga humana que contenía aquella bodega? Había dos opciones: o que aquellos canallas estuvieran convencidos de su muerte y que nadie atacaría el barco, o bien que fuera una trampa. Shaira le sacó de sus pensamientos cuando levantó la cabeza y le vio. Corrió hacia el primer poste para quitar una de las cadenas, intentando no hacer ruido. Apalancó el candado con el machete y su esposa quedó libre de un brazo. Justo cuando iba hacia el otro lado, la puerta que llevaba a la bodega, justo debajo del timón del barco, se abrió.

Tafari disparó su segunda flecha, acertando de pleno. No tenía tiempo para pensar, tan solo disparar y disparar rezando para que no se terminase el carcaj sin conseguir matar a todos. Justo en la puerta, el capitán había cometido un fallo. Solo había una puerta que les dejaba salir de uno en uno, y Tafari iba a acabar con todos los que pudiera antes de que su padre tuviera que enfrentarse cuerpo a cuerpo. De momento, lo conseguía otorgándole el tiempo necesario para que rompiera la otra cadena que mantenía presa a su madre.

Diara sentía miedo, mucho miedo, pero entendía que tenía que mirar para estar atenta. Su padre había subido al barco e intentaba romper la segunda cadena que mantenía prisionera a su querida madre, mientras desde el otro lado Tafari no dejaba de enviar flechas cada vez que alguno de aquellos hombres de su mismo color de piel asomaban la cabeza. Tafari no dejaría que ninguno saliera con vida de allí, de eso estaba segura. Sujetaba con fuerza el cuerno que su padre le había dado, aunque esperaba no usarlo. Aquella esperanza se terminó cuando vio aproximarse las barcas que escondidas tras las rocas llegaban al barco con todos aquellos hombres. Era pequeña, pero

sabía perfectamente a su corta edad que era una trampa, como todas aquellas que Tafari hacía para cazar animales, solo que esta vez la presa eran sus padres y su pueblo. Tomó todo el aire que pudo para hacer sonar el cuerno. Sopló con fuerza pero de aquel objeto no salía ni un pequeño ruido. Probó de nuevo para no rendirse, cogió de nuevo aire y sopló de nuevo, pero el silencio persistía. Desesperada, no pudo evitar que las lágrimas asomaran nublando su visión. Aquellos hombres estaban más cerca. Por un instante, miró hacia Tafari que por un instante la contemplaba esperando que diera el aviso a su padre. Como ella, había divisado las barcas que cada vez estaban más cerca. Alguno de los hombres, todavía en silencio, se aupaban ya para comenzar a escalar por las cuerdas que otro estaba preparado para lanzar y abordar la nave. Se armó de nuevo de valor, apretando los puños igual que hacía su hermano, y sopló con fuerza, consiguiendo un tímido ruido que la llenó de esperanza. La próxima vez lo conseguiría. Aspiró de nuevo todo el aire que podía coger con sus pequeños pulmones, y se dispuso a soplar de nuevo segura de que esta vez aquel maldito cuerno emitiría el sonido. Con los mofletes hinchados reteniendo todo el aire, sintió como le tapaban la boca y la mecían en el aire. Impotente, dirigió la vista hacia su hermano que dejaba de mirarla para concentrarse en disparar flechas a los hombres que ya trepaban hacia el barco, intentando dar en todos ellos. Luchó todo lo que pudo, y comenzó a mover los pies en el aire intentando zafarse de aquel hombre. Las manos callosas sujetaron su cuello. Sentía que no podía respirar entre las manos que tapaban su boca, manteniendo todo el aire que había aspirado y que no pensaba soltar hasta que el cuerno sonara, y la opresión en su cuello. Todo comenzó a hacerse oscuro, y fue entonces cuando supo que jamás podría hacer sonar el cuerno para avisar a su padre.

Ashauti supo que no tenía nada que hacer cuando los hombres llegaron a la cubierta del barco. Había al menos cincuenta de ellos, contando los que yacían en el agua gracias a su hijo, que certeramente había dado en la diana todas las veces. Era realista, sabía a la perfección que Tafari no llevaría tantas flechas, y que aquel sueño de liberar a su pueblo terminaba allí mismo, no sin antes llevarse por delante a todo el que pudiera antes de reunirse en el País de Heli y Yoyo con sus hijos. Por última vez miró a su amada Shauri, que con los ojos anegados en agua le habló con la mirada. Ambos miraron dirección

al acantilado, donde su hijo permanecía de pie contemplando impotente la derrota en la batalla.

Emiliano Zapata salió por fin de su camarote con una sonrisa en el rostro. Afortunadamente, era hombre desconfiado y aquello había librado a sus marineros de un ataque sorpresa. Miró a un lado del barranco donde el grumete traía a la niña en brazos, que parecía estar inconsciente. La luna, tras salir de las nubes, le daban una perfecta visión de todo el acantilado. En el otro extremo, el niño que había dejado de disparar, seguramente porque no tenía más flechas. Aquel estúpido mocosito le había causado numerosas bajas que le haría pagar en cuanto empezaran la caza, porque no pensaba marcharse de allí hasta que le atrapara para darle su justo castigo. Anduvo hasta el primer mástil donde aquel hombre seguía con el machete en la mano desafiando a todo el que intentaba acercarse.

- Apuntadle con las armas- ordenó mientras caminaba hacia él.

Los hombres cargaron con pólvora los rifles apuntando al hombre. Emiliano Zapata se quedó en frente de aquel negro que seguramente no entendería ni una palabra de lo que dijera. Antes de comenzar a hablar, el contramaestre se acercó a su lado y le susurró unas palabras al oído.

- Quizás entienda el francés, señor.

- Probemos entonces. Traduce esto: no deseo tu muerte. Baja el cuchillo y seguirás con vida- El marinero tradujo las palabras al francés.

Ashauti le entendió. Habían pasado muchos años al lado de aquellos hombres blancos que hablaban igual que el que ahora tenía delante, primero haciendo negocios con ellos y luego con la traición cuando asaltaron su pueblo, llevándose a las mujeres. Sin embargo, prefería morir a ver el horror que, sin duda, les esperaba donde fuera que les llevaran.

- Tu muerte es segura. Si bajas el machete, al menos seguirás con vida al lado de los tuyos- Intentó de nuevo mientras el hombre traducía sus palabras. Fue Shauri quién habló en su lengua mientras la miraban conscientes de que no la entendían.

- ¡Mátame!- suplicó a su esposo en su lengua.

Ashauti la miró por un instante meneando la cabeza. Si su amada esposa quería morir significaba que...Con rabia, corrió hacia los hombres con el cuchillo en la mano, a una muerte segura. Fue directo a por Emiliano Zapata que, sin embargo, no se movía y sonreía. Antes de llegar, el golpe en la cabeza le dejó inconsciente.

Tafari observaba todo impotente. Estaba todo perdido, no conseguirían liberar a su madre. Por un instante, y a pesar de la lejanía, sus miradas se cruzaron, y por la expresión de su rostro y tras caer su padre al suelo supo lo que tenía que hacer. Por primera vez, con manos temblorosas, tensó la cuerda de su arco tras colocar la flecha. Giró un poco la madera, para no errar en el disparo y cumplir con la promesa que había lanzado al aire. Tras suspirar, sus dedos se tensaron por un momento hasta que se aligeraron, justo cuando aquella última flecha comenzaba a volar por el aire. Como si estuviera transcurriendo toda una vida, observó el surcar en el aire de la flecha, hasta que bajó dirección al barco. No pudo seguir mirando y giró el rostro para que Diara le mirara. Derrotado, cayó al suelo cuando comprobó que no estaba. Desesperado, la buscó con la mirada y la divisó junto a aquel hombre que la subía en su barca, mientras el reflejo de querer disparar de nuevo depositó en el arco una flecha imaginaria. No pudo nada más que observar impotente como se la llevaban y la sangre que brotaba por el rostro de su madre.

Emiliano exclamó un grito de odio cuando aquella flecha atravesó la cabeza de la mujer que deseaba poseer. Aquel estúpido mocoso había matado a su propia madre, quitándole el placer de saborear su cuerpo. Encolerizado, ordenó que cargaran uno de los cañones con los que se defendían en mar abierto y apuntaran hacia el acantilado donde el niño se ponía de nuevo en pie. El estruendo despertó a Diara que aterrorizada buscó a su hermano, contemplando como aquella enorme bala negra surcaba el aire dirección a Tafari. El grito de pánico de la niña resonó en todo el barco, abriendo mucho los ojos cuando vio el cuerpo de Tafari volar por el cielo y caer hacia el mar. No pudo evitar que todo su diminuto cuerpo temblara como si tuviera espasmos y la oscuridad regresó a ella permitiéndole un poco de descanso.

AÑO 1767

Juan de la Cruz estaba sentado pensando en su vida. El revólver tenía la pólvora cargada con el cañón hacia abajo aferrado con su mano diestra. Miraba aquella botella del líquido ámbar que esa noche no se serviría para mantener la mente fría. Otra vez de noche, otra vez la oscuridad que le perseguía sin dejar apaciguar su intranquilo corazón, y sin embargo, era el momento ansiado del día. Cuando el astro sol estaba en el cielo, ocupaba su mente con todo el trabajo de la tierra, combatiendo contra plagas y sequías para dejarle a su hijo el mayor legado posible, incapaz de ofrecerle nada más que una inmensa fortuna. Diego, su pequeño, cuánto tiempo sin verle y hablar con él en una de aquellas conversaciones llenas de preguntas que muchas veces no podía responder por su corta edad. Añoraba aquellos tiempos en los que fue inmensamente feliz junto a Lucía. Aunque la noche le producía un intenso tormento perturbando el descanso que se había acostumbrado a no tener, era el momento preciado. Durante unos segundos, antes de que la tormenta de recuerdos y remordimientos se desatara en los sueños, podía contemplar de nuevo su bello rostro y aquella sonrisa que le enamoró desde el inicio de aquel matrimonio pactado que durante años le hizo completamente feliz, por lo menos, hasta que llegó aquella dichosa orden real que le proponía viajar hasta África para servir al monarca, por lo que sería recompensado con más títulos y oro ¿Había merecido la pena? Por supuesto que no, lo había perdido todo. El día que llegó la carta fue la primera vez que abofeteó a su amada esposa, y la imagen de su labio con aquel filo de sangre le perseguiría hasta la muerte.

Observó de nuevo aquel líquido resplandeciente, deseoso de ahogar sus penas en aquella bebida que le haría sentir menos dolor, o al menos no recordar nada al día siguiente. Sin embargo, viajó de nuevo a aquella tierra que se lo quitó todo. De nuevo, sentado en la mesa de la que fue su vivienda en tierras extranjeras, conversaba con Lucien sobre los siguientes pasos a dar. No se acordaba de lo que hablaron, había pasado mucho tiempo, pero sí de la llegada de Lucía, hermosa con aquella barriga que había ensanchado sus

caderas y aumentado sus pechos. Recordaba cómo había servido los platos sentándose a su izquierda, y cómo dentro de su enferma mente, se desataron los celos por cada sonrisa y contacto piel con piel que dedicó a Lucien ¡Oh Dios! ¿Por qué había reaccionado así? ¿Qué le llevó a pensar que ambos le engañaban? Siempre confió en Lucien, incapaz de traicionar su confianza. Había dudado por un breve instante de él, ese segundo que le llevó a pensar que ambos yacían juntos, pagando toda su furia con Lucía, criada como una perfecta dama que jamás cometería adulterio aunque su corazón amara a otro. Por culpa de aquellos celos, del demonio que poseyó su cuerpo, cuando cerró la puerta despidiendo a su fiel amigo le dio la primera patada derribándola al suelo. Se sentó encima de ella y apretó su cuello. Al recordarlo, no pudo evitar frotarse la sien de nuevo, recordando los ojos de pánico de Lucía, que sin entender nada, intentaba sin conseguirlo quitar las manos de su cuello, a la vez que cogía bocanadas de aire para poder seguir respirando. Solo la sangre de su entrepierna fue lo que le hizo parar aquel día. Con la primera patada, justo bajo su tripa, había desprendido la bolsa que contenía la criatura provocando que la niña tuviera que nacer antes de tiempo. Lloró desconsolado al recordar las prisas por llamar al médico de aquella fortaleza improvisada que era su hogar, y la cara de miedo de Diego cuando el doctor cerró la puerta de la habitación para atender a Lucía. Aquel silencio, atípico en un parto donde las mujeres rugían de dolor, fue lo que le hizo saber que alguna de las dos no saldría con vida, o quizás ambas.

Se arrepentía de haber pagado toda su frustración y remordimientos con la pequeña. Cuando el médico salió informando que solo pudo salvar a la niña, una ira se apoderó de él queriendo matar a la pequeña que había sesgado la vida de Lucía, sin comprender que él mismo provocó todo aquello y no aquella pequeña criatura que luchó por seguir en este mundo. Fue Lucien quién no le permitió entrar en la habitación ni llorar en el cuerpo inerte de su esposa, y desde entonces la mejor compañera que tenía era aquella botella transparente cuando vaciaba todo el líquido ámbar que guardaba escrupulosamente en su interior. Se había negado a conocerla durante toda una semana, hasta que cuando reaccionó era demasiado tarde porque ya no estaba.

Diego, su pequeño Diego. Aún recordaba los ojos de odio tras entender que su hermana, la misma que cuidó con tanto mimo mientras él estaba inmerso en el dolor y la locura, ya no estaba en la cuna. Ellos habían capturado a aquellas mujeres del poblado, llevándolas hasta su casa. Ellos habían provocado aquel ataque que costaba la vida a muchos hombres, desatando la furia de aquellos salvajes, y su pobre hijo, su noble hijo, había vivido en primer lugar la lección de que todas las personas no eran gratas. Aquella zorra negra se había llevado a la pequeña sin pensar en que si no fuera por su pequeño hubiera sufrido el mismo destino que sus compañeras, saciando el ego masculino de las tropas. Sin embargo, no le había importado y había huido con la pequeña, provocando que por primera vez reaccionara y partiera en la persecución que le devolvería a su hija, a la que por primera vez, sentía unas intensas ganas de conocer. Demasiado tarde, supo tras dos días en los que persiguieron aquellos salvajes adentrándose en el interior de la selva, hasta que aquel crío que no tendría más de cuatro años tuvo la brillante idea, pese a lo pequeño que era, de herir las patas de sus monturas con aquellas flechas, impidiendo así que pudieran seguir a aquellos hombres que robaban a su pequeña.

Así había perdido a sus dos hijos. Aquella niña estaría muerta, devorada por aquellos salvajes que no tenían ni un ápice de humanidad en su sangre. Su querido Diego, no quiso volver con él a casa, prefiriendo partir con Lucien a nuevas tierras, teniéndole como un padre olvidando que era solo él su sangre ¿Cómo oponerse después de lo que hizo? No podía, y pese al dolor de su alma aceptó sin protestar cuando Lucien le dijo que se llevaba a Diego con él y que le cuidaría como un hijo. Sin duda, estaba mejor en compañía de su amigo, porque cuando llegaba la noche los recuerdos le hacían ser de nuevo una bestia, incapaz de poder criar a su hijo sumido en sus propios remordimientos. Le debía al menos eso, una infancia feliz al lado de su mejor amigo, que le trataría como si fuera su hijo, sin importarle que por sus venas no corriera su misma sangre. Sabía que le había perdido para siempre, desde aquel primer bofetón que provocó aquel hilo de sangre en la comisura de los labios de Lucía.

Cogió el revólver situándolo en su sien pensando en apretar el gatillo. No

merecía seguir en este mundo. Tendría que viajar hasta el infierno y darle cuenta al demonio de sus actos, porque sabía perfectamente que todo lo que hizo no le dejaría lugar al lado del Creador, a pesar de ser benévolo con sus hijos y perdonar a los pecadores. No, debía hacerlo y permanecer en limbo curando todos sus pecados. Sus esfuerzos por redimirse y enmendar su terrible error no dieron sus frutos, a pesar de dejar en cada rincón de África un hombre que siguiera el rastro de su hija. Se lo había prometido a Lucía, en todas aquellas apariciones, divinas o de su atormentada mente, que le suplicaban que buscara a la niña. El paso del tiempo y los años solo confirmaron sus peores sospechas, que no eran otras que entender que la pequeña había servido de alimento a aquellos negros peor que las fieras, que seguramente, salvajes como eran, comerían carne humana al igual que los animales, o al menos, eso contaban las leyendas.

No lo pensó más y puso de nuevo el arma en su sien. No, no iba a beber aquel líquido antes de quitarse la vida. Por una vez en su vida, iba a enfrentar sus pecados sobrio. Por última vez, divisó la imagen de Lucía, aquel espectro que movía la cabeza exigiendo, suplicando, que siguiera buscando, pero sabía que no era ella, sino el recuerdo de una imagen que le perseguía atormentándole conocedor de sus pecados. Los golpes de la puerta impidieron que apretara el gatillo, y escondió el arma detrás del sillón donde permanecía sentado antes de dejar entrar a la persona que interrumpía su decisión. Encolerizado, dio paso a aquel invitado inesperado que daba al traste con sus planes de poner fin a su sufrimiento. Quizás era lo que quería el Señor, que siguiera pagando por todas aquellas decisiones erróneas que le perseguirían hasta el fin de sus días.

- Disculpe la interrupción patrón...- dijo el capataz en el umbral de la puerta.
- ¿Por qué me molestas, Ramírez?- respondió molesto- Creo haber dado la orden de que no se me molestara aunque esta hacienda se consumiera por las llamas del infierno.
- Disculpe mi atrevimiento patrón- respondió el hombre calmado. Llevabamuch tiempo al lado del patrón y le conocía a la perfección- Pero creo que las noticias que os traigo es algo que lleváis años esperando.

Juan le miró por un momento sorprendido. Sólo había una noticia en el mundo que le podría hacer cambiar su decisión.

- Esta mañana llegó el correo. Disculpe que no se lo haya dicho antes, pero con la plaga...
- Está bien Ramírez, vaya al grano.
- Hemos recibido una carta de uno de los hombres que mantiene en África. Al parecer, hace meses llegó al puerto de Tánger un barco que transportaba esclavos. Entre ellos, un médico que fue llamado para que subiera a bordo jura que había una niña blanca.
- Mi hija...- dijo para sí en alto mientras frotaba su mentón.
- ¿Quién más si no, patrón?- respondió el hombre- Al parecer el navío se dirigía a tierras americanas, donde el mercado de esclavos está más cotizado.

Juan se levantó del sillón y comenzó a pasear de un lado a otro, olvidando que detrás del sillón en el suelo, estaba el revólver cargado que momentos antes había presionado contra su sien.

- Si se dirige a América, sólo se me ocurre dos sitios donde podría desembarcar: Cuba y Luisiana.
- Lo mismo pensé yo patrón porque la embarcación es Española. Ambos sitios es donde aquel barco podrá vender la carga que llevará a buen seguro en la bodega.
- En Luisiana tengo a Lucien...- se quedó por un momento pensativo- ¡Está bien, Ramírez! Hay que fletar un barco, nos vamos a Cuba. Enviaremos también una carta urgente a Lucien para que esté pendiente por si el barco arriba en Luisiana. Prepare todo lo antes posible, todo mi equipaje y los hombres más fieros y de confianza que nos sean fieles. Promételes buenos dineros si me ayudan en esta empresa.
- ¿Y la hacienda patrón?

Juan anduvo hasta situarse delante del hombre, un fiel capataz que le miraba con esperanza para que por fin reaccionara. Posó su mano en el hombro de aquel fiel compañero, antes de dirigirse de nuevo a él.

- Para eso te tengo a ti, Ramírez. Estoy convencido de que en mi

ausencia,harás todo lo posible por mantenerla en la misma situación, o quizás mejor, de lo que la tenemos ahora. Si muero, trabajarás para Diego. El hombre asintió y dejó solo a Juan. Anduvo despacio hacia la chimenea en cuyo borde se encontraba la botella. Tras sostenerla en sus manos y contemplarla por última vez, la lanzó contra la pared de aquel agujero ennegrecido por las llamas que estaban apagadas. Cuando giró el rostro, la silueta de Lucía se le hizo más visible y por primera vez en su vida suspiró satisfecho. Lucía, su amada Lucía, le sonreía.

19

Diara entró en aquella bodega donde sólo encontraría a su padre, el último que faltaba por salir del barco. Poco a poco, aquellos hombres habían ido vendiendo al resto de su pueblo y su corazón estaba desolado. Aquel viaje quedaría grabado en su mente como un duro golpe que, a tan pequeña edad, la hacía ser más madura que el resto de niños con aquella tierna infancia. Echaba mucho de menos a Tafari, tanto que esperaba la llegada de la noche con la esperanza de que su fiel compañero estuviera contemplando las mismas estrellas que ella. Una certeza albergaba en su alma, y era que su hermano no había perecido con la caída del acantilado. Era fuerte, muy fuerte, más incluso que su padre que desde que habían iniciado aquel largo viaje por mar parecía haberse rendido, sobre todo después del incidente producido meses atrás con Sharik, que casi le cuesta la vida. Quizás, pensaba la pequeña, hubiera sido mucho mejor que abandonara esta tierra y viajara al País de Heli y Yoyo.

La noche que comenzó aquel infierno, la bajaron a la bodega igual que al resto. Todavía sentía las punzadas de dolor, lo débil que fue sin poder hacer sonar aquel maldito cuerno. Si ella hubiera cumplido con la única misión que le dio su padre, seguramente las cosas hubieran sido distintas: su madre no hubiera muerto, suplicando a Tafari con la mirada que le quitara la vida antes de sentir la vergüenza, o al menos esas eran las palabras que pronunciaba una y otra vez su padre preso en aquella bodega, encerrado como los animales. Tafari no hubiera volado por los aires, separándose de ella, y lo que ocurrió después, eso...jamás hubiera acontecido.

Como si fuera el primer día recordó el golpe cuando la soltaron en el suelo, al lado de Ashauti. Mantenía la mirada baja, incapaz de mirar los ojos del hombre ante la vergüenza que sintió al no poder hacer sonar el cuerno. Le había fallado, lo sabía y aquel dolor subía por todo su cuerpo, manteniéndola en este mundo sin ganas de vivir. Había sido la primera vez que su padre confiaba en ella, y le había fallado, demasiado débil para soplar un maldito cuerno que la castigó sin emitir el sonido anhelado para avisarlos. Los tres cortos años que llevaba en este mundo, había soñado con que Ashauti la quisiera igual que al resto de sus hijos. Aunque pequeña, no era ilusa, y sabía el motivo del rechazo: tenía la piel de distinto color que el resto. Además, después de su debilidad, sabía que todo este tiempo el jefe de la tribu había llevado razón, porque además de tener la piel de otro color era una débil cobarde que había fallado cuando confiaron en ella, y le provocaba una terrible desazón en el alma. Estaba enervada con ella misma, se odiaba ¡Oh, sí cuánto se odiaba!

Quince veces salió la luna antes de la primera parada. Tras dos días sin sentir el movimiento de las olas, cuando comenzó el balanceo del barco supieron que no llegaron a su destino. No les vigilaban, no hacía falta, encadenados como estaban a aquellos grilletes que ni siquiera la fuerza de su padre lograría romper. Por un instante, tras armarse de valor para levantar por primera vez la mirada, contempló a lo que quedaba de la familia. Sharik y Siomara parecían fuertes todavía, Niara mantenía una expresión de odio en su cara, similar a la que a veces mostraba Tafari, Tanisha no dejaba de tener los ojos aguados, intentando contener las lágrimas, como ella, y su padre, su padre tenía una expresión de derrota en la cara que jamás había visto antes. En ese instante, fue cuando se cruzó por primera vez con la mirada del padre. Con las mejillas rojas y compungida, bajó la mirada al suelo de inmediato. Ashauti se arrastró por el suelo todo lo que le dejaron las cadenas acercándose a ella, y tras acariciar su rostro en aquella caricia que le hizo derramar las lágrimas, no pudo evitar sollozar, aunque momentos antes se propuso ser valiente.

- Debes de ser fuerte Diara- le susurró dulcemente comprobando como por las mejillas comenzaban a caerle las lágrimas- Levanta la cabeza, hija,

aún no han terminado con nosotros.

- No puedo padre, la vergüenza me perseguirá para siempre ¡No pude hacersonar el cuerno!- gritó por primera vez mirando fijamente a su padre por un instante, bajando de nuevo la cabeza al suelo.
- Diara...- intentó hablar. Tragó saliva y con el dedo levantó la barbilla de laniña haciendo que le mirase- No es el cuerno por lo que estamos aquí encadenados. Aunque hubiera sonado, nada hubiéramos podido hacer más que someternos a la voluntad de Gueno.
- ¡No sonó!- repitió desesperada cogiéndose las rodillas.
- No esperaba que pudieras, Diara. Te di el cuerno para mantenerte a salvo, escondida entre aquella maleza...Ni siquiera a ti he podido protegerte- se lamentó el hombre en un susurro.

Tras un suspiro resignado, habló de nuevo tragando saliva para contener las lágrimas y no ser débil delante de sus hijos. Era todo lo que les quedaba, no podía mostrar que estaba tan derrotado como ellos. Dedicó una mirada rápida a todos y sintió un gran dolor.

- Mira Diara- prosiguió- a Sharik le costó mucho tiempo hacer sonar el cuerno, y Niara y Tanisha tampoco pueden aún- los niños asintieron mirando a su hermana, que aunque no lo fuera de sangre, lo era de alma.
- ¿Qué vamos a hacer padre?- intervino Tanisha.
- De momento nada podemos hacer que no sea esperar. Volvemos a estar en alta mar, y aunque consiguiéramos soltarnos, no tenemos donde huir.
- Pero algo haremos tarde o temprano ¿Verdad padre?- preguntó Sharik. Ashauti fue consciente de que todos los que quedaban del poblado, incluidos sus hijos, le estaban mirando con un hilo de esperanza.
- Por supuesto, pero tendremos que esperar a que llegue el momento. Guenoproveerá, tened fe.

Había permanecido con ellos hasta que encontró a Marcelo Ribera, uno de aquellos hombres que se ocupó de ella. Aún recordaba abrir los ojos y contemplar los suyos negros observándola mientras dormía, sufriendo aquella pesadilla donde Tafari regresaba con la cabeza abierta tras golpearse en la roca. Después, aquel maldito cuerno se empeñaba en no sonar, y Tafari, completamente ensangrentado, la repudiaba por cobarde, por no ser una guerrera como él. Aquella noche, cuando abrió los ojos llenos de lágrimas,

Marcelo la consoló entre sus brazos, y desde entonces era su protector en el barco, incluso aquel día que recibió el latigazo y aquel odioso capitán casi la tira por la borda.

Marcelo se acercó hasta ella que miraba a la gente del puerto olvidando sus recuerdos. Posó su mano en el hombro de la pequeña y lo apretó con fuerza.

- Ha llegado el momento Diara, sólo queda tu padre. El capitán va a bajarle diez minutos, pero tengo su permiso para que te despidas de él.

Diara se abrazó al hombre, incapaz de contener las lágrimas. Aquel marinero la cuidaba como si fuera parte de su familia. La había enseñado a hablar aquel idioma, exigido por el capitán para que no se comunicaran en su propia lengua tras el incidente de Sharik, vendido muchos días atrás junto a Tanisha en aquel lugar llamado La Habana, y ahora le daba el consuelo de poder despedirse de Ashauti, que aparecía encadenado en la cubierta del barco, algo más delgado que cuando vivía libre, consumido por la pena de ir comprobando como se llevaban uno a uno a sus hijos. Diara corrió desesperada para fundirse en el último abrazo. Pocos eran los que había recibido de aquel hombre, pero siempre guardaría en su memoria aquel primer abrazo desde el asalto, cuando por fin la tomó entre sus brazos feliz por encontrarla, y pudo sentir los fuertes latidos de su corazón. Abrazada de nuevo a él, se quedó memorizando el olor de su piel, para guardarlo en lo más profundo de su ser, hasta que, contra su voluntad, en el aire, Ashauti le tendió de nuevo en los brazos de Marcelo.

- Cuide de ella, por favor. Es alguien muy especial- le rogó al hombre con aquel acento de no saber bien la lengua todavía.

- Como si fuera mi propia hija.

Aquellas palabras consolaron a un derrotado Ashauti que comenzó a andar arrastrando los pies, en un intento de mantenerse junto a la pequeña. Diara lloró tras el primer empujón, y en los brazos de Marcelo, ambos se dirigieron hasta la barandilla del barco para contemplar la escena.

Subido en un cajón de madera, Diara sintió de nuevo el odio que subía por su pequeño cuerpo. Le habían roto aquella camisa roída dejando al descubierto

su musculoso pecho, aunque no estuviera tan fuerte como antaño. Como si de la venta de un animal se tratara, cogieron su mentón mostrando a los compradores sus dientes blancos, señal de que tenía buena salud. No pudo evitar taparse los oídos cuando todos aquellos blancos gritaban ofreciendo el papel verde que desconocía, aunque Marcelo ya le había explicado que se llamaba dinero. Todo terminó cuando aquel hombre apuesto se acercó y le dio al capitán el dinero. Iba vestido de un tono beis y llevaba sombrero y botas hasta la rodilla.

- Para montar a caballo- le susurró Marcelo- Parece un buen hombre, no llevalátigo como el resto.

Diara asintió con pena. No podía evitar llorar, a pesar de intentar ser fuerte, tal y como les enseñaban de pequeños. Contempló cómo aquel hombre que esperaba paciente a que le entregaran su adquisición, dejaba que el joven cogiera la cadena, llevando a Ashauti lejos de ella con un paso pesadoso y derrotado. Jamás había visto así a su padre. Decidida, gritó en su lengua a pesar de que le habían prohibido que la vieran.

- ¡Ato do bae! ¡Ato do bae!⁸- rugió con fuerza, para repetirlo después en aquel idioma que había aprendido en la travesía- ¡Beberé su sangre! ¡Beberé su sangre!

Ashauti la miró por un instante y asintió orgulloso de la pequeña, aunque dudaba de que pudiera llevar a cabo la venganza. Sólo pudo rezar a Gueno para que la dejase ser feliz en esta tierra.

Diara contempló al joven sintiendo un escalofrío cuando sus miradas se encontraron en aquel puerto.

Antonio de Ulloa terminó de redactar la nueva ley. Tras estampar el membrete que lo hacía legal, se levantó de la mesa y se encaminó hasta el mueble para servirse una copa de su mejor vino. Hacía siete meses que llegó a Luisiana y aún retumbaban en sus oídos los abucheos de todos aquellos nobles franceses que se acercaron hasta el puerto para recibirle sin honores. Desde la cubierta del barco, todavía se observaba contemplando al populacho descontento, sin apenas conocerle de nada, que le juzgaban como al peor de los canallas. Estaba acostumbrado, no era la primera vez que era impopular, como cuando tuvo que bregar con los trabajadores de las minas, pero se sabía de carácter fuerte, y no iba a doblegar su voluntad solo por estar bien mirado entre aquellos franceses que ponían constantemente a la corona española en peligro, vendiendo todas aquellas armas al enemigo. Como hombre culto, había logrado muchos éxitos que le brindaron la oportunidad que ahora tenía, no en vano, había sido el fundador del Estudio y Gabinete de Historia Natural y miembro honorífico de Reales Academias extranjeras. Bebió de un trago el líquido, saboreándolo con triunfo, y dirigiéndose a la mesa de nuevo, tomó entre sus manos el pergamino, leyéndolo por última vez. Aquel documento era la primera lección que daría a aquellos franceses. El comercio quedaría restringido tan solo a seis puertos peninsulares, en una forma de controlar mejor por los soldados el contrabando, y sólo le quedaba prohibir el comercio y la entrega de armas con los indios. Las arcas mermarían, pero tenía preparada la misiva que enviaría a la metrópoli para exigir una ayuda económica.

Dejó la carta de nuevo en la mesa antes de llamar a su secretario y acudir a aquella cita que había estado esperando toda la semana. Desde que había llegado a Luisiana y conoció a Francisca Melchora Rosa Ramírez de Laredo y Encalada, hija del conde San Javier y Casa Laredo, se había enamorado de ella. Por las noticias que tenía, su barco estaba arribando procedente de Lima. En cuanto descansara un poco de tan largo viaje, ambos se desposarían formando al fin la familia que antes no pudo tener debido a sus obligaciones. Esperaba pasar allí bastante tiempo, en un entorno estable donde poder envejecer junto a la dama. Terminó de enrollar el pergamino, y llamó a su secretario con la campana. Al cabo de un instante, el hombre enjuto y

encorvado llamó a la puerta. Era cierto que aquel personaje no era en nada agraciado, incluso algo jorobado, pero había servido a todos los gobernadores con excelentes ideas que, si bien no le preocupaba escuchar, haría tan solo su voluntad. Dominic entró haciendo una reverencia. De todos los gobernadores, era el que más problemas provocaba en el territorio, claro que también era el primer gobernador español. Tan solo esperaba que si en el futuro había otros, fueran más inteligentes que este pretencioso que no se atenía a razones.

- Lleve esta nota a mis archivos privados después de hacer copias para que se repartan por cada plaza y plantación adinerada de estas tierras. No quiero que nadie pueda alegar que no conocía las nuevas leyes que en el pergamino están escritas. Desde hoy, queda prohibida la venta de armas a los indios y solo funcionarán seis puertos, altamente vigilados- informó al hombre que dibujó una delgada línea en sus ojos.
- Con su permiso, Señor Gobernador...- quiso responder el secretario. Antonio movió la mano en el aire invitándole a hacerlo- Lo que proponéis, aunque sea acertado, levantará la ira de los terratenientes, acostumbrados en tratos con los indígenas. Llevamos años comerciando con ellos, y no verán con buenos ojos el cambio.
- Los franceses nunca pensáis en el futuro y así os ha ido- rió Antonio provocando una mirada de recelo en Dominic, que se sintió ofendido- No llevan años comerciando con los indios, les están surtiendo de armas que en un futuro pueden disparar pólvora contra nuestra propia gente. España no gobierna tantos territorios en América por enriquecerse a costa de abastecer a un enemigo que el día menos pensado puede ponerse en su contra- Miró por un instante al secretario que por un momento dudaba en su razonamiento- Por suerte- añadió- La corona gobierna este territorio, y se hará mi voluntad ¿Estamos de acuerdo, querido amigo?- preguntó con ironía.
- Como siempre se hará lo que el gobernador ordene, aunque si me permite un último consejo, antes de promulgar esta nueva ley debería consultarla con Lucien Bellamy. Es el terrateniente más respetado de toda Nueva Orleans y su ayuda le beneficiaría.
- No pienso escudarme en ese hombre para que me obedezcan, si no ¿Quién mandaría en estas tierras, él o yo?- Respondió con la mirada llena de

ira Ahora, Dominic, obedezca mis órdenes, deseo que esto esté resuelto antes de mi enlace.

Dominic se inclinó de nuevo y tomó el pergamino que el gobernador le entregó en mano. Era consciente de que ese hombre que no atendía razones podía causar una revuelta en la zona. Los terratenientes franceses no aceptarían que cambiaran sus costumbres de esa manera. Durante años se habían enriquecido comerciando con los indios de la zona. Incluso alguno, mantenía como concubina a alguna india ofrecida por el intercambio de alguna otra cosa, un pago exigido que los indígenas no veían con buenos ojos reacios a mezclar su sangre con la de aquellos invasores. No les había quedado más remedio que aceptarlo.

Recorrió el largo pasillo del edificio gubernamental pensativo. Aquella orden que llevaba en la mano iba a desatar una gran tormenta ¿ Pero qué podía hacer? Nada, absolutamente nada, tan solo rezar para que Lucien Bellamy apaciguara los ánimos de sus compatriotas.

21

Lucien terminó de limpiarse la boca con la servilleta, y tras despedirse de su ahijado y de Isabel, los dejó sentados a la mesa. Recorriendo el pasillo para bajar las escaleras y encaminarse a la puerta, no pudo evitar sentirse incómodo por las constantes miradas que le mostraba la joven. Era cierto que era bella, muy bella, y por eso, y la insistencia de Diego, había aceptado el matrimonio. Le parecía una joven coqueta que le gustaban demasiado los hombres para estar unida para siempre a uno. Sin embargo, quería otorgarle algo de confianza. Quizás, simplemente era que la juventud de su cabeza le hacía llevar a cabo todos esos actos descarados que comenzaban a exasperarle. Sin lugar a dudas, cuando resolviera algunos de los problemas más urgentes, tendría que mantener una conversación con aquella muchacha que bien podría ser su hija.

Antes de salir se colocó el sombrero, y tomando el bastón que le gustaba llevar para demostrar quién mandaba en aquella plantación, mucho más grande ahora que se había unido a la de los Usía, era de su propiedad. Los padres de Isabel habían regresado a Córdoba. El viaje y la manutención de

excesos que desde ahora llevara aquella pareja, correrían a su cargo. Por eso, en contra de su voluntad, mantenían como invitada a Isabel bajo las mismas paredes que Diego, custodiados siempre por una mujer que hacía de acompañante de la dama para evitar las malas lenguas. Estaba tranquilo, Diego era demasiado joven para saber como conquistarla, y parecía que Isabel no tenía gran interés en él. Pero sí, pensaba para sus adentros, la conversación pendiente tendría que acontecer cuanto antes.

El esclavo le trajo la montura hasta la puerta y Lucien abandonó por un momento sus pensamientos. De un salto, se subió al caballo y tras un leve espoleo, cabalgó hasta el cobertizo alejado donde, firmemente encadenado, mantenía con vida a la última adquisición que había comprado en el puerto y que le costó un gran desembolso. Era consciente de que no necesitaba más esclavos, y aquellas compras se las dejaba siempre al capataz. Esta vez había sido distinto porque en cuanto le vio, aunque algo más demacrado que la última vez, le había reconocido.

Ashauti se puso en pie en cuanto le vio entrar. Con los músculos tensos, intentó dar un paso hasta llegar a su cuello, pero las cadenas se lo impidieron. Si alguna vez aquel hombre le causó respeto y admiración, todo había cambiado cuando asaltaron el poblado. Por su culpa, muchas mujeres habían muerto quitándose ellas mismas la vida para no sufrir la vergüenza con las familias. Allí, en aquel asalto para recuperarlas, había conseguido a Diara, que ahora ya no estaba, como el resto de su familia. Ese primer ataque fue el que provocó toda la debacle, dando alas a los blancos para poder capturar a su pueblo, igual que si fueran animales. Lucien anduvo hasta situarse en frente de Ashauti.

- Nos volvemos a encontrar, viejo amigo- dijo en su idioma. Ashauti prefirió cambiar a la nueva lengua para que aquel personaje no mancillara más sus costumbres.
- Hace mucho que dejamos de ser amigos, Lucien Bellamy- respondió en español sorprendiendo al francés que decidió volver al castellano- Desde que atacasteis mi aldea.
- Por entonces Ashauti, era tan solo un soldado que recibía órdenes, al

igual que tus guerreros te obedecían. No busques culpables, pues el ataque fue culpa tuya. Si no te hubieses negado delante del general a entregarle las ovejas que te pedía, jamás hubieras provocado su ira.

- Era un trato injusto. Entregarle dos tercios de mi ganado hubiese supuesto el hambre en mi pueblo. Sin embargo, decidisteis asaltarnos y robar a nuestras mujeres junto con los animales.
- Como te he dicho, era un soldado que recibía órdenes. No he venido aquí para recordar aquello que no me causa honor. Sin embargo, cuando asesinasteis a tantos de mis hombres para recuperarlas, te llevaste algo.

Ashauti sonrió por un momento, recobrando la dignidad que todo este tiempo había perdido. Sin quererlo, su amada Shauri les había hecho pagar por todo el dolor que hicieron sufrir a su pueblo.

- Nada que no robarais primero Lucien. Vosotros arrebatasteis el honor a aquellas mujeres, que se vieron obligadas a partir al País de Heli y Yoyo antes de tiempo incapaces de soportar la vergüenza. Era justo que nos lleváramos algo a cambio- respondió sonriente. Lucien apretó los puños.
- ¿Dónde está la niña?- elevó la voz.
- Es una pregunta con la que tendrás que convivir el resto de tu vida.

Lucien dio una zancada hasta Ashauti y le lanzó un puñetazo que impactó en la nariz del hombre, que comenzó a sangrar. El fulani permaneció de pie, sin tambalearse, sonriendo como llevaba haciendo desde que se inició la conversación.

- Veo que no vas a atender a razones si no te cuento lo que pasará de agraviarme. He venido aquí para sellar la paz que algún día tuvimos. Eres un simple esclavo, y en este lado del océano las cosas son distintas a las que conociste. A mi modo de ver, solo te quedan dos opciones: seguir sufriendo, porque créeme que tarde o temprano me dirás lo que ocurrió con la niña, o ayudarme y llevar lo que te queda de vida en paz, en un cometido que tengo para ti.
- La niña está muerta- respondió cínicamente. Lucien le observó dubitativo y sonrió.
- No te creo.
- ¡Vamos Lucien, sabes que digo la verdad! Era una niña blanca, pequeña

ydébil ¿De verdad crees que sobreviviría en la selva?

Ashauti se sintió complacido cuando escrutó su rostro atormentado. Había plantado la semilla de la duda en su alma, y jamás le contaría que su pequeña Diara, a la que echaba de menos al igual que al resto de sus hijos, había sobrevivido a todas las vicisitudes que se les habían presentado desde que Shauri se la llevó de aquella fortaleza entre sus brazos.

- ¡Entonces eres culpable de condenar a una pequeña niña inocente a muerte!gritó Lucien.
- Estás en lo cierto. Aquella criatura era igual de inocente que todos los niñosde mi pueblo a los que dejasteis huérfanos ¿Acaso piensas que la vida de aquella niña valía más que la de mis hijos, que la de los niños de mi pueblo?

Lucien paseó acariciando su barba. Aquella injusticia del general asolando aquella aldea al no entregarle el ganado, había sido una barbarie. No había remedio, aquello había acontecido hacía tiempo y no se podía regresar al pasado para cambiar las cosas. Cuando vio a Ashauti, mantuvo la esperanza de que la pequeña sobreviviera, pero ahora que el africano le confirmaba sus sospechas, nada podía hacer. Lo importante era la seguridad de Diego, y no merecía la pena remover más el pasado.

- Me imagino que aunque preso sigues siendo un buen fulani- cambió el tercio sorprendiendo a Ashauti.
- Seré fulani hasta que me muera- respondió con orgullo.
- Entonces, si no estoy errado, mantienes tus tradiciones, como la que diceque si alguien salva la vida de un fulani, éste tendrá que velar por él hasta que devuelva el favor ¿No?
- Eso dicen mis leyes, pero que yo recuerde no me ha salvado nadie. Hemeaquí- dijo mostrando sus cadenas- encerrado y atado peor que los animalesLucien no dejó que le diera pena.
- Es cierto, a ti no te ha salvado nadie, pero a tu esposa Shauri sí. Dime unacosa ¿Qué pasa si la persona salvada no puede saldar esa deuda de honor?
- Recae en la familia.
- Y como puedes ver- dijo moviendo los brazos en el aire mostrando

queestaban solos- Aquí no hay nadie más de tu familia, por lo que te corresponde a ti saldar esa deuda.

- Nadie salvó a Shauri excepto mi pueblo.
- Te equivocas de nuevo, Ashauti. Como bien has dicho antes, cuando hasregresado al pasado, todas las mujeres del poblado murieron por la deshonra que cargaban a sus espaldas, todas menos una, Shauri- dejó unos segundos para que el africano razonase- ¿Y a qué se debió que no corriese la misma fortuna que el resto? Te lo diré: a mi ahijado Diego, que se empeñó en sacarla y separarla del resto haciéndola su protegida ¿Te acuerdas de él, Ashauti?
- El niño.
- Me satisface que te acuerdes de él. Diego está ahora a mi cargo, y temo por su vida. Es mi único heredero, y he de reconocer que, aunque pocos, tengo enemigos. Quiero que te hagas cargo de su sombra, no en vano estás en deuda con él.

Ashauti se quedó pensativo por unos instantes. Lucien llevaba razón. Su esposa ya le había contado cómo aquel niño entró en mitad de la noche impidiendo que la hicieran daño, cuando aquel soldado borracho había roto la tela que cubría sus pechos queriendo beber de ellos. Shauri estaba muerta, jamás podría devolverle el favor al muchacho. Aún recordaba a aquel crío en el suelo, aferrando fuerte el cuerpo de Diara antes de que su esposa se lo arrebatase de las manos, y como la mujer le había impedido matarlo. Sonrió de nuevo.

- Shauri ya pagó su deuda. Cuando la encontré me impidió degollar al pequeño. No le debe nada.

Lucien palideció. Era incapaz de conseguir su objetivo. Se le había olvidado que Ashauti siempre se caracterizaba por ser bastante ágil en la palabra y poseer gran intuición e inteligencia. Paseó arriba y abajo pensativo seguido por los ojos del hombre negro.

- Voy a hacer un trato contigo Ashauti ¿Si consigo reunirte de nuevo con tus hijos, cambiarás tu vida por la de Diego, protegiéndole aunque te cueste la muerte?- el francés divisó un rayo de esperanza en el africano- ¿Lo harías si comienzo a buscar a tus hijos, se los compro a sus dueños, y los

traigo junto a ti a esta tierra, que será el hogar de todos?

- No puede lograrlo. A Sharik y Tanisha los vendieron en Cuba, según medijeron. Niara fue vendida antes que yo. Los demás están muertos- susurró bajando por primera vez la cabeza desde el encuentro.
- Empecemos por Niara ¿Si consigo traerla, me ayudarás y olvidarás el pasado, viejo amigo?- suplicó al fin posando la mano en el hombro del negro. - Consigue a mi hija y te serviré fiel.

Lucien sonrió por fin, y tras apretar el hombro del hombre, se marchó del cobertizo con paso decidido. Afortunadamente había estado presente en el puerto el día que los vendieron, y sabía perfectamente quién había comprado a la niña. Aquel rufián le pediría una buena suma de dinero, y algún que otro negocio entre ambos, pero sabía perfectamente que todo valía la pena por mantener protegido a Diego ¿Y quién mejor que Ashauti para hacerlo? Un hombre con honor, que lo máspreciado con lo que contaba era su palabra.

Ashauti contempló como Lucien desaparecía por la puerta. Estaba lleno de esperanza. Quizás aquel francés, que siempre le pareció un hombre correcto, fuera capaz de reunir a su familia. De momento se había guardado aquel as en la manga, evitando contarle la verdad sobre Diara, a salvo al cuidado de Marcelo, un buen hombre blanco, de los pocos que había conocido en aquella mísera existencia como esclavo. Si Lucien conseguía reunir al resto de sus hijos, le diría la verdad para que buscara también a Diara. Sus pensamientos se interrumpieron cuando Lucien regresó de nuevo.

- Ashauti una cosa más- se dirigió a él desde la puerta- No le cuentes a Diego quién eres ni que eres fulani, o créeme si te digo que te matará.

Emiliano Zapata contempló a aquella mujer dormir. Admiró sus amplias caderas y sus enormes pechos apretados contra el lecho. Momentos antes, recorría cada parte de su cuerpo con las manos y saboreaba uno de sus pezones. Sí, estaba decidido a no surcar más lo mares, abandonando esa vida solitaria que cada vez le parecía más dura. Tenía dinero de sobra. Con los negros que trajo de Senegal, vendiéndolos a un alto precio, más lo que consiguiera sacar por “El Brillo del Oro”, tendría una vejez feliz al lado de la cubana.

Se levantó con cuidado de no despertarla y se vistió de nuevo. Se puso las botas, cogió el sombrero que le resguardaba de los rayos de sol y enfiló sus pasos hasta el puerto para despedirse de su barco antes de que el nuevo dueño tomara posesión de lo que, hasta ahora, había sido una buena vida a pesar de todo. El puerto comenzaba con el primer bullicio de la mañana, donde los marineros se encargaban de guardar en las bodegas todos los víveres para afrontar el viaje por mar. Allí, como siempre, varios de sus antiguos hombres cargaban las bodegas de su antigua posesión. Con el trato de la venta del barco, habían ido todos aquellos marineros compañeros de batallas que quisieron seguir surcando los mares, bajo el mandato de un nuevo capitán, que trataba con esclavos sin tener que cambiar mucho sus vidas. Saludó con el brazo levantado a alguno de ellos, y tras señalar con el dedo la rampa que llevaba a cubierta, a modo de pedir permiso en un barco que ya no era suyo, recibió el asentimiento de los hombres que le daban paso hasta la cubierta que tantas veces había pisado. Una vez arriba, aspiró de nuevo aquel salitre que inundaba los pulmones. No lo repetiría más veces, y todo el mar que vería a partir de ahora serían las olas del mar rompiendo contra los acantilados de las playas que no pensaba dejar de pisar, en ese contacto con el mar que tanto necesitaba. Quizás, si Dios quería perdonarle por sus pecados, algún día llevaría a sus propios hijos a pasear manchando los dedos de sus pies con aquella arena fina.

Recorrió todo el barco, posando su dedo por cada rincón de la madera que algún día fue suya. Por última vez, entró en su camarote y miró por la ventana. Sus cosas ya no estaban, pero aquel olor peculiar a madera húmeda

impregnaba toda la estancia. Cerró la puerta con un suspiro, encaminándose hacia las bodegas, donde sus hombres dejaron por un instante el trasiego de bultos que hábilmente apilaban para que ocuparan el menor espacio posible. Cuando regresaran, aquella bodega estaría repleta de hombres negros con los que sacar buenos dineros. En un impulso, se acercó hasta las cadenas que no hacía mucho habían mantenido cautivos la carga. Todavía mantenían algunos restos de sangre de la muchacha. Siomara, recordaba que se llamaba. Aquel color carmesí mezclado con el óxido anaranjado de las cadenas, le hizo regresar a aquellos días.

La niña blanca campaba a sus anchas por todo el barco. Jamás debió permitirlo, pero Marcelo se había encariñado con ella y no pudo por menos que concederle el deseo de cuidar de la niña. Le debía a aquel amigo la vida. Durante todo el tiempo que viajaron juntos a lo largo de los siete mares, se convertía en su mano derecha cuando clavó la espada a aquel hombre con el que jugaba a cartas y que, tras descubrir la trampa, le acorraló en el suelo hasta el punto de que aquel mal nacido le iba a clavar el cuchillo en la garganta, y por un momento, cuando vio toda aquella sangre caerle en la cara, pensó que le había herido a pesar de no sentir ningún dolor. Pero no, la sangre era del mismo canalla atravesado por la espada de Marcelo, el único que había tenido agallas de defenderle en aquel primer viaje tras la compra del barco, donde todavía era ingenuo y joven sin un nombre temido por todos, como ocurrió con el paso de los años. Marcelo se había quedado prendado de la niña, y no pudo negarle que hiciera con ella lo que le diera la gana. El resultado había sido tener revoloteando como un pájaro libre en el aire a aquella niña por todo el barco. Tenía que reconocerle el mérito, pues tan pequeña, bonita y graciosa había conquistado el corazón de más de uno de sus hombres, y por qué no reconocerlo ahora, incluso el suyo por breves instantes.

Emiliano era originario de Alicante. Desde niño, la noche de San Juan era de las más importantes para él, una forma de mantenerse unido con un pasado que quedaba muy lejano. De origen pagano, como cada 23 de junio, sus hombres y él mismo subían a la cubierta para sentarse alrededor de una pequeña hoguera con cánticos y alcohol. Esa noche, cuando el alcohol

comenzó a ser parte de sus venas, echó de menos a la hembra que quería para aquel viaje, y la entropierna le obligó a buscarle una sustituta sin lamentarse por la pérdida. Bajó medio mareado a la bodega, y su primera mirada fue para aquella niña que se la recordaba. Pero no, no le llenaría su hombría, con apenas dos pequeños bultos incipientes que en nada llenarían su boca. Fue entonces cuando vio a su presa, un poco menos agraciada que ella pero con dos enormes bultos que saciarían su paladar. Se acercó hasta ella, y en una pequeña lucha donde aquel muchacho imbécil intentó defenderla, lo que le acarreo una patada en la boca, se la llevó a su camarote para yacer con ella.

Aún recordaba salivando el placer de su cuerpo. Centímetro a centímetro, lo recorrió entero saboreando aquella piel morena y joven, disfrutando cuando ella le clavaba las uñas para intentar defenderse, otorgando a su entropierna aún más placer, embistiéndola con fuerza, una y otra vez hasta que todo el lívido escapó desenfrenado aliviando el dolor que sentía en su miembro.

Volvió a por ella la siguiente noche, y exclamó un grito de ira cuando la halló con la garganta cortada y el cuchillo a sus pies. Aquella estúpida que la noche antes fue forzada, había conseguido un puñal y ella misma se había quitado la vida. A golpes con todos, intentó que le dijeran quién le había dado el arma, teniendo una ligera sospecha, que solo faltaba confirmar si alguien cantaba. Pero aquellos negros eran duros, y a pesar de los golpes y patadas que recibieron, no habló ninguno, ni siquiera el mocoso que parecía más débil de todos. Fue entonces cuando tomó al joven que defendió a la muchacha por el cuello, y tras soltar las cadenas, le subió a la cubierta para darle los azotes que tanto merecía. La pequeña Diara le dedicó una mirada de odio, refugiada tras las piernas de Marcelo. Dejaron al descubierto la espalda del muchacho, Sharik le parecía recordar que se llamaba. El castigo, cien latigazos que le daría sin contemplaciones, en una forma de liberarse de toda la ira que sentía. Aquel castigo le dejaría magullado y dolorido, con las carnes al aire, pero no lo suficiente como matar a un joven fuerte. Aún quería sacar dinero por ellos, y de momento ya había perdido a dos negros, sin contar a aquel pequeño del acantilado que salió disparado en el aire y no pudo atrapar.

El primer latigazo le llenó de satisfacción cuando el joven gritó. Le golpeó

fuerte, dejando una raya bien marcada en su asqueroso cuerpo. Estaba dispuesto a llevar a cabo el segundo cuando aquella pequeña estúpida mocosa se interpuso en el camino, sufriendo ella el latigazo en el costado que la derribó en el suelo. Echo una furia, caminó con grandes zancadas hasta coger su cuerpo dolorido entre su brazo y la cintura, dispuesto a arrojar de una vez por todas a esa estúpida por la borda. Cuando llegó, un grupo de hombres se le enfrentaron ofendiendo su orgullo, pero sin más remedio que dejarla de nuevo en los brazos de Marcelo que se la llevó a su propio camarote, ocupando y manchando su ropaje, para curarla. Tenía que reconocer que pagó toda la frustración con aquel muchacho, ensañándose con su cuerpo. Ahí descubrió que eran hombres fuertes, pues a pesar de quedar medio muerto se recuperó y pudo venderlo, sacando mucho más dinero por ellos tras conocer su fortaleza. En la Habana se había deshecho de él aumentando los rumores de que había sobrevivido a cien fuertes latigazos con los que cualquier otro hubiera perecido. Su primera venta, la de él y la de aquel mocoso que parecía más débil que el resto sacando mucho más oro del que había supuesto, tras las pujas por el primero. Cinco más de aquellos negros y puso rumbo a Luisiana donde vendería el resto, con la idea de deshacerse de aquella pequeña estúpida que había puesto en contra a todos sus hombres.

Aquella venganza quedó en nada en cuanto arribaron al nuevo puerto. En mitad de la venta del resto del pueblo, Marcelo entró en su camarote con una petición: que le vendiera a la niña y regresar a Venezuela. Por un momento lo sopesó, y al final transigió al comprender que de una vez por todas saldaba la deuda que años atrás adquirió con el que había sido su mano derecha. Una última petición le suplicó, y era que dejara que se despidiera del padre, el último al que vendería para llevarse todos los beneficios para el solo. El acuerdo con los hombres era repartir todo a medias menos una pieza, y la mejor la había dejado para el final para sus ganancias íntegras. Así que, por no discutir más, dejó que aquella niña blanca se despidiera del negro que por supuesto no era su padre, sintiendo tentaciones de decirle a esa estúpida cría que no era su sangre. Todavía resonaban en su cabeza la amenaza de Diara, cuando gritó a su padre que bebería su sangre. No pudo evitar reír de nuevo ¿Cómo pensaba hacerlo? Era una cría pequeña a la que la vida castigaría por ir contra su raza, creyéndose uno más de aquellos indígenas que no valían

nada más que para trabajar, al igual que hacen los bueyes que aran los campos.

Se despidió del barco subiendo de nuevo a cubierta y dejando atrás todos aquellos recuerdos que pensaba olvidar para ser feliz junto a su cubana. Tras despedirse de los hombres, bajó de nuevo a tierra para enfilarse el camino de vuelta. Antes de llegar a casa le llevaría a su amante un bonito sombrero, para acudir luego a la playa y bañar sus pies de aquella arena. Una ráfaga de brisa casi le hace perder el sombrero, y aquella sonrisa por saber cómo cumpliría la promesa la niña se le borró de repente, con una sensación extraña. Solo esperaba no haberse confundido y arrepentirse de no haberla lanzado por la borda para que se uniera a los peces del fondo del mar.

Tafari terminó sudoroso y con el cuerpo bañado de sangre. A sus pies, los tres leones que se habían adentrado en el pueblo abandonaban el color amarillento de su piel que se teñía del rojo de la sangre. Uno de ellos emitía su último rugido antes de suspirar de nuevo para abandonar esta tierra. Giró entonces su cuerpo envainando la espada, dirigiendo sus pasos a la puerta de la iglesia donde permanecían todos escondidos. Estaban en completo silencio, tal y como les había ordenado cuando vio entrar a aquellos felinos que de haber podido, hubieran saciado su hambre con muchos de aquellos niños, algunos muy pequeños.

Llevaba tiempo con ellos y había llegado la hora de continuar su camino, en un intento por liberar a su pueblo y encontrar a Diara. La última vez que la había visto, fue en brazos de aquel canalla que la llevaba hasta el barco, donde su padre no tenía escapatoria. Todavía soñaba con la mirada de su dulce madre, la mujer que más amaba en este mundo después de Diara, suplicando que acabase con su vida antes de que la deshonra de ser mancillada manchara su cuerpo suave. Por un momento sintió por primera vez miedo, pero sabía que tenía que hacerlo. Con el pulso tembloroso, como jamás había tenido, colocó la última flecha consciente de que no tenía margen para errar. Antes de disparar, se dedicaron una última mirada, y sus dedos hicieron el resto. Con gran pesar y tristeza, vio volar aquella flecha directa a su objetivo, dando justo en mitad de la frente de su madre quitándole la vida. Tras ello, el estruendo que hizo que sus pies saltaran antes de que aquella bola negra acabara con el acantilado, observando pasar su vida por delante mientras caía al agua.

Tres días más tarde abrió los ojos encontrándose con la mirada de aquel misionero. El padre Perico le había salvado de una muerte segura al encontrarle entre las rocas la mañana que salió a pescar. Le llevó hasta aquel refugio donde los únicos compañeros que tenían eran niños como él, además de un médico y una enfermera, y sanaron sus heridas del cuerpo, porque las del alma eran demasiado profundas y la venganza llegaría tarde o temprano.

El padre Perico hizo salir a los niños fuera, evitando que vieran la sangre de los leones los más pequeños, que luego llenarían la noche de gritos y llantos por los sueños. Dos de los mayores, se acercaron hasta aquellos animales lanzándole una mirada de respeto a Tafari, que no se llevaba bien con ninguno temido por todos. Sintió la mano del misionero que le dedicó una sonrisa, y juntos caminaron hasta la cabaña donde habitaba el anciano. Tras ofrecerle un poco de agua, le sentó en la silla y rodeó la mesa para sentarse frente a él, no sin antes quitarle la espada manchada y decirle a la enfermera que la guardara tras limpiarla. Tafari supo que llegaba una de aquellas conversaciones donde todo este tiempo aquel misionero había tratado de convencerle.

- Bien hecho muchacho, has salvado a todos- le sonrió el misionero.
- Pero me he llevado vidas que su Dios puso en esta tierra- le respondió Tafari en tono jocosos. Gracias al padre Perico había aprendido a hablar a la perfección el español, algo que necesitaba si quería ir a rescatar a su familia.
- A veces muchacho, es necesario. No pienso que hallamos ofendido a Dios por mandarle a tres de sus leones al Paraíso eterno. Sin duda, lo comprenderá- se disculpó el hombre mientras sacaba un sobre del cajón. Miró de nuevo sonriente a Tafari- Como te dije en su día, creo que Dios me llevó a encontrarte entre las rocas del mar con vida por alguna razón Tafari. Durante mucho tiempo pensé que era para defendernos, pero puesto que estás empeñado en seguir tu camino en busca de los tuyos, pienso que puede ser otra bien distinta.

Tafari miró al hombre con aquel brillo que daba miedo. Era consciente de que sin duda debía su vida al hombre, pero no estaba dispuesto a que le disuadieran de su destino. Había aguantado algo más de un año en aquel pequeño oasis tras la tormenta, en una forma de sanar sus heridas, hacerse más fuerte y aprender la lengua. Ahora que lo había conseguido, ni siquiera el padre Perico, al que tenía estima, le detendría. Sin embargo, no dijo nada aguardando a que el anciano se explicara.

- Nos has sido muy útil Tafari, y quizás eso era parte del designio de Dios para encontrarte. Gracias a tu ayuda, podremos defendernos de las

fieras por tus aprendizajes, que nos van a ser muy útiles. No voy a retenerte, pues temo que sería en balde. Ambos sabemos que nos abandonarías en mitad de la noche y que no puedo vigilarte constantemente- suspiró tomando aliento- Sin embargo, debo pedirte algo más antes de que partas a través del viaje peligroso que deseas hacer por el mar.

- Llevo tiempo esperando, no puedo retrasarme más. Cuanto más tiempo pase, más me costará encontrar a los míos.
- Entiendo tus motivos, pero solo tienes el nombre del barco. Vestido comovas, además del color de tu piel, no llegarás lejos, créeme. No obstante, estoy dispuesto a ayudarte en esa travesía que deseas emprender. Solo un favor a cambio, es todo lo que te pido.
- Dígame padre entonces que es lo que espera de mí- se resignó el niño. Perico llevaba razón y, pese a su orgullo herido de guerrero, tenía que reconocer que necesitaba ayuda.
- Hace meses recibí una carta de un viejo amigo. Se llama Juan de la Cruz y en estos momentos está llegando al puerto de Tánger. Desde hace tiempo recibió noticias de que su hija perdida sigue viva, y como tú, también quiere encontrarla para reunir a su familia antes de partir al paraíso.
- No veo en qué puedo ser útil- protestó Tafari.
- Necesito que le lleves una carta que te escribiré para él. En ella le cuento las últimas averiguaciones que he logrado reunir de la niña, y el nombre del barco en que se la llevaron. Sé que tardarás un poco más desviándote del camino, pero a cambio te hará pasar por su esclavo y sufragará los gastos que te lleven al otro lado del mar, a ese continente desconocido para ti donde habitan ahora los tuyos.
- ¡Jamás recibiré órdenes de un blanco! ¿Esclavo, está usted bien de la cabeza?- se levantó Tafari golpeando fuerte la mesa. El fulgor de su mirada provocó un temblor en el misionero que intentó disimular.
- Puede que no sea el mejor de los planes, pero es el único que tienes Tafari. Seamos realistas hijo- prosiguió convincente bordeando la mesa hasta llegar a la altura del muchacho, posando sus manos en los hombros del niño para calmar su ira- Sólo no llegarás lejos. De sobra conozco tu valentía, pero apenas eres un niño a manos de los hombres blancos. Sin protección, y a pesar que de sobra sé que te defenderías con valentía,

estarás muerto antes de encontrar a los tuyos, y créeme que no deseo tan cruel destino para ti.

Tafari calmó su ira. Seguramente, aquel buen hombre llevaba razón, a pesar de que no le gustara reconocerlo. Se zafó de las manos del misionero dirigiéndose a la puerta. El hombre le miró derrotado, incapaz de creer que le había convencido. Todo el tiempo que llevaban juntos, aprendió a reconocer en el niño una fuerza sobre humana. A veces, tras los sucesos con algunos compañeros mayores que al principio osaron reírse de él, pensó que había sacado de las fauces de la muerte al mismísimo diablo, pero el amor que sentía por su familia, en especial por aquella pequeña de la que tanto le contaba historias, supo que no podía ser verdad, incapaz como era el diablo de amar a nadie. Antes de salir, el niño se giró de nuevo para su alivio.

- Está bien, seguiré sus instrucciones. Solo déjele claro a ese blanco en su carta que no soy su esclavo, y que si intenta engañarme yo mismo acabaré con él.
- Juan es un buen hombre que tiene el mismo objetivo que tu Tafari. Incluso es probable que Dios os haya unido por algo o por alguien.
- Espero que esté en lo cierto, porque si no la muerte de ese hombre recaerá en su conciencia.

24

AÑO 1768

Esperaron agazapados en el suelo al amparo de la noche que les protegería, evitando ser vistos. En cuanto la pequeña les diera la señal, se rebelarían contra aquel hipócrita hacendado que era su padre. Miró por un instante al lado norte de la hacienda comprobando que su lugarteniente Francisco Mina estaba preparado. Después, comprobó el lado este donde el otro vigilante dormitaba como de costumbre, y donde María Valentina levantó el pulgar indicando que todo estaba bien. Por fin iba a vengarse de su padre, de aquella querida a la que llamaba esposa y de todos los que le maltrataron durante ese tiempo olvidando que por sus venas corría la misma sangre que la del patrón.

Durante años Marcelo y él habían crecido felices, sin importar que uno fuera

blanco y otro mulato. Eran los tiempos en los que su propia madre convivía feliz con su padre, ajenos a todos los reproches de miradas de los vecinos terratenientes. El día que Dios se llevó a su madre al cielo, fue cuando cambió todo. Al principio, continuó viviendo en la casa junto a su padre y hermano. La madre de Marcelo había muerto muchos años atrás, mucho antes de que él naciera, cuando su medio hermano era tan solo un bebé. Todo seguía normal, disfrutando del cariño del padre, hasta que apareció ella, que metida en su cama y calentándole la entrepierna, había doblegado la voluntad del hombre, siendo una marioneta a su merced.

Aquella arpía, llamada Mercedes Escribano, originaria de Caracas y viuda de Don Alfonso Serrano, se encaprichó pronto de Marcelo, obligándole a partir en aquel barco que un joven capitán había comprado separándoles hasta hacía poco, hasta que regresó con aquella pequeña que ahora esperaba el momento propicio para mostrar la señal. Desde entonces, le habían tratado como un esclavo, al igual que al resto de compañeros, viviendo una pesadilla llena de maltratos cada vez que les apetecía, porque en la hacienda no hacía falta ninguna excusa para sacar el látigo de su funda. Aún le entristecía el primer castigo que recibió metido en aquella caja estrecha al lado de la caldera.

Durante horas, suplicó a su padre piedad, recordándole que era su hijo, sin que sirviera de nada. Recordaba aquel calor insoportable que casi le quemaba la piel, y como casi dejó de respirar, asfixiado sin encontrar aquella bocanada de aire que tanto necesitaba. Tras dos días eternos, el capataz le sacó de allí escupiéndole cuando se arrastraba por el suelo. Pero ahora, todo aquello quedaba atrás y se encargaría de darle su merecido a todos. Si no lo había hecho antes, fue por Marcelo. Ahora que aquellas fiebres se lo habían llevado, ya no tenía ninguna excusa para posponerlo y lograr la ansiada libertad. Después de allí, armaría una revuelta donde liberar a cada negro de cada hacienda.

Diara tardaba un poco, seguramente porque alguien seguía despierto en la casa. Desde que la había conocido, se encariñó con ella, aunque al principio no le hiciera gracia tenerla. Cuando su hermano llegó con ella, lo primero que pensó es que era su sobrina. Poco a poco, mientras Marcelo le contaba la

historia de la pequeña, fue abriendo enormemente los ojos. No era normal que una niña blanca se criara en medio de la selva con un pueblo africano. Definitivamente se enamoró de ella tras la muerte de su hermano.

Dormía plácidamente en el barracón junto a sus compañeros cuando sintió la respiración de alguien. Sobre saltado, abrió los ojos y la encontró allí, con los ojos humedecidos y estrujando un paño que reconoció de su hermano. Antes de que pudiera decir nada, la niña se metió en la cama y se abrazó a él, comenzando un sollozo que le partió el alma.

- ¿Qué haces aquí, Diara? Si el patrón te encuentra, o peor aún, la bruja de sumujer, te meterás en un buen lío.
- No puedo dormir, he tenido un sueño.
- Tienes que regresar a la casa, antes de que se den cuenta de que has desaparecido.
- Marcelo siempre me abrazaba cuando tenía aquel mal sueño, pero ahora no está y tengo miedo.

No tuvo fuerzas para echarla, y durmieron juntos toda la noche, sin apenas moverse aferrado a aquella niña blanca. Por la mañana, aquella bruja entró y la sacó de los pelos, arrastrándola por el suelo sin que pudiera mover ni un solo dedo, tan solo apretar los puños fuerte para calmar su ira. Salió de la barraca, y formados en fila como acostumbraba la dueña para que todos fueran testigo de lo que ocurría si alguien desobedecía, sentó a la pequeña en sus rodillas y tras rasgar sus vestiduras comenzó a darle golpes en el trasero. Aquella vez fue la primera vez que comprobó la fortaleza de la pequeña, que a pesar de las ampollas y heridas que dejaron en su trasero, no lloró en ningún momento, apretando fuerte los puños. Después de aquello, incluso estuvo metida en la misma cámara que él, al lado de las calderas, pero todas las noches, con voluntad fuerte, regresaba a su cama para dormir con él. Guillermo sabía que era porque le recordaba a su hermano, o al menos, el niño que se crió junto a ella. Diara siempre le hablaba de él, de lo fuerte y valiente que era. Realmente era una pena no tenerle allí en aquellos momentos donde tanto se jugaban. La luz del candil, dio la señal de alarma y dejó atrás sus recuerdos.

Los cuchillos degollaron a los vigilantes antes de que pudieran hacer nada. Guillermo hizo la señal y el grupo de diez esclavos corrió hacia la casa pequeña donde dormía el capataz junto a los hombres que su padre tenía contratados. Sin hacer ruido, fue demasiado tarde para ellos cuando les oyeron, y todos murieron. No pudo evitar mostrar una sonrisa cuando el capataz le contempló con la mirada de asombro. Sin dudarlo, atravesó el corazón del hombre que quedó muerto al instante. Aguardaron unos minutos para que Francisco Mina y María Valentina se unieran a ellos, y corrieron hacia la gran casa para acabar con el resto.

Todo estaba en silencio, tal y como planearon. Recorrieron la entrada hasta llegar a las escaleras que llevaban hasta la planta alta. Por el camino, esclavos negros que trabajaban en la cocina, se fueron uniendo. Antes de subir, María Valentina abrió las puertas de la gran sala encontrando al mayordomo atado y amordazado en ropa interior. Se acercó hasta él y le dio un puntapié. Aunque del mismo tono negro, aquel imbécil había sido el chivato del patrón, delatando a muchos que perecieron a causa de las heridas de los castigos infringidos. Ella misma había tenido que soportar como vendían a sus hijos tras una brillante sugerencia de aquel traidor. Cogió el machete, pero antes de que le cortara el cuello, Guillermo la detuvo.

- No asesinamos a los nuestros, aunque sean unos traidores como este perrosusurró a la mujer que por un instante dudó, apretando el filo contra su cuello que comenzó a emanar un hilo de sangre- María Valentina...

La mujer le pegó una patada en el costado y se unió a la fila que llevaba a las habitaciones. Luego tendría que buscar a Diara que si había seguido el plan tal y como se lo había explicado, se hallaría escondida hasta que pasara el peligro. En silencio, llegaron hasta las puertas de madera que separaban la alcoba de su padre del pasillo. Ya no importaba que les vieran, solo quedaban los dos y quería mirarles a la cara para que supieran quién les atacaba, para que lo último que vieran fuera su rostro antes de morir. Ordenó encender una lámpara de aceite y no pudo evitar abrir la boca como el resto cuando encontraron a Diara sentada encima de la cama llena de sangre.

- Lo siento Guillermo, tu padre se ha ido al infierno- pronunció con

ojoschispeantes.

Se quedaron admirando a la pequeña que se puso en pie y caminó hacia la puerta sin decir nada más. Encima del lecho, aquella arpía llamada Mercedes Escribano se revolvía intentando librarse de la cuerda que ataba sus manos. Con un pañuelo en la boca, sus palabras eran inteligibles. Guillermo anduvo hasta ella, y tras colgarla de su hombro como cuando llevaba carga, bajó las escaleras para ir fuera. Tenía preparado un peor destino para ella. Admirado por todos, incluida la pequeña blanca que seguía tiñendo su cuerpo de barro para parecer morena, mezclado con la sangre que cubría su cuerpo tras degollar a su padre, abrió la puerta de aquella caja donde tantas veces sufrió el castigo, y lanzando a su madrastra en ella, le quitó la mordaza y cerró la puerta. Desgraciadamente no había tiempo para que sufriera como ellos, porque pronto tendrían que alejarse para evitar ser perseguidos por los vecinos blancos que pronto darían la voz de alarma. Francisco Mina le acercó la antorcha prendida, y quemó la caja. Los gritos de la mujer no tardaron en romper el silencio de la noche. Estaba hecho, la venganza consumada y como único testigo aquel mayordomo negro que contaría sus hazañas, y al que le aguardaba la muerte como represalia por parte de los blancos. Tomó a la niña de la mano, y todos juntos se fueron hacia las montañas de Ocoyta. Comenzaba la leyenda del cimarrón Guillermo Ribas⁹.

Diego se sentó debajo de la sombra del árbol abriendo el libro que tan intrigado le tenía. Tras él, aquel negro fuerte y musculoso que se convertía en su sombra, sin dejarle un segundo solo, algo que le empezaba a molestar demasiado. Ojeó el título del capítulo, mirando de reojo al fulani al que no tenía aprecio, asqueado por la imposición de Lucien para que cuidara de él. Desde entonces, se enfrentaba al francés constantemente, a veces sintiéndose culpable de tratarle así. Quizás, estaba comenzando a hacerse un hombre con las hormonas revolucionadas, lo que le hacía estar furioso todo el tiempo. Tener cerca a Isabel, en otro tiempo mucho más alta que él y a la que cada vez amaba menos, desilusionado por la mala persona que era, contribuía a que cada vez estuviera más furioso con la vida. Tan solo Niara, aquella fulani hija de su sombra, era la que le hacía sentirse mejor, con sonrisas tiernas y amables que cada vez necesitaba tener más cerca, aunque aún no comprendía por qué.

Por un instante, cruzó la mirada con el hombre, que se mantenía erguido. Todavía recordaba lo imbécil que se sintió cuando Lucien le compró en el puerto. En ese tiempo, no se había percatado que pertenecía a la tribu que más odiaba en el mundo entero, la misma que le había arrebatado de las manos a su pequeña hermana, que ahora poblaría los cielos pese a las ilusiones. Desde entonces, y para ser sincero, odiaba a todos los negros, a pesar de que su corazón se empeñara en buscar a Niara siempre que podía.

Recordó el día que Lucien le mandó llamar al despacho. Recorría el largo pasillo cuando se cruzó con Isabel, que ni siquiera se dignó a ofrecerle un saludo. Aquel día pudo comprobar que era más alto que ella, y aunque ya no le importaba tanto, deseaba hacerse todo un hombre, esperaba que fuerte y apuesto, para que el día que cayera rendida a sus pies, humillarla de la misma forma que llevaba sufriendo él ¡Oh, sí! Algo tenía claro, y es que aquella joven sería su esposa para bien o para mal, consciente que esta vida daba muchas vueltas y que conseguiría la revancha, haciéndola pagar por cada mirada descocada que había lanzado a Lucien. Lo que más le consolaba, era su rostro indignado cuando entendía que el hombre no la hacía ni el menor caso, produciendo una sonrisa de triunfo en su persona.

Aguardó a la espera tras llamar a la puerta, y cuando escuchó la voz de su padrino abrió las hojas de madera. De pie encontró a Lucien que no le miraba, sumido en la lectura de una carta que había recibido. A su lado, aquel alto negro que volvía a tener la melena suficiente para trenzar su pelo. Por un momento, Diego le contempló con la mirada aguada, y apretando los puños comenzó una carrera hacia el hombre para asfixiarle con sus propias manos, justo antes de que Lucien le detuviera cogiéndole por la cintura.

- ¡Suéltame Lucien, voy a matar a ese perro fulani!- gritó mientras pataleaba en el aire- ¡Juro por mi madre que voy a matarle!

El francés sujetó fuerte al muchacho indicando con la mirada a Ashauti que tomara asiento. Aquel negro, para indignación de Diego, no mostraba el menor temor ante la amenaza. Intentando zafarse de Lucien, contempló indignado como tomaba asiento.

- ¿Puedo soltarte sin que montes un numerito, querido?- le susurró al oído. Tras otro pequeño forcejeó, asintió- Entonces voy a soltarte y quiero que tomes asiento junto al fulani, si es que es posible que pueda explicarte su presencia en mis dependencias.

Diego refunfuñó para sí y siguió las órdenes de Lucien. Retiró la silla de mala gana, y separándose del hombre, tomó asiento sin dejar de mirarle de reojo, aguardando a que Lucien se sentara al otro lado del escritorio. Apoyando los codos en la mesa para sujetar la barbilla, el francés le miró fijamente antes de carraspear para comenzar a hablar.

- Te presento a Ashauti, jefe de la tribu de los fulani a la que hicimos prisioneros- Lucien aguardó un momento comprobando como su ahijado cerraba fuerte los puños.

- Te recuerdo que este cobarde se llevó a mi hermana y casi me matarerecordó el muchacho con tono calmado.

- Soy consciente de ello, querido Diego. No voy a admitir que tienes derecho a estar molesto, e incluso reconozco tu derecho a acabar con su vida, pero eran otros tiempos y hay que dejar atrás el pasado.

- ¿¡Qué!?- le interrumpió el muchacho dando un puñetazo en la mesa- Nopienso permitirte que le defiendas. Debe morir, igual que...- No pudo

terminar y arrancó en un sollozo que no pudo controlar, a pesar de sus intentos.

- Cálmate Diego. Si me dejas proseguir, quizás lo entiendas- Lucien aguardó un momento a que se calmara para proseguir con la explicación- Tienes derecho a sentirte defraudado, pero si este hombre sigue con vida es por tu propio bien. De sobra sabes que algunos enemigos, tanto franceses como españoles, quieren mis tierras, y eres mi único heredero. Ashauti está aquí para protegerte. Es el pacto al que llegamos tras recuperar a Niara, su hija, que si bien es tan solo una parte, pronto estaré en disposición de cumplir el resto- dijo mirando al africano que asintió.

- ¿Y quieres que me proteja el hombre que mató a mi hermana, sin importarle que fuera tan solo un bebé?- protestó el muchacho que sin darse cuenta lanzó un escupitajo al hombre, que tranquilamente se limpió el rostro.

- ¡Cuida tus modales mocoso!- se levantó encolerizado Lucien. Tras mirar el rostro de su ahijado, que parecía sufrir sinceramente, prosiguió más calmado, sentándose otra vez en la silla- Diara no murió Diego, sigue viva.

Ambos interlocutores abrieron mucho los ojos. Ashauti se quedaba sin su as en la manga. No sabía cómo, pero Lucien tenía información de la pequeña, algo que por otro lado le alegró.

- Esta carta es de tu padre. Ha llegado un poco tarde, porque todos sabemos como funciona el correo. En ella me explica que consiguió noticias de la niña, vista en un barco de esclavos rumbo a América. Ahora mismo, se halla en Cuba intentando conseguir el paradero de la pequeña.

- Es el mismo barco que trajo a este...africano.

- Estás en lo cierto.

- Entonces.... ¡Aquella niña blanca que gritó cuando le compramos era...!

- Diara- habló por fin Ashauti. Ambos le miraron fijamente, esperando la confirmación. El africano suspiró decidido a contarle por fin todo lo sucedido desde que se llevó a la niña de aquella fortaleza, contemplando la mirada atenta de ambos- Criamos a Diara como a nuestra hija. Durante el tiempo que estuvo con nosotros creo que fue feliz. Cuando aquellos traficantes de esclavos nos apresaron, ella fue junto con todos. Tuvimos problemas en el camino, y por un momento estuvo a punto de morir

cuando aquel capitán quiso lanzarla al mar. Afortunadamente, Diara se hace querer y gran parte de la tripulación la tenía en alta estima, evitando que aquel canalla terminara con su vida. La última vez que la vi, fue cuando me vendieron.

- ¡Dios!- se desesperó Diego que comenzó a pasear por la sala- ¡La tuve delante de mí y no la reconocí! Esto es peor Lucien- afirmó mirando a su padrino, terriblemente angustiado- La encontramos para volver a perderla.

Ashauti se sintió débil por un momento. Tenía que reconocerle a Lucien, amigo en otro tiempo, que estaba cumpliendo su parte del trato. Si bien tan sólo había localizado a su hija Niara, el hombre hacía lo posible por encontrar el paradero del resto de sus hijos. Además, al igual que ellos, quería recuperar de nuevo a la pequeña. Por un momento carraspeó con la mano en la boca, reclamando la atención de ambos que fijaron sus miradas en él.

- Eso no es del todo cierto- pronunció al fin- Diara se encuentra con Marcelino Ribera. Es el marinero que se encargó de cuidarla tras mi venta, prometiéndome que la protegería como si fuera su hija. Ambos se encariñaron desde el principio, y parece un buen hombre. Si no recuerdo mal, Diara me dijo que era originario de Venezuela. Quizás puedas empezar con eso Lucien.

Tras aquella conversación, que parecía muy lejos, no habían avanzado nada y la única esperanza de tener noticias de Diara era mediante las pesquisas que llevara a cabo su padre, que si bien Lucien le aseguraba que había cambiado, Diego no las tenía todas consigo. Lo último que recordaba de él era que pasaba todo el día bebiendo, seguramente a causa de los remordimientos que esperaba no le dejaran dormir por la noche, tras todo lo que había ocurrido por su culpa, comenzando por la muerte de su madre.

Una silueta se situó delante de él y fue subiendo la mirada. Resignado y aburrido, suspiró de cansancio cuando Carlos Padilla le sonrió. De su brazo, la estúpida de Isabel, a la que poco a poco iba cogiendo manía consciente de que algún día sería su esposa, sonreía maliciosa. Se puso en pie mirando fijamente a ambos.

- Qué demonios quieres Carlos Padilla, hoy no estoy de humor para tus

bromas.

- Vaya, vaya, vaya, el niño no está de humor- rieron ambos- ¿Y qué vas a hacer Diego Bellamy? Quizás darme un puñetazo.
- Diego suspiró de nuevo exasperado. Tenía demasiadas cosas para tener que bregar ahora con aquel imbécil, envalentonado delante de Isabel y dos años mayor que él. Diego sabía perfectamente que le vencería con la espada, pero no estaba tan seguro de poderlo hacer todavía con los puños. Dio unos pasos hacia delante, y aquel joven le cortó de nuevo el paso propinándole un pequeño empujón que le hizo dar con su espalda en el tronco del árbol.
- ¡Quítate de en medio o...!
- ¿O qué Diego, vas a llamar a tu negro para que te defienda?- se burló de nuevo tras escupir al fulani.

Diego no pudo contenerse más y se lanzó contra Carlos para sorpresa de la pareja, asestándole un duro golpe con su cabeza que derribó al joven en la hierba. Sentado encima de él, comenzó a descargar toda la furia que llevaba dentro hasta que su labio comenzó a sangrar. Los gritos de Isabel resonaban en sus oídos, y su vestido quedó manchado de sangre. Diego se levantó y la miró enfurecido.

- ¡Esto es por tu culpa! Será mejor que no me enfades más Isabel, o te daré la primera paliza de tu vida, aunque no estemos aún casados.

No dijo nada más y se disponía a marcharse de allí cuando Carlos desenfundó su revólver. Diego se giró despacio, sonriente cuando comprobó que el fulani tenía el machete en el cuello del joven.

- Por la espalda, querido Carlos, no es de caballeros. Será mejor que le des el alma a mi negro, o juro que haré que te atravesara con el machete.

Esperó a que le diera el revólver, y sin decir nada más, regresó hacia la casa, feliz porque había conseguido una pequeña victoria. A partir de ahora, sería todo un hombre, de respeto aunque supusiera que le tuvieran miedo. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió de nuevo. Todo iba a salir bien. Juan pronto les daría noticias del paradero de Diara, Ashauti recuperaría a sus hijos, y todos, todos los días, podría hablar con Niara.

Con la mano en la frente oteó el horizonte comprobando que era cierto que la costa se veía, finalizando por fin tan largo viaje. Atrás habían quedado aquellos mareos que durante los primeros días le dejaron peor que un despojo humano, mientras todos aquellos marineros se burlaron de él. Claro, que en cuanto se había recuperado puso a cada cual en su sitio, reconociendo de nuevo la sangre hirviente en su cuerpo, algo que no había pasado desde que pasara más de año y medio con el padre Perico.

Tenía que reconocer que le echaba de menos. Aquel buen misionero ocupado de tantos niños perdidos, sin unos padres que buscar, crecían felices gracias a su bondad. Junto a aquel médico, que compartía el lecho con la enfermera, recogían a cualquier niño, ya fuera negro o blanco que encontrasen en el camino, otorgándoles una segunda oportunidad. Recordaba haber despertado con un fuerte dolor de cabeza cubierta por una venda. Cuando se la quitó, descubrió aquella cicatriz en mitad de la frente que le acompañaría siempre, recordándole la misión que Gueno le había destinado en este mundo. Sonrió mientras se acercaban a la costa, cada vez más visible, al recordar el susto que se dieron los tres mayores cuando llevó a cabo su ritual de iniciación, algo que no podía esperar a encontrar a los suyos porque si no jamás sería un verdadero guerrero fulani. No pudo evitar una carcajada al recordar la cara pálida de la enfermera, con los ojos bien abiertos al igual que los otros dos hombres, mientras el padre se santiguaba nombrando a todos sus santos. Tafari, echó para atrás su miembro dejando colgando solo el pellejo que en cientos de ocasiones cortaban en su tribu, y sin pensarlo dos veces, rasgó con su cuchillo la piel sobrante, provocando un inmenso reguero de sangre manchando aquella absurda ropa que llevaba puesta. No sintió dolor, no debía, porque si no demostraría solo lo cobarde que era.

En Tánger encontró a Juan de la Cruz. Como le había comentado el padre Perico, el hombre le reconocería nada más verle, quizás porque se desplazó a la ciudad ataviado como vestían en su pueblo, con aquella tela marrón de piel suave que tapaba su entrepierna y aquellos zapatos improvisados atados a los tobillos, con el torso desnudo lleno de collares de los colmillos de todos sus

trofeos. Por un momento, se miró divertido pensando en lo distinto que vestía ahora, con pantalones cortos, una camisa blanca y unos zapatos que protegían sus pies mucho más que los que llevaba antes. Había cambiado el arco y las flechas, que tenía bien escondidos en su camarote, por una tira que atravesaba su pecho portando una larga espada que el mismo Juan le enseñó a utilizar, y que había manchado de sangre meses antes atravesando las tripas de aquel imbécil que le desafió, intentando humillarle por el color de su piel.

Aún resonaban en su mente las risas que iniciaron la trifulca, con aquellos marineros blancos imitando a los monos. Recordaba que le llamaron perro negro, insultos que para él no tenían sentido, porque era cierto que existían en el mundo muchos canes de color negro. Sin embargo, aquel estúpido cometió un error. Recordaba estar divisando las estrellas con la esperanza que, donde fuera que estuviera, Diara contemplara el mismo cielo. Los ecos de aquella palabra, encendieron su sangre consciente de que no podría controlarse, como cuando aquel estúpido chamán osó contrariarle y cuyo cuerpo alimentaba a los peces del río. Cobarde, esa palabra sí que la entendía, y sin darse cuenta caminaba hasta el centro de la cubierta mientras todos se levantaban y le rodearon en un círculo. Fue entonces cuando desenfundó la espada, y antes de que se diera cuenta aquel bellaco y dos hombres más encontraron la muerte con sus tripas esparcidas por el suelo. Tras aquello, nadie más osó dirigirle la palabra, y mostraba una sonrisa de triunfo cada vez que se apartaban de su camino. Era cierto que desde entonces dormía con un ojo abierto, igual que hacía en la selva cuando por la noche salía en busca de las presas, pero nada hicieron esos cobardes que vieron en sus ojos al mismísimo demonio, o esa fue la explicación que le dio Juan.

Juan... Un buen hombre con el que no se quiso encariñar. Desde que le hizo cambiarse de ropa y tras el transcurso de los días donde ambos dialogaron bastante, había descubierto que buscaban a la misma niña. Aquel pobre hombre, quizás por no tener ningún amigo más en aquel viaje donde los hombres que le acompañaban permanecían fieles por las buenas monedas de oro que recibirían en cuanto el barco tomara tierra, se desahogó con él explicándole todas sus cuitas. Siendo una niña de pecho, unos salvajes secuestraron a la pequeña, que ahora era vista en un barco de esclavos negros.

Tafari supo entonces que ambos buscaban a Diara. Juan nunca sospechó que la niña que él buscaba era blanca, creyendo que quería hallar a su hermana negra. No le sacó de dudas, no le convenía. Aquel hombre le ayudaría a encontrarla, y cuando lo hiciera, le mataría sin ningún remordimiento. Jamás dejaría que se llevara a Diara lejos de él. Nunca.

El barco viró dirección al puerto y tuvo un hilo de esperanza. Primero encontraría a Diara, y después, cuando la niña estuviera a salvo, buscaría al resto. Comprobó el trasiego de aquel puerto, con personas de todos los colores y razas. A lo lejos, divisó aquellas casas tan distintas a sus tiendas de tela o a las que fabricaban con excrementos de animales cuando pasaban mucho más tiempo en un mismo sitio, algo menos habitual desde que aquellos blancos se llevaron a las mujeres de la aldea, muchas de ellas muertas. Giró por un momento el rostro divisando la silueta de Juan que, sonriente, se acercaba a él creyéndole su amigo, su salvador. Tafari le observó por un momento y asintió con la cabeza. Ese hombre moriría, lo tenía por cierto, porque no iba a permitir que se llevara lejos a Diara separándoles a ambos y porque tenía que vengar la muerte de todas las mujeres del pueblo deshonradas por los hombres blancos.

Cuando estuvo más cerca, Juan de la Cruz se quedó inmóvil por un momento, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo. El brillo en los ojos de Tafari daba miedo, y por primera vez desde que partieron de Tánger, comprobó que los rumores de los hombres eran ciertos: aquel niño de nueve o diez años parecía el mismísimo diablo.

27

Lucien recorrió la amplia calle. A su paso, decenas de comercios comenzaban con los ruidos de la mañana. Al fondo, el inmenso edificio de la ópera anunciando las nuevas actuaciones que sólo disfrutarían la alta aristocracia de Nueva Orleans. El trasiego de caballos era cada vez mayor, en aquel día soleado. Después de visitar a Antonio de Ulloa por última vez, partiría hacia La Habana, feliz por reencontrarse con su viejo amigo de batallas. Tan solo esperaba que aquel pobre hombre que perdió todo la felicidad estuviera

recuperado. No vio venir en qué momento perdió el norte, y aquello le provocaba una terrible culpabilidad por no haber podido evitar la tragedia. Por eso, seguramente, se había implicado con Diego, llevándole lejos de aquel padre que no era capaz de cuidarle. Por las líneas de su última carta, donde le explicaba que tenía información de Diara, mantenía un rayo de esperanza de que por fin encauzara su vida, aunque aquello supusiera separarse de Diego. Era lo que más temía, que Juan reclamara a su hijo, el mismo que Lucien quería como si fuera de su propia sangre. En el recuerdo, permanecía viva la imagen de Lucía, quizás la única mujer que amó en su vida aunque fuera un pecado. Jamás le había contado a aquella mujer sus sentimientos, en un intento de seguir siendo fiel a su compañero, al que realmente apreció. Todavía recordaba la rabia que sintió tras aquella paliza que acabó con su vida. Había llegado a su casa tras una agradable cena. Lucía estaba hermosa, con aquella inmensa barriga que anunciaba la nueva vida que pronto llegaría para alegrar la fortaleza. Las carreras de los hombres fue lo que le hizo pensar que algo no iba bien, y cuando divisó al médico volar hasta la casa de Juan se le hizo un nudo en el estómago presintiendo la tragedia. Nada pudo hacer por ella excepto impedir que Juan entrara en el parto. Lucía no quería verle, magullada y con morados alrededor de su cuerpo. Cuando el doctor dijo que no podría salvarlas a las dos, el mundo se le vino abajo y Lucía tomó su decisión. Por encima de todo quiso que su pequeña viviera, y aguantó sin gritar cuando el médico le hizo la incisión en la tripa para sacar a la pequeña, blanca y hermosa, ajena a todo el drama que estaba aconteciendo en aquella habitación. Sólo pudo despedirse de ella, en un susurro débil que le hizo prometerle que pondría a salvo a sus hijos de aquella bestia, promesa que aceptó porque llegaba el momento en el que partiría para el reino de los cielos. No pudo proteger a la pequeña, como le prometió, pero sí a Diego, y mantenía la esperanza de que con eso bastara.

Regresó al presente comprobando el trasiego de criados del edificio gubernamental que habitaba desde hacía dos años Antonio de Ulloa. En el patio cercado y custodiado por guardias, a través de la valla, se apreciaban decenas de carromatos donde muchos criados dejaban las posesiones que viajarían de regreso a España con la pareja. No había podido cumplir su parte del pacto, aunque lo había intentado. Aquel hombre, fuerte en sus principios,

cometía demasiados errores para permanecer en el cargo, y todo a pesar de los consejos que le brindó durante todo ese tiempo.

Le permitieron el paso y anduvo hasta la casa. Todo el esplendor que tuvo en otro tiempo permanecía en cajas a la espera de que el nuevo inquilino adornara de nuevo el interior de aquella mansión. Los únicos objetos que quedaban, y que eran tapados con sábanas, eran los que pertenecían a la corona, patrimonio de España. Arrodillada en el suelo, terminando de guardar las últimas piezas de la vajilla de porcelana, Francisca limpiaba con el dorso de la mano su frente perlada de sudor, anunciando que de nuevo sería un día caluroso. Al sentir la presencia de Lucien, se levantó del suelo manteniendo la mirada en una delgada línea en los ojos que, por cortesía, cambió de inmediato por una amable sonrisa. Lucien sabía perfectamente que no le tenía en alta estima, sobre todo después de haberla arrebatado a aquella esclava negra con la que se había encariñado, y que le costó tener que estar al lado del gobernador en algunos asuntos con los que nunca estuvo de acuerdo. Educadamente, besó la mano de la mujer cuando se la tendió.

- Buenos días señora de Ulloa. Veo que van bastante avanzados con la partida.
- Ha madrugado mucho para venir a visitarnos señor Bellamy ¿Tan deseoso está de nuestra marcha? Sin duda, habrá celebrado su victoria- le inquirió la mujer desafiante.
- Jamás he deseado ningún mal a su esposo, señora de Ulloa. Simplemente, desoyó los consejos que tan amablemente le ofrecí, y ahora paga las consecuencias de sus decisiones. No soy yo quien le ha depuesto de su cargo, si no el rey de España- Francisca le miró por un momento con aquella mirada que no supo interpretar, y tras un ligero movimiento de su mano en el aire, cambió de tercio.
- No seré yo quien me inmiscuya en cosas de hombres. Me imagino que habrá venido a visitar por última vez a mi marido.
- Cierto, vengo a presentarle mis respetos y a despedirme de él- confirmó Lucien.
- Déjeme advertirle que no se encuentra usted entre sus mejores amigos, así que tenga tacto, se lo ruego- le dijo con una leve sonrisa,

- arrodillándose de nuevo en el suelo para seguir recogiendo la vajilla que hábilmente la guardaba entre papeles- Y dígame, señor Bellamy ¿Cómo se encuentra Niara? Será ya toda una mujer, abandonando la niñez.
- Crece sana y fuerte, y como usted dice, camino de ser una bonita joven.
 - Me alegro, sabe usted que la tenía en mucha estima. Es una joven... especial. Seguramente de ser blanca, hubiera sido mi ahijada.
 - Siento que aquello nos enfrentara, señora de Ulloa, jamás fue mi intención, pero consideré que donde más feliz sería aquella joven era junto a su padre intentó disculparse.
 - Y en vez de venderme al padre, decidió arrebatarme a aquella niña que usted sabía del cariño que me inspiraba- protestó la mujer de nuevo desafiante.
 - Como le comenté aquella vez, y sin que sirva de excusa, ya le expliqué que Ashauti me era muy necesario, imposibilitándome deshacerme de él.
 - Lo sé, señor Bellamy, sólo que no me gustaron sus malas artes para conseguirla. De todas formas, no fue usted quién vendió a Niara. El propio Antonio fue el que se la cedió a cambio de su oferta, que, como ve- contestó abriendo las manos señalando toda la sala- de nada le ha servido, porque regresamos a España. Ahora vaya al encuentro de mi esposo, no me apetece tener que seguir siendo cortés con usted- se sinceró la dama- Le encontrará en su despacho, como siempre desde hace algún tiempo.

Lucien se despidió con una inclinación de cabeza sin querer alargar más aquella conversación que no llevaba a nada. Atravesó la sala, comprobando como los criados iban y venían sin hacerle caso, hasta situarse ante las dos puertas de madera de roble que estaban cerradas. Tras tocar con sus nudillos para que Antonio supiera de su presencia, aguardó a que el hombre le diese paso para abrir las grandes puertas. Al fondo, Antonio Ulloa permanecía de espaldas admirando el inmenso cuadro con el retrato del rey de España. Antonio de Ulloa, tras hacerle esperar unos segundos más y antes de que pudiera hacer notar su presencia, se giró hacia él sonriente.

- Buenos días señor Bellamy, no esperaba que fuera tan cortés de venir a despedirse- le habló irónicamente, comenzando a acercarse a él con la mano tendida. Tras el apretón de manos, señaló la silla para que tomara

asiento y bordeó de nuevo la mesa de haya para sentarse en su sillón. Tras limpiar sus gafas, prosiguió- Y dígame...¿Ha venido a comprobar mi derrota?- continuó frotando los cristales de las gafas, mirando a contraluz para asegurarse de que no quedaba ni una mancha.

- Vamos, Don Antonio, usted mismo sabe que era algo necesario. No escuchó mis consejos, y está a punto de estallar una rebelión contra su gobierno. Era necesario que tras los últimos acontecimientos, tras subir los impuestos, informara a mi gobierno.
- Que indudablemente mandó unos delegados para hablar con el rey interrumpió el hombre colocándose las gafas, justo en la punta de la nariz.
- No deseaba su cese, créame- se sinceró Lucien.
- No tiene importancia- movió el hombre la mano quitando hierro al asunto Para serle franco, quería regresar a España, estoy cansado de tanta política. Llevo demasiados años labrándome un nombre que tendrá su recompensa, con más títulos y honores. Ahora, simplemente, añoro mi tierra y parto orgulloso de todo lo que he conseguido hacia Cádiz, donde por fin podré crear la familia que tanto anhelo. Deseo tener muchos hijos ¿Sabe?
- Me alegra escucharlo, Don Antonio.
- No debería hacerlo, se avecinan tiempos difíciles para todos ustedes.

Incluso, me van a echar de menos- rió por primera vez, feliz de su triunfo Aunque me crean derrotado, no lo estoy querido Lucien. Los franceses solo han conseguido enfadar al rey, que pronto les dará su justo merecido. En poco más de dos días, si el viento es favorable, llegará mi sucesor, mucho menos transigente que yo. Su nombre es Alejandro O'Reilly, que seguirá al pie de la letra las órdenes de Madrid. Créame si le digo que han desatado un huracán en estas tierras.

Lucien se quedó pensativo, sin saber si creer las palabras de un hombre que había sido humillado con el cese de su cargo. Contempló a Ulloa y decidió cambiar de tema.

- Veremos como acontece el futuro. Por lo pronto, tan solo he venido a despedirme de usted porque parto para La Habana, y no quería ser

descortés. Aunque no lo crea Don Antonio, le tengo por un hombre correcto y es de mi aprecio, aunque hayamos estado en bandos contrarios. Quizás, en otro tiempo, hubiéramos sido grandes amigos.

- Seguramente señor Lucien. Agradezco su sinceridad, y créame que no le tendré en cuenta todos los percances y enfrentamientos que hemos mantenido todo este tiempo. Consciente soy de que intentó aconsejarme de la mejor forma que pudo, aunque sus pensamientos y los de la corona no fueran los mismos. Pero en fin...

- Le deseo feliz viaje- se levantó por fin Lucien tendiendo la mano al hombre para despedirse.

Antonio asintió y contempló la marcha de Lucien Bellamy. Era consciente de que aquel gentil hombre no fue el culpable de su desgracia. Había intentado aconsejarle bien, instaurando una paz entre españoles y colonos franceses que nunca tuvo buen término, con amenazantes revueltas contra sus leyes. Sin embargo, mantenía una sensación de triunfo. Alejandro sería el gobernador de Nueva Orleans y toda Luisiana, y era mucho menos noble que él. Aquellos franceses estaban perdidos, la corona española llegaba para imponer su orden, y sabía lo que eso significaba: si hacía falta, rodarían cabezas tiñendo la arena de Nueva Orleans. Aquella insurrección orquestada por los colonos franceses para expulsarlo, tendría consecuencias. Carlos III, rey de España, mandaba a uno de sus más estrictos gobernadores para imponer el orden.

Tafari aguardó a que los dos hombres se durmieran, sumidos en aquella conversación acompañada de tragos de vino. Aquella charla se alargaba hasta bien entrada la madrugada tras tanto tiempo sin verse, contándose todo lo que fue su vida desde que se separaron. Sólo esperaba que, como le habían asegurado, aquel maldito capitán siguiera en la taberna ahogando sus penas. Por lo que le dijeron de él, aunque empeñado en formar una familia con una cubana de la zona, todas las noches se sumía en el vapor del alcohol rememorando su vida en los barcos, arrepintiéndose de no seguir surcando los mares y de haber vendido aquel barco que le separó de la familia. Tanto mejor, pensaba Tafari, porque una vez que le encontrara, se arrepentiría de haberse llevado a su pueblo. Aquel hervor de la sangre comenzó de nuevo, y sabía que pronto perdería el raciocinio sumido en la venganza.

Aquella venganza era lo único que le mantenía al lado de Juan de la Cruz, que reencontrado con aquel amigo llamado Lucien Bellamy, no parecía mostrar interés por retomar la búsqueda de Daira. Aguantaba allí tan solo por el sabor de la dulce venganza, que más pronto que tarde, aquella misma noche si era voluntad de Gueno, completaría para continuar el camino que le llevaría al reencuentro con la pequeña blanca que ocupaba todos sus pensamientos. Por las pesquisas tras los dos meses que llevaban en tierra, sabía que se hallaba en un país llamado Venezuela, seguramente en las proximidades del Valle de Tuy y Barlovento, de donde contaban era originario Marcelino Ribas, cuyo padre tenía una extensa hacienda en la zona.

Aguardó a que los hombres roncaran y bajó silenciosamente las escaleras que le llevaban a la puerta de salida de aquel mesón que les otorgaba aposento, sigiloso como cuando se adentraba en la selva en busca de una gran presa. Había sustituido el arco y las flechas por aquella espada que, aunque pesada, se había habituado a llevar a la espalda. Aquella arma y su peso, estaba provocando que sus músculos se hicieran fuertes, y con tan solo once años, era alto y fuerte, capaz de combatir con cualquier hombre que osara plantarle cara. Atrás quedaba aquella niñez que le impidió salvar a su familia, con aquel cuerpo pequeño capaz de ser derribado con cualquier empujón en el

combate. En estos días, con las espaldas anchas y desarrolladas, nadie podría tumbarle jamás, y era algo que el tal Emiliano Zapata iba a comprobar en sus propias carnes, con el dulce sabor que la venganza le daba.

Las calles de La Habana estaban desiertas, a excepción de encontrarse de vez en cuando con algún borracho que se cruzaba en su camino. Amparado por su piel oscura, apenas visible hasta que se encontraba cara a cara, el estado de embriaguez de aquellos personajes no le causaron problemas. Cuba no le disgustaba, tenía que reconocerlo. Un variopinto de razas se entremezclaban entre sus gentes. Blancos, mulatos y negros convivían pacíficamente, y aunque era territorio español y las haciendas trabajaban con mano de obra esclava, reflejando quién gobernaba aquellas tierras, los ciudadanos eran menos hostiles con las personas de color que en otros sitios, como le contaba Juan y como pudo comprobar durante el viaje a través del mar. La ciudad, plagada de casas, algunas de madera y otras de piedra, eran bien distintas a las que construían ellos con los excrementos de animales, mucho mejores en aquella selva para evitar el calor a pesar de su olor. Con la modernidad de aquella ciudad, había aprendido muchas cosas. Algunas de ellas podrían mejorar la vida en África, cuando regresara a casa acompañado de los suyos. Eso lo tenía claro, que iban a volver tarde o temprano, aunque tuviera que vender su alma al mismísimo Njeddo Dewal. Era algo que no le costaría porque desde pequeño había escuchado a los ancianos del poblado decir a sus padres que era su reencarnación. Mejor que mejor, y ojalá que así fuera, porque entonces nadie podría derrotarle en su cometido.

Escuchó el bullicio de la juerga que aquel local lleno de personas ebrias disfrutaban. Por unos instantes, se quedó en la puerta consciente de que al abrirla comenzaría su venganza. Tras traspasar la puerta, se hizo un breve silencio y cientos de ojos le observaron para después de unos segundos seguir con los tragos y la fiesta. Contempló por un momento todo el local, comprobando la lujuria de los hombres, muchos de ellos con mujeres en sus rodillas, palmeando sus traseros o bebiendo entre los pliegues de sus pechos. Al fondo, en una mesa apartada tal y como el confidente atemorizado le había descrito, se hallaba un hombre solitario, removiendo el líquido en un vaso de barro. Decidido, anduvo hasta llegar a su altura sabiendo que en aquellos

momentos el brillo de sus ojos daría temor a todos. Emiliano Zapata le contempló por unos instantes, aguardando a que aquel niño negro prosiguiera su camino, impacientándose al comprobar que se quedaba allí de pie molestando su tristeza.

- ¡Lárgate de aquí, asqueroso negro, o haré que te azoten hasta que no puedascagar de nuevo!- se dirigió a él encolerizado clavando el machete en la mesa, a modo de advertencia.
- ¡Tu, perro blanco! ¿Eres Emiliano Zapata?- preguntó Tafari envalentonado.El capitán no pudo evitar una carcajada ante el insulto. Aquella noche ese cerdo negro moriría, algo que calmaría su melancolía durante unos días, recordando viejos tiempos.
- Eres muy osado con tu lengua viperina. El insulto que acabas de escupirme,te llevará irremediamente a la muerte- le aseguró reclinándose en el respaldo de la silla- Tengo curiosidad, he de serte sincero ¿Por qué me busca alguien como tú? ¿Acaso debo algo a tu dueño blanco?

Tafari retiró la silla de enfrente sin pedir permiso y, sonriente provocando una delgada línea en la mirada de Emiliano, que realmente sentía curiosidad, se sentó en la silla. Puso los codos encima de la mesa y sujetando su barbilla sonriente, habló de nuevo. Emiliano apreció el brillo en los ojos del muchacho, que no parecía temerle a pesar de no tener mas de diez u once años. Su rostro, no obstante, le recordaba a alguien, aunque todavía no sabía a quién.

- Yo no tengo amo, ni jamás lo tendré.
- No estaría tan seguro de lo que afirmas- respondió jocosamente el capitán adoptando la misma postura que el niño, donde sus rostros quedaban apenas a unos centímetros.
- Hace años, mi pueblo fue atacado en mitad de la noche. Decenas de personas fueron apresadas como animales, y conducidas hasta un barco. Muchos ancianos y enfermos yacieron en el suelo, atravesados por la punta de las armas que llevaban aquellos canallas ¿Vas recordando algo?- sonrió Tafari.
- Muchos hombres llegan a África en busca de esclavos- respondió el

capitán dubitativo de que aquel crío fuera africano y estuviera tan lejos de su tierra, sobre todo sin amo- Ahora dime ¿Eres de allí, de África?- preguntó tomando un trago- Si es así, sin duda eres esclavo, y si has terminado con la vida de tu amo te aseguro que tendrás un castigo ejemplar.

- Soy libre, y sí, vengo de África. Como le decía, mi pueblo fue atacado, mi gente capturada y vendida como esclava. Aquel barco se llamaba “El Brillo del Oro” y si no estoy errado, el capitán de aquel barco eras tú- concluyó Tafari con una sonrisa.
- Seguramente- añadió Emiliano- He de reconocerte que viajé mucho a aquellas tierras y capturé a aquellos hombres de segunda categoría que sirven nada más para trabajar las tierras de los blancos. Lo que no entiendo, es como te libraste de mis cadenas ¿Acaso te escondiste como un perro cobarde?- rió de nuevo Emiliano, provocando que los ojos de Tafari brillasen más.
- Supongo que fue su orden la que hizo que el cañón disparase aquella enorme bola negra...

Emiliano tornó a un rostro serio, y tras dar un puñetazo en la mesa desafió a Tafari encolerizado, recordando que por culpa de aquel crío al que hacía muerto, había perdido el placer de disfrutar durante la travesía con aquella mujer negra. Por culpa de aquel muchacho, que había llevado a la niña blanca hasta su barco, en el camino hacia América no tuvo más que problemas, con la sublevación de sus hombres para defenderla y por perder a parte de la mercancía, como aquella joven de la que bebió llamada Siomara, si no recordaba mal.

- ¡Sigues vivo! ¡Tenía que haber hecho que mis hombres te remataran!

Tafari no respondió. Lentamente se levantó de la silla a la par que Emiliano cogía de nuevo aquel cuchillo, y antes de que pudiera decir nada más, desenvainó la espada que llevaba a la espalda y cortó la garganta del hombre, que comenzó a emanar espumarajos de sangre. Por un breve instante, el local se quedó en silencio y las manos de los hombres sujetaron las empuñaduras de sus armas. Tafari se giró contemplando si algún osado más se atrevía a plantarle cara, pero el fulgor del brillo de sus ojos hizo desistir a cualquier valiente que había pensado lo contrario. Se acercó hasta la barra donde el

mesonero estaba pálido, disfrutando cuando los hombres se echaron para atrás atemorizados a su paso, y tras coger un vaso de barro, regresó hasta el cuerpo aún caliente de Emiliano, que en un acto desesperado se sujetaba la herida intentando evitar lo inevitable, como si sujetando aquel corte pudiera seguir respirando. Incapaz de luchar ante la herida mortal, sintió cómo Tafari le apartaba las manos dejando que la sangre corriera hasta el vaso. Cuando lo tuvo medio lleno, y con la última mirada de terror en los ojos de Emiliano, bebió de un trago la sangre. Tras limpiar su boca con el dorso de la mano, el capitán escuchó las últimas palabras, las mismas que le atormentaban en sueños desde que aquella estúpida cría las pronunció desde la cubierta del barco tras la venta del que creía su padre.

- ¡Ato do bae! - Y tras escupir su cuerpo yerto, puso rumbo a Venezuela.

29

AÑO 1770

Diara terminó los ejercicios diarios, respirando para ponerse en paz con su interior, tal y como Xu Yen le enseñaba. A sus siete años, era toda una guerrera ágil y rápida, y su amigo oriental tardaba más en ganarla en el entrenamiento. El hombre inclinó su cuerpo, dando por finalizada la lección, y sin decir nada, como era costumbre en él pues era hombre de cortas palabras, la dejó sola recogiendo las armas y apagando la vela que siempre encendía cuando entrenaban. Nada más marcharse, cuando no podía verla, Diara se sentó en la hierba tumbándose boca arriba para recibir los rayos de sol.

Había pasado mucho tiempo desde el día en que escaparon de aquella hacienda donde, por primera vez, había matado a un hombre. Tras aquella rebelión, huyeron a los montes de Ocoyta y lo que al principio fueron pequeños ranchos, se convirtieron con la llegada de todos aquellos esclavos, indios y morenos libres, constituían ahora todo un pueblo. Aquella rebelión provocó que los grandes hacendados tuvieran miedo a Guillermo, que formando una cumbe en las montañas de Ocoyta, cerca de la quebrada Pedernal, construyó aquellos ranchos fortificados organizando un reinado

basado en la fuerza y en la disciplina pero donde todo hombre, mujer o niño que llegaba era libre. Se sustentaban con la extracción de cacao de las haciendas vecinas, que luego vendían por muy buen precio a los contrabandistas de la zona, que lo exportaban hacia tierras españolas. Sin embargo, Diara no estaba tranquila, porque tenía la certeza, tras las conversaciones que escuchaba a escondidas a Francisco y a Guillermo, de que pusieron precio a su cabeza, pues estaba constituyendo su leyenda a un verdadero desorden social, donde centenares de esclavos se envalentonaban abandonando aquellas haciendas que se sustentaban por la mano de obra negra. Según contaban los recién llegados, aquellos burgueses esperaban la llegada de un tal Germán de Aguilera, que jamás había perdido una contienda, aunque siempre había una primera vez, rió Diara.

Quería mucho a Guillermo, como si fuera de su propia sangre. A veces, no podía evitar la melancolía al saberse lejos de su padre y hermanos, en especial de Tafari. Tenía la convicción de que algún día se reencontrarían, si es que seguía con vida, porque ahora que era más mayor perdía la esperanza porque aquel acantilado era muy alto. A veces, sus ojos se aguaban al comprobar que ya no recordaba su rostro, difuminado en el recuerdo. Quizás, aunque se reencontraran de nuevo, no le conocería y ambos se hallarían en el mismo sitio como completos desconocidos. Guillermo se había convertido en el sustituto de Tafari, y le adoraba. Aquel hermano mayor improvisado se volcaba otorgándole todo su amor, desde aquella primera vez que tras perder a Marcelo corrió a refugiarse entre los brazos del joven, que si bien dudó durante unos instantes, no tuvo problemas en acogerla. Aquello le costó unos fuertes golpes en el trasero que la impidieron sentarse durante una semana, pero recordaba no haber llorado, fuerte, apretando los puños, como hubiera hecho Tafari

Su felicidad fue completa cuando al cabo de seis meses Xu Yen apareció en su vida. Al principio, cuando traspasó las puertas de la fortaleza, casi pierde la vida. Aquellos hombres estaban acostumbrados a personas distintas, pero todas negras, blancas o indias, pero jamás habían visto a un oriental con los ojos rasgados y la piel amarillenta. Sin embargo, Guillermo no dejó que le hicieran nada, porque en su gobierno todas las personas que contribuyeran en

la causa y atendieran las normas, eran bien recibidas, lo que enorgulleció a Diara. Desde entonces, aquel hombre que venía desde China, una ciudad de Oriente le había explicado el joven, la instruía en las artes milenarias de su tierra, mucho mejor para su pequeño cuerpo de niña donde tenía que evitar la fuerza, su gran flaqueza. Le había costado mucho que accediera, espiándole cada vez que acudía al bosque, intentando imitar todos aquellos movimientos con aquella vieja rama, hasta que un día, la tocó por la espalda lo que hizo que diera un gran salto del susto provocando en el joven la primera carcajada que Diara escuchaba. Al principio se sintió ofendida, pero cuando aquel hombre la llevó cogiéndola por la mano hasta el centro del bosque, y le tendió de nuevo la rama haciendo que imitara sus movimientos, supo que valió la pena.

Al principio creyó que perdía el tiempo, con aquellos movimientos absurdos que no entendía. Estuvo a punto de mandar al chino al carajo, expresión que utilizaba Guillermo, hasta que aquel día le atacó con fuerza y, como por arte de magia, como si fuera parte de ella, pudo esquivar los golpes con aquellos movimientos gráciles, parando cada embestida de su agresor. Desde entonces había comprendido que aquella extraña forma de luchar era diferente a todo lo que había visto. Según le contaba en las escasas ocasiones en las que el chino hablaba, aquellas artes eran más cosa de la mente que de la fuerza, algo que a ella le venía de perlas siendo tan solo una niña pequeña. Pronto pasaron a los movimientos con la espada, y lloró de alegría cuando, tras un año combatiendo con aquella rama, Xu Yen le regaló una espada. La tomó entre sus manos sorprendida por el poco peso, pero con un filo algo curvo y afilado, capaz de degollar el cuello de los animales con solo rozarlos.

Todavía recordaba los inconvenientes que había puesto Guillermo, seguramente preocupado como siempre de que se hiciera daño. No estaba dispuesta a dejarlo, quería contribuir en la lucha para liberar a los negros como el resto, siendo tan valiente como María Valentina que se convirtió en la mujer que idolatraba, y cuando creciera, estaba decidida a ser tan valiente como ella. Aquello le había costado tener que demostrar lo que aprendía, y todavía resonaba en su orgullo las risotadas de Guillermo cuando le retó aquel día. Risas que se convirtieron en una mirada desconcertada cuando

acabó con sus posaderas en el suelo con el filo de la espada en su garganta. Sin embargo, Guillermo no se había ofendido, soltando una enorme carcajada y diciendo que ya tenían otro guerrero para la causa. Desde aquello, en escaramuzas pequeñas, dejaba que les acompañase en los asaltos, cada vez que escuchaban que algún hacendado envalentonado maltrataba a sus esclavos, donde Guillermo acudía a rescatarlos dando muerte al opresor y liberando a familias enteras del yugo de los amos blancos, tal y como había hecho años atrás cuando encabezó la primera revuelta, contra su propia familia y aquella arpía que murió entre las llamas del infierno llenando la noche con sus alaridos.

El sonido de la campana de la Iglesia la alertó de que algo ocurría. Sin terminar de doblar las telas, corrió hacia el rancho donde vivía con Guillermo. En la carrera, comprobó el revuelo de los hombres que comenzaban a coger las armas, mientras los niños y las mujeres que no participaban en aquella lucha se guarecían tras las paredes de la Iglesia, en aquel sótano que servía de escondite. Sin aliento, abrió la puerta del rancho y, tras coger de nuevo aliento, encontró a Guillermo rodeado de sus mandos, entre ellos Francisco Mena, su mano derecha, y María Valentina. Anduvo hasta él, queriendo formar parte, hasta que Guillermo la escrutó serio.

- Ahora no Diara. Vete al refugio como el resto.

Iba a protestar cuando María Valentina posó la mano en su hombro, y sin decir nada, se la llevó de allí camino a aquel refugio donde se guarecía el resto. Al pie de la puerta de la iglesia, la mujer se acuclilló a su lado y, tras acariciar su rostro con el dedo, se dirigió a ella.

- Perdónale Diara, pero Guillermo tiene graves preocupaciones en estos momentos- le confesó dulcemente.

- ¡Pero puedo ayudar, le gané en el combate!- protestó Diara.

- Me temo pequeña que en esta guerra que se avecina de nada valen tus artes. Germán de Aguilera ha llegado a Venezuela provisto de un gran ejército y acompañado de los hacendados Juan Antonio Rodríguez y Bartolomé Núñez Villavicencio, los únicos aún valientes que nos plantan cara. Llegan con artillería pesada, y nada podrá hacer tu espada contra eso,

querida. Sabes que Guillermo te quiere más que a nada, y lo único que desea es ponerte a salvo. Juró a Marcelino que te protegería con su propia vida.

Diara sintió como el agua que comenzaba a llenar las cuencas de sus ojos amenazaban con derramarse haciéndola sentir débil. Suspiró en un intento de contenerlas, pero no pudo evitar que corrieran libres por sus mejillas.

- ¿Crees que ganaremos?- preguntó en un susurro, con la voz entrecortada por el miedo que sentía.
- Seguro, querida. Ya sabes que Guillermo parece tener siete vidas. Ese tal Germán regresará derrotado y con el rabo entre las piernas- le sonrió, aunque pudo apreciar por la mirada de la mujer que sentía tanto miedo como ella.
- Pero debo protegerle, estar a su lado...
- Diara, Guillermo te necesita para que protejas a nuestra gente. Te tomasesto como un castigo, pero si ese tal Germán llega a invadirnos, tu eres la única capaz de ponerlos a salvo. Conoces mejor que yo cada uno de estos pasadizos, y podrás llevarlos hasta las montañas para que corran para salvarse. Te prometo, querida, que protegeré a Guillermo con mi vida.

Diara se aferró a su cuello en un tierno abrazo que provocó una sonrisa en la mujer. Apretó fuerte los puños, tal y como le había enseñado Tafari para armarse de valor, gesto que mantenía en común con Guillermo, y fue directa hasta la trampilla que llevaba hasta el refugio secreto. Estaba situado debajo del altar, que tenía que ser movido al menos por diez hombres. Si jugaban bien su baza, nadie les podría encontrar allí.

30

Diego sintió que le flaqueaban las rodillas cuando vio avanzar a Lucien, encadenado como los otros cuatro hombres con los que compartiría destino. Sintió que la congoja se apoderaba de él, y aunque era todo un hombre a sus diecisiete años, comprendió que las lágrimas se derramarían sin que pudiera evitarlo. Por un instante levantó la cabeza y comprobó la sonrisa de Isabel, que parecía disfrutar con todo aquello. Por un momento, le dio lo mismo. En cuanto llegara enero y fuera su esposo, le daría su merecido, haciendo de su vida un castigo perpetuo.

Lucien había regresado a casa acompañado de su padre y una grata sorpresa. Tras el tiempo en La Habana, había conseguido comprar a dos de los hijos de Ashauti. Tanisha era más o menos de su edad, dos años menor que él, y le colmaba de amistad. Aquel negro, pese a sus temores, se convirtió en su mano derecha desde el inicio, con aquella ternura que le caracterizaba. Por él, había sabido muchas de las cosas de la vida de Diara en aquella aldea, sintiendo celos de ese tal Tafari al que estaba unida. Sharik, sin embargo, era un hombre taciturno. Con apenas veinte años, parecía deberle algo a la vida. Nada le motivaba, y como si fuera un muñeco de trapo, simplemente hacía sus tareas sin quejarse, como si ser esclavo siempre hubiera formado parte de él en lugar del heredero de todo un poblado, como próximo jefe de la tribu fulani que ya no existía.

Todo había empeorado cuando llegó Alejandro de O'Reilly. Jamás pensó que echarían tanto de menos al antiguo gobernador Antonio de Ulloa. Ante la revuelta francesa, encabezada por Lucien que había enviado una carta a Luis XV para que se hiciera de nuevo con Luisiana. al rey Carlos III no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto, enviando como gobernador a su hombre más estricto, odiado por todos, incluido el mismo que era español. El rey Luis XV había reafirmado el dominio español, y Carlos III no soportaría más rebeliones, zanjando el asunto de una vez por todas. O'Reilly dirigió una expedición reconquistando Nueva Orleans, y ahora castigaba a los rebeldes con dureza, incluido su padrino Lucien, que si bien no había participado en la revuelta, era la cabeza pensante ejecutora. Ahora, cinco de los cabecillas entre los que se incluían el francés, caminaban encadenados hacia el patíbulo elevado en aquella plaza donde serían ahorcados. Nada pudo hacer Juan para intentar convencer a Alejandro, que dejara a Lucien preso en la torre. Aquel despiadado gobernador no dio su brazo a torcer, y a modo de ejemplo, ejecutaría a aquellos cinco desgraciados sin contemplaciones. Sin embargo, y según él, iba a ser indulgente puesto que su padre era un hombre respetado en España. Dejaría a Diego todas las posesiones del francés. Lo único que pedía a cambio, es que el apellido Bellamy muriera con Lucien y fuera de nuevo Diego de la Cruz. Nada pudo hacer por ello, y desde aquel momento, sintió que traicionaba a aquel hombre que durante toda su niñez cuidó de él, encontrando el único consuelo entre los brazos de Niara.

Contempló lloroso el ascenso de su compañero subiendo lentamente aquellos cuatro escalones, a la cabeza de los hombres que le seguían, intentando mantener aquella valentía. Observó cómo le ponían la soga alrededor del cuello, y descubrieron su cara amoratada al quitar la funda que la cubría. Ambos se miraron por un instante, diciéndose en silencio todo lo que sentían. Aguardaron fijos el uno en el otro mientras aquel bedel leía la sentencia. Por un instante, contempló al gobernador Alejandro, serio como era su costumbre, sin mostrar flaqueza o debilidad y firme con su sentencia. Regresó para cruzarse con la mirada de Lucien, comprobando para su asombro que no parecía tener miedo, quizás ansiado aquel final que le llevaría hasta el paraíso eterno, y sin poder evitarlo, lloró sin importarle que el populacho, completamente en silencio, pudiera apreciar sus lágrimas. Atrás quedaban los combates y la lucha armada reclamando mejoras comerciales, desafiando a la corona española con la única excusa de la mala calidad de sus caldos, en aquel vino que para los franceses en nada se parecían a los suyos, mucho más agrios. En aquel instante, se despedía de su mentor, y no volverían a verse hasta que él mismo fuera al encuentro del Creador.

Lucien contempló orgulloso a Diego a pesar de las lágrimas. Aquel muchacho que había colmado de felicidad sus días, era todo un hombre capaz de enfrentarse a la vida. No le dejaba solo, y por un momento miró hacia Ashauti que nada más cruzarse con su mirada, asintió, recordando la promesa que le había hecho. Estaba seguro de que la cumpliría. Si algo le quedaba de fulani, jamás la rompería aunque con ello le fuera la vida. Aquella soga que le ponían alrededor del cuello, áspera y fría, sería el final de su existencia, alargada por aquel largo pregón que aquel bedel se empeñaba en leer sin acortar ni una estrofa. Sin embargo, cuando el hombre acabó, sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, consciente de que el final llegaba. Atrás quedaba toda la lucha, y como el gobernador Antonio de Ulloa le confesara hacia tiempo, iban a tener su propio merecido.

Cuando contaron hasta tres, se abrió la trampilla que le dejó colgando, mientras aquella soga oprimía su garganta asfixiándole cruelmente. Quiso mantenerse firme, morir con dignidad, sin poder evitar que sus pies se balancearan buscando el aire que llenara sus pulmones y que jamás entrarían

por su boca. Aquel sufrimiento se le hizo eterno, sintiendo como poco a poco la sangre no llegaba a su cerebro. Quería gritar, chillar a los cuatro vientos que le soltaran, que necesitaba respirar para que sus pulmones no quemaran, y sin embargo, no pudo hacer nada.

Cuando comprendió que todo estaba perdido, un halo de esperanza llenó su alma. Aquella figura cada vez se hacía más nítida, hasta que entre una nube blanca, confirmó que era la silueta de Lucía. Con una sonrisa, exhaló su último suspiro, mecido por los brazos suaves de la dama.

31

AÑO 1771

Diara cerró el libro que Xu Yen le regaló, deseosa de empezar el capítulo ocho de los treces que tenía. Estaba fascinada con la lectura, traducida por el propio hombre del original que guardaba entre sus cosas. Aquella lectura era apasionante, tácticas de guerra que se escribieron hacía muchos siglos, según le contó Xu Yen el día que se lo regaló, por un antiguo militar de su propio país llamado Sun Zu. Se llamaba “ El arte de la guerra”¹⁰.

Desde que corrió a refugiarse en la iglesia para proteger a las mujeres y niños que no se enfrentarían al tal Germán de Aguilera, las cosas estaban en calma. Aquel hombre preparaba un gran contingente con el que atacarles, instruyendo a muchos hombres blancos en el manejo de las armas. De momento, estaban a salvo, porque nadie sabía donde se hallaba aquel poblado que casi parecía una ciudad repleta de ranchos que ellos mismos construyeron. Aún le dolían las manos cuando recordaba haber llevado de un lado a otro aquellos tablones de madera, con la consiguiente astilla clavada en su piel. Oculta entre las montañas de Ocoyta, sólo podían encontrar la fortaleza aquellas personas que demostraran a Rengifo que eran de confianza. Aquel hombre, que casi no permanecía allí más de dos días salvando a todo el mundo que podía, era de la plena confianza de Guillermo.

Atrás quedaban los días de celebración por la boda de su amigo. Guillermo se

casaba con Juana Francisca Llanos, una joven llegada de una de las haciendas donde el patrón era más cruel. Las marcas de su espalda mostraron toda la dureza de los castigos que infligía sin ningún motivo, porque para muchos de aquellos ricos hacendados no le eran necesarios. Por una parte estaba triste, le hubiera gustado que María Valentina y Guillermo permanecieran juntos, pero desde que apareció aquella nueva mujer Guillermo sólo había tenido ojos para ella, así que, simplemente, lo aceptó con resignación.

Intentaba pasar todo el tiempo que podía con aquel maestro oriental venido de lejanas tierras. Al lado de su maestro, encontraba toda la paz que en los últimos tiempos la había abandonado, plagando sus sueños de nuevo con recuerdos que pensaba olvidados. En ellos, la silueta de Tafari difuminada la apenaba, incapaz de recordar todos los rasgos de su rostro que un día admiró tanto, siendo capaz de reconocer hasta cualquier grano. Sin embargo, el paso del tiempo provocaba que poco a poco se hubiera olvidado de la que un día fue su familia. Por lo menos, hasta aquellos días, donde aquel duro viaje a través del mar y Emiliano Zapata regresaban para atormentarla. Pese a sus ocho años, cada vez que sufría uno de aquellos sueños y se levantaba sudorosa, acudía hasta el lecho de Guillermo. Si estaba solo, se acurrucaba a su lado como cuando era más pequeña. Las veces que estaba acompañado, que a partir de la boda sería siempre, recorría a oscuras aquellos ranchos buscando el amparo de María Valentina, que tras darle un beso en la frente abría los ropajes de su lecho para que se metiera dentro. Era lo que más se asemejaba a una madre, y la quería siempre.

Contempló por la ventana que la noche iba desapareciendo. En pocas horas, llegaría el alba como indicaba el color morado del cielo en lugar de negro. Entre la lectura y los recuerdos, apenas había dormitado. Era mejor así, evitando aquellos sueños que la atormentaban. El estruendo hizo que se levantara de inmediato y, acercándose a la puerta, observó el campanario incendiado. Los gritos de alarma no se hicieron esperar cuando María Valentina llegó hasta ella y le posó la mano en el hombro. Ambas mantenían los ojos bien abiertos, les estaban atacando.

- ¡Lleva a todos los que puedas a la iglesia!- bramó María Valentina

mientras se ataba las botas.

Diara subió de nuevo a su cuarto para vestirse rápido y cogió la espada. Cuando bajó de nuevo a la primera planta, María Valentina ya no estaba y aquel pueblo donde había sido feliz todos esos años, estaba repleto de personas que corrían en todas direcciones, mientras los cañones del otro lado no dejaban de lanzar aquellas bolas negras que destrozaban las piedras de la iglesia. Comenzó a correr recogiendo a todos los niños que encontraba en el camino, sin poder buscar a sus seres amados, sumida en aquella misión para la que la prepararon, y ante la imposibilidad de llevarlos a la iglesia que ardía por todos los lados recibiendo aquellos impactos, decidió llevarlos hasta la muralla más alejada de aquel campamento. No pudo evitar una sonrisa cuando divisó la silueta de Rengifo que, tras hacer un hueco en la madera, iba sacando a mujeres y niños. Nada más verla, se dirigió a ella.

- ¡Busca a todos Diara, todos los que puedas y tráelos hasta aquí!

Diara no protestó sus órdenes y comenzó de nuevo la carrera reagrupando a todos los niños y mujeres que encontraba a su paso. Tras indicarles dónde tenían que ponerse a salvo, abrió las puertas de los ranchos rebuscando en cualquier escondite. Algunos cuerpos yacían muertos en el suelo, cubiertos de sangre por culpa de los cascotes que se desprendían de la iglesia, la única que era de piedra. Afortunadamente, aquellos estúpidos que los atacaban no tenían flechas ni arcos, como su pueblo, porque si no hubieran encendido las flechas y prendido los ranchos de madera. Sin darse cuenta, llegó hasta el rancho principal donde todos los tenientes de Guillermo estaban debatiendo cómo contraatacar.

Guillermo la miró fijamente cuando abrió. Ese día no la echaría, lo sabía, demasiado preocupado por ella y su nueva esposa. Los hombres y mujeres de su mando hablaban a la vez, sin poder entender nada, y sonrió cuando comprobó que entre aquellas cuatro paredes también se hallaba su amigo oriental. Cansada tras la carrera para poner a todos a salvo, se deslizó hasta el suelo cruzando las piernas, atenta a toda la conversación.

- ¿Cómo nos han encontrado?- preguntó María Valentina.

- Desde hace tres días faltan dos niños que salieron a bañarse en el lago.

No hemos parado de buscarles, pero lugareños de la zona nos contaron que los atraparon los soldados, y que por lo visto, les torturaron salvajemente hasta que dieron nuestra posición- respondió Francisco Mina.

- ¿Qué hacemos ahora Guillermo?- preguntó otro de los hombres, el más anciano de todos y que era liberto.

Guillermo paseó por la sala con la mano en la barbilla, pensando la mejor opción. Fuera, tras la empalizada de madera, Germán de Aguilera cargaba con artillería pesada, un asedio que no aguantarían durante mucho tiempo. Fijó su mirada en Diara, triste porque esta vez no podría salvarla, al no ser que... Se acercó hasta la niña y la cogió entre su cuerpo, en un último abrazo, y tras darle un beso en la cabeza, dio sus instrucciones.

- Lo más importante es salvar a todos los que podamos- dijo en apenas en un susurro.

- Reginfo está en el lado norte sacando a mujeres y niños. Yo misma he llevado a unos cuantos, entre ellos iba también Juana Francisca- respondió Diara. Guillermo se acercó hasta ella y le posó de nuevo un beso en la frente, consciente de que su niña había salvado a la mujer de su vida y al niño que llevaba en su vientre.

- Revisad si queda alguien. Después poneros también a salvo mientras entretengo a esos hombres- Diara miró con miedo a Guillermo, entendiendo sus intenciones.

- ¿Cómo piensas hacerlo?- preguntó María Valentina.

- Enfrentándome a ellos- respondió Guillermo mientras cogía el arma cargándola de pólvora- Voy a salir fuera, a cargarme a todos los que pueda para daros tiempo a que huyáis de aquí. Al fin y al cabo, es a mí a quien buscan.

- ¡¡Noooo!!- gritó Diara que corrió para abrazarse a Guillermo, intentando nosoltarle para que no saliera.

- No pienso dejarte salir solo- alegó Francisco Mina, comprobando como muchos de los hombres daban un paso al frente con la misma determinación.

Diara dio también un paso al frente. Guillermo buscó entonces la complicidad de Xu Yen que al momento supo interpretar lo que le pedía con la mirada. Se acercó hasta Diara, y pasando la mano por su cintura, la elevó en el aire sin

importarle las protestas de la niña, sacándola de allí y poniéndola a salvo.

- ¡Suéltame estúpido chino, suéltame!- pataleó en el aire- ¡Guillermo, Guillermo!

De nada le sirvieron las protestas. Aquel hombre oriental se la llevó hasta la muralla norte y atravesó aquel hueco llevándosela con él. Atrás quedaba Guillermo, su querido Guillermo, el único que la había cuidado cuando se quedó sola. Jamás volvería a verle, lo sabía. Su corazón se empeñaba en decirle que todo su mundo se derrumbaba de nuevo, que de nuevo se quedaría sola en aquel mundo que no conocía. Entre llantos y gritos, perdió la fuerza sumiéndose en una gran pena mientras aquel oriental la llevaba hacia las montañas, lejos de la guerra.

Cuando Xu Yen se llevó a Diara, el resto de los hombres y mujeres fieles a Guillermo cogieron las armas. Abrieron las puertas de la muralla de madera plantando cara a Germán de Aguilera, que por unos instantes reconoció la valentía del hombre. Comenzaron a descargar contra los soldados reclutados matando a unos cuantos. En su único disparo, Guillermo apuntó hacia la cabeza de Germán, en un intento de terminar con aquella contienda matando a su líder. Erró en el disparo que sólo hizo sangrar su hombro. Tras una sonrisa, Germán se sujetó por un instante la herida, y tras alzar por un momento el brazo bueno, lo bajó de nuevo dando la señal a sus hombres. De nada había servido la tercerola y su sable, ni aquella pólvora que encendió momentos antes del disparo. Germán ordenó atacar con carga cerrada, en un constante sonido que no paró hasta que todos estuvieron yertos en el suelo. Se acercó hasta María Valentina cuando todo acabó, rematándola con el sable. Francisco Mina protegió antes de su muerte a Guillermo, que completamente inmóvil, solo pudo aceptar lo inevitable. Por un instante, miró a ambos lados comprobando que sus compañeros estaban muertos. Miró al sol que aparecía en el cielo, y su último pensamiento fue para Diara, hasta que sintió cómo aquella bayoneta atravesaba su corazón, y poco a poco, cerró sus ojos.

Isabel recorría aquel largo pasillo alfombrado de la iglesia con las piernas temblorosas. Sin quererlo, sus peores temores se estaban cumpliendo recorriendo aquel suelo. Por un instante, miró hacia el altar contemplando la figura alta, esbelta y musculosa de Diego, que era todo un hombre dejando atrás a aquel niño al que sacaba una cabeza y del que tanto se mofó. Comprobó sus ojos, que cambiaron desde la muerte de Lucien. Desprendían aquel fulgor de rencor que tanto había intentado evitar desde entonces, sobre todo desde que había atravesado con su espada a Carlos Padilla. A su lado, Juan de la Cruz acompañaba al joven supliendo a Lucien. Mientras caminaba lentamente, intentando retrasar el destino, se arrepintió de haberle denunciado y que hubiera sido colgado junto con los otros cuatro franceses. Alejandro O'Reilly no cumplió su parte del pacto, donde le prometió sacarla de aquella hacienda rompiendo aquel matrimonio pactado y prometiéndola a Carlos, y ahora tendría que enfrentar el destino con el temor de que Diego descubriera la verdad. Si eso ocurría, acabaría con su vida, estaba segura. Por un momento, su orgullo herido la envalentonó y mostró una sonrisa de triunfo a aquella negra que sabía que compartía el lecho con su futuro esposo. Tarde o temprano, se vengaría de ella. Si algo tenía de bueno aquella boda, es que pronto sería la dueña de la hacienda, pudiendo hacer su voluntad.

Antes de lo que le hubiera gustado, llegó hasta el altar donde Diego ni siquiera la miró, girando hacia el párroco. Era consciente de que el joven podía haber anulado la boda, sobre todo desde que faltaba Lucien, que realmente era el que dio la palabra del compromiso a sus padres, que disfrutaban gracias a ella de una espléndida vida en tierras españolas. Sin embargo, Diego no lo había hecho, confirmando su temor de que la venganza de aquel joven estaba próxima ¿Cómo evitarlo? No podría, al no ser que desplegara todas las artes aprendidas con Carlos en la cama. Quizás, si conseguía hacerle disfrutar más que aquella negra, tuviera piedad de ella y volviera a retomar el mando de la situación. Por un momento, mientras el cura hablaba, miró de reojo a su futuro esposo reconociendo que se había convertido en un hombre apuesto, capaz de destrozarse el corazón de más de una dama. A lo mejor, todavía quedaba una esperanza de poder ser feliz a su lado. Controlarle mediante el revuelo de sábanas empapadas en sudor como

había controlado a Carlos, una marioneta a su merced. Sin darse cuenta, llegaron a la pregunta del cura donde tenía que pronunciar el sí quiero, y por decencia más que por ganas, lo pronunció sin pensarlo.

No sabía por qué temblaba cuando Diego la retiró el velo para darle su primer beso. Por un momento, pensó que era miedo. Sin embargo se estaba engañando a ella misma, porque aquellos ojos negros inexpresivos la miraron fijamente y provocaron un temblor en su cuerpo, incapaz de comprender si era miedo o excitación. Diego se acercó a su rostro posando sus labios en los de ella, y aquella corriente eléctrica la recorrió por completo, dejándola perpleja. Los vítores y aplausos de la gente no se hicieron esperar mientras permaneció por un instante con los labios reclamando de nuevo un beso que Diego le negó, llevando su mirada hacia aquella odiosa negra que le sonrió.

Recorrieron la alfombra cogidos de la mano. El único personaje ilustre que no estaría en la ceremonia era el mismísimo Alejandro, que regresaba a España por orden del monarca. Carlos III sabía que su reputación no era querida en aquellos territorios de Luisiana, y para evitar más revueltas con todos aquellos colonos franceses, le hacía regresar con la excusa de necesitarle en otras revueltas. Aquel severo castigo donde murió Lucien, había granjeado numerosas críticas hasta el punto de ser apodado el sanguinario. A pesar de implantar las estructuras administrativas favorables a la corona, elaborando el texto de la Ley Fundamental de Luisiana donde se encontraban reflejados los derechos y deberes de los habitantes de la colonia, era depuesto en parte por el rechazo que su severidad causaba entre la población civil, incluida la española, que como Juan de la Cruz, habían elevado sus protestas hasta el monarca.

Tenía que reconocerle a su nuevo marido que mantenía las apariencias, siendo amable y enamorado ante el resto de la gente. Por un instante, volvió a albergar una esperanza. Quizás, durante todos aquellos años que pasó en la hacienda, Diego había estado enamorado de ella. Por lo que recordaba en aquella primera visita cuando apalabrarón el enlace, la propia idea había surgido del joven que llevaba años enamorado de su persona. Quizás, aquel sentimiento era más fuerte de lo que el propio joven pensaba, intentando

reprimir las ganas de poseerla yaciendo con aquella negra estúpida causante de toda la desgracia. Quizás, tan solo quedaba aquella esperanza.

Escuchaban el ruido de la casa grande mientras al calor de su propia hoguera mantenían su celebración. Un descanso que, al calor de las llamas, les haría regresar al pasado como si estuviesen en su propia tierra. La muerte de Lucien no había cambiado nada, salvo la esperanza de volver a encontrar a Diara. Aquel francés, de honor y palabra, había cumplido su parte del trato reuniéndole de nuevo con los hijos que le quedaban con vida. Por un instante, contempló lo que quedaba de su familia, sonriente celebrando la unión del patrón con aquella blanca que no caía bien a ninguno. Tanisha saboreaba los succulentos platos que Diego había ordenado que les llevaran. Al contrario de lo que había pensado, Niara sonreía, a pesar de que el hombre que amaba se casaba con otra, y Sharik...Sharik no era el mismo desde aquel viaje en barco y desde que Siomara abandonara esta tierra amparada por el abrazo de Gueno.

Por un momento, su pensamiento le llevó hasta el recuerdo de Tafari. Ahora que su primogénito parecía un alma en pena, incapaz de mostrar voluntad cumpliendo tan solo las órdenes de los patrones, aquel muchacho que pensó en que era la reencarnación Njeddo Dewal hubiera sido su salvación. Todavía le sangraban las heridas cuando vio como volaba por los aires cayendo al mar cuando aquella bola negra impactó contra las rocas. Allí, el que había creído la reencarnación del diablo, moría irremediabilmente, porque ningún ser humano soportaría la caída. Por un instante, antes de acontecer la tragedia, había visto humanidad y amor en su mirada, cuando disparó aquella flecha que mató a Shiara, dándole una muerte digna que no tendría de haber sido poseída por aquel odioso capitán, cuyos ojos mostraron toda la lujuria que sentía por su cuerpo. Su pequeño Tafari, al que tanto había temido, no habitaba ya este mundo, y hasta que no había desaparecido no sabía todo el amor que sentía por aquel niño.

Ashauti supo que tendría que esperar a después de la ceremonia. Aunque le había contado todo lo que sabía de la niña, tras el regreso de Juan y Lucien de La Habana, y tras la muerte del francés, lo que realmente le apenó a pesar de no querer reconocerlo, nadie había movido un dedo para buscar a Diara. Necesitaba encontrarla, a parte porque su familia no estaba completa sin ella,

porque se lo debía a Tafari y Shauri, que la habían amado por encima de todas las cosas a pesar de ser una pequeña cría blanca. Incluso él la amaba, hecho del que no fue consciente hasta que casi la perdió. Todavía resonaban en sus oídos aquel grito de venganza que lanzó la pequeña tras su venta, haciéndole sentir realmente orgulloso, en aquel orgullo de padre que sentía también con su prole. Sólo necesitaba que aquella estúpida celebración que tan solo mantenía las apariencias terminara. Sabía que Diego, una vez cumplida su mayoría de edad y dueño de todo el dinero, le esperaba para rescatar a aquella hermana que habían robado de aquella fortaleza francesa y española en tierras africanas. Como dueño de la hacienda y la riqueza, ya no importaría lo que alegara Juan que parecía conformarse tan solo con el amor de Diego. El muchacho ya le había reunido en el que sería su despacho informándole de sus intenciones. Cuando estuviera casado, Diego y la familia de Ashauti al completo, a excepción de Niara que permanecería a salvo en Nueva Orleans, acudirían a Venezuela y no regresarían hasta hallar noticias de Diara.

Le debía mucho a Diego, lo sabía perfectamente. Meses antes, aquella arpía que era su esposa había eludido un plan para deshacerse de Niara, en unos celos que Ashauti no comprendía porque parecía odiar a Diego. Todavía recordaba impotente cuando aquellos hombres entraron en la casa de madera donde dormía con sus hijos y se la llevaron tras atarles. Por un instante, y ante el peligro que corría su hermana, Sharik parecía ser el mismo, intentando forcejear para liberarse de la cuerda que le impedían salvar a su hermana. Supo que Diego lo sabía cuando llegó hasta la cabaña cortando sus cuerdas.

Carlos Padilla se llevó a Niara hasta el bosque, donde comenzó a golpearla y quitarle la ropa. Todavía recordaba la cara de miedo de su hija, que enamorada del patrón de la hacienda, en un amor imposible debido a la sociedad donde habitaban, comprendía que de llevar a cabo sus planes, la única salida que le quedaría era la muerte, igual que años atrás la valiente Siomara había llevado a cabo gracias a la ayuda de Diara que le dio la daga, ante la humillación de ser poseída por otro hombre distinto a su amado.

Carlos padilla saboreaba su cuerpo negro, en intensos lametones que la

hicieron temblar de nuevo, cuando Diego llegó en su caballo sorprendiendo al hombre. Sin dudarlo ni un momento, Diego atravesó por la espalda el pecho del hombre sin que pudiera soltar el pezón negro de su hija, y antes de que muriera degollado por su hija, confesó el plan que la propia Isabel había tramado en el calor de las sábanas que compartía con Carlos.

Aún así, Diego había decidido seguir adelante a pesar de todo. Casarse con aquella niña rica blanca en lugar que con Niara. Algún plan tendrían, porque a tenor de la sonrisa de su hija mientras contemplaba las llamas de la hoguera, algo habían preparado esos dos para darle su justo merecido. Por un momento, acarició su tripa y los ojos se le aguaron, pero no quiso darle importancia. Supo entonces que era una sonrisa fingida, pero que sufría por dentro.

Ashauti se tumbó hacia atrás contemplando las estrellas bajo el sonido de la música que procedía de la casa grande. Miró hacia el firmamento buscando aquellas constelaciones que enseñaba de pequeño a Tafari y que tan distintas eran en aquel continente. Por un momento, pensó que identificaba la sonrisa de Diara unidas por aquellas constelaciones, y tembló por un momento cuando descubrió el brillo de Tafari, y por primera vez en mucho tiempo, supo que su hijo pequeño seguía vivo y que les buscaría, suspirando y anhelando el reencuentro.

34

Tafari no pudo evitar que los ojos se le aguaran cuando supo que había llegado tarde. Desde la lejanía, en el horizonte se divisaba el humo que quedaba tras la batalla, de color gris lo que indicaba que las llamas estaban apagadas, porque de permanecer activo, el humo seguiría siendo blanco. Con la espada en la espalda, tras las enseñanzas que le había dado aquel hombre llamado Juan de la Cruz y verdadero padre de Diara, corrió hacia las ascuas de lo que antaño pareció todo un pueblo.

Clavado en una estaca divisó el rostro de un hombre negro, aunque su color de piel no era tan oscuro como el suyo. Con las manos cortadas y sin orejas,

los restos de su calavera pendían colgada de una estaca frente a la muralla, un acto salvaje que ni siquiera su pueblo llevaba a cabo. A su diestra, las calaveras de una mujer y otro hombre que como él, saludaban a aquella muralla fragmentada por las armas.

Entró en el interior de lo que antaño pareció un pueblo, con numerosas casas hechas de madera que permanecían en pie. Por un momento dibujó una sonrisa al reconocer que por muy adelantados que se creyeran los blancos no tenían ni idea de guerras. Lo primero que hubiera hecho su pueblo de estar en África, hubiera sido encender las flechas para quemar las casas. Entre cascotes, de lo que parecía una iglesia similar a la que cuidó de él gracias al padre Perico, recorrió en silencio sus calles intentando evitar los cadáveres de hombres blancos, negros e indios que poblaban el barro tras la lluvia.

Una a una fue abriendo aquellas casas deshabitadas donde sus pobladores habían huido con prisas. Llegó hasta una situada en el centro, una de las pocas que había de dos plantas. Atravesó la puerta reconociendo una sala donde una mesa y unos fogones hacían la planta baja. A su diestra, un lecho deshecho señal de que les atacaron refugiados en la negrura de la noche. Con cautela, subió las escaleras hasta el altillo que llevaba hasta otro lecho deshecho. Por un momento, aspiró el aroma recordando un olor de otra piel. Se acercó hasta la mesa donde la lámpara de aceite permanecía apagada, y a sus pies divisó un libro traducido al castellano que rezaba “ El arte de la guerra”. Por instinto, se tumbó en el lecho amparado por aquel aroma, con los brazos cruzados tras la nuca. Tras admirar el techo, divisó aquellas palabras escritas que le llenaron de esperanzas. Grabado con un cuchillo, se leía el nombre de Diara, lo que le provocó una sonrisa, comprendiendo que se hallaba en el mismo lecho que la muchacha había ocupado no hacía mucho tiempo. Aquella era la primera pista que tenía por cierta desde hacía mucho tiempo.

Decidió bajar de nuevo para revisar todos aquellos cuerpos que yacían en el barro mojado tras la llovizna con la que amaneció aquellas tierras, de una forma que el mismo cielo lloraba por tantos muertos. Revisó cada uno de los cadáveres, intentando distinguir en ellos los rasgos de aquella niña pequeña

que había recordado a pesar del tiempo transcurrido y que sin duda había cambiado al crecer su cuerpo, tal y como cada vez que se miraba en el espejo, él tan solo era la sombra del niño que fue. Sin embargo, aquellos cadáveres no parecían pertenecer a Diara, y se vio exhalando un suspiro de alivio al no hallarla.

Recorrió cada parte del pueblo, incluso descubriendo aquel altar que se desplazaba ocultando una entrada a un refugio secreto sin ocupar, quizás porque no habían tenido tiempo para ello. Al recorrer la muralla, vio el hueco en la madera que daba a un camino que llevaba hasta las montañas. Si la ciudad estaba desierta, sin lugar a dudas los sobrevivientes huirían por aquel hueco, y tan solo esperaba que Diara se encontrara entre ellos.

Al cruzar el hueco divisó un camino sin ramas. Hábilmente, aquellos ciudadanos habían preparado la huida cortando todas las ramas que se lo hubiesen impedido. Entre enormes charcos, fue andando por el camino que pronto comenzó a ascender hasta las cumbres de la montaña de Ocoyta. Era una huida de al menos dos jornadas de camino, como pudo apreciar por los restos de hogueras y de comida que encontró en el camino. Afortunadamente, el rastro de las pisadas en el barro le hicieron seguir el mismo camino, comprobando que el frío se hacía más denso según enfilaba el abrupto trayecto que ascendía hasta la cima. Por un momento, dudó de que mujeres y niños llegaran hasta la cumbre, hasta distinguir un pequeño sendero oculto por la arboleda que llevaba hasta unas cuevas.

El resplandor de las llamas le confirmó que aquellas cuevas estaban habitadas. Aguardó entre el ropaje de la vegetación para espiar a sus habitantes. Constantemente, observó salir tan solo a niños y mujeres amparados por un hombre, que de un color distinto al suyo, tampoco era blanco sino de piel amarillenta y ojos rasgados.

Aguardó hasta la noche para que fuera su aliada. Tras sacar la espada de su funda, anduvo en silencio con ella fuertemente sujeta en su mano diestra hacia aquella cueva. A sus pies, decenas de niños y mujeres dormitaban sin pensar en el peligro que les aguardaba. Descorrió alguna de las mantas para

comprobar los rostros que protegían, hasta que sintió el filo frío de una espada situada en su nuca. Consciente de que había sido sorprendido, soltó su propia arma en el suelo, y girando lentamente se cruzó con aquella mirada azul, a la par que aquel hombre extraño y un mulato le guardaban las espaldas. Por un momento, sus ojos se convirtieron en dos delgadas líneas intentando distinguir el rostro que antaño tanto había amado.

La cría, de unos ocho años, dio un paso hacia él guardando su espada en el cinturón atado a la cintura. Guardando sus pasos, un hombre de ojos rasgados y otro mulato le miraban con saña. Aquella pequeña, de tez blanca, cabellos largos y negros cogidos en una coleta, con aquellos intensos ojos azules que le devolvieron a otro tiempo, estiró su mano para tocar las cuencas que adornaban sus trenzas. Tras mantenerlas por un momento entre sus dedos, estiró de nuevo su mano para acariciar con su dedo su rostro, produciendo en Tafari un estremecimiento, consciente que delante de él tenía a Diara, muy cambiada desde que se separaron hacía muchos años, cuando solo era una niña pequeña de tres años.

Con manos temblorosas prosiguió acariciando cada pliegue de su rostro, comprobando que por sus mejillas comenzaban a derramarse todas las lágrimas hasta ahora ocultas. Por fin, el dulce sabor de sus palabras resonaron en sus oídos, en una música celestial al pronunciar su nombre.

- ¿Tafari...?- dudó Diara por unos instantes, hasta que fijándose en el brillo de sus ojos, supo que era él.

Mostrando su mano en alto para que sus dos protectores supieran que estaba bien, poco a poco se fue acercando hasta el cuerpo de su hermano, sintiendo aquellos latidos del corazón hasta entonces olvidados. Sentía que las piernas le temblaban, hasta que situando su rostro delante de él, sintió de nuevo aquel aliento que de pequeña le otorgó tanto consuelo. Fue entonces cuando se tiró a sus brazos, aferrándose a su cuerpo, llorando toda la desesperación que sentía desde la muerte de Guillermo, cuya cabeza pendía de aquella estaca sin orejas. Aspiró cada olor del cuerpo de Tafari, que la rodeó con sus brazos oprimiéndola hasta no dejarla respirar. Cuando los sollozos se calmaron, el chico escuchó de nuevo su suave voz, muy distinta a aquella lengua de trapo

que escuchó por última vez.

- Tafari, me has encontrado- susurró la niña.

- Te dije que te buscaría hasta que Gueno me llamara a su lado. Te quiero Diara- pronunció besando su cuello.

Diara sintió una esperanza. A pesar de todas las vicisitudes que había vivido, creyéndose sola en este mundo tras perder a Guillermo y María Valentina, Tafari estaba allí, como siempre antes de que se separaran en aquel acantilado que les separó por tantos años, y por primera vez tras la debacle, sonrió de nuevo aferrada con fuerza al cuerpo de su hermano.

35

Casi estaba amaneciendo cuando acabaron los festejos. Decenas de hombres y mujeres dormitaban en los asientos tras tantos licores. Diego sabía que muchos de ellos, invadirían su casa hasta bien entrada la tarde, cuando empezaran a desperezarse y sudaran todo el alcohol que habían ingerido durante el festejo. Por un momento, contempló los rostros dormidos de los invitados, muchos de ellos desconocidos para él. Eran compromisos aristocráticos a los que tuvo que acceder, sobre todo, desde que Juan fuera nombrado provisionalmente gobernador en funciones de Nueva Orleans a la espera de que la corona enviase al nuevo sustituto. Esta vez esperaba que durara más tiempo, porque los dos anteriores no pudieron dar la estabilidad que tanto necesitaba Luisiana. Odiaba a Alejandro O'Reilly. Era el causante de la muerte de Lucien, ejecutándole como si fuera un ladrón y no el buen hombre que era. Ciertamente participó en la rebelión contra los españoles, ideando formas de conseguir no perder sus negocios siempre sin violencia, pero siempre en la sombra. Si los cuatro hombres que le acompañaron en su destino no le habían delatado ¿Quién fue? Esa duda le perseguía constantemente, y de momento solo descartaba a un hombre, su padre. Juan podía haber sido en el pasado un hombre amargado ahogando sus penas en la bebida, y celoso hasta el punto de matar a su madre, pero fiel a sus amigos. No, su padre era el único que no estaba en la lista de sospechosos. Había intentado investigar en la celebración, pero nadie parecía saber nada y todos estaban tan sorprendidos como él.

Dejó atrás la duda que aclararía tarde o temprano, otorgando al canalla su justo merecido en nombre de Lucien, porque sabía que tenía que seguir con sus obligaciones. Hacía tiempo que Isabel se ausentó de la fiesta marchando hacia la alcoba, que, por lo menos esa noche, ambos compartirían. Subiendo los peldaños de la escalera que llevaban hasta la primera planta de la hacienda, no pudo por menos que pensar que en otro tiempo estuvo enamorado de ella. Aún recordaba aquel primer encuentro, en la sala donde se reunieron con su familia, con Lucien sentado en aquel sillón que tanto le gustaba y el detrás tembloroso, intentando ocultar la vergüenza. Hacía años de aquello, pero aún recordaba aquella emoción contenida. Aquel día, Isabel estaba bella, realmente bella, algo que mantenía tras el paso de los años, siendo ahora una bella mujer. Con el tiempo, se fue desencantando al conocerla. Se había portado con él como una joven estúpida, despreciándole cada vez que podía, y sin disimular cuando coqueteaba con Lucien. Su corazón quedó definitivamente destrozado el día que les espío en el despacho. Jamás quiso escuchar tras la puerta, pero al escuchar la voz de Isabel y Lucien, no pudo evitar hacerlo. Isabel derramaba lágrimas compungidas declarándose a Lucien, que estaba perplejo. Tras la rendija de la puerta, y caballeroso como era el que consideraba más que un padre, pudo apreciar como se acercó a consolarla y la muy descarada aferró su cuello dándole un beso. Jamás se había enfadado con el francés, porque ese día, al sentir el contacto de los labios de la joven, enseguida la apartó indignado. Aquel día, y aunque su corazón estaba destrozado, supo que Lucien jamás le traicionaría. Sin embargo a aquella descocada no pareció aceptar lo que para ella fue una ofensa, y tras pronunciar improperios para la lengua de una dama, juró que se vengaría. Por un momento, le asaltó la duda ¿Podría haber sido Isabel quién culpara a Lucien frente al gobernador? Si era así...

Antes de lo que le hubiese gustado estaba en frente de la puerta. Suspiró por un momento, sin atreverse a abrirla. En otro tiempo, hubiera dado su brazo derecho por un beso, pero ahora que era todo un hombre, ya no quería el amor de Isabel. Sabía que era fuerte y apuesto, como comprobaba cada vez que recorría las calles de Nueva Orleans y observaba las miradas de las damas, ocultas tras sus abanicos y murmurando entre ellas. Sólo le importaba Niara. Desde que apareció en su vida, todo era mucho mejor. Todavía

recordaba la primera vez que yacieron juntos, recorriendo su moreno cuerpo sin importar que ninguno de los dos tuviera experiencia en asuntos de amor. Aquel primer día, ambos se contentaron con las caricias y los besos que se dieron, sin importar que no finalizaran aquel acto más complicado de lo que parecía. El resto, llegó con el tiempo, cuando aprendió a ir controlando su entrepierna. Suspiró resignado. Seguramente su bella negra estaría sufriendo por el enlace, llorando toda la noche como le había informado antes de entrar al banquete su hermano Tanisha, que a pesar de la sonrisa de pose que mostraba su hermana, supo que no duraría mucho tiempo. Por eso dejó que Ashauti no estuviera en el festejo. Entre tantos conocidos no corría peligro, aunque sinceramente no compartía la visión con Lucien de que alguna vez hubiera sido lo contrario. En una súplica, le había pedido a aquel fulani que fuera a consolar a su hija. Ambos hablaron muchas veces de cuando se uniera en matrimonio a Isabel, pero cuando el día llegó, no era lo mismo que pensar en ello. Odiaba el mundo que le había tocado vivir, teniéndose que desposar con aquella arpía que le despreciaba desde el principio en lugar de la mujer a la que amaba con todo su alma, y todo por el color de su piel.

Sacudió la cabeza para abandonar los pensamientos y, tras un suspiro resignado, abrió las puertas rezando para que Isabel estuviera dormida. Sin embargo, nada más entrar la contempló sentada en la cama, con cara angelical aguardando su llegada. Llevaba un camisón blanco y el pelo moreno suelto, llegándole hasta la cintura. Había coloreado sus gruesos labios con algo de carmín, y desprendía un olor a rosas por todo su cuerpo. Nada más entrar, comenzó a deshacer el nudo del pecho que sujetaba el escote de su camisón, y dos grandes pechos quedaron al descubierto. Tenía que reconocer que era hermosa, sin poder evitar que su entrepierna hablara por él. La ira fue invadiendo su cabeza, al recordar de nuevo a Lucien, ahorcado en aquel patíbulo de la plaza ante la mirada atenta de la mujer que estaba en la cama semidesnuda. Sin pensarlo, en dos zancadas se plantó delante de ella, comprobando como tornaba su rostro coqueto por uno de miedo. Aferró fuerte su brazo y la obligó a tumbarse boca abajo, para no ver las lágrimas que comenzaban a caerle por las mejillas. Perdió todo el raciocinio que algún día tuvo, y en su mente solo aparecían los rostros de su bella amada negra y su gran amigo francés. Iba a darle a esa mujer su justo castigo. La sujetó por

el pelo haciendo que se pusiera a cuatro patas, igual que los perros, y sacó su miembro sin importarle sus súplicas, introduciéndolo por su ano con rabia. El grito de dolor de Isabel resonó en toda la casa, mientras le suplicaba que parara. Aquella maldita habría yacido una y mil veces con Carlos Padilla, al que atravesó con su espada el día que osó golpear a Niara, una forma de pago que Isabel le tendría que haberle dado a cambio, sin importarle que estuviera prometida a otro hombre. No, no iba a parar, iba a hacerla pagar por todo el dolor y desprecio que le había causado durante tantos años. El odio y la rabia se apoderó de él, y con cada grito de su nueva esposa se sintió más excitado. Desde ahora sabría lo que le aguardaría siempre que tuviera ganas, dejando todo el amor y las caricias para Niara. Con fuertes embestidas, mezclado con los gritos y llantos de Isabel, fue llegando al clímax hasta que sació todo su semen, derramándolo como la corriente de un río baja fuerte. Se separó de ella y comprobó las manchas de sangre en aquel camisón que ni siquiera le había quitado, y comprobó el despojo humano que lloraba desconsolada en el lecho. Con el corazón duro como una piedra, se dirigió sin que le temblase la voz.

- Bienvenida a tu nueva vida Isabel. Ahora sabes todo lo que te espera a milado. Vas a pagar por todos los desprecios y la humillación de tantos años.

Isabel no le miró, continuó llorando dolorida encima del lecho, boca abajo como la había colocado cogiéndola de los pelos. Se abrochó la bragueta y fue hasta la puerta. Antes de salir, habló de nuevo.

- Te dejo sola, no te preocupes. Prefiero dormir con una verdadera hembra. Isabel escuchó el portazo y siguió llorando un rato más. Como pudo, porque Diego la había dejado un intenso dolor que parecía recorrer sus entrañas, se giró para sentarse en el lecho. Las punzadas de dolor recorrieron su cuerpo, y se quedó por unos instantes mirando hacia la puerta, temerosa de que volviera. Aquello, sin embargo, no quedaría así. Sin saberlo, Diego le había dicho cuál era su debilidad, y aquella humillación que sufría la noche de bodas, iba a hacérselo pagar con lágrimas de sangre. Un brillo en los ojos refulgió en ella. Sí, iba a vengarse de la forma que más dolería a su esposo.

Ashauti suspiró cuando Niara se durmió. Llevaba toda la noche llorando, completamente desconsolada, a excepción de aquella sonrisa fingida al calor de la hoguera, justo hasta que la música cesó y supo que Diego acudiría a sus aposentos. Por un momento, se fijó en ella pesaroso. Sabía perfectamente el motivo de las lágrimas que derramaba, y no eran porque Diego se desposara con aquella arpía blanca. Este hecho, su hija lo tenía asumido desde hacía mucho tiempo, viviendo en aquel mundo que no permitía que negros y blancos se mezclaran entre ellos. No, el motivo era otro. Suspiró de nuevo, era la viva estampa de su madre. Cada vez que la veía, alegre y feliz por aquella hacienda, recogiendo flores para adornar el cuarto donde dormía, a la espera de reencontrarse con Diego, era como si estuviera contemplando a Shaira. Tenía el mismo parecido, con aquel porte esbelto y delgado y los dos grandes ojos negros que ocupaban todo su rostro. Por eso sabía lo que la pasaba. No en vano, había tenido seis hijos vivos y uno muerto con su adorada esposa como para no reconocer el cambio producido en el cuerpo de una mujer cuando esperaba descendencia. Sí, era eso, y estaba seguro aunque la joven no le contara nada. Sus caderas se ensanchaban por momentos, y mantenía un pequeño bulto en el vientre nada apreciable todavía excepto para él. Sus pechos, se redondeaban y crecían preparando el alimento del pequeño. Estaba intranquilo, pensando en cómo reaccionaría Diego ante la noticia y pensando de qué color nacería aquella criatura. Por primera vez en la historia de su pueblo, nacería un niño mestizo, mezclando sus genes con los del hombre blanco.

Todavía añoraba su tierra sin comprender el motivo de tanto odio. Durante años, estuvieron comerciando con aquellos hombres blancos que pisaban sus tierras, en una forma de conquistar un territorio que jamás les había pertenecido. Antes de su llegada, tan solo mantenían disputas con alguna que otra tribu que invadían las tierras, pero por lo general, si todos cumplían las normas, convivían pacíficamente. Desde la llegada de aquellos blancos, todo había cambiado. Le costaba comprender por qué les llamaban inferiores. Era cierto que llegaban con instrumentos que jamás habían pensado, así como armas que mataban de un solo disparo a las personas, como sus dos queridos

hijos muertos en África. El rostro del pequeño Eissein con aquellos grandes ojos abiertos y el agujero en mitad de su frente, le perseguía aún en sueños, atormentándole constantemente. Aquellos hombres se llamaban superiores, tratándoles como animales, cuando tan solo eran hombres de distinto color que vivían relativamente en paz hasta que llegaron. Para ellos, los que tenían un color diferente al normal eran los blancos.

Acarició el rostro de su hija y salió de la alcoba donde dormía sola. Al otro lado del pequeño pasillo, estaba la habitación de los dos hijos, en aquella cabaña de madera que Diego ordenaba construir para ellos, alejándoles del resto de esclavos que dormían en aquellas camas de dos pisos que jamás había visto hasta que llegó a la hacienda. Recorrió el pasillo hasta la habitación grande donde estaban la mesa y aquel extraño aparato donde su hija Niara hacía esos succulentos postres, para tomar la puerta y salir a respirar el aire de la mañana. Los colores anaranjados indicaban que estaba amaneciendo, sin el bullicio habitual en aquellas tierras debido al festejo. En el horizonte, divisó la silueta para él conocida después de tanto tiempo protegiéndole, a modo de cumplir aquella promesa que le hizo al francés que cumplió con su parte: le había devuelto a sus hijos. Se sentó en el porche de madera aguardando que llegara, comprobando que, como él, durmió poco esa noche.

- Buenos días Ashauti. Veo que madrugaste como yo ¿Está Niara despierta? preguntó decidido a entrar en la casa. Ashauti le detuvo agarrando su brazo.
- Es mejor que la deje dormir patrón, no ha pasado buena noche y se quedó dormida hace poco.

Diego suspiró resignado, sin entender el motivo de su llanto. Sabían desde que iniciaron aquel amor furtivo que ese día llegaría, pero quizás, como le había pasado a él mismo, no era lo mismo hablar de cuando llegara el día que comprobar que se hacía realidad.

- Supongo que soy el causante de esas lágrimas- respondió resignado, exhalando un suspiro y sentándose junto al hombre- Jamás fue mi intención, créeme Ashauti. He de reconocer que no empezamos con buen pie y que no eras de mi agrado, y que todavía, a veces, siento ganas de encadenarte para

- siempre, no en vano te llevaste a mi hermana después de salvar a tu esposa.
- Sea sincero conmigo patrón, porque este es un asunto que debemos zanjarde una vez por todas- contestó mirándole fijamente.
 - Sea pues- le dio permiso para que se explicara, extendiendo la mano en el aire.
 - Usted patrón, no salvó a Shaira de nada, simplemente la necesitaba ¿Si hubiera sido como el resto, sin tener los pechos repletos de leche con los que alimentar a su hermana, la hubiera sacado de aquella celda antes de que los hombres la mancillaran? A mí me parece que no, puesto que no liberó a las demás mujeres que soportaron la humillación de aquellos soldados, terminando después con sus vidas para no causar deshonra a sus familias. Salvó a Shaira porque le convenía, simplemente, por lo que no le debo nada. Aún así, ella evitó que le matará aquel día cuando cayó al suelo mareado tras el golpe de la puerta. Créame que de haber sido por mí, y en aquellos momentos donde estaba encolerizado, no respiraría ahora.

Diego le miró fijamente asimilando sus palabras. En el fondo, Ashauti llevaba razón. Seguramente si su madre hubiera estado viva pudiendo alimentar a su hermana, jamás hubiera acudido a los gritos de aquellas mujeres negras. Tenía que reconocer que lo hizo por bien de Diara, y que Shaira simplemente tuvo suerte de haber parido antes de su captura.

- Es posible que estés en lo cierto- respondió al fin sinceramente- pero dime¿Entonces por qué sigues protegiéndome?
- Porque hice un trato con Lucien Bellamy que cumplió, y para los fulaninuestra palabra es sagrada. Si la rompiera, caería en deshonra y jamás podría reunirme con mi familia en el país de Heli y Yoyo. Además, está Niara y...se quedó callado por un momento, sopesando si contarle a Diego sus sospechas.

Finalmente, se levantó sin decir nada más, era algo que no le competía. Si alguien tenía que contárselo a aquel muchacho, que a pesar de lo vivido aprendía poco a poco a respetar, era ella.

- Estoy feliz de que por fin nos hallamos sincerado- concluyó la conversaciónDiego levantándose junto al hombre y tendiendo su mano- Quizás ahora podamos dejar atrás el pasado y comenzar de nuevo.

Realmente amo a Niara, y si no fuera por esta sociedad donde ambos estamos condenados a vivir, sería mi esposa. Creo que por ella ambos debemos llevarnos bien.

Entrelazaron las manos en señal de paz. Ambos tenían que transigir por el bien de la muchacha. Ashauti contempló como Diego entraba en la casa, y se sentó de nuevo en el porche de madera, satisfecho por fin de poder haber aclarado las cosas. Le había demostrado a Diego que no actuó por ser buena persona cuando Shaira evitó el destino de las otras, si no por propio interés y necesidad. Con una deuda era bastante, y era con Lucien Bellamy, no con Diego. Suspiró de nuevo consciente de que aquella deuda sería para siempre o hasta que el Dios de los blancos llamara a Diego a su lado. Jamás podría regresar a casa, a su querida tierra, lejana tras todo un océano. Moriría sin ver la selva verde, y aquellos grandes ríos y lagos donde se refrescaban del calor incesante. Estaría alejado de Shauri, muerta en aquel barco, tirada al mar donde su cuerpo descansaría para siempre. Pero tenía que lograr algo, y era que sus hijos regresaran algún día para ser de nuevo felices y continuar con su linaje. Quizás encontraran a Tafari, que a lo mejor por mandato divino seguía vivo ¿Sería posible? No, no lo creía, cayendo desde tanta altura. Simplemente, aguardaría en aquel país extranjero su muerte, cuidando de sus hijos y de aquel blanco que pronto, aunque sin saberlo, le daría el regalo de su primer nieto. Simplemente por eso, debía protegerle con su propia vida, sobre todo de aquella blanca que ahora dormía sola en su cama.

37

Diara se despertó feliz al lado de Tafari. Toda la noche estuvo aspirando el olor de aquel cuerpo que, aunque bastante cambiado porque comenzaba a hacerse un hombre y no el niño del que se había separado, conocía a la perfección. Era un rayo de esperanza, y aunque su corazón estaba adolecido por la pérdida de Guillermo y María Valentina, que Tafari la encontrara la llenó de fuerzas renovadas. Aún así, le quedaba algo por hacer. Su hermano había relatado cómo siguió sus pasos tras ver desde el horizonte el humo de las llamas extinguidas, y cómo al llegar a la que había sido su casa y la de todos en aquella cueva, había visto clavado en la estaca a un hombre sin manos ni orejas. Recordaba haber exclamado un grito de terror, destrozada por el triste final de otro ser al que amaba. Desde que había llegado a este

mundo, parecía que las personas por las que sentía cariño tendían a desaparecer de este mundo, y no pudo evitar las lágrimas. Tan solo le quedaba aquella gente a la que juró proteger, ocultos en aquellas montañas que nadie más que ellos se atrevían a recorrer. Sin embargo, debía bajar de nuevo a los ranchos para quitar de aquella estaca el cuerpo de Guillermo y enterrarlo bajo tierra. Se lo debía, al menos eso.

Apartó el brazo de Tafari con cuidado para no despertarle, y tras ponerse las botas, regalo de su querida María Valentina, salió al frescor de la mañana. Sentados sobre dos grandes piedras, los dos líderes que quedaban guiando a aquella gente, y no muy amigos en el pasado, dialogaban en susurros. Diara no esperó más y se unió a ellos, sin importarle que tan solo fuera una niña de ocho años. Todo aquel tiempo, había demostrado una madurez superior al resto de los niños de su edad, demostrando que a diferencia de su pequeño cuerpo, su cabeza regía como la de los adultos, que siempre intentaban protegerla. Xu Yen fue el primero en notar su presencia. Aquel hombre extraño de ojos rasgados y piel amarillenta, siempre notaba cuando llegaba, algo que la enervaba, porque la apuesta de ambos era que estaría preparada cuando le cogiera desprevenido, y aún no lo lograba. Tras besar a ambos, se sentó al lado de los hombres que la miraron cómplices. Pero ella no esperó para saber el motivo de su conversación, si no que expresó sus pensamientos en alto.

- Voy a bajar al pueblo a enterrar a Guillermo- afirmó con un brillo en los ojos de determinación.
- Puede ser peligroso Diara- le respondió Reginfo- Es posible que los soldados y ese canalla de Germán de Aguilera sigan allí, escondidos para darnos caza a todos.
- ¡No podemos dejarle allí clavado, devorado por los cuervos!- protestó Diara sin evitar las lágrimas en sus ojos. El mulato posó su mano en el hombro de la niña.
- A nosotros también nos duele Diara, pero no es prudente bajar tan pronto. Deja que pase el tiempo, una semana al menos, y yo mismo te acompañaré para enterrarle. De momento, tenemos demasiada gente a nuestro cargo como para aventurarnos a que nos atrapen ¿Te imaginas que pasaría entonces? Los niños y mujeres volverían a ser esclavos, tras duros

castigos por la rebelión. Los soldados yacerían con las mujeres incluidas niñas de tu edad ¿De verdad quieres eso?

- Pero Tafari estuvo allí y no había nadie.
- Ese chico que llamas hermano no es de nuestra confianza, al menos todavía ¿Quién te dice que no es un enviado de Germán de Aguilera?
- Tafari jamás me traicionaría, pondría mis manos en el fuego por él. Le conozco, es mi hermano, aunque no sea de sangre- reconoció Diara por primera vez, que sabía que por el color de su piel no podía correr la misma sangre por sus venas que la que corría por el cuerpo de Tafari.
- Te separaste de él cuando tenías... ¿Tres años? No sabes nada de lo que fue de él durante los años en los que no estuvisteis juntos, y como las flores que cambian con cada estación del año, lo mismo pasa a los hombres- habló por primera vez Xu Yen.
- Tafari jamás iría en mi contra, lo sé y punto- zanjó por fin la conversación Diara- Voy a bajar hasta el poblado, y tan solo tenéis dos opciones, acompañarme o dejarme ir sola, vosotros decidís.

Diara no aguardó respuesta. Se dirigió de nuevo a la cueva, calmando su humor cuando llegó cerca de Tafari para no despertarle, y cogió una bolsa donde metió algo de queso. Tendría que recorrer el camino sin descansar, para no tardar los dos días que demoraron cuando iban seguidos de todos aquellos supervivientes, en su mayoría mujeres y niños. En otras conversaciones, donde aquellos dos mayores líderes de la gente que permanecía viva no quisieron su opinión, creyéndola demasiado pequeña, sabía que pasarían tiempo en las montañas, hasta que Guillermo quedara en el olvido y se separaran cada uno buscando su fortuna. Si hubiese sido por ella, hubiera seguido los pasos de aquel Germán de Aguilera para vengar la muerte de los suyos. Sin embargo, sabía que tenía que crecer para llevar a cabo su venganza, beber de su sangre como le enseñaron en el pueblo donde creció. Tafari ya le había contado como había matado al tal Emiliano Zapata, culpable de su desgracia. Era una preocupación menos en su pequeña cabeza, ocupando por completo el nuevo nombre del que algún día conseguiría vengarse. Esquivando a los hombres, que parecieron complacidos creyendo que se iba molesta pero que no haría nada oyendo sus consejos, se colgó la espada a la cintura y puso rumbo al poblado para enterrar a Guillermo, aunque tuviera que cavar la fosa con sus propias manos. Además, era algo necesario, porque aprovecharía para rebuscar entre las provisiones de aquel

pueblo por si esos soldados habían dejado algún alimento, necesario ante el invierno que se avecinaba si querían permanecer en aquellas montañas.

Llegó cuando estaba anocheciendo, decidiendo pernoctar en su antigua casa, que se mantenía en pie. Si aquel ataque lo hubiera llevado acabo el pueblo fulani, no quedaría ninguna, quemadas con las flechas incendiadas, sesgando muchas más vidas de pobres desgraciados que no pudieron salir a tiempo. Abrió la puerta intentando recobrar el olor de su querida María Valentina, pero todo había desaparecido. Ya no encontraría a Guillermo, ni a la mujer ni a ninguno de aquellos valientes que junto al hombre dieron el paso al frente para correr su misma suerte. Atrás, como un espejismo, quedaban los días felices donde toda su rutina era aprender las artes de aquel extraño personaje venido de lejanas tierras. Caminó lento hasta su lecho, consciente de que otra feliz vida terminaba para siempre, en un bucle donde la felicidad se empeñaba en no querer ser su compañera, torturándola durante breves momentos de respiro en los que pudo saborearla ¿Qué mal había hecho para merecerse aquello? Tenía tan solo ocho años y estaba cansada de pelear con el destino, anhelando una felicidad que se empeñaba en esquivarla constantemente. Derrotada, se tumbó en el lecho llorando por primera vez sus penas, en un llanto desconsolado que parecía no tener fin y que. cuando los pájaros de la mañana anunciaran el alba, tendría que olvidar para siempre haciéndose fuerte, porque muchas personas dependían de ella. Sin embargo, agradecía estar sola para poder sacar de sus entrañas todo el dolor que llevaba sin mostrarse débil ante el resto, algo que no podía permitirse.

Sintió una mano cálida recorrer su espalda. No tuvo miedo, sabiendo que su querido Tafari la había seguido hasta los confines de la tierra. Lentamente, se dio la vuelta fundiéndose en un abrazo, refugiada en el pecho de su hermano, que sin decir nada, ningún reproche por la escapada, acarició su pelo moreno mostrándole el consuelo que necesitaba. Quizás la vida no era tan mala con ella, porque si bien era cierto que Guillermo jamás regresaría, le había devuelto a Tafari.

AÑO 1772

Isabel se asomó por la ventana oculta tras las cortinas. Apretó fuerte los puños al verlos juntos. Aquella esclava negra anunciaba el adulterio de su marido, que si bien era normal en los hombres adinerados, disimulaban sus actos mejor que Diego. El gran bulto de su vientre la humillaba constantemente porque todos en aquella odiosa hacienda sabían quién era el padre. Mientras tanto, no recibía más que brutalidad por parte de Diego, que apenas pisaba la alcoba, donde permanecía sola. Lo prefería, no cabía duda. Las veces que atravesaba la puerta, escasas tras el paso del tiempo, era para atormentarla con aquel acto que cada vez dolía menos. Por eso intentaba no molestarle, mantenerse alejada de cualquier agravio que pudiera ocasionarle, tanto a él como a aquella estúpida esclava que parecía la verdadera dueña de todo, máxime ahora que llevaba en su vientre a aquel bastardo que nadie sabía de qué color nacería. Cuando se enfrentaba a él o humillaba a aquella esclava, la visitaba por las noches en una forma de torturarla. Pero todo cambiaría, en cuanto se marchara. Su plan estaba preparado para vengarse de los dos de una vez por todas, y como que se llamaba Isabel aquella esclava jamás vería el rostro del pequeño bastardo que yacería con ella.

Todo surgió tras la conversación que escuchó tras la puerta, oculta entre las sombras sin que nadie la viera. Supo que algo tramaba Diego cuando acudió a encerrarse en su despacho con los tres negros y su suegro. Al principio hablaron en susurros, donde solo pudo entender palabras sueltas. Hablaban de una tal Diara, seguramente, y a tenor del rostro con el que salió después Ashauti, otra de aquella progenie negra a la que tanto odiaba. Sin embargo, había sacado algo en claro. No entendía bien por qué, pero tampoco le hacía falta. Diego y Juan mantenían interés por encontrar a aquella nueva esclava. Quizás era la esposa de la sombra que siempre llevaba pegada Diego a la espalda, y quizás el brillo en los ojos de su suegro fuera porque como Diego, también la amaba. Sería divertido cuando la encontraran observar la reacción de aquel guardaespaldas cuando Juan se llevara a su esposa a su lecho para que lo calentara. De momento, por los trozos aislados que conseguía oír, tan solo se quedaría en aquella hacienda Juan de la Cruz, dejando a aquella negra desprotegida.

Antes de que salieran, urdió todo su plan. Lo primero que tenía que hacer era yacer con Diego, algo complicado porque nada de las artes que desplegó durante todo este tiempo parecía funcionar. Quizás no lo consiguiera, porque había aprendido que su esposo tenía gran fuerza de voluntad y no sucumbía fácilmente a las tentaciones. Pero daba igual, tan solo debería parecer que habían estado juntos en el lecho, aunque no llegaran a nada. Por eso decidió dar una fiesta, sin necesitar excusa alguna. Como patrona de la casa, ordenó a las cocineras que hicieran platos suculentos para esa noche, mientras envió dos o tres invitaciones con amigos allegados a la familia, nada que no pudiera justificar con una agradable velada entre amigos. Tras dar las últimas órdenes, y aprovechando el calor infernal de la tarde en las que se retiraba a dormir a su alcoba, salió sin ser vista por la puerta trasera a visitar a su antigua ama de cría, vendida por sus padres hacía mucho tiempo pero que siempre la tuvo mucho cariño. Ata la ayudaría, lo sabía perfectamente. Aquella india obligada a ser esclava como los negros y mulatos, sabía de hierbas que la hacían falta. Tenía que conseguir dos, una para adormecer a Diego y llevarle hasta sus aposentos y otra para que el bastardo que crecía en el vientre de aquella negra estúpida no naciera nunca. Sabía que su estado de cinta era avanzado, de seis o siete meses a tenor del volumen de su vientre, así que de interrumpir el embarazo a aquellas alturas seguramente se llevaría por delante la vida de aquella odiosa esclava que, creyéndose una igual, contradecía sus órdenes constantemente, humillándola cuando Diego siempre se situaba de su parte.

Afortunadamente, sabía donde hallarla. Manuel vendió a Ata a uno de sus acreedores, que sentía especial debilidad por las indias. Recordaba haber llorado bastante cuando se lo dijeron, tras el enorme cariño que la tenía. Ata era una de las pocas personas que podían presumir en este mundo de que Isabel la quisiera. Recorrió el camino por pasos poco transitados, con paso rápido para regresar antes de que la echaran de menos. No quiso coger un caballo porque seguro que los mozos que atendían las cuadras se lo dirían a Diego, y todo tenía que quedar en el más estricto secreto. Apartó el ramaje para entrar sin ser vista por la parte trasera de aquella hacienda que conocía bien, directa a la única tienda de indios que había en aquella finca y que el patrón consentía a cambio de visitarla todas las noches. Supo que Ata estaba

dentro por el olor de las hierbas que cocinaba en una cacerola pequeña, mientras musitaba palabras en su lengua. Corrió la tela de la entrada y la india la miró en una delgada línea, intentando descifrar el motivo de su visita. Isabel se acercó de rodillas hasta ella y se fundieron en un abrazo. Tras separarla, Ata la miró de nuevo fijamente con aquellos ojos delgados.

- Niña Isabel, grata visita he de reconocer- habló la india- Sin embargo sospecho que no es de cortesía ni porque me añores, pues hace muchos años que no nos hemos visto.
- Lo sé Ata, y he de reconocer que es culpa mía. Mis padres me prometieron un hombre que me hace la vida muy complicada, desconozco si te llegaron rumores...
- En estas tierras de Nueva Orleans todo se sabe, niña Isabel, y más si unagoza de los favores del patrón de las tierras- sonrió maliciosamente- Me imagino que algo necesitas de esta india para que acudas sola y por el camino de la maleza.
- Tengo problemas Ata, y eres la única que puede ayudarme.

Isabel le contó todo lo acontecido durante todo el tiempo que no se vieron. Con Ata, no tenía que ocultar nada, siempre había conocido la soberbia de la joven. Era algo que agradecía, sin tener que disimular toda la maldad y las ansias de venganza que albergaba en su interior. No pudo evitar los colores de las mejillas al narrarle su noche de bodas, con aquel brillo en los ojos de alguien que no va a olvidarlo nunca. Ata la miraba sin decir nada, escuchando cada palabra y, cuando le explicaba alguna de sus maldades pasadas, como cuando azotaron a aquella negra hasta que Diego atravesó la espalda de Carlos Padilla, sonreía haciendo ver a Isabel que siempre estaría de su lado. Era algo que le debía, porque aquella niña había hecho de sus días cautiva algo mejor, donde incluso llegó a ser feliz siendo su amiga inseparable. Sabía que durante mucho tiempo, Isabel la consideraba más que a su madre. La india se levantó lentamente cuando Isabel finalizó su relato, y salió un momento fuera para regresar al cabo de un breve momento, portando algo entre sus manos. Se sentó de nuevo en frente de Isabel y confirmó la ayuda que la prestaría.

- Estas son las dos hierbas que utilizarás- dijo tendiendo el brazo- Ahora

escúchame bien, para que no te equivoques- cogió el rostro de la mujer para que la mirase fijamente- Esta bolsita de tela contiene la adormidera. Vierte tres gotas en algún líquido que tome tu esposo, al ser posible vino o licores que beba, no más, porque en dosis grandes puede ser mortal, y parecerá que tiene una buena borrachera. Cosa tuya es luego llevarle hasta tus aposentos y desvestirle, pero te puedo asegurar que al día siguiente no recordara nada Isabel asintió con una sonrisa- Este tarro pequeño es el veneno. No es uno mortal, sino que está hecho con una base de perejil y otras hierbas venenosas para un feto. Haz que tome el frasco a lo largo de un día entero, en pequeñas dosis diluidas en alguna bebida con sabor para que no aprecie el veneno. Si es posible, que sea dulce, porque tiende a provocar una pequeña amargura en el paladar. A los tres días, la bolsa que contiene al niño se desprenderá y le causará un gran sangrado acompañado de un terrible dolor.

- ¿Morirá?- preguntó Isabel impaciente.
- Eso depende de ti. Si algún matasanos consigue cortar el sangrado de suspiernas, y es una joven fuerte, podría sobrevivir, alguna vez ha pasado. Sin embargo, la mayoría mueren al perder toda la sangre.
- ¡Eres genial!- rió Isabel estirando la mano para que le diera las plantas. Atalas retiró de su alcance, dejándola sorprendida.
- Ahora, querida, y aunque sabes del cariño que te proceso, esto no es gratuito- Isabel la miró con los ojos bien abiertos, aquello no lo esperaba.
- Ata, no he traído oro ni plata, creí que no me haría falta- se sinceró mirandopara otro lado, con agua en sus ojos ante la decepción.
- No es fortuna lo que quiero niña, sino volver a tu lado. Cuando arregle estos asuntos, prométeme que harás que tu esposo me compre para hacerte compañía. Como ves, los años dejan huellas en todos los cuerpos, por muy hermosos que sean, y tarde o temprano mi amo se aburrirá de mí y no tendré los mismos privilegios, sustituida por alguien más joven- Isabel sonrió despreocupada. Tener de nuevo a su lado a Ata era algo en lo que no pensó pero que la satisfacía enormemente.
- Cuenta con ello, querida Ata.

Tras despedirse de su ama de cría, regresó a la casa con la suerte de no ser sorprendida. Nadie la había echado en falta ocupados como estaban en preparar un eminente viaje, seguramente ese que les llevaba a buscar a la tal

Diara. Por la noche, tal y como le dijo su ama, vertió las gotas en la copa de vino de Diego, que cogió una terrible borrachera siendo guiado por sus influjos hasta su cuarto. Era cierto que no estaba en condiciones de yacer con ella, pero daba igual, lo importante era que lo pareciera. Como un muñeco de trapo, le quitó la ropa y le metió en la cama, para luego pellizcarse con fuerza uno de sus pechos y el cuello para dejar una marca testigo de lo que disfrutaron bajo las sábanas. Completamente desnuda, se tumbó en el lecho recordando, según miraba por la ventana y contemplaba la marcha, lo poco que había dormido y la cara de sorpresa cuando Diego despertó completamente desorientado y cariacontecido por las circunstancias, mientras ella le brindaba una enorme sonrisa como si hubiera sido la mejor de las noches. Ya habría tiempo de seguir con la otra parte del plan en lo concerniente a Diego...

Terminó de ver la partida donde el joven se alejaba al galope seguido de los tres negros. Dedicó una última mirada a aquella negra que lloraba desconsolada acariciando su tripa, seguro que con la promesa de que el hombre regresaría antes del nacimiento del bastardo. ¡Qué sorpresa a su regreso! Una dulce venganza que ya saboreaba. Se encaminó hacia el tocador para comenzar a arreglarse. Ahora, tan solo, quedaba bajar a las cocinas donde la amiga de Niara, sin saberlo, haría el resto.

Agazapados entre las rocas con el rostro pintado como los guerreros fulani, con dos grandes líneas que atravesaban las mejillas, aguardaron a que llegara la noche. Habían sido seis duros meses hasta encontrar a aquel batallón que terminó con la vida de Guillermo, pero por fin les daban alcance y saciaría sus ganas de venganza. A su lado, Tafari permanecía concentrado, con ese brillo en los ojos característico a él cuando iba a matar a alguien, disfrutando de ello. A Diara no le importaba, sabía que su hermano era cruel y despiadado cuando hacía falta, y ahora le necesitaba con toda la rabia desatada si quería beber la sangre de German de Aguilera. Atrás quedaban las montañas y sus dos amigos, que a buen seguro protegerían a los supervivientes del pueblo. Atrás quedaba las fosas que tuvieron que cavar para introducir los cuerpos mutilados de Guillermo y María Valentina. En el horizonte, la niña solo vislumbraba una venganza que finalizaría con la llegada de la noche.

Sentir la mano de Tafari recorriendo su espalda aquella noche en la que entró en su antigua alcoba cansada y triste, la renovó de nuevas fuerzas. Saber que a la mañana siguiente no tendría que enterrar los cuerpos sola, los mismos que todavía no se atrevió a contemplar en aquella estaca, temerosa de la crueldad y la saña con la que todos aquellos blancos se hubieran cebado con el cuerpo de Guillermo, a tenor de la narración de Tafari, le hizo sentirse más fuerte. Amparada en el calor de su cuerpo, que comenzaba a llenarse de vello por algunas zonas, y rota como estaba para llegar ese mismo día desde las montañas, hicieron que pudiera descansar un largo rato de la noche. Cuando se despertaba sobresaltada por culpa de algún amargo recuerdo llorando sin poder contener las lágrimas, Tafari le acariciaba la melena negra calmándola. Sí, realmente, había agradecido que su hermano la siguiera en aquella aventura que al principio creyó que realizaría sola, desoyendo los consejos de aquel oriental venido de lejanas tierras que no la consideraba preparada aún.

Con el cantar de los pájaros, abrió lentamente los ojos comprobando que Tafari no estaba con ella. Bajó los peldaños de la escalera de madera y contempló por primera vez el cambio en el cuerpo del muchacho, mucho más

corpulento de lo que recordaba. Tenía brazos fuertes y una espalda cada vez más ancha, apreciada tan solo cuando se quitaba la camisa de blanco que llevaba. Admiró su cuerpo de una forma inocente, con el cariño que da la hermandad entre gente de la misma sangre, aunque sabía perfectamente que aquellos que la criaron no eran sus padres. Tampoco le interesaba conocer su procedencia, le daba igual. En los tres años que estuvo al lado de aquellas personas de distinto color se sintió amada, y con eso le bastaba. Fue Tafari quién la sorprendió espiándole, y le dedicó una sonrisa cómplice, satisfecho de que le gustara su cuerpo, con ese ego egocéntrico que tienen los jóvenes que van camino de convertirse en hombres. Las cuencas de su melena, debajo de sus hombros, tintinearón mientras secaba su cuerpo. Sí, Tafari rompería corazones, incluso de mujeres blancas, porque el tono negro de su piel tan solo resaltaba sus grandes ojos negros y aquellos labios gruesos.

Tras comer el queso que Diara había robado de la cueva, Tafari le tendió la mano para recorrer las calles que habían sido su casa. Los cuerpos seguían allí tendidos, inertes, donde los insectos de moscas y larvas comenzaban a darse un gran festín. No quiso mirar sus rostros, consciente de que conocería a todos, sin tiempo para enterrarles por la gran cantidad de cadáveres. Fueron caminando juntos hasta la empalizada, hasta que se quedó paralizada al divisar las tres estacas. Sintió la mano fuerte de Tafari apretando la suya, en un intento de que supiera que estaba allí con ella. Decidió no llorar, y soltándose de su hermano avanzó con los puños apretados hasta situarse frente al cuerpo de Guillermo. Con el dedo, recorrió la carne que comenzaba a corromperse por el paso de los días. Sus orejas ya no estaban, y le habían sacado la lengua a modo de burla. Bajó por su cuello, hasta llegar a su pecho y exclamar un grito de dolor cuando no encontró sus manos, sino dos muñones al final del brazo. Como pudo, fue hasta el cadáver de María Valentina. Su bello rostro estaba desfigurado por la espada, que había partido su cráneo en dos, y a pesar de mantener las orejas y las manos, le resultó más repugnante que el cuerpo mutilado de Guillermo. Perdió las fuerzas, cayendo derrotada de rodillas en el suelo, cubriendo su rostro con las manos en un intento de contener todas las lágrimas que escapaban resbalando por sus mejillas. Tafari la dejó así durante largo tiempo, consciente de que tenía que llorar todo el dolor que llevaba dentro, igual que había hecho él durante algún

tiempo tras separarse de la familia y recordar la flecha surcar por el cielo hasta impactar en mitad de la frente de su adorada madre, antes de que todo se volviese negro y despertara en aquel lecho del refugio de desamparados del buen padre Perico.

Enterraron los cuerpos uno a uno. Diara sentía que traicionaba al resto, cavando en el suelo tan solo tres tumbas. Flanqueado por María Valentina y Francisco Mina, Guillermo yacía enterrado en el medio con una cruz de madera improvisada. Sintió de nuevo la mano de Tafari en su hombro, decidida a no llorar más y transformar toda la pena en un odio insospechado, consciente de que no le costaría nada convencer a Tafari para que siguiera el rastro de aquellos hombres, a los que pasaría por el filo de aquella espada que su maestro le regaló mucho tiempo atrás.

Tafari parecía no verla cuando la noche cubrió el campamento de los hombres. Concentrado en la batalla, Diara sintió un escalofrío recordando las palabras de Ashauti cuando decía que su hijo era la reencarnación del demonio. A ella no se lo parecía, y por enésima vez agradeció su compañía. Aguardaron a que las fogatas que calentaban aquellas tiendas de tela se apagaran para preparar el ataque.

- La tienda más grande es sin duda la del tal Germán- confirmó Tafari en un susurro- ¿Ves que es distinta a la del resto?
- Son muchas Tafari ¿Cómo llegaremos hasta él? Hay soldados vigilando el perímetro.
- Son tiendas de tela. Quizás sería bueno esperar hasta mañana para hacernos arcos y unas flechas y seguir la estrategia de padre cuando atacamos la fortaleza de los blancos y te....- Tafari se calló por un momento contemplando a Diara que pareció no pensar en sus palabras, con la mirada fija al horizonte.
- Puede que mañana no estén aquí apostados- susurró la niña- perderíamos la ventaja.
- Mira esas carnes- respondió Tafari alargando el dedo- Acaban de cazarlas. Seguramente estarán aquí un par de días. Si nos alejamos al interior del bosque, podremos fabricar arcos y flechas que, prendidos, quemarán las

tiendas otorgándonos una gran ventaja. Sólo somos dos Diara, y nos superan en número.

- ¡Tres!- escucharon a sus espaldas dando un respingo a la vez. Diara reconoció la silueta del chino al instante, con miedo de que no la dejara finalizar aquella venganza. Sin embargo, el hombre se arrastró por el suelo hasta situarse entre ambos- Tu hermano tiene razón, necesitamos fuego. Si ahora nos retiramos, será la victoria de mañana, recuerda “El arte de la guerra” Diara.

La niña le miró por un momento dubitativa hasta que sonrió. Iba a hacerles caso, apagando la sed de venganza que le ardía por dentro hasta el día siguiente, asegurándose de poder llevarla a cabo. Abrazó entonces a su maestro mostrando la gratitud por su compañía, y los tres se deslizaron hacia atrás en completo silencio. Al día siguiente, aquel campamento ardería por todos lados, y entonces, Germán de Aguilera escucharía de nuevo el nombre de Guillermo antes de acabar bajo el yugo de su espada.

40

Permaneció moviendo la mano en el aire hasta que los cuatro jinetes se perdieron en el horizonte. Se sentía esperanzada de volver a reunirse con Diara, aunque la espera hasta el regreso sería larga. Después de todo lo que llevaban vivido, cuando les separaron vendiéndoles como ganado, la vida no se portaba tan mal con ellos otorgándoles una segunda oportunidad juntos. Tan sólo quedaba aquella pequeña niña blanca a la que sentía como una hermana. Atrás quedaban los días felices del poblado, donde aquella pequeña, cuando no estaba con Tafari, parecía su sombra. Leiza y Eissein ya no estaban, al igual que su querida madre, y Tafari estaba lejos, muy lejos...si es que había conseguido sobrevivir a la caída ¡Cuánto echaba de menos aquellos días!

Acarició su vientre esperanzada. Era cierto que habían sufrido mucho, pero la llegada de aquel niño la llenó de esperanzas. Todavía se sentía ridícula al pensar en el miedo que tuvo de contarle a Diego su estado de cinta. Pensó que se enfadaría, porque para ser realista, aquel mundo donde les tocaba vivir su existencia no comprendía que el color de la piel no mandaba en los corazones. Sin embargo, Diego estaba feliz, abrazándola tiernamente y

deseando que su primer hijo naciera. Isabel solo era un mero trámite en aquellas tierras, en un modo de guardar las apariencias que nada tenía que ver con la realidad. Era consciente que de vez en cuando tenía que dormir con ella, como seguramente había ocurrido la pasada noche donde no acudió al calor de su cama, pero Niara sabía que el único amor de Diego era ella, y eso la hacía sentirse dichosa.

Suspiró olvidando los recuerdos y encaminó sus pasos hasta la casa, donde Manuela estaría esperando para que tomara los primeros alimentos del día. Como ella, su piel era morena, pero no del negro oscuro de los pigmentos de su piel, sino mucho más claro, como cuando vertías leche en el chocolate caliente. Desde que tuvo la noticia de que esperaba un hijo, se afanaba en mantenerla bien alimentada al igual que una madre, y todo a pesar de que ya tenía dieciocho años. Si hubiera estado en su tierra, estaría casada y con hijos hacía tiempo, en cuanto su cuerpo se hubiera perfilado como el de las mujeres y uno o varios pretendientes hubieran luchado por ella. Aquello le consolaba. Siempre había tenido el temor de enamorarse de un joven y que perdiera la contienda en el ritual de apaleamiento, donde inevitablemente tendría que haberse olvidado de él. Todavía recordaba los nervios de Siomara cuando supo que Nayal también la pretendía, aunque afortunadamente su hermano Sharik salió vencedor. De nada les había servido, una breve felicidad rota por el ataque de aquellos malditos blancos, que destrozaron sin piedad todo el mundo que había conocido hasta entonces.

Como pensó, Manuela la esperaba con los brazos en jarras con el tazón de leche y unas galletas. Niara le dedicó una sincera sonrisa, y se acercó hasta la mesa para engullir aquellos alimentos que, desde el interior de su tripa, su hijo reclamaba con fuertes patadas que hacían mover toda la falda.

- Deberías estar más pendiente de tu alimentación, sabes que comes por dosle regañó la cocinera.
- Cierto Manuela, menos mal que te tengo a ti que me cuidas como nadie sonrió Niara soplando para enfriar el contenido del tazón.
- De todas formas me alegro de que te hayas retrasado porque si no hubieras cruzado con esa...bruja.

- ¿Isabel en las cocinas?- se sorprendió la joven.
- Cosas de niña rica, que voy a contarte. Bajó aquí cuando calentaba la leche para pedir que saliera al patio y cogiera dos huevos recién puestos por esas gallinas. Por lo visto, la tendencia es lavarse el cabello con ellos, como si haciendo eso el patrón fuera a fijarse en ella- rió a carcajadas guiñando un ojo a Niara.

La muchacha dio el primer trago de la leche y puso cara extraña. Normalmente, aquella leche preparada por Manuela tenía un dulce sabor que ahora amargaba. Sin decir nada, para no agraviarla, cogió un poco de miel que vertió en el líquido blanco y lo removió con la cuchara, para beber después otro trago. Seguía con aquel ligero sabor que amargaba su paladar, pero al menos, se podía tomar.

- Sabe distinta...- le comentó a Manuela.
- Es la misma de siempre, recién ordeñada esta mañana. Seguramente es tupaladar querida. Dicen que cuando una hembra está en cinta, sus gustos cambian.
- Seguramente...
- ¿Has pensado qué vas a hacer hasta que regrese el patrón? Deberías pasadesapercibida. Aunque todos en la hacienda conocen del cariño que te procesa, ninguno queremos estar en la encrucijada de tener que enfrentarnos a la ama. Sabes que sin Diego nadie podrá librarnos de unos buenos latigazos si se enfada...
- Soy consciente de ello, Manuela, pero Diego ha dejado instrucciones precisas a Bartolo que tendrá que llevar a cabo al pie de la letra si no quiere dejar de trabajar en esta hacienda. Sé de su fidelidad por el patrón, así que mientras Diego no esté, es el capataz quién manda. Además no se han marchado todos, don Juan sigue aquí.
- De todas formas niña sigue mi consejo y pasa desapercibida. Esta mañana cuando ha estado en las cocinas estaba de buen humor, cosa extraña en ella. Quizás haber pasado la noche con el patrón...- Manuela tapó su boca consciente de la metedura de pata, pero Niara le quitó importancia moviendo la mano en el aire, a la par que se levantaba después de haber tomado hasta la última gota de leche.
- Te prometo que te haré caso- respondió solemnemente con la mano en

alto.

Besó a la anciana cocinera y salió a sus quehaceres diarios, cada vez más costosos. Mientras el sol de la mañana comenzaba a calentar su cuerpo, decidió seguir los buenos consejos de la cocinera. Era cierto que no tenía ningún temor. Con Bartolo y Juan en la hacienda, esa maldita blanca nada podría hacerle, y si lo intentaba... Acarició de nuevo su vientre, cada vez más grande y pesado, y miró el mismo horizonte por donde se habían marchado los cuatro hombres. Sabía que la espera sería larga y aburrida, pero estaba segura de que antes de que alumbrara a aquella criatura que crecía fuerte, Diego regresaría, y rezaba para que fuera acompañado de la pequeña Diara.

El sol comenzaba a ocultarse para dejar paso a la luna y lo tenían todo preparado. Durante la mañana habían estado fabricando arcos y flechas que estaban estratégicamente colocados. Gracias a “El arte de la guerra”, Diara diseñó un plan para que la desventaja numérica no les causara problemas. Aquellos arcos estaban colocados en algunos troncos de los árboles, apuntando a las tiendas periféricas, dejando libre la del centro que era donde suponían descansaba Germán de Aguilera. Tras la llegada de la noche, harían guardia dos únicos soldados porque el campamento no era muy grande. Sólo esperaba que el viento no les jugara una mala pasada y desviara las flechas que no dispararía Tafari, arruinando sus planes. Del arco tensado salía una segunda cuerda con una pequeña mecha que la encendería hasta quemarla. Cuando llegara al extremo, el arco dispararía como si unos dedos tiraran de él incendiándolo todo. Xu Yen y ella se encargarían primero de los dos guardias, que sin ningún remordimiento ni remedio, sería la última vez que contemplarían las estrellas, pasando a una mejor existencia. Acurrucada tras las piedras, aguardando a que la oscuridad fuera completa y aquellos soldados se retiraran a dormir la borrachera, sintió el corazón desbocado, latiendo fuerte, en el interior de su pecho, cuyas venas estaban repletas de una gran adrenalina que provocaba pequeñas gotas de sudor. No iba a rendirse, llevaba seis meses esperando aquella venganza que se aproximaba. Germán de Aguilera pagaría sus pecados o moriría en el intento.

Antes de que se diera cuenta, el sonido del búho llegó a sus oídos. Era la señal de Tafari, que anunciaba el inicio de la batalla. De un salto, recorrió la pequeña empalizada endeble que aquellos soldados habían improvisado para protegerse, consciente que en el otro lado de aquel inmenso rectángulo el oriental haría lo mismo que ella. Escaló por la madera y se ocultó de nuevo, observando de reojo como aquel hombre de piel amarillenta sujetaba al hombre por la espalda sin el menor ruido y le cortaba la garganta, depositándole suavemente en el suelo. Sabía que no podría hacer lo mismo, siendo tan solo una niña...Pero esa era su ventaja. Se puso de pie y recorrió aquel estrecho pasillo para darse de frente con el guardia, que sorprendido al ver a la niña, se quedó con la boca abierta. Antes de poder decir una palabra, Diara sacó la espada produciendo un corte en la garganta similar al de su

maestro. Contempló por unos instantes como caía de rodillas intentando sujetar la sangre que a borbotones corría por su cuello, hasta que el hombre cerró los ojos y cayó desplomado fuera. Levantó la mano en el aire, a sabiendas que estaban esperando a que ella acabara, y las flechas surcaron el aire rompiendo el silencio de la noche. El último en disparar Tafari, que tras correr de árbol en árbol para prender la mecha, se colocaba en la rama del árbol para hacer blanco.

Los gritos y alaridos de los soldados no se hicieron esperar llenando a Diara de satisfacción. Atacaban en mitad de la noche, una dulce venganza. Aquellos hombres, muchos de ellos en llamas tenían su justo castigo, de la misma manera que cruelmente ellos atacaron mientras todo un pueblo lleno de ancianos, mujeres y niños descansaba plácidamente sin imaginar lo que les aguardaba. Por un instante, la imagen de Maria Valentina con el cráneo vino a su cabeza llenándola de ira. Saltó al suelo de ese campamento consciente de que sus dos acompañantes lo habrían hecho hace rato, abriendo el camino de cualquier soldado vivo que se cruzara con ella, permitiéndole llegar hasta la tienda central sin ningún problema. Abrió la tela que le permitía el paso en el interior, y halló a Germán de Aguilera sentado en la cama, sin comprender aún que pasaba. Al verla, sus ojos se convirtieron en una delgada línea que la escrutaba de arriba a abajo, intentando descifrar sus intenciones.

La niña se acercó lentamente con la mano apoyada al mango de la espada que llevaba colgada detrás de ella. Por un instante, Germán sonrió sin hacer ningún movimiento. Sabía que aquella pequeña era en realidad un ser peligroso, a tenor de su rostro salpicado de sangre. Lentamente, movió la mano en busca del revólver que cargado con pólvora mantenía siempre bajo los almohadones, sonriente para entretener a la pequeña. En un instante, creyendo que estaba más lejos, dejó ver su movimiento consiguiendo sacar el arma a la par que Diara sacaba la espalda.

Xu Yen se quedó admirando la escena en el umbral de la tienda. La niña resoplaba con fuerza, mientras la cabeza de Germán de Aguilera lentamente se separaba del tronco de su cuerpo, cayendo despacio en el lecho que quedó ensangrentado. Lentamente, Diara se acercó hasta el cuerpo que permanecía

sentado, con los últimos latidos de aquel corazón que no supo que su cerebro ya no regía sus movimientos. Guardó su espada de nuevo, y plantó la mano encima del cuello sesgado, viendo el hueso de su columna, llenando sus dedos de sangre. Por un instante, giró el rostro hacia aquel oriental que moviendo la cabeza le decía que no lo hiciera, y sin pensarlo dos veces, se llevó los dedos a la boca bebiendo de la sangre de su enemigo, tal y como la enseñaron de pequeña.

Xu Yen no podía creerlo. No era aquello lo que le había enseñado durante todo este tiempo. Sintió las pisadas de Tafari, que se colocó sonriente a su lado. Sin duda, aquel muchacho disfrutaba con la escena de ver a su hermana con la boca llena de sangre. Cuando la niña estuvo a su altura, posó su mano en el hombro de la pequeña.

- No son esas mis enseñanzas Diara. No hay honor en tu victoria si mancillas el cuerpo del enemigo ¿Es qué no has aprendido nada? Los orientales tenemos honor pequeña.

- Yo no soy oriental, sino fulani.

Diara continuó el camino sin mirar atrás. Pronto la siguió Tafari que dedicó una sonrisa al hombre, que fijando su mirada en el cuerpo, supo que había perdido para siempre a su pupila. La mirada de odio de la niña jamás la dejaría ser la misma. Todo estaba perdido, y no podía hacer nada más por ella, aunque iba a intentarlo con todas sus fuerzas. La tenía demasiado cariño para dejarla desamparada a manos de aquel demonio venido de África.

42

Llevaban dos días sin parar a descansar, así que antes de caer la noche desvió el rumbo camino a casa de un gran amigo de Lucien, que sin duda acogerían a los cuatro hombres proporcionándoles comida y descanso hasta la mañana siguiente. Nadie protestó, a pesar que sabía que Ashauti no estaba de acuerdo, pero quizás comprendía que a aquel ritmo, sus monturas no aguantarían mucho tiempo, por muy buenos caballos andaluces que fueran.

El primer día habían cruzado las lindes llegando hasta el virreinato de Nueva

España, un vasta extensión que debían cruzar hacia el sur. Se mantuvieron por caminos transitados, dejando atrás muchas haciendas que, como la de él, estaban repletas de aquella mano de obra aún ilegal llegadas de la lejana África. Era solo cuestión de tiempo que el nuevo gobernador, si es que la corona se decidía a enviar alguno o bien ratificaba el nombramiento oficial de su padre, sería legalizarlo zanjando el contrabando ilegal de personas que encarecían el precio. Aquellos negros, muy a su pesar tras tener en sus tierras a la familia de fulanis, estaban muy cotizados y solicitados por su gran fuerza y salud. No habían descansado ni un solo momento, hasta llegar al borde de la frontera con la Capitanía General de Guatemala donde habitaba su gran amigo. El único territorio que tendrían que evitar era Belice, en posesión de los ingleses que, aunque en paz momentánea con ellos, eran enemigos naturales de españoles y franceses. Tan solo les quedaba atravesar el virreinato de Nueva Granada para llegar a Caracas y buscar la hacienda Ribera para tener noticias de Diara.

Miguel Antonio Fuentes del Pozo era un rico terrateniente al que conocieron cuando viajaron al continente americano. Tras regresar a España, y una vez que Lucien decidió cuidar de él, embarcaron en un gran buque con destino al nuevo hogar. En aquel buque estaba también aquella familia. Miguel Antonio había sido un gran militar español héroe de la guerra de los siete años, y era recompensado con grandes territorios a los que acudía con su esposa y su único hijo, Marco, varios años menor que él. Por lo que calculaba, tendría ahora unos catorce años. Durante el largo viaje, Lucien y Miguel se hicieron grandes amigos, e incluso después de muerto, aquel hombre honorable y entrañable seguía pendiente de Diego. Por eso sabía perfectamente que no habría ningún problema en que le diera alojamiento por esa noche, y ya había enviado para que se adelantara a Tanisha. Acompañado de tres negros, nadie sabría su empresa nada más que ellos, porque para el resto del mundo era un rico propietario que viajaba acompañado de sus esclavos.

Era bien entrada la noche cuando llegaron. En la puerta de la hacienda, el mismísimo Miguel Antonio les esperaba sonriente atusando su bigote, algo cano por algunos lados. A su lado, un muchacho que había cambiado bastante desde la última vez que se vieron, de igual forma aquel muchacho pensaría lo

mismo de él, convertido en todo un hombre a sus diecinueve años a punto de ser padre. Por un momento, su pensamiento viajó a casa sintiendo la melancolía de la distancia.

Bajó del caballo fundiéndose en un gran abrazo con el hombre, que apretó con fuerza impidiéndole respirar por unos momentos. Sonriente, les guiaron al interior de la hacienda y cerraron las puertas. Tener por vecinos a los ingleses era algo complicado que hacía tener prudencia, así que todas las medidas eran pocas. Dio grandes palmadas en la espalda de Diego, y tras rodearle en una vuelta comprobando su aspecto, rió a grandes carcajadas.

- Vaya muchacho, eres todo un hombre por lo que veo- dijo con su voz grave.
- No soy el único que ha crecido como puedo comprobar, viejo amigo contestó revolviendo el pelo del muchacho, que puso cara mohína.
- Es un placer tenerte en mis tierras. Tu esclavo está instalado en aquella cabaña- comentó estirando el dedo hacia la madera donde dormían también sus esclavos- Envía allí a tus hombres después de que den de beber y comer a los caballos, sin duda se lo han merecido, a tenor del sudor de sus patas.
- Acompaña a Ashauti, y haz lo que te manden- dejó claro Diego.
- Vayamos dentro hijo, Inés está deseando volver a verte- sonrió el hombre abrazando por la espalda al joven e iniciando la marcha hacia la casa.

Comieron, bebieron y rieron durante gran parte de la noche. Inés estaba igual de bella que siempre, y Miguel Antonio le narró todo lo que había sido su vida desde la última vez que se vieron. No habían traído a este mundo más descendencia, Dios no lo quería. Jamás engañaría a su esposa, tan enamorado como estaba, así que tener hijos con las negras era algo impensable para él. Diego contempló al hombre de moral recta. Le recordaba mucho a su querido Lucien. Estar a su lado, era como volver a estar con el francés, al que echaba mucho de menos. La visita sería breve porque partirían al alba, y aunque procuró no decirle los verdaderos motivos del viaje, Miguel no dudó de su palabra cuando alegó que eran negocios lo que le llevaba hasta Caracas en ese viaje relámpago.

- Busco la hacienda Ribera ¿La conoces de algo Miguel?- preguntó moviendo el líquido de su copa.
- Creo que llegas tarde muchacho. Por las noticias que tengo, toda Venezuela sufrió una rebelión negra que se inició en aquella hacienda ¿Manténías negocios con ellos? Porque en tal caso, creo que tu viaje no servirá para nada.

Diego palideció. Por lo que contó Ashauti, Diara quedó al cuidado de Marcelo Ribera, y éste le había comentado que regresaba a casa. Algunos rumores había escuchado de sublevaciones negras, pero jamás pensó que pudieran estar tan cerca de Diara.

- Entonces desconoces lo que puede haber sido de Marcelo Ribera.
- No puedo decirte mucho más, amigo. Como te he explicado, para mí son solo rumores, aunque bien cierto es que cuando el río suena... De todas formas tengo socios en Venezuela que sin duda podrán darte más razones que yo.
- Sería de gran ayuda, de ser posible. Necesito encontrar cuanto antes a ese hombre-
- ¿Acaso te debe algo muchacho?- preguntó intrigado el hombre mientras se acercaba al escritorio para coger la pluma y escribir un nombre.
- Tiene en su poder algo que me interesa recuperar...- contestó simplemente, informando con la mirada a Miguel que no quería hablar del asunto, hecho que el hombre entendió de inmediato.
- En fin, espero que esto pueda ayudarte- tendió la hoja a Diego que sopló para secar la tinta y la dobló para guardarla en el bolsillo de su pantalón.
- Gracias por todo Miguel Antonio- apuró el vaso de un trago- Como siempre, muy amable con mi familia. Hablaré con mi padre a mi regreso de los problemas que me has narrado con los ingleses. Quizás, como gobernador provisional de Luisiana pueda ayudarte. Mañana saldremos al alba, así que me despido ahora de ti, querido amigo.

Ambos hombres se fundieron en un abrazo y Diego se retiró al aposento que le prepararon para pasar la noche. Tras asearse con agua y jabón, probó el blando lecho cayendo en un profundo sueño, deseoso que el descanso le llevara a los brazos de Niara a la que echaba de menos.

La punzada del vientre la despertó de aquel plácido sueño en los brazos de Diego. A diferencia de siempre, el embarazo la sumía en aquella duermevela durante gran parte del día, a parte de dejarle un extraño sabor en los alimentos desde hacía algunos días. Manuela decía que era por el niño que crecía en su vientre, que se quejaba así de recibir el alimento a través de su cuerpo. Estaba hambrienta todo el tiempo, y cuando no, se sumía en aquel plácido sueño reparador para levantarse y devorar de nuevo lo que le pusieran por delante. Al atardecer, y cuando la bruja blanca no impartía más órdenes, su querida cocinera esclava de aquellas tierras la buscaba y juntas salían a dar ese agradable paseo con el descenso del sol y temperaturas más suaves, recibiendo pletórica el aire en el rostro. Cogidas del brazo, caminaban despacio hasta el viejo manzano donde, sentadas sobre un mantel, saboreaban todos aquellos postres que Manuela había guardado durante el día. Era una buena forma de no echar tanto de menos a Diego, que hacía tres días que había partido en busca de Diara, a la que realmente ansiaba volver a ver, recordando a aquella pequeña niña blanca que recorría el poblado embadurnada de barro hasta las orejas para parecer del mismo color que el resto de la familia. Nunca había sido tonta, ni ella ni sus hermanos. Todos sabían que aquella pequeña no nació del vientre de su madre fecundado por Ashauti, pero desde que aquella diminuta niña abrió los ojos tumbada en la manta donde su madre se la había mostrado al resto de la familia, todos se enamoraron de ella considerándola una igual entre ellos, sin importar que su piel fuera mucho más pálida quemándose fácilmente con aquellos poderosos rayos de sol de su lejana África, a la que jamás regresaría. No, no lo creía porque ahora que llevaba en su vientre al hijo de Diego, permanecería para siempre en aquella hacienda, amparada por el amor de su amante y con la esperanza de que algún día las cosas cambiaran y pudiera ser la verdadera esposa del hombre, sin importar que el color de su piel fuera distinto, porque sangraba rojo como él.

El despertar de aquella tarde fue distinto, con un dolor mucho más fuerte que las normales patadas del niño que estaba tan acostumbrada a recibir, en una forma de informar a su madre desde el interior de su vientre que necesitaba

alimento tras el reparador sueño. Durante unos instantes, se sujetó la barriga hasta que cesó el dolor, y anduvo hasta la jarra para servirse algo de agua, que aunque estaba a la sombra, aquel calor hizo que el frescor con la que la trajo Manuela desapareciera. Vertió el líquido y mojó sus labios, comprobando que gotas de sudor inundaban su rostro, reflejo de aquel extraño dolor. Sintió cómo el corazón le palpitó con fuerza, con un presentimiento que solo las madres tienen cuando saben que sus crías están en peligro, sin importar qué clase de animales sean. Bebió despacio, intentando descifrar el significado, y sonrió aliviada cuando entró Manuela.

- Tienes mala cara niña ¿No has descansado bien?- dijo cariñosamente acercándose a ella y posando la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre.

- He sentido un dolor muy fuerte en el vientre.

Por un momento Manuela la contempló seria, llevando su mano a la barbilla que comenzó a frotar insistentemente. La cogió de los hombros sentándola en la silla, y cuando supo que estaba cómoda, tras ponerle un cojín en la espalda, lentamente se acercó hasta el cuenco de madera donde trajo la sopa de cebolla que con el sol en su cenit acercó a la muchacha. Subió el tazón hasta la nariz, y aspiró con fuerza, para dejarlo de nuevo en la mesa con una delgada línea en los ojos.

- Otra vez ese olor...- susurró para sí misma.

- ¿De qué olor hablas?- preguntó Niara.

- Hace varios días encuentro un olor distinto en la comida- respondió paseando pensativa- La primera vez que me di cuenta fue en el tazón de leche el día que casi te cruzas con la señora... ¡Esto no me gusta!

El grito de Niara despejó sus dudas. Manuela supo entonces que aquella arpía blanca dueña de la casa había envenenado a la joven. Estaba aprovechando que el amo no estaba para deshacerse de ella y del bebé que llevaba en su vientre. Contempló el rostro de la muchacha mientras agarró fuerte su mano y supo, después de los ocho hijos que había tenido y que no pudo mantener a su lado, vendidos a otras haciendas hacía mucho, antes de que Lucien Bellamy llegara a esas tierras y fuera su nuevo amo, que la joven estaba de parto. Algo le había dado la señora para ponerla de parto antes de tiempo, a pesar de que

todavía le quedaban al menos dos meses para que aquella pobre criatura creciera sana y fuerte. No lo dudó más, dejó a Niara con aquel grito de dolor y salió corriendo a buscar a Bartolo, el único amigo que compartía noches frías en su lecho en el que podía confiar.

Niara sintió que la vista se le nublaba. Aquellos intensos dolores cada vez eran más fuerte, desgarrando sus entrañas por dentro, como si le estuvieran cortando las tripas con un cuchillo llegando hasta los riñones. Intentó ponerse en pie para buscar ayuda. Manuela se marchaba pero no regresaba, y aquello la asustaba, no quería estar sola sin comprender lo que ocurría. Todo su cuerpo comenzó a temblar de miedo, un miedo que nunca antes sintió, ni siquiera cuando aquellos hombres blancos llegaron a su pueblo matando a ancianos y enfermos para llevarlos después al barco. Por su pierna corrían dos hileras de sangre que salían de su vientre, y sin poder evitarlo comenzó a llorar hasta caer derrotada en los brazos de Bartolo que llegaba a tiempo para sujetarla.

Intento calmar a la joven con dulces palabras hasta llevarla a la parte trasera de una carreta. Manuela esperaba con unas mantas y un cubo de agua, pálida al comprobar el reguero de sangre que manchaba las piernas morenas de la negra.

- ¿Buscamos al doctor, Manuela?- preguntó el hombre sentado en el pescante de la carreta. Sus ojos reflejaban el miedo que ambos sentían.
- Esto es cosa de la señora, y a buen seguro espera que hagamos precisamente eso. Esto no lo puede arreglar un blanco. Crucemos el río, Ojo de Halcón hace mucho tiempo que me debe un favor y es hora de cobrarlo.
- Eso está al otro lado del río... Si cruzamos a otro país nos tomarán por proscritos, pensando que huimos de nuestros dueños...
- No pretendo aventurarte en este destino incierto, amigo mío, pero eres el único en quien confío para llevarnos. Después regresa si quieres, no me gustaría ser la causante de que algo malo te pase.

Manuela dio un tierno beso en la mejilla del hombre que azuzó las riendas para que los dos caballos que tiraban de la carreta se pusieran en marcha

antes de que descubriesen su marcha. Por un momento, se sintió esperanzado. Lo más difícil sería encontrar un buen sitio para cruzar el río, y sobre todo, evitar los caminos transitados para no ser descubiertos en el intento. Si lo conseguían por fin sería un hombre libre, porque no pensaba regresar a aquellas tierras donde los animales y los negros eran considerados de la misma forma ¡No, no volvería nunca! Entre los tonos anaranjados del cielo, con el astro sol ocultándose en el horizonte, inició el camino hacia la libertad, temeroso por la joven que no dejaba de gritar inmersa en fuertes dolores.

44

Isabel regresó a la casa grande pensativa. Había paseado disimulando para ver si aquella estúpida negra se ponía de parto. Hacía ya tres días que había vertido las gotas en todas las comidas y no parecía ocurrir nada. Con Diego había sido distinto, porque aquel brebaje que podía ser mortal en grandes cantidades habían surtido efecto de inmediato, y aquella tardanza la impacientaba y hacía que estuviera de mal humor durante todo el día. Sin embargo, ahora sonriente, había comprobado que Ata no la engañaba. Por el camino plantado de flores del camino de la cabaña había visto el reguero de sangre confirmándole que aquella perra negra estaba de parto, tal y como predijo su ama de cría. En cierto modo el plan no salió como esperaba, porque aquella mujer se había marchado sin que pudiera contemplar el final que la aguardaba, amparada en aquellos dos traidores esclavos que se la llevaron robando una de las carretas. Daba igual, el final sería el mismo aunque no pudiera saborear su triunfo, y era hora de iniciar la segunda parte del plan.

Con aquellas gotas simuló yacer con Diego en la cama, aunque realmente no pasó nada entre ellos, tan drogado como estaba. Todavía saboreaba el triunfo cuando se despertaron esa mañana y Diego la contempló avergonzado, bajando la cabeza intentando hallar una explicación de por qué estaba en su habitación. Fríamente, le había sonreído y posado sus labios en las mejillas del hombre, para sin decir nada más, levantarse con su cuerpo desnudo cubierto por la sábana para ir a asearse en aquel baño tibio que las esclavas preparaban todas las mañanas. Con el rabillo del ojo observó la cara de las dos esclavas que entraron por la mañana, sonrojadas a pesar del color oscuro

de sus pieles al contemplar al amo sin ropa, admirando aquel cuerpo atlético que nunca tuvo cuando era joven. Tan solo quedaba plantar la semilla en su vientre, que si bien jamás sería de Diego, llevaría sus mismos genes.

Anduvo hasta la sala hasta hallar la jarra de agua. Sin duda por la noche tendría que desplegar todos sus encantos si quería que sus planes no se vieran truncados antes de tiempo. Hacía mucho tiempo que aquel hombre había apartado los licores del paladar de su boca, pero sin duda, con una buena noticia no dudaría en dar al menos un sorbo para brindar con ella, mientras tres gotas estarían diluidas en el agua que bebería durante la cena, con sus platos favoritos que ya humeaban en las cocinas. Ella haría el resto, intentando disfrutar ya que tenía que hacerlo. No era hombre desagradable, antaño sin duda apuesto, antes de que la bebida maltratara su cuerpo. No le importaba, pensaría que era Diego el que estaba en la cama, y se movería plácidamente hasta que descargara todo su semen dentro de ella. Si la diosa fortuna estaba de su lado, quedaría en cinta aguardando impaciente la llegada de Diego.

Además, aquella negra le dio una coartada mejor. Con la huida, quedaría ajena de toda duda de que tuvo algo que ver con la muerte de la esclava. Diego se desolaría, perdiendo a su amante y su hijo, seguramente con los genes de la madre. Pero ella le daría la nueva y todo cambiaría. Había sido tonta en la juventud, despreciando a su prometido por entonces tan solo un niño sin saber en el hombre en el que se convertiría, y aunque humillada desde la boda, en aquellos actos salvajes que ni los animales llevan a cabo, pero que estaba comenzando a preciar sintiendo la lascivia de Diego, que con aquellos actos llegaba al clímax, con la llegada del bebé todo cambiaría y podría ser feliz al lado de él.

45

Sentía que estaba terriblemente agotado tras el día de reuniones que mantuvo, pero no pudo dejar de dar vueltas en la cama. Por un instante, se levantó abriendo la ventana para permitir que el viento le diera en la cara y le librase de aquellos sudores que mojaban su cuerpo. No tenía que haber bebido

después de tanto tiempo. El alcohol parecía formar parte de su sangre y el solo contacto con aquel líquido ámbar le hacía perder el control de todo. Era el justo castigo que merecía por haber sido un mal hombre en el pasado, y a pesar de haber tenido la fortuna de que Diego pareciera perdonar todas sus maldades, su conciencia jamás estaría tranquila. Lo último que recordaba antes de estar mareado y que los esclavos le llevaran a sus aposentos es haber cenado con una Isabel sonriente, feliz por la noticia de que sería abuelo. Aquello, unido a la esperanza de que Diego trajera de vuelta a su pequeña hija perdida, le hicieron débil bebiendo de la copa que apuró hasta el final. Era cierto que sólo fue una, pero la muy condenada gastaba bromas en su mente sin permitirle descansar, evocando de nuevo viejos fantasmas del pasado.

Recordó de nuevo a Lucien, mientras no podía evitar pelearse con las sábanas. Hacía mucho desde la última vez que estuvieron a solas, en aquel viaje recorriendo Cuba en busca de dos hombres negros hijos de un esclavo que mantenía en la hacienda. Lo habían hecho solos, porque aquel muchacho compañero de travesía desapareció tras el asesinato. Según contaban había llegado hasta el mesón donde Emiliano Zapata ahogaba sus penas degollándole la garganta, sin que nadie pudiera hacer nada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todo este tiempo habían perseguido a la misma niña, porque aquel hombre muerto en el mesón era el mismo que sus informantes contaron que se llevó a la pequeña, y junto a ella, según supo después, a toda aquella tribu que se la llevara de pequeña, familia del muchacho al que sin saberlo había enseñado a usar la espada. Sin lugar a dudas, estaría muerto antes de encontrarla, porque aunque había visto en él valentía, también descubrió una soberbia que solo podía conducirle a la muerte algún día.

No pudo evitar regresar al pasado y acordarse de su amada Lucía. Lo único que echaba de menos de la bebida era que ya no la veía. No podía contemplar sus largos cabellos negros ni sus firmes pechos, ni aquellos labios gruesos que tantas veces besó, en aquella pasión incontrolable antes de que le odiara y todo acabara ¿En qué momento había acabado todo? Lo sabía perfectamente, aquel día que aceptó la orden del monarca de acudir a defender a España en

África.

Consiguió quedarse dormido, sintiendo como las lágrimas resbalaban por sus mejillas, hasta que sintió el ligero peso en sus piernas. Abrió los ojos en aquella oscuridad iluminada tan solo por la luna, y contempló boquiabierto su silueta. Sus largos cabellos negros caían sueltos en mitad de la desnudez de su cuerpo. Con manos temblorosas, creyendo que era aquel viejo fantasma que le visitaba de nuevo, alargó sus manos sintiendo el contacto de las manos cálidas de la mujer que las guiaron hasta sus pechos. Sintió de nuevo recorrer aquel calor por su cuerpo, apretando con fuerza sus pechos para comprobar que era real, que Lucía estaba en su lecho. La mujer comenzó sus suaves movimientos mientras apretaba sus pezones y cogía su miembro para introducirlo dentro. La electricidad comenzó a recorrer todo su ser, intentando acercarla para beber de sus labios, y complaciente se tumbó sobre su pecho sin dejar de moverse, cubriendo con suaves besos su cuello.

- Lucía...¿Eres tú?- susurró Juan en mitad del deseo.

La mujer no dijo nada y prosiguió cabalgando encima suyo, con suaves movimientos, besando su cuello. Recorrió cada pliegue de su espalda dibujando aquella línea marcada de la espalda que llegaba hasta las nalgas, para sujetarlas con fuerza sintiendo como todo su ser se descargaba dentro de ella, culminando toda la espera después de tanto tiempo. Por unos instantes, ambos se quedaron jadeantes, mientras sus pechos subían y bajaban con fuerza intentado recobrar toda la respiración gastada en el esfuerzo. Juan sonrió por primera vez en mucho tiempo, si era un dulce sueño, le daba exactamente igual porque había vuelto a amar a Lucía como cuando se conocieron. Antes de quedarse sumido en un plácido sueño, la mujer le susurró al oído.

- Ahora querido, bebe este agua y duerme plácidamente. Cuando despiertes,estará aquí contigo.

Sin protestar, Juan apuró el vaso de agua hasta el final y se sumió en aquel sueño que llevaba toda la noche intentado conseguir.

Isabel se levantó del lecho cuando comprobó que estaba profundamente

dormido. Había vaciado el resto del frasco en aquel agua que apuró hasta el final. Si Ata no había mentido, y la cantidad era suficiente, Juan de la Cruz se reuniría con su amada Lucía en el paraíso eterno. Sonrió consciente de su triunfo y se marchó de allí, de puntillas, para que nadie más supiera nunca de quién era el hijo que criaría Diego.

Manuela tapó la boca de su amiga intentando amortiguar los gritos desgarradores de dolor que estaba sufriendo. Habían llegado a la parte más complicada, atravesar el río. Afortunadamente la noche se convertía en su aliada y la luna quedaba oculta por unos momentos por las nubes. Nicolás miró a uno y otro lado descendiendo de la carreta. Con la vara en la mano, metió los pies en el agua comprobando la profundidad y la corriente, que bajaba libre demostrando el poder de la naturaleza. Sin embargo, era la mejor parte porque a ambos lados arriba o abajo el río era mucho más profundo. Subió de nuevo al pescante, y tras azuzar a los caballos con la vara, los animales comenzaron a enfilear sus pasos hacia el agua fría, con un paso lento conscientes de que atravesar aquellas aguas sería peligroso. Bien aferrado a las riendas, se giró un momento hacia su compañera, que en vano trataba de amortiguar los gritos de la joven que desgarraban el silencio de la noche.

- ¡Agárrate fuerte Manuela, esto va a ser complicado! Y por favor, intenta que no se escuchen tanto sus gritos.
- La pobre tiene muchos dolores...
- No lo dudo querida, pero si nos descubren antes de que crucemos al otrolado no dudarán en dispararnos y de nada habrá servido todo esto.

Niara escuchó al hombre y a la siguiente punzada se mordió el labio para no gritar, tan fuerte que la sangre comenzó a emanar de sus labios y apretando con fuerza la mano que le daba Manuela. Al dolor se le unió el miedo cuando la carreta comenzó a balancearse ante las furiosas aguas que les impedían llegar hasta el otro lado, como si quisieran que su destino acabara allí mismo. Con el crujir de la madera, supieron que habían perdido una de las ruedas, y el agua gélida comenzó a mojar sus cuerpos. Manuela tiró de ella con todas sus fuerzas hasta la parte superior de la carreta, inclinada por la fuerza del agua, aferrándose fuerte al pescante con una mano y con la otra sujetando su cuerpo. Los caballos relinchaban intentando superar aquellas aguas que ya cubrían sus cuellos, nadando con dificultad por ir sujetos a la carreta. Bartolo pensó que no lo lograrían cuando la carreta comenzó a volcarse hacia el lado derecho, hasta que sintió que eran empujados hasta la otra orilla y, al pisar la arena, saltó del pescante besando la arena.

Levantó la mirada y les vio. Un grupo de seis indios les miraban amenazantes con los arcos preparados para disparar las flechas. Uno de ellos se acercó y le agarró de los pelos, mostrándole un cuchillo cuyo filo acarició su garganta. Tres de ellos fueron hacia la parte trasera de la carreta, y al regresar en su idioma, le dijo algo al que le sujetaba y le soltó de los pelos, provocando un suspiro de alivio en el hombre.

Siguieron a los hombres hasta las tiendas, donde el fuego permanecía encendido a pesar de las altas horas de la noche. Dos de ellos, habían improvisado con ramas y hojas una camilla donde llevaban a Niara que gritaba con fuerza. Al entrar en mitad de aquel pueblo, los niños que frotaban sus ojos ajenos a esperar visitas de personas extrañas a esas horas se acercaban curiosos retirándose dos pasos cuando Niara chillaba adolecida. Manuela se dirigió al jefe de ellos, un hombre que llevaba más plumas que el resto, y le tendió un colgante que llevaba colgado al cuello.

Sin decir nada, aquellos indios condujeron a la joven hasta una tienda donde solo pudo acompañarla Manuela, y sirvieron a Bartolo comida y bebida que sació su apetito al calor de la hoguera, acompañado por aquellos niños que no dejaron de mirarle.

La anciana tocó el vientre de Niara, comprobando la posición del niño e intentando escuchar sus latidos. Manuela estaba asustada, los rostros de aquellos viejos amigos del pasado no presagiaban nada bueno. En su lengua, habló al jefe de la tribu que con los brazos cruzados aguardaba para traducir a la mujer todo lo que dijera.

- La muchacha está de parto- dijo con aquellas medias palabras en su lengua.
- Todavía es pronto, aún no ha llegado la fecha- respondió Manuela comprobando cómo el hombre traducía a la anciana. Ésta, habló a la joven aprendiz que rauda salió a por lo que la anciana le pedía.
- Tiene que ir a por unas hiervas. El niño viene ya, aunque sea pronto, así quenerá esta noche. Si no lo saca de su vientre, ambos morirán sin remediotradujo de nuevo Ojo de Halcón.

- ¿Sabe lo que hace?- preguntó temerosa de la respuesta.
- Dice que no ha hecho esto antes con humanos, tan solo con yeguas.
Es mejor que salgas ahora, quiere estar solo con Nube Blanca.

Ojo de Halcón posó su mano en el hombro de Manuela y la sacó fuera, acompañándola hasta la hoguera donde Nicolás estaba más relajado, intentando hablar con los indios y mostrando a los niños juegos con sus manos, reflejando sombras de animales que hacía con los dedos. Temblorosa, intentó beber lo que amablemente le daban, pero los constantes gritos de Niara no la dejaron. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que se hizo el silencio, y ambos se pusieron en pie aguardando aquel llanto. No se escuchaba nada, y ambos se temieron que todos sus esfuerzos quedaron en nada.

En mitad de la noche se escuchó un llanto potente tras un último grito. Niara había dado a luz a un niño mulato, pequeño pero sano, que con sus pulmones decía que sería un gran luchador. Manuela aguardó a que saliera la anciana, que con el niño en brazos se lo tendió a la mulata. Tras pronunciar las palabras en su lengua, Ojo de Halcón, con voz ronca, tradujo a la anciana.

- Es un niño fuerte, aunque pequeño. Los dioses decidirán si vive o muere.
- ¿Y Niara?

Aquella anciana pareció comprenderla y movió lentamente la cabeza bajando la mirada al suelo. Manuela comenzó a sollozar consciente de que la joven estaría ahora con su familia en el país de su Dios Gueno.

AÑO 1777

Salió temprano y a escondidas en aquel caluroso día hacia su rincón secreto. Allí tenía toda la paz que necesitaba, alejada de aquellas cuevas que, poco a poco, fueron transformando en agradables casas lejos y ocultas de todo el mundo. Como antaño, Reginfo llevaba hasta allí a cualquier persona de confianza que necesitara huir del yugo del amo. Aunque con cuentagotas, los supervivientes que vivieron bajo el mando de su querido Guillermo parecían felices, ajenos a todo un mundo lleno de maldad donde los hombres blancos mataban a cualquiera que no tuviera su color de piel, y muchas veces, a otros de su mismo color.

Atravesó la espesa vegetación que le llevaba hasta el lago, que renovaba sus aguas constantemente con aquella pequeña catarata. En la orilla, comenzó a quitarse la ropa para refrescar el cuerpo con aquellas gélidas aguas, tan apreciadas en los días calurosos de la época estival. Al ver sus piernas manchadas, recordó avergonzada la primera vez que el sangrado la visitaba indicando que era toda una mujer. Aquella noche, al sentir la humedad entre sus piernas, había llevado sus manos hasta ellas comprobando que estaban manchadas de aquel líquido cálido y espeso de color rojo. Asustada, no pudo evitar comenzar en un llanto pensando que era un castigo de Gueno que se la llevaba al paraíso de Heli y Yoyo antes de tiempo. Fue Margarita quien, en mitad de la oscuridad, escuchó el sollozo y se acercó silenciosamente hasta ella. Cuando comprobó lo que ocurría, simplemente le dio un beso en la frente y tomándola de la mano salieron al exterior hacia el cubo de agua, donde mojando un trapo y llevando ropas limpias hizo que se aseara, para luego sentarla en aquellas piedras donde años atrás el oriental y el mulato pensaban en cómo seguir adelante, justo antes de que ella iniciara su fuga para bajar al poblado y enterrar a Guillermo, culminando con una venganza que aún hoy, tras el paso de los años, no terminaba de llenar su adolecido corazón. Margarita le habló suavemente, contándole como las niñas, a cierta edad, dejan de serlo convirtiéndose en mujeres, y que pronto la acompañaría el resto de su cuerpo.

Caminó lentamente hacia el agua sintiendo el frescor en la piel, hasta que aquel líquido le llegó por la cintura y se hundió por completo, nadando bajo ella hasta la pequeña catarata donde asearía su melena. Enjabonó sus cabellos, largos hasta debajo de la cintura, y la aclaró con el agua que corría entre las piedras, libre como le hubiera gustado ser a ella. Tafari ya no estaba enfadado, aceptando resignado la decisión que tomó tras el asalto al pequeño ejército de Germán Aguilera. Aquella mañana, saciados por la sed de venganza, agarró fuerte su mano para llevársela. Hacia el norte, en un lugar llamado Luisiana, estaba Ashauti, y por un breve instante sintió ganas de abandonarlo todo y correr a sus brazos. Solo la intervención de su maestro, con aquellas palabras sabias con las que siempre le hacía entrar en razón, evitó que se marchara abandonando a toda la gente, que al fin y al cabo eran su familia. Gran sabiduría portaban sus palabras, porque aquellas personas, en su mayoría mujeres y niños, dependían de las tres personas que mandaban en aquel improvisado pueblo, entre los que se encontraba a pesar de su pequeña edad. Además, recordó que allí estaba Francisca, con el descendiente de Guillermo al que juró proteger siempre, lo único que le quedaba de aquel amigo que sin importarle su muerte dio la vida porque ellos pudieran huir lejos de la barbarie.

Se echó los cabellos para atrás decidida a salir del agua, sintiendo su piel reluciente tras dos días sin poder visitar aquel pequeño trozo de cielo donde podía estar sola. Por un instante, observó la ropa al lado de la suya, y una pequeña corriente donde algo nadaba hacia ella. El agua le llegaba por debajo del ombligo, dejando al descubierto aquellos grandes pechos que habían crecido de la noche a la mañana, tapando su pubis cubierto por bello bajo el agua. Tafari emergió sonriente, y Diara se tapó los pechos cruzando los brazos, con aquella cara de reproche cuando se cabreaba con su hermano, que parecía que había olvidado que se criaron juntos, o, al menos, en parte.

- ¿Qué haces aquí Tafari? Me has dado un susto de muerte. Date la vuelta, por si no te has dado cuenta estoy como Gueno me trajo al mundo.
- Vamos Diara, te he visto desnuda en muchas ocasiones- dijo nadando alrededor de ella con la espalda en el agua, sonriente y con un brillo que la muchacha no comprendía bien.

- Entonces éramos pequeños, y nuestros cuerpos no despertaban deseo alguno.

Al escuchar las palabras el joven que era todo un hombre con los dieciocho años recién cumplidos, dejó de nadar poniéndose de pie y acercándose lentamente a Diara que tuvo que desviar la mirada para no fijarse en su miembro erecto, sin poder evitar sonrojarse. Acarició sus cabellos, retirando un mechón mojado detrás de su oreja, y tomó su barbilla para que le mirara de frente.

- Si estuviéramos en África, hace tiempo que estarías casada, justo cuando tu primer sangrado hubiera hecho su aparición- comentó obligándola a mirarle a los ojos.

- Pero no estamos allí Tafari, nuestro mundo hace tiempo que terminó. Además, para eso, alguien tendría que haberme pedido ¿Y quién de la tribu fulani lo hubiera hecho cuando yo no llevaba la misma sangre sagrada por mis venas?- Tafari se acercó un poco más, respirando aceleradamente y provocando un temblor en el cuerpo de Diara, cuando lentamente se acercó hasta su oreja y, tras exhalar un suave aliento, susurró las palabras.

- Yo me hubiera retado al apaleamiento con cualquiera, y créeme que hubieraganado.

Diara sintió su lengua húmeda recorrer su cuello, con cálidos besos que provocaron que los vellos que cubrían su piel se erizaran. Lentamente bajó por la clavícula, hasta llegar a sus senos ocultos todavía por sus brazos. Tras dedicarle una mirada y sonreírla, retiró sus brazos dejando que cayeran hacia sus caderas, para continuar con aquellos dulces besos que provocaron que la muchacha cerrara los ojos. Regresó de nuevo al cuello y comenzó a acariciar su espalda, bajando hasta el inicio de sus nalgas acompañado por los gemidos de la niña. Puso sus grandes manos en sus piernas, levantándola en el aire y haciendo que le rodeara con ellas, y tras tres pequeños pasos la llevó para apoyarla en las rocas mientras el agua de la pequeña cascada mojaba sus cuerpos. Diara no pensaba en nada, dejándose llevar por el calor de sus besos. Abrió la boca lentamente, sin saber muy bien cómo hacerlo, hasta que Tafari la guió con los movimientos de su lengua húmeda, fundiéndose en apasionados besos que erizaron sus pezones. Sintió la electricidad y el deseo

recorrer su cuerpo, saboreando la piel morena del cuello del joven, mojada por pequeñas gotas de agua. Sintió un pequeño dolor cuando se introdujo dentro, un dolor que dejó paso poco a poco a un placer que no había conocido nunca, dejándose llevar por los movimientos de Tafari, que poco a poco se volvieron más acelerados. No importaban las rocas, ni que estuvieran arañando su espalda, olvidando el dolor con el placer que Tafari le daba, olvidándose que alguna vez fue su hermano, aunque por sus venas no corriera la misma sangre.

Despertó tumbada en la hierba tras haber bebido del cuerpo de Tafari varias veces. Apoyado en el codo, el muchacho la observaba con una mirada tierna, con los ojos brillantes y emocionados. Tras darle un beso en la frente, se giró para coger la ropa y volver al campamento.

- Será mejor que nos vistamos, llevamos toda la mañana aquí y nos echarán falta- Dijo mientras se ponía la camiseta y tendía la suya a Diara, que se quedó por un momento con ella arrugada tapando sus senos.

- Tafari... ¿Qué ha pasado?- susurró avergonzada.

Tafari se puso en pie metiendo una pierna por los pantalones, aquellos que tiempo atrás tuvo que acostumbrarse a llevar en vez de la ropa con la que vestía en África. Abrochó el botón y miró fijamente a Diara, que seguía observándole sin decir nada, mirándole fijamente con aquella camiseta arrugada entres sus manos, intentando ocultar su bonito pecho en un pudor que momentos antes había olvidado.

- Lo que estaba escrito Diara- respondió en su tono habitual, duro y ronco olvidando los susurros amorosos con los que momentos antes la trató- Desde que llegaste al campamento siendo tan solo un bebé, estábamos destinados a estar juntos. Es voluntad de Gueno. Después de entregarte a mí en el agua, serás mía para siempre.

Diara comprobó cómo cogía la espada de la que nunca se separaba colgándola en el cinto de su espalda, algo que ella misma había imitado porque era mucho más cómodo y el mango del arma quedaba fácilmente al alcance. Observó cómo se marchaba atravesando la espesa vegetación, sin importarle dejarla sola. El brillo extraño de sus ojos había vuelto por un

instante, reflejando ese miedo que producía a las personas, siendo la reencarnación del diablo. Por instinto, se llevó la camiseta a la cara y comenzó con un sollozo, para luego preguntarse a sí misma, en una respuesta que no tenía.

- ¿Qué has hecho, Diara?

48

Lanzó los papeles en el escritorio desesperado. En todo aquel tiempo que su padre fue el gobernador provisional de la Luisiana, los documentos se habían acumulado empeorando la situación tras su muerte. Aquel orden que solo él conocía hacía que para el resto fuera indescifrable, en mitad de documentos que no estaban ordenados por fechas, como cualquiera haría. En pocos días Bernardo de Gálvez, nuevo gobernador, acudiría al almuerzo para después llevarse todas aquellas órdenes que se quedaron sin firmar.

Se levantó del escritorio y contempló el sol de la tarde por la enorme ventana que dotaba a la sala de una maravillosa luz natural. En el jardín, inundando la casa de risas, su pequeño jugaba con la esclava que tenía los ojos tapados y debía encontrar al pequeño de cuatro años. Ese pequeño era la única alegría que le quedaba. Jamás iba a perdonarse haberse marchado en busca de Diara justo en aquel momento, cuando su bella Niara más le necesitaba... Quizás, si hubiera estado esa noche, su amada no hubiera huido llevándose con ella al pequeño que crecía en su vientre. De la noche a la mañana, había perdido la felicidad por completo, en un viaje absurdo que no sirvió para nada.

Contemplando por la ventana, siguió con sus recuerdos. Con la llegada del alba, tal como le dijo a su amigo Miguel Antonio, partieron hacia nueva Granada dirección a Caracas para hallar respuestas a las dudas que la noche anterior durante la cena su buen amigo, que le recordaba demasiado los días que pasó junto a Lucien, le había contado de los rumores que corrían de boca en boca por toda Venezuela. Al llegar a su destino, tan solo confirmaron aquellos rumores. Hacía unos años, un esclavo llamado Guillermo Ribera, hijo bastardo del dueño de la hacienda, había protagonizado una sublevación matando a los amos de la casa y al capataz de la hacienda. Habían huido

contaban que a las montañas, llevando a cabo saqueos constantes a las haciendas que cultivaban cacao para su posterior venta. Todavía el miedo se reflejaba en los ojos de los ricos terratenientes cuando pronunciaban su nombre, a pesar de que el año anterior a su viaje Germán de Aguilera le daba muerte, clavando su cuerpo decapitado en una estaca como advertencia para futuras revueltas. Fue en aquellas tierras, intentando descubrir el paradero de Diara y la suerte de la niña, donde llegaron las noticias de que unos rebeldes, por lo menos cien según contaban, habían atacado el campamento donde Germán y sus hombres pernoctaban, incendiando las tiendas de tela donde descansaban, hecho que le llevó a otra época y otros recuerdos, en aquel ataque similar que sufrió cuando era pequeño. Esos salvajes habían decapitado al militar, separando la cabeza del tronco por completo. Tras aquello, y con el ambiente revuelto, con partidas de hombres intentando hallar dónde se escondían los rebeldes, no pudieron obtener noticias de la pequeña Diara, regresando derrotados a casa. Ashauti, que se llenó de esperanzas con aquel viaje, parecía sufrir realmente, y a pesar de que tiempo atrás fueron enemigos, ahora sentía un gran cariño por aquel hombre causante de que Diara no estuviera con ellos. Si alguna vez le tuvo rencor, con el dolor que reflejaba su rostro saldaba todas sus culpas.

Decidió regresar a casa antes de tiempo porque estar en aquel lugar no llevaba a ninguna parte. Hicieron el camino de regreso parando de nuevo en la hacienda de su amigo. Se sentía feliz en parte, porque aunque bien era cierto que regresaba sin su hermana y tendría que darle la triste noticia a su padre, regresaba antes de lo esperado pudiendo estar con Niara antes de que su hijo naciera. Todo aquel tiempo separado de la joven, había soñado con ella y sabía que la amaba profundamente, en un amor prohibido en el que tenían que mantener las apariencias. Por suerte, y dentro de lo malo, que los amos se acostaran con las esclavas negras para saciar su lujuria en lugar que con sus esposas, era el pan nuestro de cada día en aquellas tierras. Muchos de ellos, igual que él, tenían hijos bastardos con las negras, muchos de ellos carne para trabajar después en aquellos campos o vendidos a otras haciendas sin importarles que por sus venas corriera la misma sangre. Jamás haría eso con su pequeño, que crecería feliz rodeado de todos los lujos en su casa, aunque eso supusiera tener que poner en su sitio a Isabel, que ardería por

dentro de rabia con la ofensa. Le daba lo mismo. Cuando Niara diera a luz a su hijo, construirían una nueva cabaña más grande y bonita donde sabía que pasaría toda las noches, dejando atrás la casa donde tan solo mantendría las apariencias que aquella sociedad le obligaba a mantener. Ya se cuidaría Isabel de enfrentarse a su persona. La duda de que fuera la culpable de la muerte de Lucien todavía le rondaba la cabeza, seguro de que fue quién denunció al francés a ese Alejandro O'Reilly que tanto odiaba. Por su bien esperaba que no encontrara nunca la confirmación de sus pensamientos, porque entonces bien poco le importaría haberse casado con ella.

Fue consciente de que algo marchaba mal en sus tierras cuando entró por la cancela. Los esclavos miraban al suelo, evitando cruzar las miradas con los cuatro hombres recién llegados. No hayó a Bartolo, capataz de la hacienda, y Nicolás estrujaba su sombrero entre sus manos sin levantar la mirada. La sospecha finalizó cuando vio la figura de Isabel vestida de negro, que con una mantilla negra tapando su rostro y un pañuelo en la mano se acercaba con paso lento sollozando. Descendió del caballo y a gritos pidió explicaciones, ante la impotencia de no saber qué demonios ocurría. Fue su mujer quien le contestó narrando que su padre estaba muerto. Hacía una semana que le habían encontrado yerto en la cama, tras una gran borrachera. Aunque había mantenido muchos conflictos con Juan, la noticia entristeció su alma pidiendo que le llevaran a su tumba, sin caer en la cuenta de que Niara no había salido a recibirlo, inmerso en una gran pena. Fue Isabel, ante la tumba de su padre fallecido, quién le contó que las malas noticias no acababan con la muerte de Juan. Sintió un leve mareo teniendo que ser sujetado por Sharik para no caer al suelo. Isabel, fría como las piedras, le confirmó sus sospechas. Niara había huido de la hacienda en mitad de la noche acompañada por Manuela y Bartolo y no consiguieron encontrarles. Tan solo encontraron el reguero de sangre que salía desde la cabaña. Por un momento, recordó haber mirado a Ashauti que, sin decir nada, montó de nuevo en el caballo para salir en su busca.

Un mes tardó el hombre en regresar manteniendo la esperanza. Diego se culpaba por no haberle acompañado a buscarla, pero el inmenso dolor que tenía su alma apenas permitía que saliera de la cama, hundido como nunca.

Ni siquiera la muerte de su madre fue tan dolorosa, dejándole como un despojo humano sin ganas de seguir respirando. En un instante, lo había perdido todo: Lucien, Diara, Juan... y ahora a su amada y al pequeño que llevaba en su vientre. No hizo falta que el fulani le contara nada, porque su rostro reflejaba todo el dolor que sentía su alma, y desde entonces supo que jamás volvería a ver el bonito rostro moreno de Niara.

Paradójicamente, había sido Isabel quien le hizo tener ganas de seguir viviendo cuando aquel día llamó a su puerta. Entró con la cabeza baja, en un paso lento temiendo el reproche, pero ni siquiera para eso tenía fuerzas. Abrió las cortinas que dejaban su cuarto en medio de aquella oscuridad en la que se encontraba metido, y tras una leve sonrisa, se sentó en el lecho a la par que se incorporaba para apoyar la espalda en el mullido cojín. Por un instante, sintió ganas de abofetearla y echarla de allí, pero sus ojos aguados confirmaron que también sufría comprobando la tristeza en la que estaba inmerso. Nada quedaba de aquella Isabel altanera y orgullosa. La mujer que tenía ante sí le recordaba a aquella niña que veía pasear junto a la esclava india, llenándole la cabeza con preguntas que no respondía. Se vio a sí mismo de nuevo escondido detrás del árbol, saboreando y guardando en su memoria cada una de sus risas.

- Siento molestarte Diego, pero he de hablar contigo urgentemente y...- se quedó callada unos segundos sin saber si continuar hablando, hasta que un Diego resignado movió la mano en el aire para que continuara- Conozco todos los acontecimientos tristes que han acontecido en estas tierras, pero no puedes sumirte en la tristeza.
- No creo que te importe mucho si muero, querida. Piénsalo, heredarías todoy serías libre para buscar otro esposo- contestó con ironía, calmando su ira.
- Puede que en el pasado no te tratara bien, Diego- respondió con agua en losojos y posando su mano en la del hombre- pero con el tiempo he aprendido a amarte, y me duele verte así.
- ¿Qué me quieres?- rió sarcásticamente.
- Por favor Diego, mucho me cuesta expresarte mis sentimientos para soportar tu burla. Es cierto que no empezamos con buen pie cuando nos conocimos, culpa mía, pero era una joven caprichosa demasiado

consentida por sus padres. He tenido que sufrir los celos de verte con ella para darme cuenta de todo lo que te quiero- comenzó con un silencioso sollozo.

- Bueno Isabel, si es eso lo que te preocupa puedes quedarte tranquila, Niaraya no está- miró para otro lado para evitar que le viera llorar.
- Jamás quise tu dolor Diego, a pesar de tener que compartirte con la esclava, a la que sé que amabas muy a mi pesar. La vida continúa Diego, y con el tiempo volverás a ser feliz. Por lo pronto necesito que seas el hombre que eras antes de emprender el viaje que te separó de estas tierras.
- No te esfuerces Isabel, no tengo motivos para seguir respirando.
- Eso no es correcto querido. Tienes un gran motivo para seguir vivo.

Diego miró a Isabel con una delgada línea en los ojos, sopesando si era sincera o era una más de las tretas a las que tan acostumbrado le tenía. No comprendía el interés que tenía esa arpía en su persona ¿Sería cierto que le amaba? No, no lo creía, simplemente era el orgullo de una mujer que no había conseguido mantenerle a sus pies como cuando eran jóvenes e inexpertos. Todavía, a veces, recordaba con furia todos los agravios que había recibido desde que se prometieron, marchitando el amor que sintió por ella. Sin embargo, algo en su mirada le hizo permitir que prosiguiera. Isabel dudó por un momento, y al fin se levantó del lecho, quedándose de pie y mirándole fijamente.

- Diego, estoy en cinta. La próxima primavera ambos seremos padres de unacriatura- por un momento Diego la contempló confuso, algo que Isabel apreció enseguida- ¡Oh, vamos Diego, no voy a permitir que dudes de mí!
- ¿Acaso no tengo motivos? Que yo sepa, para que ambos seamos padres primero tenemos que estar juntos, y no recuerdo que jamás haya sido por delante- rió cínicamente, provocando una punzada de dolor en el orgullo de Isabel, que, sin embargo, respiró hondo y se sentó de nuevo en el lecho.
- Quizás ibas demasiado borracho para acordarte, pero te recuerdo que el día antes de tu partida me amaste en mi cama como nunca había sentido antes.

Isabel cubrió sus ojos con las manos y comenzó a sollozar en un llanto que Diego creyó sincero. Por un instante no sabía qué pensar, pero aunque no se

acordaba de nada de aquella noche, no tenía por menos que admitir que las pruebas apuntaban a que estuvieron juntos, quizás recordando el amor que sintió de adolescente por ella. Por primera vez en su vida, la tomó por los hombros atrayéndola hacia sí para darle refugio entre sus brazos, y suavemente acarició sus cabellos negros para calmar su llanto.

- Está bien, querida, cálmate. Tendremos un hijo precioso que crecerá feliz a nuestro lado, te lo prometo.

Mirando al pequeño por la ventana tenía que reconocer que Isabel estaba en lo cierto, y aunque había pasado una temporada alicaído y triste, en cuanto vio su pequeño rostro sintió de nuevo ganas de vivir y ser feliz de una vez por todas. Además Isabel había cambiado mucho, siendo la mujer que poblaba su imaginación cuando era joven. Aunque no la amaba como lo había hecho con Niara, en aquella pasión donde ambos revolvían las sábanas, quería a su esposa, sobre todo desde que le había dado al pequeño que pronto tendría un hermano. Tan solo esperaba que esta vez fuera una hermosa niña que le colmara. La nueva familia que creaba con Isabel permitía que su mente estuviera tranquila, y aunque algunas noches los fantasmas de Diara y Niara regresaban en sus pesadillas, algún día conseguiría que todo aquello formara parte de un pasado que estaba dispuesto a olvidar. Para ello tenía que terminar de tomar la decisión acertada, librarse de todo lo que le recordaba a ellas, y el primer paso era vender a los tres esclavos y alejarles para siempre, y de una vez por todas, de su atormentada mente.

49

Bernardo de Gálvez¹¹ terminó de colocar todos los documentos a su gusto. El despacho del edificio gubernamental situado en el centro de Nueva Orleans desprendía mucho lujo para su gusto, siendo un hombre que, aunque poderoso y bien mirado en la corona, no le gustaba ostentar la buena vida que llevaba. Había decidido que la familia viviera en las afueras, a pesar de tener que madrugar un poco más cada vez que iba al despacho, pero lo prefería. Siempre había gustado de separar familia y trabajo, pudiendo desconectar al calor del porche de todos los problemas que se le presentaban en el horizonte, con un futuro incierto pero que pretendía controlar como fuera, evitando

sorpresas inesperadas.

Varios frentes mantenía abiertos con especial urgencia, muchos de ellos relacionados. La decisión más fácil había sido legalizar el contrabando de esclavos negros venidos de África con el fin de terminar de una vez por todas con los precios abusivos del mercado que hacían de la trata de aquellos hombres un negocio muy lucrativo y evitar las epidemias que estaban asolando toda América. Regularizando el contrabando, aseguraba que antes de desembarcar los doctores confirmaran que no portaban enfermedades como la malaria que se llevaban por delante muchas vidas, como estaba pasando en estos momentos por el sur del continente.

Sin embargo, la misión por la que le enviaban como gobernador de la Luisiana era otra bien distinta. Informado de los últimos acontecimientos acaecidos en las colonias británicas en Norteamérica, que estaban inmersas en la guerra, tenía que preparar el territorio para un posible enfrentamiento con los ingleses. Con desolación comprobó cómo el estado al que le enviaban para su gobierno estaba poco poblado, tanto de habitantes libres como esclavos. Urgía aumentar los habitantes cuanto antes, dotando al lugar de jóvenes y hombres capaces de combatir en caso de que aquellos incómodos ingleses osaran enfrentarse a España. Para ello, había terminado de redactar hacía un mes una misiva invitando a emigrar a parte del pueblo español. Los más decididos y a los que más le gustaba su oferta de tierras, esclavos y riquezas fueron todos aquellos habitantes canarios que vivían en peores condiciones que en la Península, y los primeros barcos con los nuevos inquilinos que poblarían La Florida estaban en camino. La única condición que exigía a cambio, era que fueran católicos para que el poder de todos aquellos colonos de las culturas alemanas y francesas disminuyeran su poder, evitando así posibles revueltas como la sufrida por Ulloa.

En su cabeza planeaba la segunda medida que tomaría en breve, tras hablar primero con Diego de la Cruz y recoger los documentos que guardaba en la casa, cuando su padre, que Dios tuviera en su Gloria, había ejercitado las funciones de gobernador hasta su llegada. Lamentablemente había fallecido inesperadamente, y todo se volvía más complicado. Era urgente perseguir el

contrabando inglés, debilitando así las arcas inglesas por si entraban en guerra, aunque eso supusiese beneficiar el comercio francés. Realmente era buena idea, tener a los franceses contentos y de su parte le haría centrarse tan solo en los británicos.

Recogió el sombrero y el bastón y pensativo se marchó a su casa. Era una gran hacienda que todavía no funcionaba a pleno rendimiento. Allí, su esposa y sus dos hijos, más uno en camino, vivían ajenos a todos los problemas del gobierno. En sus pensamientos, supo que además tenía que comprar más esclavos si quería poner en marcha una gran plantación de algodón, así como tener un capataz que entendiera las plantas que le dejarían buenos réditos incluso cuando ya no fuera el gobernador de Luisiana, porque una cosa tenía clara, y es que ese viaje a América sería el último que haría en su vida, cansado de tanto cambio arrastrando a su querida familia, que sin protestar ninguna de sus decisiones, le seguían sin reproches. Sin embargo, en los ojos de su amada se reflejaba el cansancio de los años, y era algo que iba a solucionar de una vez por todas. Por la tarde, acudiría a casa de Diego para debatir los asuntos de gobierno, con la esperanza de conseguir el primer apoyo en sus decisiones de gobierno, y porque aquel hombre le vendería a los primeros esclavos negros.

50

Diara se acercó hasta los labios de Tafari que hacía días que no se movían. Su cuerpo ardía, y por más que se empeñaba en bajar la calentura con el agua fría de la cascada que visitaba muchas veces al día, no lo conseguía. El miedo se apoderó de ella al comprobar que su querido compañero ya no pronunciaba su nombre en aquellos delirios que la fiebre le provocaba. Su respiración era fuerte y sufrida, como si sus pulmones lucharan por tomar cada gota de aire, en un intento por mantener a su hermano con vida.

Quitó de nuevo el trapo húmedo, de nuevo calentado por la fiebre, y lo introdujo de nuevo en el cubo de agua, estrujándolo y colocándolo de nuevo en la frente del joven. Por un instante, cansada y derrotada, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de agua al comprobar la desolación de la cueva,

antaño llena de personas con las que compartió su vida. Ahora, tan sólo mantenía el apoyo de Margarita, que siempre le había sido fiel sustituyendo a las dos madres que perdió siendo una niña. Desde el día que había manchado sus piernas con aquel líquido rojo de la sangre que la convertía en una mujer, aquella anciana estaba a su lado noche y día, intentando evitar que Tafari se quedara a solas con ella. Bien sabía Diara que aquella anciana presentía lo que ocurría en las ocasiones que los dos jóvenes estaban juntos, aunque nunca le había preguntado por nada. Los demás, hacía tiempo que se habían marchado huyendo de la enfermedad que había llegado a sus vidas como una plaga, y los que no pudieron hacerlo, habían muerto en aquel destino contra el que ahora luchaba su querido Tafari, que parecía perder la batalla más importante. Incluso su querido maestro fue presa de aquella enfermedad que asolaba todo el sur del continente llamada Malaria, y la única alegría que tuvo en todo este tiempo era saber que Francisca había huido a tiempo con el hijo de Guillermo, al que echaba mucho de menos y siempre mantenía en su recuerdo. Aquella enfermedad, que los lugareños decían había llegado por los barcos llenos de negros de África, no se sabía bien como se contagiaba, pero Diara observó que las mujeres embarazadas, niños y ancianos fueron los primeros en desarrollar los síntomas que había aprendido a reconocer en cuanto se daban. A las fiebres y escalofríos, que se repetían cíclicamente cada dos o tres días, le acompañaban intensos dolores de cabeza para después, aquellos enfermos, con el paso de los días, sumirse en un profundo sueño del que ya no despertaban, como si fueran muñecos sin ningún sentimiento. Por eso estaba tan asustada, porque al dejar de murmurar parecía que Tafari estaba en la última fase, y se estremecía de dolor al pensar que Gueno quisiera llevarle tan pronto al País de Heli y Yoyo, si es que era recibido porque desde pequeña había escuchado que su hermano era la reencarnación del mismísimo demonio.

Margarita llegó por detrás y posó su arrugada mano en el hombro de la muchacha, que sin pensarlo le dio un beso. Con los huesos doloridos, se sentó a su lado y tomó la barbilla de Diara para que la mirase de frente.

- Llevas mucho tiempo con él querida. En nada podrás ayudarle si tú también enfermas- le aconsejó con cariño- Anda, sal a respirar un poco de

aire fresco ahora que la tarde refresca y come algo, yo me quedo con Tafari.

- Ya no habla nada Margarita. Hace días que no pronuncia mi nombre en mitad de su sueño- contestó aterrada, con aquella mirada llena de pánico. La anciana se compadeció de la joven.
- Tafari es el joven más fuerte que he visto nunca.
- Xu Yen también era fuerte y esta maldita enfermedad hizo que alimentara a los gusanos con su cuerpo- se tapó los ojos y comenzó a llorar. Margarita pasó su brazo por el hombro de la muchacha atrayéndola hacia su cuerpo para darle consuelo.
- Tafari es mucho más joven querida, y además sois de aquella tierra de la que dicen que ha venido este castigo de Dios. Con suerte, vuestros cuerpos sean mucho más fuertes que los nuestros, y la propia naturaleza provoque que podáis superarla- Diara la miró esperanzada y por un momento, se quedó pensativa...
- Margarita...¿Por qué nosotras no hemos enfermado como los demás? Los que no huyeron a tiempo como Francisca y el pequeño, han muerto.
- No sabría qué responder mi niña...Quizás Dios no quiera que nos reunamos con él todavía, aunque esta vieja esté cansada de la vida. Y ahora querida cambió de tema acariciando su rostro- Haz lo que te he dicho y sal a comer y beber al aire fresco.
- Lo haré Margarita, te lo prometo, pero primero iré a la cascada antes de que la noche me lo impida a por más agua fría. Tafari cada vez está más caliente y hay que cambiarle los trapos mojados más a menudo.
- Ten cuidado niña- claudicó la anciana, consciente de que nada haría cambiar de opinión a Diara.

La muchacha cogió el cubo y salió de la cueva. Los últimos rayos de sol despuntaban el horizonte y aquella brisa fresca reconfortó su cansado cuerpo. Sentía que perdía las fuerzas por momentos, y que casi no le quedaba aliento. En algunos momentos, incluso con el calor del sol cuando estaba en el cenit del firmamento, había sentido escalofríos. Sin embargo, obligó a sus piernas a moverse camino de aquel lago con la pequeña cascada que era su rincón secreto, donde había compartido muchas mañanas de lujuria junto a Tafari, que ahora parecía la sombra del joven fuerte que fue algún día, capaz de levantarla en el aire y besar su ombligo.

Caminaba más despacio de lo normal, intentando darse prisa antes de que el sol se ocultara por completo. El aire olía a humedad, señal de que llovería esa noche, que si la tomaba en mitad del camino ocultaría la luna dejándola a oscuras. Sin saber por qué, recordó aquella noche lejana de África cuando era pequeña y se atrevió a salir del vallado en busca de Tafari, abandonando el calor protector que le otorgaba su familia, separada hacía mucho tiempo. Aquella noche, sintió por primera vez miedo cuando aquella pantera la miró con sus ojos verdes dispuesta a saltar sobre su pequeño cuerpo para saciar su apetito. Aquella noche, fue Tafari el que la salvó con su habitual valentía. Pero ahora no podría hacerlo, tumbado casi muerto en aquel jergón que cambiaba todos los días para intentar que sanara cuanto antes, como si así pudiera echar de la cueva a aquella enfermedad que tantos amigos se llevaba por delante. No, esta vez estaba sola, y por más prisa que tenía, parecía que su cuerpo no quería responder. Sintió que todo se nublaba a su alrededor, y secó el sudor que mojaba su frente a pesar del frío intenso que sentía, hasta que tropezó con la piedra y dio con su bonito rostro en el barro. Sólo tuvo fuerzas para girarse sobre sí misma, y comprobar que el sol desaparecía sumiéndola en una noche nublada. Lejana, comenzó a escuchar la voz de Gueno llamándola, invitándola a acudir a aquel paraíso eterno donde se reuniría con la única madre que había conocido. Las gotas de lluvia provocaron que sintiera de nuevo que estaba viva, pero era demasiado tarde, se había contagiado y era incapaz de levantarse. No, nada podía hacer, sin fuerzas para que su cuerpo respondiera a pesar de que su mente quisiera regresar junto a Tafari, y así, de la mano, viajar juntos al País de Heli y Yoyo y convencerle para que dejara entrar a su hermano.

Ashauti se sentó detrás en la carreta abrazando a su hijo pequeño que lloraba a pesar de no querer hacerlo. Sharik, sin embargo, miraba desafiante a su antiguo amo y no podía disimular el odio que sentía en aquellos momentos por el cobarde de Diego, que cegado por el dolor se deshacía de ellos. En el fondo, estaba en paz consigo mismo, y aunque no sabía a ciencia cierta lo que les depararía de nuevo el futuro, en ese juego de su Dios Gueno, mantenía la esperanza por no ser separado de los dos únicos hijos que le quedaban. Con Diara desaparecida, en un castigo por haberla querido demasiado tarde, y casi toda su familia muerta, tan sólo le quedaban ellos.

No culpaba al joven. Había amado con locura a su pequeña Niara, y el dolor le hacía deshacerse de todos sus recuerdos, incluidos ellos. Aquel hombre, que había conocido siendo tan solo un niño al que casi mata de no ser por su difunta esposa, merecía encontrar de una vez por todas la paz que necesitaba junto a su nueva familia, y aunque Isabel le producía una desconfianza que no sabía bien explicar, parecía que conseguía calmar el dolor del joven al darle aquel hijo que bien podía haber sido su nieto, más otro que traía en camino. Atrás quedaba el recuerdo marchito del amor que sintió por su hija, y ver crecer a aquel niño no hacía otra cosa que provocar que su atormentado corazón sufriera aún más. Quizás por eso, y porque Don Bernardo de Gálvez parecía buena persona, no le importaba salir de aquella hacienda y no cumplir con el trato que una vez hizo con aquel francés que les abandonaba hacía muchos años, ahorcado injustamente en mitad de Nueva Orleans como un vulgar delincuente. En todo este tiempo, mantenía sentimientos encontrados con las personas blancas. Algunos podían ser ángeles bondadosos y amables, pero otros eran peores que las fieras con las que tanto tiempo tuvo que vivir en su amada África, lejana ya en el recuerdo.

Sintió el movimiento de la carreta en la cabecera de la carroza que llevaba a su nuevo amo. Por delante, un largo camino dirección al río, donde había perdido la pista de su hija aquel mes que pasó buscándola. Por suerte, y si sus obligaciones le dejaban tiempo para ello, podría iniciar de nuevo la búsqueda, porque por lo que había escuchado hablar a los dos hombres cuando estaban en tratos para su venta, la hacienda de su nuevo amo quedaba justo al borde

de la frontera donde decían había gentes extrañas. No les juzgaba, y tenía ganas de conocerles, porque para él las personas extrañas no eran otras que esos blancos que se sentían superiores tan solo por tener el color de la piel pálido.

Entre los gemidos de Tanisha, recordó de nuevo a Niara. Aquel día, nada más enterarse de que había huido con dos negros de la hacienda, supo que era culpa de Isabel. Su hija amaba a Diego por encima de todas las cosas, y Ashauti supo que tuvo que ver al hijo que llevaba en su vientre en peligro para que decidiera huir y abandonarle. Los rastros de sangre que encontró adentrándose en el bosque, tan solo confirmaron sus sospechas. Sentía remordimientos, porque a pesar de saber que aquella bruja de Isabel tenía algo que ver con la marcha de la joven, no tenía ni había conseguido en todo este tiempo pruebas que lo confirmaran, ni tan siquiera una conversación de la dama tras la puerta. Aquel mes, siguió el rastro de su pequeña hasta el río, frontera con aquello que llamaban América, encontrando los restos de una carreta destrozada junto a las rocas. Allí encontró pertenencias que eran de su hija, pero no halló ningún cadáver que seguramente fueron arrastrados por la corriente, aunque las pisadas de la otra orilla del río le hicieron mantener las esperanzas. Había sido cobarde, sin atreverse a adentrarse más allá de la rivera del río a aquellas nuevas tierras, culpándose por ello ¿Pero cómo hacerlo dejando desamparados por una esperanza a sus dos hijos vivos? No, no podía abandonarles y dejarles a su suerte, a pesar de que ellos fueran ya unos hombres. Había sufrido mucho buscándolos, cuando aquel maldito capitán les vendió por separado, como para echarlo todo a perder. Ya había perdido a Diara y a Niara, no podría soportar perderlos también a ellos, no después de todo lo que habían sufrido. Pero quizás, ahora que viajaban a aquella nueva hacienda cerca del río, podría retomar la búsqueda donde su conciencia le había hecho abandonarla aquel día. Si Niara y su nieto estaban con vida...¿Cómo actuaría? ¿Regresaría a contarle a Diego su hallazgo o callaría? Si estaba viva ¿ Por qué no buscó a Diego o al él mismo a su regreso?

Levantó la cabeza saliendo de sus pensamientos y se cruzó con la mirada de Sharik, que le recordó por un instante a Tafari. Sus ojos desprendían el

mismo odio que antaño viera en el rostro de su hijo pequeño, del que se acordaba todos los días. Tanisha se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, y separándose del cuerpo de su padre en el que se refugió a pesar de ser todo un hombre, bajó la mirada ante el reproche de su hermano, que le miraba decepcionado.

- Deberíamos saltar y escapar padre. Este hombre sólo lleva dos escoltas que estarán muy ocupados protegiendo a patrón como para perseguirnos- dijo en un susurro apenas audible.
- ¿Y para qué Sharik? ¿Dónde crees que podríamos huir con el color de nuestra piel? Lo único que conseguiríamos sería caer en manos de peores hombres que nos venderían y separarían de nuevo, y no creo que tengamos dos veces la misma suerte de reunirnos de nuevo- contestó rotundo, acariciando el pelo de su hijo pequeño para que quitara la pose de vergüenza.
- ¡Es nuestra oportunidad padre, no podemos dejarla escapar! Podemos marcharnos y regresar a casa- insistió el joven. Ashauti apreció el cambio en su hijo mayor, que desde que perdió a su esposa, aquella por la que luchó valientemente en África, estaba terriblemente amargado.
- ¿África? Nuestra tierra es aún más peligrosa que ésta, según los nuevos acontecimientos.
- Escuché a los dos hombres hablar cuando les servía las bebidas- añadió Tanisha hasta ahora mudo- El nuevo amo ha legalizado los barcos de negros que vienen de África.
- Con razón de más entonces- insistió Sharik- Nuestro pueblo está en peligro, y tú sigues siendo el jefe de la tribu fulani.
- De nuestra tribu ya no queda nada. Cierto es que hay muchas familias fulani todavía, pero no contamos con un sitio entre ellos. Ya no soy un jefe hijo, tan solo tu padre, y como tal, vas a obedecerme hasta que mi corazón deje de latir. No iremos a ninguna parte. Este nuevo amo nos dará un nuevo hogar.
- ¿Hogar padre? ¿¡Hogar, dice!?! Le recuerdo que para los blancos somos poco más que animales ¡No, miento! A sus mascotas les tratan mejor que a nosotros.
- El amo Diego siempre nos ha tratado bien- intervino susurrando Tanisha.

- ¡Pero no ves cómo habla padre!- elevó un poco la voz provocando que los dos jinetes les miraran por un momento, mientras el hombre negro que iba al pescante de la carreta chistaba para que bajaran la voz, cómplices de los hombres de su mismo color- ¿Amo? Desde cuándo tenemos que tener amos. En nuestra tierra todo el mundo es libre.
- Tenemos que ir con él, simplemente.
- ¿Tan cobarde se ha vuelto padre?- le miró decepcionado y apretando los puños. Ashauti sonrió amargamente, y reveló su secreto a sus hijos.
- No pienso regresar a África sin tus hermanas. El día que salí en busca de Niara, hallé huellas al otro lado del río, por lo que mantengo la esperanza de que ella y tu sobrino sigan vivos. Por eso tenemos que ir con este hombre, porque su hacienda está justo en la frontera con esa tierra que llaman América y donde creo que puedo encontrar a tu hermana. Cuando lo haga, todos huiremos a Venezuela para encontrar a Diara, para después regresar a casa.

Sharik sonrió y cambió su mirada a una de orgullo. No sabía por qué había dudado de su padre. En todo el tiempo que fue jefe de la tribu fulani, jamás se había acobardado ante nadie, ni siquiera el día que se enfrentó a la alta alcurnia de su tribu dejando ver el ritual de apaleamiento a Diara, que había manchado su cuerpo de barro para parecer negra. Aquel día, en el que recibió golpes para conseguir a su amada Siomara, su progenitor le había enorgullecido y se propuso ser tan buen líder como él. Por un momento, se sintió culpable y estiró su brazo para posar su mano en la pierna de su hermano, que le sonrió. Ashauti llevaba razón. Durante mucho tiempo estuvieron separados, y ahora que eran de nuevo una tribu, aunque de momento fueran solo tres, tenían que permanecer unidos como si fueran una única persona. Encontrarían a su hermana y a su sobrino, y después a la pequeña Diara, para regresar juntos a casa y enfrentarse a todos los barcos blancos que quisieran alejar a su pueblo de las costas africanas. Los protegerían con su vida, si hacía falta. Allí intentaría de nuevo ser feliz y crear una familia, y así alejar de sus sueños a su amada Siomara, que jamás regresaría del País de Heli y Yoyo, donde era feliz.

Marco galopaba a lomos del caballo que su anfitrión le había prestado, disfrutando de la libertad que tarde o temprano tendría que abandonar. Sabía que a sus dieciocho años estaba tardando mucho en buscar una esposa acorde con su condición, pero ninguna había llamado su atención. Tarde o temprano tendría que desposarse, pero algo en su interior le decía que pronto encontraría a la mujer adecuada. Sus padres se casaron por amor, y él anhelaba lo mismo. Por suerte, a pesar de ser hijo único, no sentía presión alguna por sus progenitores como muchos de sus amigos, obligados a casarse con mujeres de su misma condición que en nada les atraían, durmiendo después con cualquier esclava mulata o negra de bellas curvas y plagando el mundo del Señor de nuevos bastardos cuya piel negra se iba aclarando al mezclarse con la blanca.

En aquel cometido estaba su anfitrión, Julián Vallejo Cifuentes. Era un amigo de España de su padre, que les había invitado a pasar unos días en su hacienda de Venezuela, cerca de las montañas donde la leyenda de Guillermo Ribas permanecía viva en el recuerdo. El propio amigo de su padre sufrió sus ataques durante tiempo, donde aquellos rufianes robaban sus cosechas de cacao con las que luego traficaban para comprar nuevas armas con las que abastecerse. Afortunadamente, aquel general asesinado más tarde le había dado muerte, y ahora tan solo era un fantasma convertido en leyenda. Quizás por eso, y porque su joven hija Blanca María seguía casadera, les había invitado a pasar unos días. Marco lo había intentado, y había soñado con que la joven fuera el amor de su vida, pero nada más verla, y a pesar de que no era nada fea, sabía que el momento no había llegado. Ya se lo había comunicado a sus padres, que daban largas a su querido amigo Julián para no agraviarle, en un intento de afirmar que los jóvenes tendrían que conocerse más y devolviendo la invitación para que visitaran su hacienda.

Su casa...la echaba de menos, aunque agradecía por unos días liberarse de la tensión que los ingleses producían constantemente en sus vidas. Pronto tendrían la visita de Bernardo de Gálvez, que les traía la promesa que pondría punto y final a aquel acoso al que les sometían aquellos ingleses. La corona por fin escuchaba las peticiones de su padre, o más bien las de Juan de la

Cruz, que como gobernador provisional de la Luisiana había transmitido sus miedos al monarca para cumplir la promesa hecha por su hijo Diego, cuando les visitó buscando a aquella hermana perdida cuyo nombre no había pronunciado y que sabía porque escuchó a escondidas.

Cesó el galope comprobando el espléndido animal completamente sudoroso. El sol comenzaba a esconderse, y tendría que regresar pronto si no quería perderse, aunque estaba convencido de que aquel poderoso animal venido en barco desde tierras andaluzas encontraría el camino de regreso aunque le vendaran los ojos. El sonido del agua llegó hasta sus sentidos, y tras dar unas palmadas en el cuello del animal, jinete y caballo se dirigieron hacia el sonido para saciar su sed.

Desmontó dejando libre al animal domesticado, que sin dudarlo acercó su hocico al agua para beber. Los tonos anaranjados se reflejaban en las nubes que amenazaban lluvia, y girando ciento ochenta grados sobre sus talones, vislumbró aquel precioso paraje prometiéndose regresar por la mañana. Quizás dejaría que le acompañara Blanca María. Una buena forma de congratular a Don Julián y otorgarle una oportunidad a la muchacha que, para ser sincero y aunque no hubiese recibido ese pálpito de que era la elegida, no le desagradaba para nada. Tenía que reconocer su cultura, niña instruida con la que podía hablar de cualquier cosa, sus buenos modales, y esa belleza extraña en su rostro pecoso. Sí, quizás era el momento de conocerla un poco más y aquel paraje, si es que el tiempo acompañaba al día siguiente, era el sitio ideal para intimar con ella.

Se acercó hasta el pequeño lago bajo el embrujo del sonido de la cascada que corría libre manteniendo el agua fresca, y bebió imitando al caballo que comía un poco de hierba. Limpió los restos con el dorso de la mano, y tras suspirar un instante, montó de nuevo en la silla del caballo, recuperado del galope que les llevó hasta ese paraíso descubierto sin querer. Tomó las riendas para guiar a su caballo de nuevo hacia la hacienda, pero no obedeció. Sin saber por qué, se puso a dos patas y casi cae de la silla, y sin obedecer se dirigió para el lado contrario que le marcaba Marco, hasta parar de repente provocando que su cuerpo se inclinara hacia delante. Fue entonces cuando

vio la silueta del cuerpo tendido en el suelo. Descabalgó del caballo y se acercó con cuidado, no fuera a ser que algún rufián quisiera tenderle una trampa. De cerca, comprobó que era una joven de unos quince años, que tendida en el suelo completamente inconsciente parecía muerta.

Marco retiró los cabellos mojados de su rostro. Era bello, con unos enormes labios gruesos y rojos que estaban resecos. Comprobó que aquella niña tenía el cuerpo ardiendo, y como hacía su madre con él las pocas veces que enfermaba, llevó su mano a la frente, comprobando que le quemaba al instante.

- No podemos dejarla aquí- dijo hablando con su caballo, como si pudieran corroborar su decisión.

Oteó por un momento el lugar en busca de más personas, pero aquella niña estaba sola. Con cuidado, la cogió en brazos comprobando lo poco que pesaba, y no sin esfuerzo para no hacerla daño, la subió a lomos del caballo. De un salto poniendo su pie en el estribo, se puso detrás de ella apoyando su cabeza en su hombro.

- Tafari, Tafari...- susurró la muchacha en una lengua extraña para él.

- Por lo menos sabemos que está viva- le dijo de nuevo a su caballo Vayamos a casa Relámpago.

Azuzó con los talones al jamelgo que comenzó a trotar regresando a casa. Le fastidiaba no poder galopar de nuevo, en un intento de llegar cuanto antes, pero temía causar un daño irreparable en la muchacha. La luna se convirtió en su aliada, iluminando el sendero mientras pequeñas gotas de lluvia caían de nuevo. Allí, bajo la luz del astro, miró de nuevo a la joven sintiendo una corriente por su cuerpo. Era el ser más bello que había visto nunca, y se olvidó por completo de los planes con Blanca María que había pensado momentos antes.

54

AÑO 1779

Diara miró hacia otro lado para que Marco no la viera llorar porque no quería que el rostro triste que sin duda mantenía en ese momento fuera su último recuerdo hasta que se vieran de nuevo. Estaba atemorizada del destino que podía aguardarle. Después de todo lo que les había costado llegar hasta el banco cobijado bajo la sombra del gran roble, ahora la guerra les separaba cruelmente. A su lado, Marco tomó la barbilla de la joven para que le mirase de nuevo a los ojos.

- Te prometo Diara que regresaré en cuanto esta guerra acabe. Juro solemnemente que no dejaré que me maten en ella- sonrió para animar a la joven jurando con la mano en alto.

- Más te vale...- replicó la muchacha que por fin esbozó una sonrisa.

Ambos se miraron fijamente y se abrazaron. No hacía falta nada más, simplemente sentir el calor del otro en su propio cuerpo. Sobraban las palabras en ese amor puro que ambos se procesaban. El joven terminó de limpiar las lágrimas de Diara, y tras darle un tierno beso en los labios, se colocó de nuevo el sombrero y se marchó de allí sin mirar atrás. Sabía que si lo hacía flaquearía y no podría cumplir su deber. La boda que tanto tiempo llevaba planeando tendría que esperar a su regreso, y por Dios Santo que iba a regresar sano y salvo para desposarse con ella.

Contemplando como el hombre se marchaba no pudo evitar evocar el pasado que quedaba muy lejano en el tiempo. Afortunadamente, el dolor por perder a Tafari se había escondido en lo más hondo de su corazón y por fin podía permitirse ser feliz de nuevo, si es que esa maldita guerra no se llevaba por delante a Marco.

Recordaba haber despertado en una mullida cama blanca. Se sentía débil y famélica, y tenía punzadas de dolor por todo el cuerpo, sobre todo en la cabeza que martilleaba sus oídos constantemente, como si el mismísimo corazón estuviera situado en la frente y no en el pecho. Intrigada sin saber donde estaba, admiró todo el lujo de aquella habitación, con techos altos y paredes llenas de candelabros que alguien había tenido a bien encender para dejar la estancia con una tenue luz. De plumaje acolchado, parecía reposar su cabeza en una nube blanca, de aquellas que en cientos de ocasiones había

contemplado junto a su hermano. Ese mismo recuerdo fue el que provocó que se pusiera nerviosa intentando levantarse de la cama. Al plantar el pie en el suelo alfombrado, trastabilló porque las piernas le flaquearon y cayó al suelo, emitiendo un gran estruendo.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y apareció aquella señora entrada en años con el joven. Sin poder evitarlo, fijó su mirada en él sintiendo que el corazón le daba un vuelco. Por aquel entonces todavía no comprendía que se había enamorado de él irremediablemente, y que aquellos días de pasión junto a Tafari tan solo habían sido eso, una pasión desmedida llena de cariño pero sin amarle.

Aquel joven se acercó hasta ella y como si fuera una pluma la levantó del suelo sin ningún esfuerzo tendiéndola de nuevo en la cama blanda. Retiró los mechones de cabello que le vinieron a la cara, y con su mano tocó su frente, comprobando satisfecho que la calentura por fin remitía.

- Vaya, señorita, parece que por fin la fiebre remite- dijo tras una dulce sonrisa- Mi nombre es Marco Fuertes del Pozo y ésta señora de aquí tan seria es mi ama Adela. No te asustes por su seriedad, en el fondo es un pedazo de pan- le comentó dirigiéndose a la señora y tomándola entre sus brazos. La señora sonrió y le acarició la mejilla.
- ¿Dónde me hallo?- preguntó en un susurro. Debía de llevar mucho tiempo sin hablar porque sentía la garganta reseca y los labios agrietados.
- Ahora mismo ambos somos invitados de Don Julián Vallejo. Los médicos desaconsejaron que te moviéramos de aquí, así que decidí quedarme de invitado hasta que te recuperaras.
- ¿Seguimos en Venezuela, verdad? ¿Cuánto tiempo llevo en cama? preguntó asustada acordándose de Tafari. La última vez que le había visto, le dejaba moribundo al cuidado de Margarita.
- Sí, esto es Venezuela, y llevas más de un mes entre la vida y la muerte.

Diara palideció, a pesar de que tenía que ser muy difícil porque el color sonrosado de sus mejillas se habían marchado al caer enferma. Cómo estaba viva, no lo sabía. Suponía que se había contagiado de la misma enfermedad con la que dejó a Tafari abandonado a su suerte, y sin embargo, estaba viva.

Aquello la llenó de esperanza, porque si ella había sobrevivido a aquella cruel enfermedad, a lo mejor Tafari también lo había logrado y ahora andaba como loco buscándola. No, no podía permanecer por más tiempo en ese lugar desconocido, aunque sus gentes parecieran buenas personas. Tenía que levantarse y marcharse a la cueva para tener razones de los dos amigos que dejó atrás en el camino, aunque no fuera por su propia voluntad. De nuevo, intentó apoyar un pie en el suelo sentada en la cama, mientras la cabeza le daba vueltas. Antes de que pudiera ponerse en pie, aquel joven dio dos grandes zancadas impidiendo que se levantara y reposando su cuerpo de nuevo en el lecho blando.

- No puedes levantarte aún, estás muy débil- la riñó.
- Tu no lo entiendes, tengo que irme- suplicó la joven.
- En tu estado no llegarías ni a la puerta ¿Qué es lo que te hace huir tan de prisa?
- Tu no lo entiendes...yo...yo dejé a alguien. Tengo que saber si esta vivotodavía- Marco encarnó una ceja mirando fijamente a la joven. Lo que menos había pensado es que estuviera comprometida o peor aún, casada con otro joven.
- ¿Era tu prometido quizás?- intentó sonsacarle hábilmente.
- No, mi hermano y Margarita. Tafari se contagió con una enfermedad extraña que asoló nuestra morada. Muchos murieron, otros huyeron...Pero antes de que me encontraras me dirigía a por agua para cuidar a mi hermano confesó Diara con lágrimas en los ojos.
- Si me dices donde está tu casa, puedo ir en busca de noticias tuyas- se ofreció Marco sentándose en el lecho sin dejar de mirarla.

Diara dudaba ¿Cómo contarle a aquel hombre, que parecía ser su enemigo pues vestía como aquellos terratenientes crueles que había conocido, que eran la descendencia viva de Guillermo Ribas?

- No puedo darte esa información, tengo que ir yo- concluyó al fin de formatajante. Aunque aquellas personas la hubieran salvado, no iba a confiar en ellos, al menos de momento.
- Pues entonces querida, vivirás en la incertidumbre por largo tiempo, porque tu no puedes moverte de esta cama hasta que recuperes las fuerzas.

Sé que no me conoces de nada, pero te prometo que puedes confiar en mí. Dime dónde dejaste a tu hermano y si está vivo haré que te reúnas con él de nuevo.

Las palabras de Marco calaron en lo más hondo de su alma, y tras mirarle a los ojos, supo que podía confiar en él. Lanzó una mirada fija a la señora que captó la indirecta y salió de la habitación dejando a la pareja a solas. Diara carraspeó para aclarar la garganta y le contó a Marco parte de la historia.

- Somos los descendientes vivos de Guillermo Ribas. Tras su muerte, muchos de nosotros nos refugiamos en las cuevas donde hemos vivido todos estos años. Con la llegada de la enfermedad, muchos murieron y otros tantos huyeron intentando escapar de la muerte. Mi hermano enfermó estando en la cueva, porque no tuvimos otro sitio donde ir, y fui allí donde le vi por última vez dejándole al cuidado de mi amiga Margarita, una entrañable anciana a la que quiero como a mi madre.
 - Por tus palabras deduzco que eres huérfana- intervino el joven serio, intentando asimilar todo lo que Diara le estaba contando.
 - Sólo de madre. Vinimos de África como esclavos y me separaron de mi familia.
- ¡Espera, espera, espera!- interrumpió el chico con la palma de la mano en alto- Hasta donde yo sé, en los barcos de esclavos sólo llegan negros, y tu eres más blanca que la nieve.

- No sé que es la nieve, pero a pesar de mi color mi familia es tan negra como la noche. Desgraciadamente, cuando era un niño de unos tres años asaltaron nuestra aldea matando a muchos de mi pueblo, entre ellos a mi madre, y nos metieron en las bodegas de un barco para traernos aquí. De mí se hizo cargo el hermano de Guillermo Ribas, y por eso le conocí. Cuando nos libramos de aquellos capataces crueles que nos trataban peor que a los animales, nos refugiamos al pie de la montaña en un bonito pueblo que aquel desgraciado arrasó cuando nos atacó.
- Me imagino que te refieres al capitán que terminó con el sanguinario de Guillermo.
- ¡Guillermo no era ningún sanguinario, era un hombre bueno que cuidaba de los suyos, liberándolos del yugo de los blancos!- le chilló Diara

realmente molesta.

- Discúlpame por favor. He vivido siempre al otro lado de la historia, que seguramente me la contaron como la ven los terratenientes, incluido mi padre. Te pido disculpas de corazón si te he ofendido- Diara se relajó ante la disculpa- Si te sirve de consuelo, el hombre que asesinó a Guillermo yace muerto y enterrado separado de su cabeza.
- Lo sé- dijo en voz alta. Sin embargo, no quiso contarle más, que había sido ella quién había terminado con ese desgraciado junto a Tafari y Xu yen. Aún no sabía a ciencia cierta si podía confiar en el joven, y aquello le llevaría a una muerte segura.
- Te pido que confíes en mí porque de verdad quiero ayudarte. Dame las señas del lugar y cogeré mi caballo buscando a tu hermano. Si sigue allí, le traeré a tu lado.
- Si sigue con vida Tafari te matará antes de que desmontes y pongas el primer pie en el suelo- se enorgulleció Diara.
- No si me dices tu nombre y le digo que vengo de tu parte. Si sigue con vida estará como loco buscándote, y seré la única esperanza que tendrá de hallarte.

Diara dudó por unos instantes, pero no tenía otra salida. Le preocupaba mucho el estado en el que se encontraría su hermano, y solo podía pedirle a Gueno que siguiera vivo en el mundo de los mortales. No, por más vueltas que le daba no tenía otra opción, consciente de que su cuerpo no respondería los anhelos de su mente de salir corriendo. Así que, tras un suspiro, le reveló su nombre al joven.

- Diara, me llamo Diara.

Después habían venido las malas noticias. Marco sólo halló una tumba en el interior de la montaña, y a nadie vivo por el lugar. Diara supuso que Tafari había muerto y su buena Margarita le había enterrado allí mismo por si regresaba. Se quedaba de nuevo sola, sin un hombro familiar en el que llorar, con personas extrañas en una casa extraña.

Cuando estuvo más recuperada partieron para la hacienda de Marco, cuya familia se había encariñado con ella y la amparaba en mitad de aquella soledad. Sin embargo, el amor que sentía por Marco tenía que ocultarlo en el

fondo de su alma, porque Diara sabía que no era digna de él. No, jamás confesaría que había estado con otros hombres, aunque solamente hubiera sido Tafari. Marco se merecía casarse con una buena mujer que fuera por completo de él, en aquella primera vez que tanto valoraban los hombres. Se había dejado llevar por la lujuria en brazos de Tafari, y por ese motivo, por ese gran pecado, jamás podría ser feliz al lado de Marco.

Bernardo de Gálvez ultimaba los preparativos y daba las últimas órdenes a la espera de que los ilustres hombres llegaran a la reunión donde les informaría de su decisión. Durante tres años, se había mantenido neutral en la guerra de los americanos con los ingleses, aunque bien era cierto que a escondidas ayudaba a los rebeldes. Siempre había sentido un odio profundo por aquellos malditos ingleses que se creían los dueños del mundo. Ahora, la decisión estaba tomada y tomaría partido en contra de aquellos anglosajones, que durante los años que había permanecido como gobernador de la Luisiana le habían hecho la vida imposible teniendo que beneficiar a los franceses para mermar el comercio inglés.

Sin embargo, Bernardo sabía bien su estratagema. Desde el inicio de la guerra había estado seguro de qué lado ponerse, si bien tuvo que esperar ante la Luisiana que se encontró. Aquella nación de la corona española mantenía escasa población española, y con tan pocos recursos era imposible ganar una guerra. Ahora, tres años después, miles de barcos habían llegado con nuevos habitantes procedentes de Canarias, compatriotas fuertemente beneficiados con ricas tierras que proteger, y que no dudarían en acudir a una guerra contra los ingleses con tal de protegerlas.

De todas formas se hallaba entre la espada y la pared, pues sus informantes le indicaban que temían un ataque inglés inminente. No, aquello no iba a suceder bajo su mando, y aunque los hombres prometidos desde su querida España no llegaban, tenía que atacar primero sorprendiendo a los ingleses. Sin duda, era una baza que jamás esperarían, un ataque inminente dejando desprotegida a Nueva Orleans, que quedaría tan solo con la defensa de las milicias.

Tan solo le restaba contar con el apoyo de tres familias importantes en la zona. A Diego le tenía seguro, consciente del malestar que sentía por haberle vendido a aquellos esclavos que a la primera de cambio habían cruzado la frontera en busca de la libertad. Bien cierto era que el joven le había devuelto el dinero que invirtió en ellos, pero a Bernardo le dolía en sumo grado la

traición. Durante una año entero había mimado a los tres negros, otorgándole infinita confianza, y sin embargo, a las primeras de cambio, se habían amparado en una noche oscura y tormentosa para escapar hacia la otra orilla del río, donde nada podía hacer. Tan solo esperaba que no volviesen a cruzarse en su camino, porque aunque se tenía por hombre bueno y honrado, los que traicionaban su confianza pagaban con su sangre tal hazaña. Por eso sabía perfectamente que Diego de la Cruz le otorgaría su apoyo incondicional en el asunto.

Cosa distinta eran los otros dos nobles. De un lado, Miguel Antonio Fuertes del Pozo y su hijo Marco. Quizás costara convencerles, pero eran los que más habían sufrido los ataques de esos ingleses porque su hacienda colindaba con territorio anglosajón. Sin duda les convenía acabar de una vez por todas con ellos, y debía recordarles en caso de negativa que la última vez que atacaron su hacienda estuvo ahí para ayudarles y defenderles. No, tampoco habría problemas en encontrar su apoyo, aunque fuera a base de cobrar viejos favores.

El hueso más duro iba a ser Julian Vallejo. Era el noble más alejado de todos los problemas con los ingleses porque habitaba en la lejana Venezuela. Quizás, sería el menos propenso a enfrascarse en una guerra. Sin embargo, tenía algo que ofrecerle a cambio. Aquel hombre llevaba años queriendo casar a su hija Blanca María con un buen partido de ilustre apellido, y tras el fracaso con Marco Fuertes, enamorado de una joven que nadie conocía, tendría a bien los planes que mantenía para la joven. Había hecho venir desde España a su sobrino dotándole con grandes riquezas, y era el candidato perfecto para desposarse con la dama. Si todo salía según sus planes, en breve encabezaría un pequeño ejército sorprendiendo a los ingleses, con una victoria segura que levantara el ánimo para futuras batallas que tenía en mente.

56

Ashauti observaba divertido a su nieto Umi. El pequeño de siete años iba acorralando poco a poco al conejo que le observaba con aquellos ojos rojos,

moviendo graciosamente la nariz para despertar en el muchacho un atisbo de compasión. Pero Umi estaba concentrado en su presa hasta que pudiera asestarle el golpe de gracia con la flecha que se mantenía preparada en aquella cuerda tensada por su mano. Parecía mentira, o más bien un milagro, que el hombre pudiera estar contemplándole. Por momentos había perdido la esperanza de hallarle con vida, y aunque su querida hija estaba con el resto de los miembros de su familia que faltaban hacía mucho tiempo en el País de Heli y Yoyo, por lo menos el pequeño sobrevivió contra todo pronóstico. En cierto grado, mantenía un enorme parecido con el pequeño Tafari, perdido en aquel acantilado, donde le vio por última vez y donde seguramente había sido carnaza para los peces. Le adolecía que no mostrara los rasgos de Niara, y aunque de un tono infinitamente más claro que el de su tribu, quizás por la mezcla con la odiosa raza blanca, era igual que su difunto tío. Ashauti agradecía que no hubiera sacado la mirada endiablada de Tafari, pero por lo demás, eran como dos gotas de agua: los mismos movimientos, sutiles y gráciles, la misma ferocidad en la caza, la misma complexión delgada y atlética, y, sobre todo, la misma tozudez ante los retos.

Tras llegar a la nueva hacienda del nuevo amo, habían trabajado duro en aquellos campos aún por sembrar. No protestaban y agradecían su suerte, porque el nuevo amo era indulgente con ellos, quizás por Diego. Todas las tardes, cuando terminaban la jornada, sus hijos acudían hasta la cocina y engullían todo lo que podían. Ya había notado Ashauti del interés de los muchachos por aquella cocinera joven y guapa a la que ambos admiraban. Tan sólo esperaba que entre ellos no hubiera problemas por culpa de aquella hembra. Si tal era el caso, por suerte, ellos tenían un ritual cultura de sus ancestros con el que resolver el problema, aunque sin duda sería Sharik el vencedor. Aquello de momento estaba solucionado, porque fue la propia cocinera la que tomó su decisión que para sorpresa de todos se decantó por Tanisha, y a su hijo mayor no le importó.

Por su lado, cuando los jóvenes acudían a la cocina y amparado por los rayos de sol que le daban una hora de tregua antes de que se ocultaran en el firmamento, dirigía sus pasos hacia la orilla del río donde años atrás encontrara aquella carreta destrozada. Desafortunadamente, el paso del

tiempo había borrado las huellas que encontrara aquella vez, pero si algo tenía claro Ashauti es que siempre había sido un buen rastreador. Podía ser que el tiempo borrara aquellas huellas, pero siempre quedaban pistas, como ramas partidas, que podían indicar a un experto por donde huía una presa.

El día que Don Bernardo de Gálvez celebró la fiesta por la llegada de su sobrino, fue cuando tuvo aquel golpe de suerte. Aquel día la jornada solo se hizo por la mañana porque los amos querían la entrada despejada y adornada para la celebración en honor del muchacho que llevarían a cabo por la noche. Así que aprovechó toda la tarde para ir de nuevo al río, esta vez acompañado de sus hijos. Sharik no tenía nada más que hacer, y Tanisha no vería en todo el día a su amada atareada con los succulentos platos con los que los invitados deleitarían el paladar. Con una deliciosa cesta de alimentos que Noa les había preparado, los jóvenes siguieron ajenos a las verdaderas intenciones del padre.

Ashauti extendió la manta de cuadros que llevaba mientras su hijo mayor sacaba todos los alimentos. Almorzaron tranquilamente a la sombra del roble, en un día tranquilo despejado de nubes, y ambos muchachos dormitaron tras la comida. Ese fue el momento en el que el hombre aprovechó para alejarse y comprobar los daños en las ramas de los arbustos, comprobando que tiempo atrás parecía que habían arrastrado a algo o alguien. No le hizo falta seguir investigando, porque al rato llegó un niño mulato persiguiendo a un corzo. Con la flecha en la boca, se chupó el dedo para ver la dirección del viento, y con sus pequeñas manos tensó la cuerda del arco. La flecha salió disparada errando en su presa justo cuando el crío comprobó que no estaba solo, quedándose parado justo en frente de Ashauti que no tuvo ninguna duda. Ese niño era su misma sangre porque parecía haber andado en el tiempo y regresar a su aldea donde su hijo pequeño era la viva estampa del que veía ahora. Un temblor recorrió todo su cuerpo y por primera vez sintió una inmensa felicidad desde que llegara a ese continente separado de su tierra por un inmenso océano.

A partir de entonces todo fue muy fácil. El pequeño, aunque al principio desconfiado, pronto se sintió seguro, quizás porque aunque más oscuros, eran

negros como él. Guió al trío hasta la tribu india de los apaches, y allí fueron recibidos amablemente, sobre todo porque con ellos vivía Manuela y Bartolo, antiguos amigos esclavos de la hacienda de Diego. Fue la cocinera quién les narró entre lágrimas toda la historia de cómo Isabel había echado algo en la comida de Niara, teniendo que escapar pues temían que la ama quisiera acabar con la mujer y el hijo que llevaba en su vientre. Anduvieron en la carreta hasta el río, pero allí la corriente destrozó el carromato y por suerte pudieron llegar a la orilla donde los apaches las encontraron. Niara estaba medio muerta y de parto. Aquella anciana india nada pudo hacer por la vida de la muchacha, pero sí que consiguió salvar a Umi, que en castellano significaba vida, motivo por el que le llamaron así, porque contra todo pronóstico, aquel pequeño niño nacido antes de tiempo crecía fuerte y sano, llenando todo el poblado apache de risas contagiosas.

Desde entonces los tres negros vivían protegidos por los indios que tenían gran cariño al niño. El único que andaba desconsolado era Tanisha que al otro lado del río había dejado a Noa en las cocinas de la casa de aquel nuevo amo. Ashauti tenía dos asuntos pendientes por resolver, y ahora que las noticias contaban que Bernardo de Gálvez se había puesto de parte de los americanos en la guerra, tendría su momento esperado para llevarse de la hacienda a la hermosa Noa y, sobre todo, vengarse de Isabel.

57

Sirvió las copas de coñac y repartió buenos puros. Los nobles le miraban a sabiendas que conocían para qué les había llamado. Terminaron de comer y llegado la hora donde las mujeres se retiraban a hacer punto de cruz, los cuatro hombres acompañaron al gobernador, ya de pleno derecho, a su despacho donde las malas noticias llegarían en breve.

Diego sabía de antemano lo que el gobernador iba a proponerles. No entendía para qué buscaba su aprobación, si total iba a hacerlo igualmente sin que ellos pudieran evitarlo. El 21 de junio declararían la guerra a los ingleses y el gobernador no iba a esperar a que los refuerzos de las tropas españolas llegaran. Aquello le ponía entre la espada y la pared con las antiguas

amistades francesas que conocía de los tiempos de Lucien, pero era español e iba a defender su patria. No había sufrido tanto como para ahora dejar que aquellos anglosajones invadieran Nueva Orleans y perder todas las posesiones que algún día heredarían sus hijos.

Sumido en sus pensamientos, olfateó la copa de aquel buen coñac y tomó un sorbo. La tos se apoderó de él poco acostumbrado a beber licores tan fuertes, normalmente tan sólo gustaba de tomar algo de vino y en contadas excepciones el buen ron de la zona. Contempló algo molesto como el joven Marco sonreía ante la torpeza que había cometido. No se lo tuvo en cuenta, aquel muchacho le caía bien y mantenía una muy buena amistad con su padre. Aún recordaba lo amables que fueron dejándoles pernoctar en su casa cuando buscaron a Diara...¿Dónde se hallaría su pequeña hermana? ¿Seguiría viva? Ella había sido uno más de los motivos de deshacerse de Ashauti y sus hijos, porque aquella búsqueda inútil hizo que abandonara la hacienda y que dejara a Niara sólo. Quizás si el hubiera estado a su lado...

- Bien caballeros, ahora que nuestros estómagos están saciados, vayamos al asunto que les ha traído hasta aquí- interrumpió sus pensamientos el gobernador y Diego prestó atención- Supongo que ustedes algo se barruntan, así que simplemente voy a cerciorarles sus pensamientos. Mañana declararemos la guerra a los ingleses, que como bien saben llevan tiempo incordiando nuestros territorios y otorgándonos grandes quebraderos de cabeza.
- ¿No cree gobernador que es un poco pronto para tal anuncio? Los rumores que llegan desde el puerto es que las tropas navegan hacia América en estos momentos y que no llegarán hasta bien entrado el invierno. Sinceramente, sería conveniente que reforzáramos primero el ejército- inquirió Don Julián Vallejo.
- Cierto es lo que comentáis Don Vallejo, pero todo apunta a que son los propios ingleses quienes no van a esperar a que nuestras tropas lleguen. Mis informantes aseguran que el ataque inglés es inminente. Esos malditos no tardarán en prepararlo todo, dos o tres meses a lo sumo, y entrarán en Nueva Orleans arrasando con todo, como han intentado en otras ocasiones en otros territorios españoles ¿No es así señor Fuertes del Pozo?- buscó la

ayuda en el hombre.

- Ciertamente es que son vecinos molestos, y que en más de una ocasión han intentado arrebatarnos Guatemala.
- Y fue precisamente mi padre, Don Matías de Gálvez quien os prestó ayuda desde Nuevo México. Si no hubiera sido por el virrey, no hubiera podido auxiliarnos y os hallaríamos muertos.
- Ciertamente gobernador, pero una guerra...

Bernardo buscó la ayuda con la mirada en Diego. El hombre carraspeó y se levantó dejando a un lado la copa de coñac. Dio unos pasos arriba y abajo observado por el resto de los hombres, y tras toser tapándose la boca con la mano, ayudó al gobernador.

- Quizás ustedes no vean el serio peligro en el que todos nos hallamos. Entiendo, Don Vallejo, que Venezuela queda bastante lejos del conflicto, al menos por el momento, porque todos sabemos que esos malditos ingleses quieren recuperar todo lo que perdieron en la Guerra de los Siete Años, donde la corona española salió fuertemente favorecida con buenos territorios que son, por otro lado, bastante productivos y, siendo realistas, señores, llenan nuestras arcas. Si tal hecho acontece, nos quedaremos en la ruina, a merced de esos bellacos. Tu mismo, Miguel Antonio- tuteó a su viejo amigo- comprobado durante años el acoso en tus propias tierras. Aún recuerdo las protestas que hice llegar con urgencia a mi padre, pesaroso de que algo malo pudiera ocurrirte.
- Mi padre sólo ha mostrado una opinión- intervino Marco- pero apoyaremos la decisión del gobernador- pronunció mirando a Bernardo que asintió.
- ¿Y usted, señor Vallejo?- preguntó Bernardo mirándole directamente a la cara. Julián no tenía escapatoria.
- Bien saben ustedes, caballeros, que jamás he sido un cobarde, y que si tuviera algunos años menos, acudiría sin reproches. Por desgracia, Dios no me bendijo con hijos varones. Tan sólo me envió a mi querida hija Blanca María, y sin su futuro resuelto... No puedo dejarla desamparada ¿Quién querría desposarla si no estuviera en esta tierra?- miró con algo de reproche a Marco, que desvió la mirada. Desde que había conocido a Diara, no había otra mujer en su vida.

- Es a usted a quien menos conozco señor Vallejo, y quizás por eso no conozca que el asunto de su hija es algo que también me preocupa, y que creo resuelto- sacó el as de la manga Bernardo- Con todo lo que ha acontecido, no he tenido tiempo de proponérselo, y discúlpeme si quizás me he aventurado demasiado sin saber su respuesta. Hace meses mandé llamar a mi sobrino, hijo de mi hermano que heredará las tierras de Nuevo México cuando Dios quiera llevarse a mi padre, aunque rezo para que sea dentro de muchos años. Es un joven culto y atractivo, aunque esté mal que yo lo diga. Creo que sería muy bueno que ambos jóvenes se conocieran y nos convirtamos en familia.

Bernardo se quedó observando a Julián cuyos ojos brillaban. Estaba convencido, había dado en el clavo. Conocía perfectamente la respuesta de antemano. Ningún noble rechazaría el ofrecimiento que le acababa de hacer, casar a su única hija con un joven noble que sería virrey de tan importante territorio. Comprobó complacido como Julián Vallejo aceptaba y daba su aprobación para los planes que tenía en mente.

- Pues entonces señores, brindemos por nuestra alianza. Defenderemos los territorios españoles con nuestra propia vida. En poco más de dos meses, a finales de agosto, partiremos para batirnos con esos ingleses.

Marco sonrió complacido. Aquellos dos meses le daban el tiempo necesario para culminar sus planes, aunque luego la partida fuera más dura. Miró entonces a su padre que con la mirada le concedió su aprobación, y tintineando en el vaso para captar la atención de los hombres que seguían conversando sobre el asunto, pronunció sus palabras.

- Entonces señores, resuelto el asunto, me place anunciarles que están todos invitados junto a sus familias a mi próximo enlace, que se celebrará de aquí a un mes, con tiempo suficiente para incorporarme a filas.

- ¡Pues tendremos que darnos prisa!- rió Bernardo- Hay que celebrar dos bodas.

Los hombres rieron más relajados. Diego se quedó pensativo por un instante. No conocía que Marco tuviera ninguna novia, pero era bien cierto que hacía mucho tiempo que no se veían. Aquel muchacho que encontró en la hacienda con catorce años era ya todo un hombre, y lo normal era que se casara y

creara una familia. Estaba deseando despejarse de todo con una buena celebración a la que acudiría mostrando la belleza de Isabel.

58

Diara estaba temblando. El gran día había llegado y tenía que reconocer que era el más feliz de su vida, aunque no podía evitar sentir una gran nostalgia porque no estaba presente nadie de su familia. Sabía perfectamente que su madre estaría contemplándola desde el País de Heli y Yoyo, junto a sus hermanos muertos. Esperaba, que allá donde estuviera el resto de aquella tribu fulani que siguiera con vida, fueran igual de felices que ella, porque sabía que siempre formarían parte de su ser. No era tonta, y a sus dieciséis años sabía perfectamente que sus orígenes eran otros, con padres blancos. Pero daba igual, sus padres africanos era todo lo que había conocido, y no necesitaba otros. Junto a ellos había sido inmensamente feliz aunque solo fuera por un breve periodo de tiempo, un tiempo lejano truncado por aquel capitán de barco que asoló su pueblo convirtiéndolos en extraños. A pesar de todo, no maldecía aquel hecho, porque en su recorrido había fraguado grandes amistades. De no haber ocurrido todo aquello, jamás hubiese conocido a su buen Guillermo y a María Valentina, mujer a la que quería parecerse. Y, aunque le supiera mal, agradecía que no estuviera con ella Tafari, fallecido seguramente con aquella enfermedad extraña que casi se la lleva también, de no ser porque Marco, su amado Marco, se había cruzado en el camino de la vida para salvarla y hacerla completamente dichosa.

Atrás quedaban las dudas, resueltas hacía tiempo, en aquella conversación donde por fin se sinceró con el hombre narrándole todo lo que vivió con Tafari. Atrás quedaba la primera mirada de reproche y de incredulidad por ser su hermano, comprendiendo finalmente que jamás les unieron lazos de sangre. Dos días estuvo sin hablarla, encerrado en su habitación mientras no podía dejar de llorar pensando que le había perdido para siempre, una certeza que siempre tuvo. No era tonta. Supo perfectamente que un caballero noble como él jamás se casaría con una blanca criada con negros, amiga de un revolucionario según contaban sanguinario y que había yacido con el hombre que se había criado sin estar unidos en santo matrimonio. No pudo explicarle

que de dónde ella procedía las personas no se unían por un cura, sino que simplemente el hecho de yacer con el hombre te convertía en su esposa ante los ojos de Gueno.

Salió de dudas a los dos días. Recordaba estar sentada bajo la sombra del roble cómplice de secretos cuando sintió su presencia. Incapaz de volverse para mirarle, sintió un temblor por todo su cuerpo y el corazón en la boca. No pudo evitar que los ojos se le aguasen, segura de que Marco llegaba para invitarla a marcharse. No le daba miedo estar sola, lejos de casa. Siempre podía regresar a aquella cueva que durante años fue su morada y estar tranquila con la naturaleza. También podía ir al norte donde le contaron que se encontraba Ashauti. No, lo que la compungía era el desprecio de Marco, que a buen seguro llegaba para echárselo en cara, tal y como era él, sincero y noble hasta la médula.

Cual fue su sorpresa cuando Marco se sentó al lado. Al principio no la miró, simplemente estiró su mano hasta enlazarla con la de Diara. Se quedaron mirando por un largo rato el infinito, unidos por las manos sin decir una sola palabra, hasta que no pudo aguantar más y comenzó a sollozar. El joven la tomó entre sus brazos refugiándola en su pecho, otorgándole todo el calor de su cuerpo y el sonido fuerte del palpitar del corazón, acariciando sus cabellos y posando suaves besos en su pelo.

- Te quiero Diara, y eso es lo único que me importa- susurró entonces- No puedo culparte por tener un pasado, ni reprocharte nada porque en aquel tiempo no nos conocíamos. Sin embargo estoy seguro de algo, y es que desde que te he conocido no concibo mi vida sin ti.
- Marco yo...lo siento...no puedo dejar de estar avergonzada.
- ¿Por tener otras costumbres y otro amor forjado en el tiempo?- preguntó dulcemente limpiándole las lágrimas- No Diara, solamente yo soy el culpable. No debí comportarme como lo hice, pero los celos se apoderaron de todo mi ser.
- Marco...
- Sólo quiero una respuesta Diara. Si necesitas tiempo lo comprendo, y te prometo que te esperaré lo que sea necesario, pero he de hacerte la

pregunta que llevo en mi interior desde hace tiempo ¿Querías ser mi esposa?

Todavía se le ponían los bellos de punta al recordarlo. Terminaron de ponerla el velo. No podía negarse a casarse como los hombres blancos, se lo debía a Marco. Cuando se miró en el espejo, apenas se reconoció poco acostumbrada a andar con aquellos vestidos tan incómodos y a la vez tan bellos, algo que debería de hacer a partir de ahora abandonando los pantalones de Lolo, un joven esclavo de complexión delgada que le había dejado ropa de hombre, o más bien de niño.

Salió del exterior de la mansión recorriendo la larga alfombra roja adornado con pétalos de flores que la llevaba al jardín con el magnífico altar improvisado. Sentía que las rodillas le flaqueaban. Don Miguel Antonio le tendió entonces su brazo tremendamente sonriente, sabía que le tenía mucho cariño. Ahí sintió una pequeña punzada de dolor en mitad de la inmensa felicidad que sentía al ver que recorría el inicio de su nueva vida sin ir agarrada al brazo de Ashauti. Aquella tristeza se desvaneció en cuanto le halló en el altar. Con su traje de capitán, aguardaba sonriente su llegada. Todavía conservaba la melena morena hasta debajo de la nuca que en breve cortaría con la navaja para evitar piojos en el campo de batalla. Con la perilla recortada, comprobó graciosamente que también le temblaban las piernas, hasta que le tendió su brazo y Miguel Antonio se hizo a un lado.

Situados frente al padre, ambos se dieron el “ sí quiero” para quedar unidos para siempre. Marco miró fijamente a su nueva esposa, y procedió a levantarla el velo que ocultaba su rostro, y así darle el primer beso como esposos.

Diego estaba ofuscado con Isabel. Por su culpa llegaban tarde a la ceremonia, algo que jamás la perdonaría porque si algo le caracterizaba era ser bastante puntual. Llegaron y tomaron asiento justo cuando el novio levantaba el velo. A la vez que iba levantando aquella gasa que impedía comprobar la hermosura de su rostro, fue levantándose del asiento, y antes de que los recién casados se dieran un beso, sin poder controlarse gritó en alto dejando a Marco perplejo.

- ¡¿Diara?!

AÑO 1780

Bernardo de Gálvez mantenía los pies en la tierra a pesar de la cómoda victoria del año anterior en la que sólo perdió dos hombres. Salía de Nueva Orleans custodiada y defendida tan solo por las milicias el veintisiete de agosto en medio de un terrible huracán que no le desanimó, consciente de que no podía postergar más el ataque. Aquellos incesantes rumores de que los ingleses pronto atacarían, les apremiaba. Se habían retrasado bastante con los preparativos y con la boda del joven Marco, además de la de su sobrino con la bella Blanca María. Con aquel variopinto ejército compuesto por muchas etnias distintas, entre ellas indios y negros, muchos hombres fueron sumándosele por el camino hasta reunir a más de mil cuatrocientos soldados dispuestos a dar la vida por defender Luisiana de aquel tímido pero estable pacto entre ingleses y franceses. El primer objetivo fue el fuerte de Bute de Manchac, un punto estratégico en la orilla del río Misisipi antesala de su verdadero y más complicado objetivo: Baton Rouge.

Justo cuando los hombres se desanimaban por causa de la infesta zona pantanosa que tuvieron que transitar guiados por los indios, comunicó a los hombres que España se hallaba en guerra con los ingleses, algo que, pese a sus dudas, enardeció la moral de las tropas. El primer fuerte había caído sin problemas y rápidamente, apenas protegido. Baton Rouge, que estaba defendida por fosos empalizados, además de cañones y algo menos de cuatrocientos soldados ingleses, a parte de los colonos y negros armados con los que contaban al mando del Teniente Coronel Alexander Dickson, había sido gracias a un plan magistral de su maravillosa mente. Se había servido del engaño, fingiendo un ataque por uno de los laterales del fuerte en mitad de la noche, mientras en el otro extremo, amparados por la oscuridad, cavaron unas trincheras donde colocaron los cañones. Aquellos estúpidos ingleses que pensaron que repelían el ataque español, se vieron sorprendidos a primera hora de la mañana cuando ordenó abrir fuego a discreción reduciendo las defensas a meros escombros, provocando que los ingleses rindieran no sólo la fortaleza, sino que además consiguieron sin derramar sangre los puestos de

Panmure y Natchez río arriba, haciéndose con el anhelado control del río Misisipi. Dominado el Noroeste, ahora se encontraban navegando hacia las posiciones inglesas del este, para terminar con Mobile y Pensacola.

Aquel había sido su plan desde el principio de todo. Desde siempre soñaba con eliminar de todo el golfo de México a aquellos bastardos que cada dos por tres no dudaban en atacar e incordiar tierras españolas. Con la guerra, finalizaría de una vez por todas con aquellos anglosajones. Al mando de catorce barcos con mil doscientos expedicionarios a bordo, iba a mandar a esos hombres de vuelta a Inglaterra, de donde jamás debieron de haber salido.

El grumete se acercó hasta él sacándole de sus pensamientos. Enfrascado en sus recuerdos, no había observado que las olas cada vez eran más altas y que un fuerte viento arreciaba contra las velas, que los marineros se apresuraban a recoger. El grumete le saludó con la mano en la frente, y tras darle permiso, le comunicó las nuevas.

- Almirante, mi señor, se avecina una tempestad que parece muy fuerte.
- No desviaremos el rumbo soldado- ordenó tajantemente para asombro del marino, que se retiró sin rechistar.

Marco y Diego llegaron hasta donde se hallaba con el rostro serio al comprobar que seguían el mismo rumbo. Apreciaba al hombre y al joven, pero le costó mucho llegar hasta aquel día como para rendirse o demorar sus planes por culpa de una tormenta, aunque ésta fuera fuerte y pudiera quebrar algunas embarcaciones. El general Campbell seguramente estaba al tanto de que la marcha española atacaría Mobile, y necesitaba ganar la fortificación antes de que los refuerzos del capitán llegaran para estropearlo todo.

- Almirante...Soy consciente de que el tiempo apremia, y que vuestras prisas son debidas a que el enemigo no consiga refuerzos, pero el cielo está muy negro y la tempestad será fuerte- explicó Marco señalando con su dedo al cielo- Créame, he vivido, a pesar de mi corta edad, varias tormentas como ésta y son terribles.
- Deberíamos desviarnos y bordearla- sugirió Diego apoyando las palabras de Marco, que sin saberlo, se había convertido en su cuñado.

- No hay tiempo. Estas embarcaciones son fuertes, resistirán- sentenció sintan siquiera mirarles.

Sintió como los hombres le dejaban de nuevo sólo con sus pensamientos. Estaba seguro de que perdería algunos barcos, y que probablemente parte de sus hombres durmieran esa noche en el fondo del océano, pero esperar y demorar su llegada causaría muchas más bajas que aquella tormenta, por muy fuerte que se presintiera. No, tenía que llegar a Mobile cuanto antes, aunque para ello tuviera que sacrificar algunas vidas, incluida la suya propia. Miró por última vez al cielo, y en un ruego pidió a Dios para que les ayudara contra la madre naturaleza que, en aquellos momentos, parecía estar aliada con aquellos ingleses.

Diara recogió un bonito ramo de flores del jardín con el que adornar la mesa. Aquello era una forma de mantener su mente ocupada y que sus recuerdos y anhelos no viajaran hasta Marco. Sentía haberle disfrutado tan poco, pero al menos volvía a recobrar tiempos felices que jamás creyó volver a tener, y rezaba todas las noches al Dios que fuera para que mantuvieran a salvo a su joven esposo con el que tan sólo pudo estar unos días, saboreando el amor que ambos sentían. Además, el matrimonio le trajo una grata sorpresa, encontrar a su hermano de sangre, del que la separaron cuando ella apenas era una niña de teta. Desgraciadamente, aquel hombre extraño que pronunció su nombre en mitad de la ceremonia, también le daba malas nuevas, y no eran otras que sus verdaderos padres estaban en el cielo.

Aún mantenía aquella sorpresa cuando justo en el momento que Marco la levantaba el velo para besar por primera vez como marido sus labios, aquel hombre gritó su nombre interrumpiendo la ceremonia. Con rostro de circunstancia, y realmente incrédula porque sabía perfectamente que no le conocía de nada, miró a Marco que como ella estaba igualmente extraño. Aquel hombre se encaminó al altar donde se encontraban y por primera vez, indefensa sin su espada y ataviada con aquel incómodo vestido, sintió miedo refugiándose detrás del joven como el animal asustado que sólo una vez había sido, aquel día que salió de niña a buscar a Tafari en mitad de la noche. Marco, como buen caballero, dio un paso al frente para situarse en medio de ambos, mientras los invitados permanecían callados contemplando la escena.

- ¡Es Diara, es Diara, estoy seguro!- recordaba que gritaba acaloradamente. Marco avanzó unos pasos frenando al hombre que insistía con la mirada, sin que supiera donde esconderse. Por más que miraba su rostro una y otra vez, estaba segura de que no le conocía absolutamente de nada.

- Diego, este no es momento y tu interrupción es realmente bochornosa. Porfavor, no sé que es lo que te ocurre, pero estás asustando a todos- le recriminó con voz serena mientras señalaba a todos.

- ¡No lo entiendes Marco, es ella, Diara!

- Creo que conozco el nombre de mi esposa a la perfección, no hace falta que lo repitas tanto.

Aquel hombre se quedó por un momento parado consciente de que había interrumpido la ceremonia y que todo el mundo le miraba sorprendido y curioso, incluida una bella dama que estaba sonrojada por la vergüenza que a buen seguro sentía. Tras unos minutos en silencio y más calmado, se acercó hasta Marco susurrándole unas palabras apenas audibles excepto para la pareja.

- Discúlpame Marco, pero no pude evitarlo. Diara es mi hermana ¿Recuerdas hace muchos años cuando me hospedé en tu casa porque buscábamos a una mujer, que como me escuchaste decir era mi hermana perdida? ¡Pues es ella! alzó de nuevo la voz señalando a la joven con el dedo.

- Tiempo habrá de aclarar todo, amigo mío. Ahora te pido, o más bien te ruego, que por la amistad que nos une dejemos este asunto y las explicaciones para más tarde, cuando toda la ceremonia haya concluido.

Así prosiguió el enlace, con constantes miradas de ese hombre que la hicieron sentir incómoda. Una tarde larga perseguida por los ojos de aquel hombre al que no conocía de nada. Cuando la fiesta se fue apagando y los invitados se hubieron marchado, fue cuando descubrió el motivo de todo. Recordaba haber acompañado a Marco al despacho de la casa donde se encontraba aquel hombre, unos diez años mayor que ella, que no dejaba de perseguirla con la mirada a la par que asentía convencido. Tranquilo, Marco le indicó que tomara asiento y la nueva pareja de recién casados se sentó en frente del hombre, que se le veía con la mirada emocionada.

- Bien Diego, ahora puedes explicarte con calma ¿Por qué estás tan seguro de que mi esposa es la niña perdida que buscabas ese día?
- Porque es igual que mi madre y porque Diara no es un nombre muy común respondió sin más para dirigirse a la joven- Eres mi hermana Diara, una hermana que me robaron cuando apenas eras un bebé- afirmó rotundamente.
- Creo que me confunde con alguien, señor. Mi familia es algo peculiar... De verdad que me confunde. Ni siquiera soy de esta tierra, nací y crecí en

la lejana África.

- Cierto, y te crió la tribu de los fulani, cuyo jefe Ashauti era como tu padre. Diara abrió los ojos de par en par- Es una larga historia que nos llevará tiempo querida, pero puedo contarte tus orígenes, porque créeme, eres mi hermana.
- ¿Ashauti dice? ¿Acaso le conoce?- preguntó emocionada de poder hallarles por fin.
- He vivido muchos años junto a él y sus hijos. En realidad, para los ojos de la gente eran mis esclavos. Juntos, hace muchos años, viajamos a estas mismas tierras camino de Venezuela para encontrarte, pero no lo conseguimos. A mi servicio también se hallaban Sharik, Tanisha y... Niara dijo con tristeza en la voz mientras Diara se levantaba y se sentaba a su lado cogiéndole las manos por primera vez.
- Entonces sabes donde hallarlos. Están contigo en tu casa ¿ No? - La mujer comprobó su mirada de vergüenza y de pena y perdió toda esperanza.
- Lo siento Diara, los vendí al gobernador Gálvez cuando Niara murió. Después, simplemente buscaron la libertad de nuevo huyendo de la hacienda del gobernador. Desconozco donde pueden hallarse en estos momentos.

Diara recordaba, y aún sentía un nudo en el estómago, cuando supo que su adorada hermana Niara había muerto estando en cinta del que hubiera sido su primer hijo. Sin embargo, no culpaba a su nuevo hermano, porque en los pocos años de vida con los que contaba entendía que la vida era una ruleta donde las cosas malas se sucedían a las buenas y viceversa. Sin embargo, pensar en que su padre y sus dos hermanos, aquella tribu con la que se había criado, estaban vivos, la consoló por momentos.

A partir de ahí toda la noche estuvieron hablando sin parar. Diego le contó cómo había muerto su madre cuando ella nació por culpa de su padre, que sumido en el alcohol por los remordimientos, había consentido en que Lucien Bellamy le adoptara y criara en América. Después su padre había cambiado, viajando a tan lejanas tierras buscándola por todo el mundo, hasta que un triste día, el corazón se le paró con la pena de no haberla hallado y darle un único beso que la vida le negó.

Pensar en Juan de la Cruz la entristecía ¿Por qué sus padres la querían cuando era demasiado tarde para demostrarla todo el cariño que guardaban en su corazón? Recordaba con nostalgia cómo Ashauti la había negado hasta que llegaron a ese barco y la creyó perdida. El día que aparecieron en el poblado con vida, tras toda la barbarie vivida y con las flechas de Tafari liberando a su padre, fue el día que le dio su primer abrazo, un abrazo que aún guardaba como un gran secreto en lo más profundo de su corazón. Sentirle con vida, sólo daba un poco de paz a su alma y hacía que la nostalgia fuera más llevadera. Temía encontrarse algún día con él, porque entonces en ese momento tendría que contarle que Tafari había sobrevivido a la caída del acantilado, que se había vengado del capitán del barco que les trajo a tan lejanas tierras, que juntos habían vengado a Guillermo, para luego dejarle morir abandonado en aquella cueva sólo, sumido en aquellas fiebres que fue incapaz de curar, cayendo ella misma en la inconsciencia y en los sueños profundos que aquella enfermedad provocaban. Era algo que tenía bien guardado y por el que toda la vida se sentiría culpable: no haber sido lo suficientemente fuerte como para proteger a Tafari, y devolverle todas aquellas veces en las que su hermano la había salvado.

Terminó de depositar las flores en la cesta y tras secar el sudor de su frente, puso de nuevo rumbo a la casa donde sólo mantenía la compañía de su suegra, que por fortuna era amable con ella y parecía tenerla cariño. Liberó sus pensamientos de Diego y regresó al día que pasó con Marco, donde por primera vez hicieron el amor siendo marido y mujer. Aquellos besos tiernos recorrieron su cuerpo con una dulzura hasta ahora desconocida, y justo ese día se daba cuenta de lo que era el amor verdadero. Bien cierto era que no llegaba casta y pura, porque había mantenido encuentros con Tafari bien distintos a lo que sentía ahora. Tafari había sido descubrimiento, un huracán desatado llenando su cuerpo de deseo. Marco, sin embargo, era la calma que precedía a la tormenta, una tormenta que se desataba en su interior desplegando todo el amor que ambos sentían. Y ahora, le anhelaba. El amor de su vida estaba lejos y en peligro, pues no en vano estaba en la guerra. Deseaba que acabara cuanto antes y regresara a casa, sobre todo ahora. Tan sólo esperaba poder darle en persona la noticia antes de que la criatura que llevaba en su vientre viniera a este mundo.

Isabel cerró la ventana con gran esfuerzo. En los últimos tiempos, los huracanes se empañaban en visitar la vida de los ciudadanos de Nueva Orleans. Las fuertes tormentas eran frecuentes, justo como la que hubo el día en que Diego partía con las tropas directo a la victoria de Baton Rouge, otorgándole prestigio y fama. A su regreso, sería un noble héroe con mucha más fama y prestigio que con el que contaba ahora.

El trueno provocó en ella un respingo, llevándose la mano al corazón acelerado a causa del susto. Cogió el candil dispuesta a recorrer los pasillos de la hacienda hasta la otra punta de la casa donde dormitaban sus hijos, si es que podían y no estaban llorando asustados como ella por el fulgor de aquella espantosa tormenta. Seguramente, las criadas les consolarían en el regazo, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir. Era su madre, y como tal debía protegerlos con todo el amor del mundo.

Parecía mentira todo lo que su alma había cambiado en ese tiempo, y muchas veces los remordimientos atormentaban sus sueños, cuando todos los fantasmas de su pasado acudían a visitarla. Atrás quedaba aquella Isabel malvada, encelada por el amor de Diego hacia otra mujer, para más complicaciones, de color negro. En aquel entonces se sentía humillada y despreciada, y si bien se lo buscó porque en la ingenua juventud despreció a su prometido, no podía consentirlo. Sin embargo, todas las noches escuchaba el llanto de la criatura que llevaba en su vientre, para dar paso a una madre cuyos ojos rojos la perseguían. Juan la invitaba a beber y visitaba a su hijo, y aunque quería olvidarlo, no podía porque su primogénito en verdad era hermano de Diego, y no su padre. Y sobre todo, no podía olvidarse del fantasma de Lucien Bellamy, que la acosaba todo el tiempo, incluso cuando no dormía y se presentaba en cualquier sitio de la casa que un día fue suya. No sabía qué hacer, pensaba que se estaba volviendo loca, pero en el fondo estaba convencida que eran los remordimientos cobrándole malas jugadas.

Pese a todo, consiguió ser feliz. Sentía que Diego cada vez la amaba más, fruto de un amor pasional de adolescente que ni siquiera Niara había

conseguido borrar, con dos maravillosos hijos que eran el lucero de su alma atormentada. Juan cada vez se parecía más a su abuelo, del que portaba el nombre. Jamás nadie pensaría que era porque era su hijo y no su nieto. Y la pequeña Beatriz crecía hermosa y sana, siendo el ojito derecho de Diego, algo que a veces la ponía celosa. Sí, estaba decidida. Tendría que acabar con todos aquellos fantasmas y ser feliz de una vez por todas, y que mejor que la confesión. Quizás todavía la acosaban porque el párroco no la había absuelto de sus pecados, pues siempre había temido contárselo a alguien que se fuera de la lengua y llegara a oídos de Diego, aunque estuvieran en secreto de confesión.

Desde el pasillo escuchó las risas de los niños que parecían hablar con alguien. Seguramente una de las nanas había acudido ante el sollozo de los niños, y milagrosamente los había tranquilizado, algo que sólo conseguía ella con mucho esfuerzo. Abrió la puerta sin llamar, como la señora de la casa que era y que no necesitaba permiso para ello, y nada más traspasar el umbral se quedó blanca y paralizada.

- ¿Qué haces aquí, en el cuarto de mis hijos?- preguntó con voz temblorosa llena de pánico.
- También me alegro de volver a verte, querida Isabel- respondió Ashauti.
- ¡Vete, Diego llegará en cualquier momento!- disimuló desesperadamente, mientras sus hijos contemplaban su rostro desconcertados.
- Veo que se te da muy bien mentir, como siempre. Que yo sepa, Diego está en la guerra con la mayoría de los hombres de esta hacienda, y los que no fueron con él y dejó aquí para protegerte, en estos momentos permanecen amordazados y custodiados por mis hijos ¿ Los recuerdas?- El fulani se recreó viendo palidecer aún más a su antigua ama- ¿Recuerdas también a Niara, mi hija querida que esperaba el primogénito de Diego?
- Madre qué ocurre- interrumpió Juanito asustado.
- Nada cielo, este señor es un antiguo amigo de la familia- mintió para tranquilizarle- Deja que se vayan, te lo ruego- suplicó con agua en los ojos.
- Mi querida Isabel, pides compasión cuando tu misma no la hallaste en

tucorazón. No te molestes en fingir, soy conocedor de toda la verdad.

- Niara está viva- se convenció a sí misma, porque aquella mujer era la única que sabía la verdad.

- Nada en este mundo me gustaría más, para serte sincero. Te encargaste de que mi pequeña no conociera a su hijo. Afortunadamente tu plan no salió como esperabas, porque mi nieto vive, al igual que Bartolo y Manuela- dejó unos segundos para recrearse en el rostro cariacontecido de la dama- Sí querida, tu plan fracasó porque había testigos y la vida me hizo dar con su paradero.

- ¿Y qué buscas entonces?- preguntó en un susurro con miedo- Si lo que deseas es que pague con mi vida, deja que se marchen, te lo suplico.

- No querida, la muerte sería algo muy fácil para ti.

Isabel sintió que las piernas le tambaleaban. Aquel hombre iba a vengarse de ella de una forma cruel y despiadada, y sabía quienes iban a ser las víctimas de sus pecados. Derrotada, se puso de rodillas suplicando clemencia.

- Por favor Ashauti, ten compasión, sólo son niños.

- ¿Crees que sería tan cruel como para pagar mi ira con ellos? ¿Crees que soy un monstruo como tu?- Isabel se levantó sin comprender nada.

- ¿Qué piensas hacer entonces? ¿Contárselo a Diego? Porque no te creará, yaunque lo haga, recuerda que soy la madre de sus hijos.

Ashauti no respondió. Cogió en volandas a ambos niños, uno de cada brazo sin importarle que ambos comenzaran a chillar y a patear en el aire, llorando a moco tendido. Isabel se dirigió mostrando sus uñas de gata sin conseguirlo, porque antes de que llegara hasta el hombre le dio una patada en el vientre que la dejó sin respiración en el suelo. No escuchó los llantos y ruegos de la mujer, ni los llantos de los pobres críos que llamaban a su madre. Antes de salir por la puerta, giró su rostro mirando a los ojos de Isabel que intentaba coger el aire que le faltaba a sus pulmones.

- Tu me quitaste a mi hija, y yo te voy a quitar a tus hijos para que sientas el mismo dolor que sentí aquel día. Pronto sabrás que cuando te arrebatan a un hijo la vida deja de tener sentido. Sigo en este mundo gracias a la sed de vengarme de ti.

Isabel gritó como una loca pidiendo ayuda, pero nadie acudió a socorrerla.

Impotente vio desaparecer a sus hijos entre los fuertes brazos de Ashauti, sin saber qué demonios haría con ellos. Sus peores pesadillas se hacían realidad, y por primera vez sintió que le quitaban lo que más quería. Derrotada, acurrucó su cabeza en el suelo protegida por sus brazos y comenzó un eterno llanto.

62

El sol comenzaba a ocultarse bañando el lugar de un precioso color anaranjado que Bernardo disfrutó por si era el último atardecer que contemplaba en la vida. Conocía por sus fuentes que el general Campbell había salido de Pensacola con mil cien soldados para terminar de aniquilar a los supervivientes del naufragio por la tempestad vivida, y el tiempo apremiaba. De nuevo con la fortuna de su lado, había logrado recomponer sus tropas de las inclemencias naturales. Aquella tempestad se había llevado por delante cuatrocientos hombres y seis barcos. Las tropas estaban desmoralizadas, todo a pesar de que había logrado recomponerlas con los refuerzos de doscientos hombres más sumados a cuatro nuevos barcos. Sí, era afortunado, y con ese contingente al anochecer comenzaría el asedio. Charlotte recibiría un sinfín de cañonazos cargando de manera incontenible, y así provocar la rendición incondicional antes de que Campbell llegara con los refuerzos. Si lo conseguía, que de ello estaba seguro, continuaría hacia Pensacola que, junto con Nueva Orleans, era uno de los puertos más importantes para el control de la costa occidental de todo Florida.

Elevó el brazo en el aire mientras el sol se iba ocultando poco a poco, en esos instantes tensos que se reflejaban en el rostro de los soldados. A ambos lados, los militares que se convirtieron en su mano derecha, Don Julián Vallejo y Miguel Antonio Fuertes del Pozo. Detrás de él, guardando sus espaldas, los siempre fieles Diego de la Cruz y el joven Marco, que a pesar de no haber disfrutado felizmente de su matrimonio nada más que por una noche, permanecía tan concentrado como todos. En cuanto el sol se ocultó por completo, bajó el aire dando la señal que iniciaba el asedio.

Los proyectiles salieron del cañón provocando un fuerte silbido por el aire

que pareció durar siglos, hasta que impactó con la muralla exterior del fuerte. Disparos de fusiles se oyeron desde el otro lado en un intento baladí de intentar contrarrestar el ataque. Sigilosos como habían llegado, el factor sorpresa como en muchas otras batallas iba a ser determinante para zanjar de una vez por todas la conquista de Mobile. Aquellos ingleses trataban de defenderse inútilmente de los proyectiles, y Gálvez estuvo convencido de que los hombres que albergaban aquellas murallas, entre ingleses e indios, no superarían los trescientos.

Un gran estruendo resonó al amanecer y los soldados vitorearon. Una gran brecha en el muro dejaba la entrada libre al fuerte, donde sus treinta y cinco cañones, menos potentes que los de las fragatas españolas, habían resultado insuficientes para la defensa. Campbell no llegaba a tiempo, y Bernardo no pudo evitar dibujar una sonrisa en sus labios. El tiempo apremiaba, así que rugió las órdenes para que la milicia, indios y negros que formaban aquel peculiar ejército pusieran rumbo al interior en una batalla cuerpo a cuerpo para finalizar de una vez por todas el asedio. Una vez conquistado el fuerte, urgente sería reparar de nuevo el muro y situar los cañones mirando al mar, para que en cuanto Campbell asomara la proa de sus barcos, hundirles al instante y deshacerse de una vez por todas de tan incómodo general británico con afanada fama.

El sol estaba en su cenit cuando terminaron de rendir a los ingleses, que con bandera blanca se resignaban a ser presos durante largo tiempo. Sin detenerse a celebrar la victoria y con soldados sudorosos y agotados, ordenó repartir tan sólo agua para arreglar el desperfecto que por la noche habían causado los cañones en el muro. En unas dos horas, todo estaba recompuesto cara al exterior como si allí no hubiera ocurrido nada, sólo que en lo alto del mástil ondeaba la bandera española.

- Almirante, sería aconsejable que dejáramos a los hombres descansar de unavez por todas, es de ley que se lo merecen- Aconsejó Miguel Antonio, que no pudo dejar de observar los rostros desencajados y llenos de ojeras de los soldados, muchos de ellos con ampollas en las manos y feos cortes.
- Cierto es lo que decís mi buen amigo. Dejad a los hombres más

descansados de guardia. En cuanto Campbell asome por la bahía, quiero fuego a discreción. Cuando caiga la noche, recompensaremos a todos con una buena cena y una buena fiesta. Avisad a los cocineros que vayan asando los corderos- y tras cuadrarse los hombres, Bernardo se retiró para un merecido descanso, aunque su mente estaba planeando la siguiente batalla. Campbell divisó en el horizonte ondear la bandera española. Sabía que llegaba demasiado tarde, y que ese Gálvez, que cada vez contaba con más fama y se convertía en una piedra en el zapato para los anglosajones, había vencido de nuevo a pesar de que la Naturaleza les había echado esta vez una mano hundiendo parte de su flota. Dio la orden de retirada, a la par que un proyectil caía en el mar salpicándole de agua. Por suerte, los barcos ingleses, con aquel viento a favor, eran los más rápidos en el mundo, y pronto dejaron atrás la bahía de Mobile, dispuesto a poner rumbo a Pensacola. No, aquello no lo iba a permitir. Tenía que defender aquel puerto aunque fuera con su propia vida. Si los españoles se hacían con el control de la costa de Florida, su patria tendría muy difícil poner a los trece estados americanos que luchaban por la independencia en su lugar. Para colmo, la alianza con los franceses amenazaba con romperse, y si aquellos gabachos les daban la espalda, sería el final de la corona inglesa, y eso no lo iba a permitir.

- Poned rumbo a Pensacola, aquí nada podemos hacer ya- rugió encolerizado, aceptando que Mobile ya no era inglés y que nada más podrían hacer allí.

63

El grito resonó de nuevo en mitad de la noche, acallando el aleteo de las chicharras que se abanicaban para alejar el calor de la noche veraniega. Sintió recorrer un escalofrío por su cuerpo. En honor a la verdad, por un lado se sentía feliz por su sufrimiento, pero por otro lado el corazón le dolía dejando una punzada fuerte en su alma. Amparado por la oscuridad de la noche, oculto entre los árboles, veía la luz de los candelabros que alumbraban el cuarto que tanto tiempo llevaba vigilando.

Había llegado hacía cinco meses, encontrando su mayor tesoro muy cambiado. Diara estaba preciosa, con sus cabellos largos y morenos recogidos en lo alto de la nuca, y un vestido con el que jamás pensó verla ataviada.

Había engordado varios kilos, dejando su cara redonda y sonrojada, y sus pechos crecieron considerablemente desde la última vez que los había visto. El bulto de su vientre, no hizo más que confirmar lo que suponía, que no era otra cosa que saber que en su interior crecía el fruto de su amor por el hombre que se la había quitado.

Desde aquel día, Tafari se mantuvo paciente aguardando el momento para mostrarse ante ella. Durante todos aquellos meses hasta que la encontró, simplemente creyó que le había ocurrido algo para que no regresara a la cueva ¡Qué imbécil había sido! Supo que le traicionaba desde el mismo momento que observó a aquel blanco llegar a caballo, que tras buscar en la cueva y ver la tumba de la dulce Milagros, se marchó de allí sin más. Fue entonces cuando le siguió hasta aquella gran finca, y aguardó durante semanas comprobando que ni siquiera aquel joven salía para nada. Hasta que su paciencia, esa paciencia infinita que demostraba cuando cazaba en su lejana África, dio sus frutos.

El corazón le dio un vuelco cuando vio salir a Diara apoyada en aquel joven que rodeaba su brazo tocando su fina cintura. Sintió los celos subir poco a poco, y pronto supo que sus ojos estaban incendiados de ira, igual que cuando le decían de pequeño que era la reencarnación del mismo demonio. Apretó fuertes los puños para mantener dormido el impulso de salir disparando sus arcos matando a todos, tanto, que incluso cuando abrió la mano de nuevo finos hilos de sangre le confirmaron que se había clavado sus propias uñas.

Fue allí, cuando observó como se besaban, cuando juró vengarse de ambos. Jamás había pensado que su bella Diara, su mujer por derecho propio desde que había nacido y la poseyó en aquel pequeño lago amparados por la humedad de la catarata que bañó sus cuerpos desnudos, le traicionaría de aquella manera. Pronto se había olvidado de su amor, de todo lo que habían vivido juntos, del ancho océano que cruzó en su busca. Y ahora, aquella perra traidora se lo pagaba así, abandonándole a su suerte sin importarle que estuviera medio moribundo para ir a disfrutar con aquel joven de lo que era suyo. No, no iba a consentirlo. Era Tafari, hijo menor del jefe de la tribu fulani, y una ofensa se pagaba con la vida, aunque con aquello muriese por

dentro.

Después de dejar Venezuela, un huracán había borrado el rastro y las huellas. Le había costado volver a dar con su paradero, para cuando lo hizo, descubrir que llevaba el fruto de su traición en el vientre. Sin embargo, no había ni rastro del joven que se la había robado. Por eso esperó. Esperó y aguardó a que regresara para desatar su furia contra los dos, cortando sus cabezas igual que hizo Diara con aquel militar que le quitó la vida a Guillermo y en la que él contribuyó. Si aquel día le hubiera hecho caso en vez de escuchar a ese oriental...Ahora todo sería distinto y juntos se hallarían en África, en casa, bebiendo uno del otro de su labios y ese hijo que llevaba en su vientre sería suyo. Aquello había sido su última oportunidad de ser bueno, y jamás creyó que su amada Diara fuera quien le robara aquella oportunidad y eso...eso era algo que le iba a hacer pagar el resto de su mísera existencia.

De nuevo otro grito rompió el silencio. Aguardó un instante más refugiado por el tronco que le ocultaba hasta que escuchó el llanto del niño, y tras un suspiro, inició su marcha. Sí, estaba adolecido. Diara le había abierto una herida que jamás sanaría, y le había convertido definitivamente en el monstruo que siempre le habían dicho que era. Pero su venganza llegaría, más pronto que tarde. De momento, dejaría que disfrutara de la felicidad un poco más para luego asestarle la peor desgracia. Por lo pronto, lo primero que tenía que hacer era reunir de nuevo a los suyos para regresar a casa, de donde jamás debieron haber salido. Gracias a Gueno, o más bien a su mano, aquel desgraciado capitán ya había pagado por el daño que les habían hecho, obligándole a matar a su propia madre, y soñar todos los días con aquel día sin poder olvidarlo. Apretó los puños por última vez y, tras escupir al suelo, se marchó de allí sin derramar ninguna lágrima.

Inés limpió el sudor de la frente de Diara mientras las esclavas limpiaban a la criatura, que con un llanto potente anunciaba que tendría una personalidad fuerte. Después, cogió a su nieta y la tendió en brazos de la joven madre que, aunque cansada y melancólica porque no estaba Marco, irradiaba una felicidad que entusiasmaba a toda la casa.

- Es una bella niña Diara, fuerte y sana como demuestran sus pulmones-
lesonrió a la par que se la entregaba en los brazos.

Diara contempló por un momento a Inés sin poder evitar que su mirada se empañara de felicidad. Aquella mujer se había convertido en una madre, sobre todo desde que los dos hombres de la casa partieron para la guerra, no teniendo más consuelo que la una en la otra y manteniendo las mismas preocupaciones.

Cogió a la niña con delicadeza, contemplando lo diminuto que era su cuerpo. Besó su pequeña frente pegándosela en el pecho, y acarició aquella pelusa que tenía por pelo. La pequeña abrió bien los ojos mirándola fijamente, y tendió su dedo que la niña cogió con su pequeña mano aferrándose fuerte a su madre. Estaba dichosa, muy dichosa, y aunque no era plena porque faltaba Marco, sabía que faltaba menos para que regresara a su lado, y que cuando tal sueño aconteciera, sería el hombre más feliz en la tierra.

- Tendrás que ponerle un nombre, hija mía- sonrió de nuevo Inés sentada
allado en el lecho, acariciando igualmente la pelusa de la cabeza de la
niña.

Diara pensó por un momento, sin tener decidido qué nombre ponerle. Había deseado e implorado que Marco llegara antes y decidirlo entre los dos, pero nada podía hacer al respecto. Pensó en su propio nombre, que a oídos de los españoles significaba regalo. Sí, eso quería para su niña, un nombre que tuviera un significado para siempre. Fue entonces cuando le vino a la mente, y en un susurro pronunció su nombre.

- Mía, se llamará Mía.

Inés la contempló sorpresiva. Hizo ademán de protestar, pero ante la sonrisa de Diara, no dijo nada. Era un nombre raro, tenía que reconocerlo, pero contra más lo pronunciaba, más le gustaba. Sonrió de nuevo dando un beso en la frente de Diara, y acarició de nuevo la cabeza de la niña.

- Bienvenida a la familia Mía- susurró dulcemente.

Diara le devolvió la sonrisa, tendió de nuevo la niña a su suegra, que aceptó encantada, y se sumió en un plácido sueño completamente feliz. En aquel

sueño llegaría al lado de Marco, y en susurros le contaría que era padre de una niña llamada Mía.

64

AÑO 1781

Bernardo tamborileaba con sus dedos en el escritorio, a la espera de que los veteranos militares de La Habana quisieran recibirle. Desde su camarote, por el ojo de buey de la ventana contemplaba la tranquilidad del mar. Anduvo hasta el bar y se sirvió dos dedos de ron, en un intento de aplacar los nervios que sentía, añorando a los hombres de confianza que tanta serenidad le otorgaron durante toda aquella campaña. Ahora, tendría que hacerlo sólo, con la pequeña ayuda que el joven Marco pudiera darle, que aunque inteligente y valiente, carecía de experiencia suficiente. En Mobile al mando había quedado su padre y Julián Vallejo regresaba a Nueva Orleans para mantener la disciplina en la ciudad durante su ausencia. El pobre Diego...A Diego le había dado permiso para regresar a casa tras los tristes acontecimientos.

Los golpes en la puerta de su camarote le sacaron de su ensimismamiento. Tras pronunciar un “adelante”, el joven Marco se cuadró ante él mostrándole el respeto adecuado. Con un ligero movimiento de la mano, hizo que el oficial descansara y tocando el respaldo del sillón le invitó a que se sentara por un instante. Le sirvió de la botella de ron, sirviéndose para sí otro par de dedos de ron, y tras olerlo y saborearlo, brindó con el muchacho que mojó sus labios en el licor.

- El gobernador Diego Navarro¹² y el comandante General Navia debaten a estas horas, y por qué no decirlo, acaloradamente, si prestarnos su ayuda, almirante.
- ¿Y cuán es tu opinión, muchacho?
- Creo en usted, almirante. Ha demostrado en todo el tiempo que llevo a sulado que, aunque a veces parezca que está usted... con perdón de la expresión, ¡loco! siempre lleva razón y hemos conseguido importantes victorias sin apenas bajas en el combate- se sinceró Marco.

- En todo asunto de guerra, influye mucho la fortuna, que aunque a veces pareciera abandonarnos, siempre ha estado de nuestro lado.
- La fortuna y sus estrategias, mi almirante.
- ¿Entonces compartes conmigo la opinión que es mucho mejor atacar Pensacola por mar, o piensas como ellos que lo mejor sería a pie desde Mobile?- pregunto Bernardo, quería sinceramente saber la opinión del joven Marco.
- Creo que los ingleses nos aguardan por tierra, y que jamás imaginarían vernos llegar por mar. Sí, creo que el factor sorpresa es una ventaja que llevaremos por descontado- afirmó seguro.
- Algún día serás un buen capitán hijo- le halagó Bernardo provocando que su rostro se sonrojara.
- No aspiro a ello, almirante. Simplemente quiero que esta guerra acabe cuanto antes y regresar a casa junto a mi esposa para poder conocer a mi hija Mía.
- Te prometo que en cuanto nos hagamos con el control de la costa de Florida, te dejaré partir para tu hogar- tendió la mano al muchacho que emocionado se la estrechó fuerte.
- Gracias almirante.
- No me las des aún joven, primero tenemos que salir victoriosos de esta batalla, si es que el gobernador y Navia quieren hacerme caso.

El esclavo llamó a la puerta y tras recibir el permiso, anunció a Bernardo que le esperaban para contarle la respuesta que tanto ansiaba escuchar. Tanto el gobernador como el comandante accedieron a los planes de Bernardo de Gálvez, así que en poco más de dos meses desde que conquistaron Mobile y con la entrega de tres mil novecientos hombres y provisiones para seis meses, lo que significaba que tendría ese tiempo para conquistar Pensacola y derrotar a Campbell. No había tiempo, tendría que partir cuanto antes.

Diego divisó desde la cubierta del barco la costa de Nueva Orleans con sentimientos entremezclados. Estaba apesadumbrado, realmente preocupado por la suerte que hubieran podido correr sus hijos. Hacía tres meses que llegaba la carta de Diara con las malas noticias de que Isabel estaba muerta y que sus hijos habían desaparecido. No, no podía creerlo. Había odiado y amado a Isabel al mismo tiempo, y sin embargo, ahora que no estaba la echaría de menos. A ello se le unía la preocupación de descubrir el paradero de sus hijos, cuyas únicas noticias que tenían es que un hombre de color se los llevaba dejando a Isabel con vida ¿Cómo había muerto después? Nadie lo sabía, porque a priori aunque enferma de la mente por la tortura de haber perdido a sus hijos, Ashauti la había dejado con vida.

Otra vez él, tristemente otra vez él. Hacía dieciocho años también se había llevado a un bebé importante para él. Aquel día, en el lejano continente de África, cogía entre sus brazos a su pequeña hermana Diara a la que logró encontrar muchos años después. Esta vez no iba a permitir estar sin sus hijos tanto tiempo. Esta vez le atraparía y daría muerte antes de que sus hijos le olvidasen. Esta vez no estaba Lucien para protegerle, y desde que recibió la carta había olvidado que alguna vez sintió simpatía por él y que había amado con toda su alma a Niara. Pero su amor ya no estaba, hacía tiempo que había muerto y solo Isabel le había dado la paz que anhelaba, regalándole aquellos dos bellos y felices niños que no estaban esperándole en casa.

Halló a sus esclavos y al capataz de la hacienda esperando en el puerto, arrugando sus gorros que usaban para protegerse del siempre caluroso clima de la tierra que aprendió a amar más que a España gracias a su querido amigo Lucien. Quizás, estarían temerosos del castigo por no haber protegido a su familia, y a pesar de tener ganas de fustigarles fuertemente con el látigo, sabía que nada pudieron hacer si Ashauti se empeñaba.

- Bienvenido a casa patrón- saludó con voz temblorosa el capataz bajando lamirada al suelo, incapaz de verle de frente y confesar que fue demasiado cobarde para defender a su familia.

- Vayamos cuanto antes a la hacienda. Necesito que me contéis todo lo que sepáis de lo acontecido en mi casa.

Sin tan siquiera mirarles, montó en el caballo que los hombres le traían de casa y espoleó fuerte con sus talones en el animal, que al sentir el contacto, cabalgó como el viento sorteando a todos los transeúntes atemorizados a su paso. Necesitaba cabalgar, cabalgar fuerte, sintiendo el aire de la tierra en su rostro para no dejar caer las lágrimas que amenazaban y llenaban su garganta. Recuerdos del pequeño Juanito plagaban su mente arrugando su estómago, y el último recuerdo hermoso, ese día de campo junto a Isabel y los niños, era lo único bello que le quedaba, el mismo recuerdo que le había mantenido la mente a salvo en el campo de batalla. Nada le importaba más que encontrar a los culpables de toda su desgracia, tres hombres que conocía mejor que a nadie porque habían formado parte de su familia, a pesar del color de su piel y todos las críticas y rumores de los hombres nobles de su raza. De nada servirían las súplicas de Diara, rogándole que le avisara en cuanto supiera el paradero de su padre donde mediaría para que le devolviese a sus hijos sanos y salvos. Pero no iba a ceder, ni tan siquiera por su recién recuperada hermana a la que siempre había adorado, desde ese primer día que contempló su rostro enrojecido por la sangre del cuerpo de su madre. No, no iba a desistir en su empeño de dar muerte al cruel de Ashauti que por segunda vez le robaba algo preciado sin importarle nada. Sólo quedaba una duda y era saber quién habría dado muerte a Isabel. Quizás, el propio Ashauti había vuelto para rematarla, arrepentido de no haberlo hecho antes. Pero eso le provocaba dudas, porque conociendo como conocía al padre de una vez su amada, sabía que sería más placentero para él loca como estaba, pudiendo observar cuando quisiera el despojo humano que dejó en la casa. Quizás alguno de los hijos...No importaba, ya lo averiguaría cuando les atrapara, porque de eso estaba seguro, los cogería tarde o temprano aunque le llevara toda la vida recorrer el mundo tras ellos.

Las verjas de la hacienda se abrieron sin que tuviera que frenar el galope de su caballo seguido por los dos esclavos que intentaban seguirle el paso. A la altura de la casa, frenó con un golpe seco de las riendas al caballo y desmontó dejando que se llevaran al animal a las cuadras para que pudiera alimentarse y refrescarse con agua, pues aquel galope tenía que haberle dejado seco. En

una fila, todos los esclavos y empleados de la casa aguardaban las preguntas mirando al suelo. Anduvo a lo largo de la fila dos o tres veces, acariciando su barba poblada, hasta que se quedó quieto en mitad de la fila y pronunció sus primeras palabras en alto, con la voz ronca intentando no demostrar toda la flaqueza y pena que sentía por dentro.

- Me hallo al tanto de todos los acontecimientos acaecidos en mi casa, y debodeciros que estoy muy decepcionado con todos. Se supone que soy un amo y un patrón justo, que cuido bien de los que conviven bajo mi techo y que no os falta ni alimentos, ni ropa, ni medicinas cuando enfermáis. Por eso mismo, no puedo dejar de preguntarme ¡Por qué demonios nadie hizo nada! ¡¿Acaso mi bondad no merece lealtad?! ¡¿Acaso vosotros mismos sois cómplices de los hombres que me han traicionado a pesar que durante años vivieron felices en mi hogar?!

Fue la niñera de sus hijos la primera en dar un paso al frente, todavía asustada cuando recordó la llegada de Ashauti y de sus hijos con aquellas pinturas en la cara y con grandes cuchillos que amenazaban con rajar sus gargantas. Recordó el miedo que sintió cuando el joven Sharik la ataba y amordazaba, y el alivio que sintió cuando los esclavos llegaron para liberarlas cuando dejaron abierto el granero tras su marcha. En sus pesadillas se escuchaban altos y claros los gritos y llantos desgarradores de la ama Isabel, que encontraron como un trapo en el suelo con los ojos desorbitados. En ese momento supieron que el ama jamás recobraría la cordura, pero por entonces permanecía viva.

- Mi señor- dijo en un susurro apenas audible- yo más que nadie adoraba a sus hijos. Le puedo jurar que si en mi mano hubiera estado, mi propia vida hubiese dado por ellos, pero Ashauti y sus hijos llegaron con la oscuridad sin ser vistos. Los ojos de nuestro antiguo amigo irradiaban una ira que jamás vi. Encerraron a los hombres en el granero, a nosotras tres- prosiguió señalando a la cocinera y a la esclava que se ocupaba de atender a la ama- nos ataron y amordazaron en la cocina, y nada pudimos hacer por los niños a pesar de escuchar sus llantos y gritos.

Diego caminó hacia ella serio. La muchacha bajó la mirada al suelo, incapaz de mantenérsela. Diego posó su dedo en su barbilla y le obligó a mirarle.

- Dijeron o insinuaron por qué.
- No amo, tan solo se escuchaban gritos desde la cocina acallados por los llantos de todos. Sólo escuchamos palabras sueltas como el nombre de Niara, algo de venganza y del mismo amo Lucien- Diego se quedó pensativo por unos instantes. Quizás, Isabel, en un intento de pedir misericordia, le había suplicado a Ashauti por la amistad que mantuvo con Lucien.
- ¿Y de la muerte de mi esposa, alguien vio o escuchó algo?- preguntó suplicando con la mirada. Una niña esclava a la que apenas reconoció tras el tiempo fuera de casa, dio un paso al frente y mirándole directamente a la cara, contó lo que le parecía haber visto, segura y convencida de que llevaba razón.
- A la señora amo, la mató el diablo. El mismo diablo le cortó el cuello con la espada diciendo que iba a pagar por el pecado de haber matado a la niña Niara y a su hijo.

Diego palideció. Estaba claro que fue Ashauti o alguno de sus hijos, que pintada la cara como llevaban, podían parecer en mitad de la noche el mismísimo diablo. Sabía que su antiguo escolta siempre había sospechado que Isabel había tenido algo que ver con la muerte de Niara, como el mismo pensó al principio. Pero jamás habían tenido una prueba en su contra, y con los años y conocer a la nueva Isabel, en más de una ocasión la sintió incapaz de acometer tal delito. Aún así...no estaba seguro del todo, porque siempre tuvo la sospecha de que fue ella quién acusó injustamente a Lucien, haciendo que le ahorcaran en mitad de la plaza como un vulgar delincuente. Quizás era que simplemente siempre había sabido que era culpable y que tan solo la había perdonado por los dos hijos que le había dado, haciéndole de nuevo inmensamente feliz a pesar de la pérdida del amor de su vida y de su primogénito. Se acercó hasta la niña, que prosiguió manteniéndole la mirada, y posó su mano en su hombro.

- No era el diablo querida, tan solo alguno de los tres hombres que un día vivieron aquí ¿Les recuerdas? ¿Podrías decirme cuál de los tres fue, a pesar de que llevaran pintura en su cara?
- No era ninguno de ellos patrón. Llevo en esta hacienda toda mi vida, y hesido amiga de Tanisha que era el más amable de todos. Siempre me daba bollos recién hechos de las cocinas. No eran ellos amo, era el diablo.

- ¿Negro?- preguntó para cerciorarse, seguro de que la niña estaba convencida que no fue ninguno de los hombres.
- Más negro que yo, con ojos grandes y negros. Tenía el pelo trenzado, y a la espalda una espada colgada. Aunque esté mal decirlo amo, era muy guapo pero sus ojos... ¡Le digo amo que era el diablo!

Diego se quedó meditando durante unos minutos. En sus cartas con Diara, con la que tan solo había podido hablar el día de su boda cuando por fin la halló tras tanto tiempo, su hermana se había encargado de ir contándole toda su historia desde que aquel esclavista les sacara de África a la fuerza. Recordó entonces el nombre de Tafari, su hermano pequeño que cruzó medio mundo para encontrarla. También recordaba que en alguna ocasión el propio Ashauti le había mencionado el nombre, al recordar alguna anécdota del benjamín de la familia. Recordó que ambos mencionaban que, a veces, sobre todo cuando se enfadaba, Tafari parecía el mismísimo demonio, y que de ahí podía venir la confusión de la pequeña.

- Ha sido un largo día- se dirigió a todos en voz alta- ¡Volved a vuestros quehaceres, excepto tú, pequeña!- Todos deshicieron la fila regresando a sus tareas.

Cuando se quedaron solo frente a la puerta de la casa, Diego posó de nuevo la mano en el hombro de la pequeña, y dulcemente le preguntó ¿Serías tan amable de llevarme ante la tumba de mi esposa? La niña asintió, y cogiendo la mano del hombre que agradeció el contacto de aquella mano pequeña, similar a la del tamaño de su querido hijo Juanito, pusieron rumbo a la tumba de Isabel.

Tafari entró en aquella tienda india para llevar agua y comida al pequeño. Habían tenido que encadenarle porque insistía constantemente en escapar y regresar a casa, y eso era algo que no iba a permitir. Ahora que la familia estaba casi reunida, o al menos los fulani que quedaban con vida, sólo faltaba Diara. Después, todos juntos, incluidos aquellos niños blancos, regresarían a África para continuar con sus vidas, intentando olvidar todo lo malo que pasaron en tierras extranjeras, si es que podían. Puso el plato y el cuenco de agua a su lado, y sin decir nada, prácticamente sin mirarle, salió de nuevo al exterior, contagiado por la risa de su sobrino Umi que jugaba con su medio hermana Beatriz.

Giró el rostro y halló a su padre riendo como hacía mucho tiempo, en aquel otro mundo donde todos eran felices y la única preocupación eran disputas domésticas que como jefe de la tribu resolvía siempre con justicia. Por su rostro se dibujaban las arrugas del paso del tiempo, pero seguía igual de fuerte que cuando era pequeño. Encontrarles había sido fácil, en esas señas que los fulani dejaban en los árboles para comunicarse con los suyos. Esas mismas señas fueron las que siguieron cuando años atrás los primeros blancos secuestraron a las mujeres del poblado, y que fueron rescatadas cuando tan sólo contaba con cuatro años, antes incluso de conocer a Diara.

Recordaba emocionado el temblor de su padre al abrazarle, y el rostro de alegría de sus dos hermanos vivos. Los cuatro se abrazaron como hacía tiempo, e incluso tenía que admitir que por primera vez las lágrimas casi le vencen. Sentados a la hoguera saciando su apetito con un poco de carne, Ashauti le relató todo lo vivido estando separados. Así fue como se enteró de que la odiosa ama de la hacienda donde su familia había sido esclava mientras navegaba por el mar en busca de Diara y jugaba con ella a ser los protectores de un pueblo en mitad de las cuevas, llevaba a cabo un plan que terminaba con la vida de su hermana mayor Niara. Afortunadamente el pequeño crecía sano y fuerte, y todos decían que, excepto por el color de la piel, más claro que el suyo, y los ojos, era igualito a él.

Recordó de nuevo haber entrado en cólera, ese odio incapaz de controlar que poseía cada poro de su piel, y sin escuchar las súplicas de los suyos, cabalgó hasta la hacienda de ese tal Diego de la Cruz. Sin ser visto, sigiloso y sin hacer ruido como hacía en los días felices que salía a cazar al bosque de su bella Senegal, no le resultó difícil entrar y subir las escaleras abriendo las puertas de cada habitación hasta que dio con ella. La halló sentada, con la mirada perdida divisando el infinito y sin ningún rastro de vida en su cuerpo que se empeñaba por respirar. Se acercó hasta ella, pero le dio igual, siguió contemplando el horizonte aguardando que Ashauti llevara de regreso a los niños perdidos, algo que jamás sucedería en un justo castigo. Por un instante, sus ojos se desviaron hacia los suyos y se miraron de frente.

- Hazlo de una vez- susurró la dama.

Tafari desenvainó la espada y con un golpe seco y rápido, corto la cabeza de la dama que lentamente caía al suelo con los ojos abiertos. Dibujó una sonrisa en sus labios, y pasó el dedo por el resto del cuello ensangrentado para chuparlo.

- Eto do bae- se escuchó diciendo.

Cuando la cabeza tocó por fin el suelo, envainó de nuevo la espada sin molestarse en limpiarla, y como había llegado, silencioso y sigiloso, salió de la casa. En el camino se cruzó con una niña negra que le miró fijamente, pero sus ojos tenían aquel brillo que siempre le habían dicho que era el del diablo, y asustada como un pájaro, pegó su cuerpo en la pared para dejarle paso.

Ashauti no le dijo nada cuando le vio de regreso. Desde que le había contado que Isabel era la causante de que Niara no poblara este mundo, supo que su hijo pequeño querría sangre. Quizás era lo que siempre había esperado, que alguien de su sangre acabara con esa arpía, algo que no pudo hacer conformándose con llevarse a los niños para causarle dolor. Tafari terminaba la venganza cerrando el círculo, y tras ir a por Diara, podrían regresar a África.

Diara, Diara, Diara...Aquel nombre que quería odiar pero que no podía, siempre ocupando sus pensamientos. Aquella traidora que le dejaba morir en

aquella cueva, refugiándose en los brazos de otro hombre que daba sus frutos con el llanto de aquel niño. Tenía que pagar por todo el dolor que le causaba, y sabía perfectamente la forma. Cuando todo estuviera listo, iría a por ella y quisiera o no, regresaría a África. La conocía a la perfección, intentaría luchar, pero tenía la forma de convencerla sin derramar ni una sola gota de sangre, al no ser que fuera una cabezota como acostumbraba a ser.

Sintió la mano en su hombro y supo que era Sharik. El tiempo separados no había hecho más que aumentar la percepción del benjamín fulani, capaz de reconocer el olor de los suyos aunque ahora fueran todo unos hombres.

- Estás muy pensativo hermano.
- Ese cabezota parece querer morir de hambre- se excusó con el niño.
- En verdad a mí lo que le ocurra me da igual. Se niega a llamar hermano a Umi, y cada vez que puede intenta escapar. Creo que padre debería dejar que regresara a casa y marcharnos sólo con la niña, que es toda una ricura y adora a nuestro sobrino.
- Si no se pareciera tanto a su madre...
- De aspecto tan sólo, hermano mío, porque por lo demás es igual que Diegocuando... bueno, antes de que ocurriera la desgracia.

Sintieron los pasos a su espalda encontrando a su padre que desde que había reunido a casi toda la familia viva se mostraba dichoso. Rodeando a los jóvenes por el cuello, dejando uno a cada lado de su cuerpo, contó las buenas noticias.

- Preparaos, está todo listo para que regresemos a casa. Faltan solo unos pequeños flecos y nos embarcaremos para regresar a África- sonrió.
- Deberías dejar aquí al niño padre- insistió -Sharik.
- Viene con nosotros, no hay discusión. No os preocupéis por él, en cuanto respire el aire puro de nuestra tierra y corra libre por la selva, se olvidará de todo y crecerá feliz junto a su hermano. Buscar a Tanisha y preparad todo.
- No va a querer regresar sin ella padre.
- Lo sé, y por eso quiero que vosotros le ayudéis a recuperarla.

Ashauti guiñó un ojo a sus hijos y ambos sonrieron. Un poco de acción no les

vendría mal, y regresar a la hacienda del gobernador al otro lado del río para llevarse a la cocinera de la que su hermano estaba prendado, les dejaría liberar toda la adrenalina contenida. Tafari se quedó pensativo por un instante. Quizás, podría confiar en Sharik y llevarle después para rescatar a Diara de la cárcel en la que ella misma se había encerrado y donde jamás sería feliz.

Diara terminó de abrocharse el pantalón y sonrió. Con la camisa blanca anudada dejando al descubierto su ombligo, había recuperado su anterior figura tras el parto. Aún le hacía gracia el día que le pidió a Inés que la llevara a la ciudad a comprar aquella ropa. Por un momento, se quedó sorprendida para luego exclamar algo sobre su dios y explicarle que para eso tenía que pedir permiso a Marco ¿Pedir permiso? Aquello le hizo irrumpir en carcajadas. Jamás había tenido que pedir permiso para hacer lo que quería, y mucho menos para vestir como le diera la gana. Seguramente las costumbres de aquellos extraños blancos al que ella, a pesar de su color de piel, no pertenecía, era bien distinto. No recordaba que las mujeres fulani pidieran permiso para nada, y sabía que María Valentina, su querida amiga, era obedecida hasta por los hombres más rudos del pueblo que fundó Guillermo. Incluso el mismísimo Guillermo le tenía respeto y muchas veces seguía sus consejos, al menos hasta que llegó Francisca. No, realmente pertenecía a un mundo bien distinto, y Marco sabía con la clase de mujer que se había casado.

Bajó hasta el jardín donde Inés tomaba el sol de la mañana junto a la pequeña. Nada más verla, se santiguó al comprobar que vestía como un hombre, con la espada a la espalda, y tomó a la niña entre sus brazos.

- Diara querida, no me termino de acostumbrar a verte con esos ropajes de hombre.
- Los pantalones son mucho más cómodos para cabalgar mi bella Inés respondió posando sus labios en la mejilla de la mujer.
- No me gusta esto que has planeado. Si Marco o Miguel Antonio estuvieran aquí, estoy segura de que no te dejarían ir sola. No sé, no sé, no sé...- dudó acariciando el pelo de la niña, que le llegaba hasta los hombros- Creo que no es buena idea.
- Diego me necesita y lo sabes. No puedo dejarle en estos momentos. Necesita ayuda para encontrar a sus hijos, y no voy a quedarme sentada aquí mientras mi hermano se desespera y comete alguna locura. Te prometo que regresaré cuanto antes. En tus manos dejo lo que más quiero en el mundo cogió a su hija para darle un beso de despedida, tendiéndosela

de nuevo a su suegra.

- Ten cuidado, por favor hija. Marco no me perdonaría que algo malo te ocurriese.

- Descuida, tengo que regresar por ella.

Terminó de despedirse de ambas y fue hacia la cuadra para coger a su yegua. De un salto, algo que no podía hacer con aquel estúpido vestido, subió al caballo y sin mirar atrás para no flaquear al ver llorar a su Mía, espoleó a la yegua que inició un breve trote hasta salir por la verja a campo descubierto y comenzar el galope. Sintió de nuevo el aire en su rostro, algo que había echado mucho de menos. Azuzaría bien la montura para llegar cuanto antes, Diego la preocupaba mucho. En su última carta, le había narrado como Ashauti se había llevado a sus hijos, y tenía que llegar antes de que cometiera una locura porque lo que menos quería era ver correr la sangre entre sus seres amados. Era algo que no soportaría, no después de tantas pérdidas y con Marco tan lejos.

No podía dejar de pensar en su padre ¿Qué demonios había ocurrido para que se llevara a los hijos de Diego? Por lo que el hombre le había contado, vivió en la hacienda durante muchos años, e incluso fueron a buscarla con la mala fortuna de que estaba escondida en las montañas. Incluso Diego le contó que fue su protector durante todos aquellos años, y que su padre adoptivo, Lucien Bellamy, encontraba a sus hermanos reuniendo de nuevo a los fulani que hallaron ¿Entonces por qué tanta crueldad y llevarse a los niños, para asesinar tiempo después a Isabel? No, algo más tenía que haber, lo sabía con certeza. Conocía muy bien a su padre y sabía que siempre había sido un hombre justo. Algo tenía que haber pasado para que actuara así. Quizás Diego no le contaba toda la verdad. Daba lo mismo, si Ashauti estaba cerca de la hacienda de su recién encontrado hermano, lo hallaría y podría pedirle todas las explicaciones necesarias para entenderlo todo.

Sumida en los pensamientos llegó antes de tiempo a la hacienda de Diego. Su yegua, sudorosa por el esfuerzo, lanzó un bufido cuando paró en seco. Aquellos esclavos cogieron las riendas y se llevaron al animal para que descansara un poco, y ella anduvo hasta su hermano fundiéndose ambos en un gran abrazo.

- Querida Diara, hermosa como siempre.
- Sin embargo Diego, te veo más flaco ¿No comías en el ejército?- rió ante el sombrero del hombre.
- Vayamos dentro querida, tienes que estar hambrienta- la tomó por la cintura y juntos caminaron al interior de la casa.

Nada más entrar, Diara sintió el frescor reconfortante de la casa, y el olor de la comida hizo que le rugieran las tripas.

Los hermanos se sentaron en la mesa y comieron en silencio. Diara sentía las miradas del hombre, que divertido, observaba como comía sin probar bocado. Tras limpiar sus dedos con largos chupetones indignos de una señora noble, provocando una carcajada en su hermano, le miró fijamente y antes de ir al grano del asunto que le llevaba hasta allí dejando al cuidado de Inés a su hija, preguntó sus dudas.

- Dime Diego...¿Cómo está Marco? ¿Está sano y salvo?- no pudo evitar que sus ojos se aguaran.
- Quédate tranquila hermana. Seguramente tan flaco como me has visto- rió de nuevo- pero bien. Volverá a casa pronto, no te apenes. Cuando menos lo esperes, estaréis paseando bajo los rayos de sol.
- Eso espero con impaciencia, para ser te sincera.
- Cambiemos de tema Diara ¿Por qué has venido?- preguntó apoyando los codos en la mesa, sujetando con sus manos su barbilla y mirándola fijamente. No, no me respondas. Temes que hago malo le pase a Ashauti o alguno de tus hermanos.
- Diego...Conozco a mi padre, y algo tuvo que pasar para que actuara de la manera que lo hizo.
- ¡No es tu padre Diara!- se exaltó dando un golpe en la mesa provocando un respingo de sorpresa en la muchacha- Tu padre se llamaba Juan de la Cruz, y no le pudiste conocer porque ese salvaje te raptó cuando eras una niña de teta. - Ashauti es un hombre justo...
- ¿Cómo lo sabes Diara? ¡Dime! ¿Cómo lo sabes?- comenzó a andar exasperado de un lado a otro- Dime cómo. Por lo que yo sé, cuando os sacaron de África tendrías...¿Tres años? Después, has permanecido separada de él durante todo este tiempo ¿Cómo puedes pensar que le

conoces? No, no le conoces mejor que yo. Sufrí con diez años impotente como te arrancaban de tu hogar, tuve sus manos en mi cuello mientras intentaba ahogarme, y le he visto soportar los castigos de Lucien sin inmutarse...No, querida, no le conoces como yo, y puedo asegurarte que Ashauti es capaz de eso y de más.

- Tus palabras están cargadas de razón, pero créeme. Ashauti es el hombre más justo que conozco, y algo tuvo que pasar para que actuara así. Por favor Diego...- corrió a su lado cogiendo su brazo, con mirada suplicante- Dame dos días. Te juro que en dos días le encontraré y podré tener la certeza del por qué de su actuación, y convencerle para que te devuelva a tus hijos.
- ¿Y cómo piensa devolverme a Isabel? ¡Ese hombre le cortó la cabeza Diara, la cabeza!
- A veces las personas merecen que le corten la cabeza...- susurró recordando que ella había hecho lo mismo con el hombre que mató a Guillermo, incluso había bebido de su sangre, algo que también habría hecho Ashauti con Isabel, si es que fue él quién se la cortó.
- Esta bien...- claudicó el hombre sentándose de nuevo en la silla- Dos días Diara, sólo dos, y yo te acompaño.
- De eso nada Diego, y no es negociable. Lo que menos deseo es ver la sangre de mis seres amados derramada por todos lados- Se acercó hasta la silla y se arrodilló para posar la cabeza en las piernas de su hermano. Le conocía poco, y sin embargo sentía que ambos llevaban la misma sangre, sintiendo un cariño especial e inexplicable por él- Desconozco si te hallas en lo cierto o no. Desconozco si puedes confiar en Ashauti después de lo que parece haberte hecho. Pero confía en mí Diego, por favor te lo pido. En dos días podré traerte las respuestas a las dudas que plagan tu mente.
- De acuerdo Diara, dos días. Si en dos días no has regresado, no habrá mundo para esos fulani que pueda esconderlos de mi ira.

Diego dio un beso en el pelo de su hermana y retirándola con dulzura, se marchó de la sala directo a su habitación. Ni por un momento iba a cumplir aquella estúpida promesa. Aguardaría a que Diara partiera para ir tras ella. No comprendía nada, si estaba la mujer en lo cierto y Ashauti tuvo algún motivo como alguna vez él mismo había sospechado conociendo el carácter malvado de Isabel, o bien aquel negro africano era un salvaje, pero una cosa tenía

clara, y es que iba a zanjar el asunto de una vez por todas. Jamás dejaría que aquel negro le robara a una persona querida nunca más. Si para ello tenía que provocar lágrimas amargas y dolorosas en el rostro de su hermana, que así fuera.

68

Marco contempló la multitud apilada en el puerto de La Habana, donde los murmullos de las oraciones pidiendo a Dios que tuvieran fortuna en aquel cometido tan arduo se elevaban acallando el rumor de las olas. A su lado, un pletórico Bernardo de Gálvez, parecía tomar fuerzas con tan abrumador gentío. Por un instante, miró el cielo deseando que Diara contemplara las mismas nubes. Estaba cansado, muy cansado, y deseaba con todo su corazón que Bernardo de Gálvez saliera victorioso rápidamente, y así poder regresar a casa y conocer por fin a su hija Mía, que contaría ya con su primer año de vida.

El sol se fue ocultando poco a poco en un mar tranquilo y sereno. Tras cenar con el resto de soldados, declinando la invitación de Gálvez para no parecer que entre ellos existían favoritismos, se retiró al único lujo que no quiso perder, un camarote para él sólo que, aunque pequeño pues sólo cabía un camastro y una mesa con una palangana con agua, con un cubo en el suelo para sus necesidades, era un paraíso en mitad de aquel mar de hombres roncando a causa de todo el ron que tomaban al irse a dormir. Tumbado sobre la roída manta, echó de menos su blando lecho y el calor del cuerpo de Diara, rememorando su primera noche juntos, saboreando cada parte de su cuerpo y aspirando de nuevo ese olor que quedaba lejano en el tiempo. Si, necesitaba que Gálvez saliera victorioso y llegar a casa, aunque solo fuera por unos meses, para recuperar las fuerzas para próximas batallas. La ausencia de Diego, gran amigo, no hacía más que aumentar su melancolía. Sí, había regresado a casa, pero en circunstancias trágicas. No, él prefería ir a esa batalla y pedir un permiso especial tras la victoria.

El violento bamboleo de la embarcación le hizo despertar alterado. La palangana que momentos antes estaba encima de la mesa permanecía

esparcida por el suelo y el cubo con las orines había volcado. Como pudo, pues iba de un lado a otro a pesar de intentar mantenerse erguido, abrochó la espada a su cintura y cogió su arma, siempre cargada con el cartucho de pólvora, en un primer disparo que podía salvarte la vida antes del cuerpo a cuerpo con el arma blanca.

Sintió el agua en la cara nada más pisar la cubierta. Los soldados se habían deshecho de la borrachera al instante, y se afanaban en recoger las velas antes de que el viento las arrancase de los mástiles y les dejara a la deriva. Por segunda vez en aquella contienda, una tormenta huracanada rugía con fuerza intentando hundir cuantos barcos pudiera. Se repetía la historia de Mobile, y corriendo como pudo se encaramó a la barandilla intentando observar los demás barcos, borrosos en mitad de tantas gotas de agua que hacían de tela sin dejar ver más allá de dos palmos.

- ¡Nos hundimos, nos hundimos!- escuchó a más de un soldado entrar en pánico. Horrorizado, comprobó como muchos caían por la borda.

Fue entonces cuando pensó en Gálvez, al que no encontraba en cubierta, algo normal en él que en momentos de dificultades tomaba a la perfección el mando del problema. Como pudo, y agarrado a la barandilla, recorrió el barco de popa a proa, esperando hallarle al timón del barco que se movía de un lado para otro sin poder resistir el oleaje. Las maderas crujían provocando un sonido ensordecedor, y haciendo que los hombres rezaran todas las plegarias que sabían. Ya habían desistido de recoger las velas, muchas de ellas rajadas por la mitad, y tan solo se mantenían aferrados a cualquier cosa que les hiciera permanecer en cubierta y no dar con sus huesos al fondo del mar.

Sus esperanzas se desvanecieron cuando llegó hasta la tarima elevada y contempló el timón dar vueltas sin que nadie lo guiara. El segundo al mando en aquel barco, permanecía aferrado al mástil mayor intentando no caer por la borda, incapaz de hacerse con el control del barco. Sin embargo, nada se podía hacer por ahora para controlar la nave, y lo que apremiaba era encontrar a Gálvez y rezar para que tuviera alguna brillante idea para salir airosos de todo aquello. De fondo, escuchaba horrorizado los gritos de soldados y el consiguiente chapoteo al caer al mar desde otros barcos.

Bajó los dos peldaños que llevaban hasta el camarote del comandante, y comenzó a buscarle. Los licores estaban esparcidos por el suelo derramando todo su líquido, y los muebles y enseres con los que Bernardo adornaba la improvisada sala llenaban toda la tarima del barco. Marco entró en pánico, y por momentos sintió el palpitar de su corazón sonando fuerte en su pecho.

- ¡Almirante, almirante!- se escuchó gritando con la voz ronca.- ¡Gálvez, Gálvez!

Aguardó unos instantes sin escuchar nada. Comenzó a moverse no sin dificultad levantando los muebles volteados en el suelo, a la par que continuó gritando para intentar que el hombre le escuchara. Esperaba que estuviera allí dentro vivo, o al menos muerto, pero allí, y no que algún soldado entrado en pánico le hubiera lanzado por la borda tras una orden.

- ¡Bernardo, por Dios, responde!

Se quedó quieto un instante y fue entonces cuando escuchó el lamento. Aferrado a cualquier cosa que siguiera fija, anduvo hasta el escritorio y vio la mano. Aquella enorme mesa de madera se había volcado aplastando al hombre, que permaneció inconsciente tras el golpe pero que parecía seguir respirando, y movía su mano lentamente.

- ¡Dios mío, almirante! ¡No se preocupe, voy a liberarle!

Intento por tres veces sacar al almirante, pero solo podía levantar el mueble y sin ayuda Gálvez no podía salir de allí, demasiado débil como para arrastrar todo su cuerpo. Sin decirle nada, algo que hizo perder las esperanzas a Gálvez, soltó el mueble y salió de nuevo a cubierta para buscar ayuda, cogiendo antes una larga sogá que encontró en el camarote. Subió de nuevo los tres peldaños, y a grito de pulmón llamó al segundo que perdía las fuerzas para seguir sujetándose.

- ¡Peláez, coja la cuerda!- gritó varias veces.

El hombre le miró esperanzado porque sentía que su vida llegaba al final. Las fuerzas no aguantaban y más pronto que tarde caería por la borda. Soltó una mano y se aferró fuerte a la sogá, cayendo al suelo. Marco tiró entonces de él tomando de apoyo los escalones que le sujetaban, a la par que el hombre se

arrastraba por el suelo como podía para ayudarlo. Finalmente, tras un tiempo que se hizo eterno, llegó hasta las escaleras abrazándose a Marco. Sentados, ambos se permitieron unos minutos para recobrar el aliento.

- Venga Pélaez- ordenó Marco con voz entrecortada por la toma de aire Gálvez está atrapado y necesito su ayuda.

Ambos entraron de nuevo en el camarote y a la par que Marco levantaba el pesado escritorio en un equilibrio difícil, Peláez tiró de las piernas de Gálvez liberando al hombre. Cuando estuvo fuera y a salvo, los tres hombres se tumbaron boca arriba en el suelo recuperando todo el aire que demandaban sus pulmones.

Marco pensó de nuevo en Diara, intentando ver su rostro y tocar imaginariamente su cuerpo. Los deseos que tuvo momentos antes de regresar a casa se hacían más fuertes, mientras sentía que las fuerzas le abandonaban poco a poco y cerraba lentamente los ojos. Cuando quiso darse cuenta, la oscuridad se adueñaba de su cabeza.

69

Vio las señales nada más salir de la hacienda de Diego. A lomos de la yegua, trotó suavemente comprobando la dirección que todos los fulani dejaban cada vez que se trasladaban de campamento. Era una técnica que usaban desde los tiempos de los primeros ancianos, transmitiendo aquel conocimiento de generación en generación válido para cuando debían marchar antes de que los cazadores regresaran al poblado improvisado donde no pasaban muchos días, en una forma de protegerse de los enemigos. Precisamente había escuchado una y otra vez lamentarse a su padre cuando aquella vez intentaron echar raíces y los blancos vinieron para llevarse a muchas de las mujeres fulani, las cuales perdieron la vida por ser mancilladas por aquellos hombres y donde su madre, su querida Shauri, la había amamantado en aquellos tiempos en los que Juan de la Cruz quería verla muerta por haber nacido, creyéndola culpable de la muerte de su verdadera madre.

Marchó hacia el este gran parte de la mañana a pesar de que aquellos

frondosos árboles la enfilaban en dirección opuesta, hacia el río que hacía de frontera con los territorios americanos, ahora en guerra. Aquello la asustaba. Pasaban muchos meses desde que Ashauti secuestrara a los niños creía que con algún motivo coherente, y la situación en aquella lucha contra los casacas rojas se recrudecía por momentos. Aunque al parecer las batallas se estaban llevando en puntos estratégicos de ciudades grandes cercanas a puertos importantes, no podía por menos preocuparse por si aquella dura guerra llegaba hasta ellos. Ni siquiera sabía si sus hermanos permanecían con él o se habían alistado en el bando americano, ávidos de batallas o bien para conseguir aquella anhelada libertad que los blancos prometían a cambio de su fiel ayuda. No, no estaba perdida, simplemente intuía y tenía la certeza de que alguien la seguía, y ese alguien no podía ser otro que Diego.

No estaba dispuesta a presenciar un enfrentamiento entre dos hombres que amaba a pesar de todo el tiempo que estuvieron separados. Si dejaba que Diego llegase al mismo tiempo que ella, se enzarzaría en una lucha a muerte con su padre, que sin lugar a dudas saldría victorioso terminando con la vida de Diego. No quería derramamiento de sangre entre los suyos. Había sufrido demasiado en la vida como para soportar un golpe más, ahora que la felicidad era casi completa, con su hermosa hija Mía y con la esperanza de que Marco regresara pronto a casa sano y salvo.

Comenzó a galopar azuzando las riendas de su montura, hasta internarse bien en el bosque. Cuando supo que le sacaba un buen trecho, desmontó de la yegua para seguir a pie, borrando las pisadas que dejaba . Por unos instantes, antes de finalizar de borrarlo todo, anduvo sobre sus pasos y rompió unas cuantas ramas en dirección contraria, y sigilosamente, prosiguió su camino directa a los árboles que le indicaban el camino que le llevaría a reunirse de nuevo con el fulani.

Era media tarde cuando llegó a la otra orilla del río. Observó a izquierda y derecha, dejando que su yegua se saciara de agua, y comprobó que aquellas marcas seguían hacia delante. Montó de nuevo y mantuvo un paso lento observando los territorios del otro lado del río, tan similares a los que acababa de dejar. Si aquel país americano estaba en guerra, no llegaba hasta esos

confines de la tierra, o al menos de momento. Sumida en sus pensamientos, se percató del reflejo en la flecha, sin tiempo para esquivarla. Un certero disparo que sólo le hizo un pequeño rasguño en el brazo, señal de que un experto tirador la estaba avisando de que no continuase el camino. Detuvo a la yegua, y desde lo alto de la montura vio al pequeño, que con el arco tensado estaba preparado para disparar de nuevo si hacía falta. Tranquilamente bajó del caballo y puso las manos en alto, para que aquel crío comprobara que estaban lejanas a su espada, colgada como siempre en su espalda como le enseñara Tafari, una forma de poder asirla rápidamente en caso de necesidad.

- No queremos extranjeros en esta tierra, y mucho menos si son de piel pálida como la tuya- advirtió el niño en tono serio.
- Es cierto que mi piel es pálida como la de los blancos, pero nada he de ver con ellos, créeme.

El niño cerró en una delgada línea los ojos sin entender nada. Dio un paso al frente estirando más el brazo, amenazante, pero Diara permaneció tranquila.

- Lo único que tengo cierto es lo que ven mis ojos- se limitó a responder el niño.
- Estoy buscando a alguien, simplemente, y no quiero problemas con nadie.
- No he visto pasar por aquí a ningún extranjero desde hace mucho tiempo, así que creo que has errado tu camino- tensó los músculos un poco más.
- Las personas que busco llevan aquí varios años. No tienen el color de la piel como yo, sino que son oscuros como la noche- se decidió a contar al fin.
- ¿Y por qué los buscas? En verdad eres bien distinta a esas blancas que andan con sus vestidos largos y sus sombrillas. Es la primera vez que contemplo a una mujer blanca como visten los hombres.
- Ya te he dicho que las apariencias engañan- rió Diara que dio un pequeño paso al frente. Umi retrocedió un poco- Busco a esos hombres porque son mi familia- se sinceró por fin.

El niño abrió bien los ojos y contempló a la mujer que tenía delante. Más de una vez su abuelo le había hablado de que alguna vez tuvo una hija blanca,

con el pelo largo y sedoso y con unos enormes ojos azules del color del cielo. La mujer que tenía delante parecía cuadrar con aquella descripción ¿Sería posible que aquella hija desaparecida estuviera ahora buscándoles? Pero tenía una forma de comprobarlo, porque recordaba que aquella mujer hija de su abuelo tenía un nombre peculiar.

- ¡No des un paso más!- le advirtió sin embargo- Si pasar quieres, antes deberás decirme tu nombre. Si eres quien yo creo, te llevaré ante ellos.

- Mi nombre es Diara- sonrió la joven.

Umi bajó entonces el arco y por primera vez sonrió. Estaba seguro de que aquella mujer era aquella hija blanca de su abuelo. Se arrepentía de haberla herido, pero ya estaba hecho. Se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza para protegerse de los rayos de sol y no errar en los disparos de sus flechas cuando salía de caza, y se lo tendió amablemente a Diara que le dio las gracias.

- Mi nombre es Umi. Mi poblado está más allá, donde acaban los árboles, y los hombres que buscas también son mi familia. Ashauti es mi abuelo.

Diara abrió de par en par los ojos. Jamás había pensado que alguno de sus hermanos pudiera haber rehecho su vida como ella, aunque le parecía lo más natural del mundo.

- ¡Vaya, así que tengo un sobrino!- revolvió el pelo del niño- Encantada de conocerte Umi, y dime ¿Quién es tu padre, Tanisha o Sharik?

- Ninguno de los dos. A mi padre no lo conocí ni me importa. Mi madre se llamaba Niara, pero jamás la vi porque murió cuando me trajo al mundo. Hasta que mi abuelo me encontró, me ha criado mi ama Manuela y Bartolo, en el pueblo indio de los apaches que también son mi familia.

Diara solo tuvo la certeza de lo que le había contado Diego. Su bella hermana había muerto aquellos días en los que andaban en su búsqueda. No pudo evitar que los ojos se le aguasen y sintió una gran melancolía. Aquel canalla del capitán Zapata había truncado una felicidad que de estar en África podría haber sido permaneciendo todos juntos, y aunque Tafari había bebido de su sangre, aún muerto seguía provocando dolor en su familia.

- Te llevaré ante Ashauti- dijo al fin el niño tras tenderle la mano.

Diara subió al muchacho a lomos de su yegua y ambos trotaron siguiendo las señas del niño, aunque a la mujer realmente no le hacía falta por aquellas señales que el fulani había dejado en los árboles. Estaba tranquila, Diego no pudo seguirla y podía estar tranquila mientras se reencontraba con su padre, al que hacía quince años que no veía. Anhelaba sentir de nuevo su piel, como en aquel abrazo en tierras africanas que sintió por primera vez. Sentía un gran nudo en el estómago, mezcla de los sentimientos encontrados. De un lado, saber que pronto aspiraría de nuevo el olor de su cuerpo, y que podría abrazar a sus dos hermanos, de otro, miedo a descubrir que tal y como le había contado Diego, no había ningún motivo para haberse llevado a los niños y asesinar a Isabel y certificar que era un monstruo ¿Cómo actuaría entonces? Era una pregunta a la que no pudo dar respuesta.

Noa suspiraba mientras aclaraba la vajilla que el ama ordenó poner para la celebración. Aunque el gobernador permanecía en lejanas tierras, combatiendo contra los ingleses, el ama no quería dejar de celebrar ningún aniversario de bodas. No le importaba, porque tanto trabajo en las cocinas le hacía olvidarse de Tanisha. Desde que el joven había huido junto a su padre y hermano, Noa se sentía sola. Tras su marcha, se dio cuenta de todo lo que le amaba, y rezaba para que siguiese con vida allá donde estuviera y que no la olvidara nunca.

Todavía recordaba la boda de los amos, donde era apenas una niña. Durante meses comprobaron los coqueteos entre ellos en cada fiesta que el amo organizaba, y donde siempre invitaba a la familia Saint Maxent. Incluso para ella, que por aquel entonces contaba con diez años, era obvio que el gobernador se había prendado de la culta criolla por la que muchos hombres suspiraban, y además, con la fortuna de que parecía ser correspondido por la dama. Sin embargo, Bernardo no había querido desposarse con ella hasta que no tuviera un buen nombre en Nueva Orleans, respetado por todo el mundo por méritos propios y no por ser el hijo del virrey de México de tanta fama. Pero fue el destino quien se encargó de unirlos en santo matrimonio. Aún se le ponían los bellos como escarchas cuando recordaba los días alocados en aquella casa creyendo que el patrón se moriría a causa de aquel bicho que se le había metido en el estómago nada más pisar el puerto de Nueva Orleans. Durante días, estuvo subiendo y bajando las escaleras llevando aquellos cuencos con agua y los paños con las que el médico intentaba bajarle la fiebre. Recordaba entrar con temblores, temerosa de que ese maldito bicho quisiera también su estómago, y en alguna ocasión, se llevó unos buenos tirones de orejas al derramar algún cuenco sobre la alfombra. Por aquel entonces, Felicité no hacía más que llorar, y tenía que reconocer que en toda la enfermedad del amo, no había salido para nada de su cuarto, comiendo como un pájaro.

Bernardo se moría, y serían vendidos de nuevo, estaba segura. Sólo rezaba para que no la separasen de su madre y de su padre, algo que el nuevo patrón no hizo nunca. El hombre, que parecía más en el otro mundo que éste, tan

sólo pidió una cosa: casarse con la dama antes de irse para el otro mundo donde Dios le acogería entre sus brazos y cumplir así la promesa que le hizo de casarse con ella. Así que, aunque medio muerto, ambos se unieron en santo matrimonio. Aquello pareció hacerle resucitar, porque a las pocas semanas estaba sano y dejaba olvidado todo lo malo, y por eso el ama se empeñaba en celebrar cada año aquella unión aunque el patrón no estuviera en casa. Según decía: “el amor había obrado un milagro, motivo de festejo en cualquier circunstancia”.

Terminó de aclarar el último plato y secó sus manos en el paño. Todavía hacía bastante sol, y los invitados conversarían durante un buen rato, tiempo suficiente para regresar antes de la cena. Como todos los días, quería un poco de tiempo para acudir a la orilla del río y contemplar la otra rivera del río, intentando imaginar la vida que llevaría Tanisha en desconocidas tierras. A veces, no podía evitar soltar alguna lágrima imaginándose que quizás, o más bien seguramente, estaría en brazos de otra y jamás regresaría a por ella. Como desde aquel día en el que se fugaron, debería de acudir hasta el río sin ser vista, porque desde aquel incidente los amos habían prohibido que ningún esclavo se acercara a poca distancia del río. De momento, había logrado acudir todos los días, y hoy que encima todos estaban pendientes del ama Felicité y la plana de sus invitados, sería más fácil para ella.

Cogió la flor y se la puso en el pelo antes de partir. Siempre hacía el mismo ritual con la esperanza de que, si algún día Tanisha regresaba para llevarla con él, la encontrara tan bonita como el día en el que se enamoraron, o al menos ella. Tomó la cesta con los bollos que tanto le gustaban y que preparaba todos los días, y sin ser vista, salió de la hacienda a su rincón favorito donde imaginaba que su caballero llegaba para rescatarla.

Sentada en la orilla del río, a la sombra del roble, mordisqueó uno de los bollos esponjosos mientras soñaba con su vida en África. Aunque no conocía de nada aquellas tierras porque jamás había salido de Nueva Orleans, mantenía vivos todos los recuerdos de Tanisha cuando le hablaba de su casa.

Se imaginaba allí, en mitad de las cabañas con techo de paja con cuatro o

cinco críos, nunca seis porque para los fulani era el número de la mala suerte, correteando descalzos libres como nunca lo serían aquí. Cenarían juntos sentados en un círculo en el suelo de la cabaña para luego esperar a que se durmieran y ser amada por el joven. Jamás había estado con hombre alguno, y por suerte, su amo no eran de esos que desvirgaban a las esclavas como le contaban que ocurría en muchas otras casas, pero había escuchado de boca de las ancianas que cuando un hombre te amaba, era el mejor de los placeres del mundo ¿Algún día lo saborearía en su propio cuerpo? ¿Qué pasaría si Tanisha se olvidaba de ella y no cumplía su promesa de regresar? Comenzaban a atosigarla con la necesidad de que tenía que buscar un hombre, y para ser sincera, no le faltaban pretendientes, pero ninguno era el joven que amaba.

Se despertó de su sueño al comprobar que el sol quería esconderse, hora de regresar a las cocinas donde trabajaría duro hasta bien entrada la noche, saciando el apetito de aquellos blancos que comían como si no hubiera un mañana. Una cosa tendría buena, y es que acabada la faena y con las sobras que eran muchas, después los esclavos se reunirían al calor de la cocina para hacer su propia fiesta, donde Ramón, Manuel y Florencio entonarían aquellos bellos cánticos que daban esperanzas a los negros en busca de la libertad. Asió el asa y se sacudió el vestido para no dejar pruebas, y decidida tras echar un último vistazo a la otra orilla del río, suspiró y caminó de regreso a la hacienda por su camino secreto.

La mano que le tapó la boca ahogó el grito que salió por su garganta. Intentaba forcejear, pero el cuerpo que la sujetaba era más grande y fuerte que ella. De un empujón, giró todo su cuerpo sujetándola por los hombros y sintió pánico. Marcelino desprendía una mirada depravada, y Noa supo que lo que siempre estuvo buscando lo conseguiría ese día. Como pudo, estiró la mano y arañó su rostro, provocando un alarido en el negro que la dejó por unos instantes libre para poder correr. Antes de que diera el primer paso, la sujetó por el tobillo derribándola al suelo, dando con su boca en la hierba. Comenzó a gritar llena de pánico, sonidos que quedaban amortiguados por la mano grande del hombre que le tapaba la boca, tanto que incluso sentía dificultad para respirar. Le dio la vuelta en la hierba, y se puso encima de ella en una lucha constante por intentar abrirle las piernas, algo a lo que se resistía

como podía. El bofetón en la cara la dejó mareada, y sintió el frescor subir por sus piernas a la par que le iba subiendo la falda. Allí terminaba todo, la castidad que tanto había estado guardando para cuando llegara Tanisha la iba a tener ese bruto al que no amaba, contra su voluntad. Sintió el desgarrar de su ropa íntima, y no pudo evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, y apretó bien los ojos sin poder evitar pensar en lo que se avecinaba, consciente de que tarde o temprano sentiría la embestida, mientras aquel cerdo recorría sus pechos desnudos con la lengua.

Permaneció así unos segundos, apretando bien los ojos y esperando el momento, cuando escuchó el grito y el peso que la oprimía el pecho desapareció por completo. Sin pensar en nada más, se recogió entre sus brazos y abrió bien los ojos al ver a los tres hombres. En medio del suelo y dando vueltas, Tanisha se peleaba con Marcelino en un combate a vida o muerte. Por un acto reflejo, no pudo evitar chillar con cada golpe que le asestaba, y sin darse cuenta, se levantó y corrió a refugiarse en los brazos de Sharik que contemplaba la lucha sin hacer nada.

- Ayúdale, le va a matar- le susurró Noa entre lágrimas.
- Esta es una lucha que tiene que ganar por sí mismo, sino siempre será unfulani sin honor- respondió para pesar de la muchacha que miró al otro hombre que no conocía de nada, sintiendo un temblor por el cuerpo al ver sus ojos de diablo.

Los dos fulani contemplaron la pelea de su hermano impasibles. Era todo o nada, Tanisha tenía que ganarse a la mujer que amaba aunque en ello le fuera la vida. Aquella batalla no era muy distinta a sus costumbres, donde en el ritual de apaleamiento soportaban de pie duros golpes de los que se reían, muchas de las veces, con la muerte del oponente que no daba su brazo a torcer. Tanisha se revolvía en el suelo con aquel gigante, sacando fuerzas de la ira de haber visto a aquella bestia intentado abusar de su amada. Afortunadamente, llegaron a tiempo para impedirlo, y Tafari, con los puños apretados, sabía que aquel gigante moriría ese mismo día, y si no era por la mano de su hermano, sería por la suya.

Un grito ensordecedor retumbó en el bosque cercano al río cuando Tanisha

clavó el puñal en el estómago del gigante que comenzó a escupir borbotones de sangre. Respirando agitadamente, esperó a que dejara de respirar recobrando el aliento. Por un momento, miró hacia sus hermanos que por primera vez en su vida desprendían aquella mirada de orgullo, y contempló a su amada llorando en los brazos de su hermano, refugiada en su pecho sin querer presenciar el fatídico desenlace. Lentamente, se levantó del suelo recobrando todas las fuerzas que se dejaba en aquel singular combate a muerte, y se acercó hasta ella separándola de su hermano y refugiándola entre su pecho. El llanto incontenible de la muchacha, mezcla de felicidad y miedo, se desató por completo y los tres aguardaron pacientes.

- Tenemos que irnos hermano, pronto llegarán los hombres con las armas. Este cerdo ha chillado como una dama- comentó sereno Sharik.

Tanisha cogió el rostro de su amada con las manos y besó sus labios. La muchacha se calmó y se sintió feliz. Tomó su mano y los cuatro caminaron hacia el río, donde olvidándose del cuerpo sin vida y de la cesta de bollos, cruzaron al otro lado para regresar a casa.

71

Sintió el temblor subiendo por las piernas, y el palpito fuerte de su corazón que nervioso, latía a cien por hora. Esperaba paciente de pie a que aquel niño fuera a buscar a Ashauti. Su mente, intentaba una y otra vez dibujar sus facciones olvidadas en el tiempo, tras tantos años separados. Allí de pie, aguardando con los nervios a flor de piel, regresó a unos maravillosos años que no volverían nunca más. Sintió de nuevo el calor del sol de su lejana tierra, bañando su cuerpo blanco manchado de barro para poder parecerse al color de la piel de su familia. Corrió desnuda por la selva persiguiendo a Tafari, que tensaba los músculos estirando el arco con la flecha que acabaría con la vida del ciervo que intentaba escaparse del destino que le aguardaba. Recordó las trenzas morenas y largas de madre, y el olor de su cuerpo cuando la abrazaba, sentimientos que guardaba dormidos en su recuerdo. Escuchó de nuevo las risas de todos sus hermanos, en aquellas cenas sentados alrededor de un círculo comiendo aquella sabrosa carne que instantes antes Tafari cazara, y recordó cada respiración en mitad de la noche en aquella cabaña fabricada con heces de animales para ahuyentar el calor y a insectos que

perturbaran el descanso. Sí, había sido muy feliz en aquellos pocos años, ajena a que en realidad no pertenecía a ese mundo, y ahora que regresaba a su verdadera casa, tampoco pertenecía a este mundo de blancos en que ahora se encontraba.

La silueta de Ashauti se dibujó en la puerta de aquella tienda india. Cegada por el sol, apenas podía distinguir el rostro del que una vez llamara padre, el único que había conocido en su existencia. Comenzó a mordisquearse el labio en un intento de dominar los nervios, mientras poco a poco aquel gigante negro se iba acercando igual de nervioso que ella. Poco a poco, los rasgos que tanto conocía se fueron dibujando, recordando todo como si fuera ayer mismo. Era cierto que estaban con más arrugas, y que mostraban una mirada cansada y llena de sufrimiento, que dejaban la marca debajo de sus ojos, y, aunque parecía que el tiempo le devolvía la serenidad de otro mundo vivido, aquel sufrimiento quedaba grabado para siempre en los pliegues de la piel de su cara. Cuando estuvo a pocos pasos, justo en frente de ella, se paró dedicando una profunda mirada de arriba a abajo. Sin lugar a dudas, decidía si la persona que tenía en frente era verdaderamente Diara, cambiada y convertida en mujer desde la última vez que se vieron en aquella cubierta de barco, donde gritó aquellas palabras en busca de venganza que finalmente sació Tafari. Por unos instantes, temió que su padre no la conociera o la repudiara para siempre. Ashauti dibujó una delgada línea en sus ojos negros, intentando descifrar si el rostro que contemplaba era el mismo que el de aquella niña que perdió hacía tanto tiempo, casi una vida.

- Puede que tu cuerpo haya cambiado Diara, pero siguen siendo tus ojospronunció en apenas un susurro audible.

El hombre abrió entonces los brazos y por instinto Diara corrió a refugiarse en ellos, aspirando de nuevo el aroma del cuerpo que tanto tiempo llevaba sin abrazar. Sin poder evitarlo, comenzó a derramar todas las lágrimas que hasta ahora no había sacado, en un mundo donde ser fuerte había sido todo su reto, desahogándose por todo lo vivido. Entre los brazos de su padre, que la apretaba con fuerza refugiando su delgado cuerpo entre el suyo moreno, apoyando la barbilla en la cabeza de la mujer, lloró todo el dolor que sintió por la separación en aquel barco, lloró la muerte de Guillermo y de María

Valentina, a los que siempre mantendría en sus pensamientos, lloró por las muertes en aquellas cuevas cuando aquella enfermedad extraña hizo su aparición y, sobre todo, lloró la muerte de su querido Tafari, hermano y compañero de vida del que no se pudo despedir.

Umi contemplaba la escena en silencio sin comprender nada, ajeno a todo lo que su abuelo había vivido hasta su llegada al poblado indio. Pasado un rato, la pareja se separó el uno del otro y de la mano se encaminaron hacia la hoguera donde se acomodaron, seguramente para conversar largo y tendido sobre todo el tiempo que estuvieron separado. Satisfecho, el niño siguió con sus juegos dejándolos a solas. Ashauti limpió las últimas lágrimas de Diara, acariciando con cariño su rostro con el pulgar de la mano derecha, y acarició de nuevo sus cabellos, tan suaves y sedosos como recordaba.

- Por fin te he encontrado Diara, llevo tanto tiempo soñando con esto que seme hace difícil creer que no es otra imagen de mi mente, empeñada en recordarte siempre.
- Padre...- repitió en un susurro apoyando de nuevo la cabeza en su pecho Me siento tan feliz...
- Y yo mi niña blanca, y yo.
- Aunque debo recordarte que finalmente fui yo quien te encontré a ti- rieronlos dos.
- Y dime hija, ¿Cómo lo has conseguido?
- Hace tiempo que alguien me dijo que te hallabas en el norte, pero las circunstancias que acontecieron en mi vida, no me han permitido buscarte hasta ahora padre. Por lo demás fue fácil desde que salí de la hacienda de Diego. Todavía recuerdo las marcas en los árboles... - ¿Diego?- refunfuñó roncamente Ashauti.
- Sí padre, Diego, mi hermano. Hace tiempo que nos reencontramos y que me contó mi verdadera procedencia- Diara escrutó por un momento el rostro de Ashauti que no bajó la mirada- No me entienda mal, padre, jamás le reprocharía nada, y me siento muy feliz de ser fulani.
- Shaira te amaba hija ¿Qué podía hacer yo? Todo el tiempo que mamaste desus pechos repletos de leche no hizo más que hacerla pensar que eras un regalo de Gueno, de ahí tu nombre ¿Cómo podía separarla de ti cuando me

pidió que te lleváramos con nosotros? Sentía verdadero temor por que tu verdadero padre pudiera hacerte algo malo, incluso acabar con tu pequeña existencia.

- No hacen falta explicaciones padre, jamás pondría en duda su criterio. Siempre ha sido un hombre justo y bueno, y sé de sobra que tenía sus razones, y créame que a pesar de este destino cruel que nos llevó a separarnos, aquellos días juntos fueron los más felices que recuerdo- Diara hizo una pausa y sonrió a Ashauti que relajó la tensión en su rostro, sintiéndose menos culpable- Por eso hay algo que no entiendo padre ¿Por qué llevarse a los hijos de Diego?- Diara comprobó como le cambiaba el rostro y se tornaba serio- ¿Por qué matar a Isabel? Estoy convencida de que algo le tuvo que llevar a hacerlo, sólo necesito escucharlo de su boca, amado padreLa mujer cogió las manos del hombre entre las suyas.
- Eto do bae, Diara ¿Te acuerdas qué significa?- Diara permaneció callada,aunque sabía perfectamente lo que significaba, ella misma lo había usado cuando vengó la muerte de Guillermo, mojando sus dedos en la sangre caliente de aquel hombre al que sin piedad había cortado la cabeza con su espada- Isabel no era buena persona, y nos hizo mucho daño ¿Te has fijado en el niño que te ha traído hasta aquí?
- Sí, Umi es su nombre. Me ha contado que es hijo de Niara- pronunció su nombre sin poder evitar que su mirada se empañara de nuevo.
- De Niara y de Diego- Ashauti contempló el rostro de sorpresa de su hija- Tu verdadero hermano se enamoró de mi hija cuando vivíamos en su hacienda. Fueron días felices, donde nuestra mayor preocupación era dar con tu paradero. Diego amaba a Niara, aunque por este mundo donde vivimos donde un blanco no puede formar una familia con una negra, estaba casado con Isabel para guardar las apariencias. Fruto de ese gran amor que ambos se tuvieron, engendraron a Umi. El día que salí junto a tus hermanos Tanisha y Sharik a buscarte, guiados por Diego, esa arpía comenzó a envenenar a tu hermana para acabar con su vida y con la del pequeño. Afortunadamente, Manuela y el capataz la rescataron y huyeron a tiempo, dando con sus huesos en esta tribu de los apaches que tan bien se han portado con nosotros, tratándonos como miembros de la tribu. Mi pobre hija murió en el parto, pero sin embargo, el milagro de Gueno se obró y Umi crece feliz y sano.

- Y por eso te llevaste a los hijos de Diego, para castigarla- Ashauti asintió Pero no la mataste ¿Entonces, por qué regresar luego? ¿Querías que primero tuviera un largo sufrimiento?
- No fui yo quien bebió la sangre de Isabel. A mí me bastó con castigarla robando a sus hijos de su lado. Fue uno de tus hermanos quien acabó bebiendo de su sangre.

Diara permaneció en silencio mirando el infinito por unos instantes, mientras su padre aguardaba su reacción. Se acababan de reencontrar, y por nada del mundo quería que se enfadara, no ahora que eran felices de nuevo.

- Pero Diego no tuvo que ver nada en eso padre- dijo al fin- Siempre has sido un hombre justo, y ahora que Isabel cena con el demonio, y que allí se pudra, debes devolver los niños a su casa, junto a su padre.
- Siento mucho las tesituras que por mi culpa ha tenido que vivir tu hermano, hija mía. Siempre ha pagado por los pecados de otros: primero cuando te perdió a ti y luego por culpa de Isabel. En verdad creo que es justo lo que pides. Devolveré a los dos niños, pero Umi se queda conmigo. Al fin y al cabo, creo que Diego no sabe ni que existe.
- Pero lleva su sangre, y es justo que sepa de su existencia, sobre todo si amó tanto a Niara. Se lo debes al niño y a tu hija muerta, que seguirá infeliz en el país de Heli y Yoyo contemplándoles separados.
- ¡No llevaré a Umi con los blancos!- se levantó encolerizado el hombre, apretando los puños- Ni siquiera el amor que te tengo hará que cambie de opinión. Umi es sangre de mi sangre, y ahora que todos regresaremos en poco tiempo a África, será parte de los fulani.
- ¿África?- Diara se levantó acompañando a su padre sorprendida.
- Así es, zarparemos en un barco en cuanto pase la época de huracanes para regresar de nuevo a tu hogar. Prepara tus cosas, en cuanto estemos listos regresaremos a casa.
- ¡Pero no puedo irme padre!- se desesperó Diara que se vio entre dos mundos. C cogió las manos de Ashauti y ambos se sentaron de nuevo. El hombre la miraba sorprendido, esperando sus aclaraciones- Me he casado padre con un hombre maravilloso que ahora se encuentra alejado de mí por la guerra, y juntos hemos traído a este mundo una niña preciosa que se llama Mía.

A Ashauti se le humedecieron los ojos a la par que pasaba su dedo gordo por

el rostro de Diara, contemplando la felicidad en sus ojos. Le iba a costar mucho separarse de nuevo de ella, pero era ley de vida, dejarla ser feliz en su nueva vida, una vida que le había robado de pequeña y que no pensaba volver a hacer.

- Entonces puede que nuestros caminos se separen de nuevo, hija mía, pero puedo asegurarte que siempre formarás parte de mi corazón.

Ambos se abrazaron sintiendo el calor del cuerpo del otro. Eran demasiados años y querían recuperar en aquel breve instante todo el tiempo perdido. Diara se sentía feliz, feliz por el reencuentro y porque había corroborado que su padre había tenido un buen motivo para llevarse de aquella hacienda a los niños.

Con los dos niños a lomos de su yegua, tenía el tiempo justo de luz para regresar a la hacienda y devolver a los niños. Lo único que la apenaba era no haber podido abrazar a sus hermanos, que estaban en la misión de buscar a la amada de Tanisha liberándola de la esclavitud en la que vivía, algo que estaba segura que conseguiría acompañado de Sharik. Besó por última vez a su padre, con la promesa del reencuentro antes de que se marcharan para siempre a tierras lejanas de África, y con un suave trote, inició el camino de vuelta, dejando los ojos de Umi humedecidos por la marcha de su hermana Beatriz. Tan sólo una cosa le preocupaba, y no era otra que la indecisión de sus actos. Por primera vez estaba confundida. Ashauti podría llevar razón y Umi ser más feliz en África, pero Diego tenía derecho a saber que el hijo que un día creció en el vientre de Niara estaba vivo ¿Qué hacer entonces? Pero no tenía más opción que confiar en su padre, que le había jurado que en cuanto Diego se calmara, el mismo iría a la hacienda a hablar con su hermano.

72

Marco contempló la bahía desde la empalizada, oteando el horizonte sin señales de los barcos ingleses del general Campbell. Tenía que idear un plan para defenderse de los casacas rojas si quería regresar con vida a casa.

Después del huracán, la flota del almirante Bernardo de Gálvez había quedado esparcida por el océano. Algunos barcos como el suyo, habían terminado en Mobile, otros en Nueva Orleans y otros esparcidos por el golfo de México, llegando incluso a Charlestown. Otra vez las inclemencias del tiempo se cebaban con ellos, como si Dios no estuviera dispuesto a soportar más muertes. Pero el almirante era un tremendo cabezota que no iba a desistir de sus planes, ni siquiera después de acabar herido en mitad de aquel huracán y vivo gracias a que le encontrara y le sacara de debajo de aquel escritorio. Además, se añadía la coincidencia de que varios barcos ingleses habían contemplado la dispersión de las naves españolas, situación que les llevaba a que ahora el general Campbell acudiera a recuperar Mobile, consciente de que las tropas españolas estarían mermadas en número y confianza. Para colmo de males, estaba al mando después de que su padre y el almirante partieran de nuevo hacia la Habana donde Bernardo se enfrentaría a un consejo de guerra para responder por la pérdida de las vidas de todos aquellos soldados españoles que habían perecido en las profundidades del mar, junto con la inmersa fortuna hundida.

Contempló de nuevo la bahía, y giró el rostro acariciando la barba para sopesar sus posibilidades. Eran unos trescientos cincuenta hombres, número insuficiente para el desglose de tropas y barcos que los vigías informaban que venían a recuperar Mobile. Divisó de nuevo la bahía, acariciando por enésima vez su barba como siempre que una idea le barruntaba en la cabeza. Jamás había pensado verse en esas lides, pero tenía que hacer algo porque si dejaban que los ingleses llegaran a fondear en la bahía, no tardarían en darles muerte y hacerse con el control de la zona, algo que no podía permitirse si quería que Bernardo, el único capaz de hacerle regresar a casa, saliera airoso de aquel consejo de guerra y, sobre todo, regresar sano y salvo al lado de Diara, tal y como le había prometido. Como siempre, esa era la baza con la que contaba el almirante, que Marco saliera victorioso dotando a las tropas de nuevo de moral y tener algo con lo que convencer a los generales que serían implacables de salir derrotados.

Lo veía claro, la idea iba tomando forma dentro de su mente. Bajó los escalones hasta el patio, donde varios soldados se cuadraron a su paso, y a

grandes zancadas se dirigió a la cabaña donde dormía y tenía la mesa con el mapa de la zona. Nada más entrar, pidió al soldado de la puerta que le llevara un poco de café y acudió junto a la mesa contemplando el gran mapa desplegado en ella. Por un momento, y aguardando el líquido negro que le despertara los sentidos, acarició de nuevo la barba sopesando su idea. Sí, cada vez le convencía más. Era la única forma que tendrían de salir airosos de todo aquello.

El soldado entró con el líquido humeante cuyo aroma llegaba desde el exterior, y tras cuadrarse de nuevo, le tendió la taza de café al recién nombrado capitán. Con el rabllo del ojo miró el mapa cuyas figuras habían cambiado la posición sin entender nada, y antes de que se girara para volver a hacer guardia en la puerta, recibió la última orden.

- Llame a los oficiales y que acudan enseguida aquí.
- Enseguida capitán.

Se cuadró con la mano en la frente y bien estirado, y tras golpear con fuerza sus talones, partió como el rayo para avisar a los oficiales, desperdigados por todo el campamento. Marco contempló de nuevo el mapa. Si conseguía convencerles sin ser autoritario, mejor que mejor, pero de todas formas estaba al mando e iba a llevar su plan a cabo. No lo tendría fácil. Seguramente, el envidioso de Germán Crespo, nada de acuerdo con su nombramiento, le pondría más de un problema.

Los nudillos golpeando la puerta le informaron de que los oficiales habían llegado. Tras darles paso y que se cuadraran ante él, incluido el pretencioso de Germán, movió uno de sus dedos señalándoles que rodearan la mesa para que todos contemplaran el mapa. Carraspeó para aclarar su voz ronca, y decidido y sin que el pulso le temblara, se dirigió a ellos firme.

- Bien caballeros, como informados que están todos, el general Campbell llegará en breve para atacar Mobile. Saben tan bien como yo, que no llegarán refuerzos, pues nuestras tropas no llegarían a tiempo alejadas como están y que esta vez, no podemos contar con las genialidades del almirante- Marco se quedó callado un momento observando el rostro de

Germán que puso los ojos en blanco por un momento- Sargento Cibala
¿Con cuántos hombres contamos?

- Trescientos cuarenta y ocho, sin contar personal destinado en la base, indios y negros.
- ¿En total?
- Algo menos de cuatrocientos, mi capitán.
- ¿Cuántos de ellos saben usar armas?
- Seguramente la mayoría de negros e indios, capitán.
- ¿Munición Padilla?

- Para aguantar un mes a esos casacas rojas, siempre y cuando no crucen las defensas.
- ¿Y cañones Fernández?
- Cuatro en perfecto estado y dos pendientes de limpiar, capitán.
- ¿Pueden estar a punto en seis horas?
- Delo por hecho, capitán.

Marco asintió sintiendo todas las miradas de los hombres que contestaban las preguntas sin saber aún sus planes. Sentía la mirada clavada en su nuca de Guillermo Crespo.

- Sargento Crespo...- le sorprendió entonces haciendo que se cuadrara, algo que sabía que le sacaba de quicio.
- Sí capitán...- dijo en un susurro apenas audible solo para Marco, que sin embargo no quiso darle importancia porque necesitaría la ayuda del sargento.
- ¿Sería posible poner dos cañones aquí y dos aquí?- preguntó señalando en el mapa. Germán Crespo y el resto de oficiales le miraron sin descifrar los planes de Marco.
- Sería posible. Los acantilados están en pendiente, pero en la cima se tornan más planos.
- ¿Y podríamos disparar sin problemas con el retroceso?
- Tendríamos que calzar bien las ruedas, pero con buenos tacos de madera podemos lograr que esos cañones no se muevan- respondió satisfecho.
- Pero capitán, si sacamos los cañones del fuerte, nos quedaremos

indefenso dudó Fernández.

- No si limpiamos a tiempo los dos que quedan.
- ¿Y dejar indefenso el fuerte? No lo veo claro capitán- añadió Padilla.
- Esta bien, señores, tomen asiento por favor- cedió Marco dispuesto a contar por fin la estrategia

El capitán aguardó a que los hombres tomaran asiento sintiendo sus miradas fijas en él. Sabía perfectamente que ninguno creía en sus capacidades, pensando que llegaba al cargo por ser hijo de su padre y por haber salvado la vida del almirante. Pero iba a demostrarles a todos que los días de estudios valían más que la experiencia, y aunque era la primera guerra en la que participaba, siempre había sido ducho en juegos de estrategia. Tomó asiento a la cabeza, y tras carraspear de nuevo, explicó la situación a los oficiales.

- El general Campbell se aproxima a gran velocidad para recuperar Mobile con algo menos de mil soldados, once dragones, cuatrocientos indios, varios cañones y dos fragatas ¿Cuántos hombres calculan entonces?
- Unos mil trescientos- respondió Cibala.
- Exacto, mil trescientos contra apenas cuatrocientos hombres contando con indios y negros que no sabemos cuando emprenderán la huida de ponerse feo el asunto. Si permanecemos en el interior del fuerte ¿Cuánto tiempo creen ustedes que podremos resistir antes de que abran una brecha en los muros? Pero podemos igualar fuerzas colocando los cañones en los acantilados, lo suficientemente ocultos para que los vean demasiado tarde y hacerles el mayor daño que podamos antes de que logren fondear la bahía. Una vez ahí, no nos quedará más remedio que enfrentarnos cuerpo a cuerpo, pero habremos mermado considerablemente sus fuerzas, si es que el factor sorpresa no les hace huir antes. Todos sabemos que Campbell es algo cobarde. En la última ocasión cuando llegó tarde a proteger Mobile, ni siquiera se acercó a la bahía en cuanto divisó la bandera española bailar en lo alto del mástil.
- Es algo que podría funcionar...- le sorprendió Germán Crespo acariciando su perilla pelirroja- Lo malo capitán, es que si disponemos esos cañones en los acantilados, dejaremos el fuerte con menos hombres. Calculo que quedarán entre los muros de la fortaleza unos ciento noventa

hombres para combatir cuerpo a cuerpo.

- Soy consciente de ello sargento Crespo, y por eso se quedarán los mejores, con usted y conmigo al mando. Cibala irá al mando de los hombres en uno de los acantilados, y Padilla a otro, mientras Fernández permanecerá a la retaguardia disparando los dos cañones que limpiaremos desde el fuerte para darnos apoyo cuando entremos en combate cuerpo a cuerpo. Ese será el factor sorpresa, algo que Campbell no esperará jamás.
- Y que mermará considerablemente sus fuerzas, si es que no logramos anteshundir sus asquerosas fragatas. Me gusta el plan capitán, es más, creo que es la única opción que tenemos si todos queremos salir airosos de esta trampa. ¿Cibala?
- ¿Y los demás, qué opinan?
- Da igual lo que opinemos, usted está al mando, y ninguno queremos un consejo de guerra- protestó Crespo, aunque realmente la idea de Marco le convencía, pero no iba a darle el placer de que aquel estúpido joven lo supiera.
- Dejemos rencillas aparte ahora que nos jugamos todos la vida, al igual que la de nuestros soldados. Sólo quiero que todos regresemos a casa, y no busco mérito alguno.

Los oficiales se miraron entre ellos y uno a uno fueron asintiendo sin poder aportar un plan mejor. Contemplaron por un momento a Crespo, hasta que finalmente claudicó asintiendo también, consciente de que era la única alternativa para que Mobile siguiera siendo española. Ya habría tiempo de saldar deudas con aquel estúpido pretencioso que le había quitado el ascenso deseado.

- Entonces caballeros, comencemos a prepararlo todo antes de que los casacas rojas lleguen. Entre todos haremos posible que Mobile siga siendo nuestra y que podamos ver de nuevo a nuestras esposas e hijos.

Los oficiales se cuadraron de nuevo ante Marco que con un movimiento de la mano dio permiso para que salieran todos de la sala. Exhausto, se sentó de nuevo en el sillón frotando con sus dedos el comienzo de su sien, sintiendo la bajada de adrenalina ante la dura prueba. Las cartas estaban sobre la mesa, era la única oportunidad de poder derrotar a tan gran ejército. Si todo salía bien, conseguirían hundirles incluso antes de que fondearan la bahía haciendo

que se replegaran de nuevo a Pensacola, sin tener que enterrar a ninguno de sus hombres y ganando un favor que Gálvez le devolvería haciéndole regresar a casa junto a Diara, y por fin, poder conocer a su hija Mía.

AÑO 1782

Subió las escaleras despacio y con toda la dignidad que le quedaba dentro de su ser después de los seis meses de infierno que llevaba viviendo. Ni siquiera la pequeña Mía podía sacarla de la tristeza en la que comenzaba a sumirse, como un pozo negro y profundo del que no podía escapar. Sintió lástima de sí misma, avanzando lentamente escalón a escalón. Cada vez que la felicidad llamaba a su puerta, el destino se empeñaba en jugar en una espiral que la devolvía a aquel pozo húmedo y oscuro. Había sido feliz en África, junto a la familia que la adoptó pese a la voluntad de su hermano Diego. Había sido feliz con Guillermo y María Valentina, antes de que el destino se empeñara en llevárselos lejos. Había sido feliz en aquella cueva cuidando de los supervivientes bebiendo del amor infinito de Tafari. Y había sido feliz con Marco, muy feliz hasta que aquella dichosa guerra llegó para devolverle a un ser hosco y miserable, tremendamente enfadado con la vida que le había dejado en aquel artilugio consistente en una silla con ruedas.

Se tumbó sobre el lecho dejando escapar todas las lágrimas que oprimían su cansado corazón. Lo había intentado todo, ser paciente y colmar de amor a un hombre diferente al que se marchó a la batalla. De nada servían ahora sus reconocidos méritos tras la batalla de Mobile, donde su genial idea había provocado una nueva derrota de los ingleses. De nada servía que regresara a casa junto a los suyos, y conocer a la pequeña que entre ambos y en mitad de un infinito amor habían engendrado con pasión. De nada servía las largas conversaciones encerrado en aquel despacho donde sus padres intentaban que reaccionara. Y lo que más dolía, que ya nada importaba lo que le quisiera, porque había escondido el amor que algún día sintió en lo más profundo de su ser. Nada quedaba de aquel joven que la encontró inconsciente en el camino, y que salvó de una muerte segura dotándola de una vida bonita y bella, con una noche de pasión que jamás olvidaría. Marco había cambiado, no era el mismo hombre del que se había enamorado, y simplemente le quedaba llorarle como si realmente hubiera muerto en aquella maldita guerra.

Se llamó estúpida a sí misma mientras tiraba de sus cabellos sin poder controlar la ira que sentía. La carta del regreso la había llenado de alegría y esperanzas. Lo que tanto anhelaba se convertía en realidad y la vida le devolvía a Marco sano y salvo ¡Oh, Dios, que tonta había sido pensado que la vida por fin le daba calma y alegrías! Se dio cuenta de ello en cuanto le vio descender del barco, empujado por un soldado compañero de trincheras. A su lado, Don Bernardo de Gálvez disimulaba y saludaba al populacho después de su buena fortuna sin poder obviar que no era completa, al devolver a aquel muchacho tullido y en un silla de ruedas.

Corrió entonces hasta él, intentando evitar que las lágrimas le mostraran toda la decepción en la acogida. Acarició su rostro, llenándole de besos por toda la cara, y le dedicó tiernas palabras de alegría por el reencuentro. Marco no contestó, ni siquiera la miró. Simplemente movió las ruedas de aquella estúpida silla llevándosela por medio hasta el carruaje que les llevaría de vuelta a casa, y sin esperar a nadie más, dio la orden de partida abandonando a sus seres queridos en mitad de aquel puerto bajo el griterío del pueblo que festejaba la victoria de las tropas españolas.

- ¿Qué ha ocurrido Don Gálvez?- preguntó entonces Diara en un susurro, con una voz rota que se negaba a salir de su garganta sin evocar un llanto.
- Marco es un héroe, hija mía, que no se te olvide nunca. Será mejor que el mismo te cuente lo que el destino le ha deparado. Estoy seguro que ahora que está de nuevo al calor del hogar, poco a poco irá asimilando su mala fortuna.
- Por favor, Don Bernardo, preferiría escucharlo de usted mismo, por favor...

Bernardo de Gálvez contempló triste como la mirada de Diara y de la siempre bella Inés se llenaba de lágrimas. Invitó a la familia a montar en su propio carruaje, y durante el camino fue relatando la victoria conseguida gracias a Marco y el encuentro con aquel dichoso balín que impactó en su espalda sin llevarle al otro mundo. Aunque quizás, pensaba, hubiese sido mucho mejor para él partir al lado del Señor que estar en aquellas circunstancias donde jamás volvería a ser un hombre.

Diara secó sus lágrimas y se levantó quitándose aquel estúpido vestido que se puso para congratular a Marco. Era fuerte, una superviviente, y aunque estaba perdiendo al hombre que más había amado en la vida, no permitiría que la arrastrara con él, y mucho menos que hiciera infeliz a su dulce Mía, una niña ajena a todos los problemas de mayores. Se había cansado, y todo amor tenía un límite, si es que quedaba algo de aquel amor porque Marco había destruido lo que alguna vez sintiera por él. No, no iba a permitirlo. Era una fulani, y los fulani no caían doblegados ante las adversidades. Tenía que dar un ultimátum a ese despojo humano que no hacía más que compadecerse de sí mismo contemplando el paisaje desde la ventana. Si por fin recapacitaba, podrían ser de nuevo felices, aunque nunca más pudieran yacer en la cama. El amor que sentía por Marco era más fuerte, y tan solo con recuperarle de nuevo, con aquellas conversaciones, miradas y caricias que le dedicó algún día, se conformaba. Si no era así y mantenía aquella odiosa actitud...

Se puso de nuevo los pantalones con la camisa blanca anudada por encima del ombligo, y deshizo aquel dichoso recogido soltando su melena hasta rozar su cintura, ahuecando los bucles que se dibujaban en las puntas. Iba a ser de nuevo Diara, la misma que una vez recorrió la selva, había salido viva del barco que les capturaron, había vivido grandes aventuras y vicisitudes junto a Guillermo, había matado a sangre fría, vengado y bebido de la sangre del hombre que se lo arrebató antes de tiempo, había cuidado de toda la gente fiel a Guillermo y superado una terrible enfermedad que casi le cuesta la vida, había traído a este mundo al ser más maravilloso de la tierra, y había encontrado de nuevo a su padre siguiendo las señales de los árboles. No, no iba a estar amargada el resto de su vida, y Marco lo sabría ese mismo día.

Bajó las escaleras de dos en dos con pisadas fuertes y firmes. Por un instante, se cruzó con Inés que en aquellos seis meses no se despegaba del pañuelo, y contempló altanera la mirada de Miguel Antonio que le suplicaba que no entrara. De nada sirvió aquellos ojos clavados a su espalda, porque decidida se encaminó hasta el despacho posando la mano sobre la manivela sin pedir permiso para entrar. Empujó entonces la puerta comprobando que estaba cerrada a cal y canto. Llamó con los nudillos, golpeando la puerta cada vez más fuerte a la par que elevaba la voz para que Marco la abriera, dispuesta a

no marcharse de allí hasta conseguir su objetivo. Sólo el ruido del disparo la hizo estar callada. Miró para sus suegros, mientras al parpadear no pudo evitar la lágrima que corrió recorriendo su mejilla. Inés cayó desplomada en la silla, tapando su mirada con el pañuelo consciente de lo que había ocurrido, y Miguel Antonio comenzó a dar voces llamando a los esclavos y sirvientes.

Diara sintió como las piernas le flaqueaban, intentando mantenerse erguida. Con la convicción de lo que había sucedido, porque no le hacía falta abrir la puerta para tener la certeza y contemplar lo que sería una dantesca escena. Salió al jardín andando cada vez más rápido hasta que sus pies comenzaron a correr. Llegó hasta las lindes de la hacienda, intentando encontrar el consuelo bajo la sombra del manzano que fue testigo mudo del amor que sintió por Marco, y apoyó la mano en su grueso tronco recobrando la respiración, y aquel hipo se apoderó de ella, con el desazón en el alma y aquella nostalgia de ser feliz en otro tiempo. Poco a poco, fue cayendo al suelo al amparo del tronco que sujetó su cuerpo, apoyando su rostro contra la dura madera, sin importar que las astillas se clavaran en su piel blanca, y se sumió en la pena, en esa pena que sólo las personas que han amado son capaces de entender, hasta que aquella mano conocida y cálida le hizo girar el rostro, que al contemplarlo, hizo que se derrumbara del todo refugiándose en el calor de aquel cuerpo tan olvidado en el tiempo.

73

Marco se encerró en el despacho tras discutir de nuevo con Diara. Era triste, pero ya no le importaba nadie más que él mismo, sumido en aquella amargura que le hacía cambiar por dentro. Ni siquiera conocer a su pequeña hija le había devuelto las ganas de vivir, y la sed de venganza que le mantenía con vida, no era lo suficientemente fuerte como para que permaneciera en este mundo.

Con suaves movimientos y pensativo se acercó hasta la ventana para contemplar a su hija que jugaba con la esclava sentada en la hierba. Era preciosa, un dulce ángel que no se merecía que fuera su padre. Aquella

pólvora, un único disparo, había acabado con toda la felicidad que tuvo y soñó retomar algún día, y para colmo, ya no tenía ni siquiera las fuerzas necesarias para vengarse del cobarde de Germán. Cubrió su rostro con las manos, y emitió un gran grito desgarrador y lleno de dolor. Las risas de la niña que inundaban y contagiaban a toda la casa eran insuficientes para aplacar al demonio en el que se había convertido, si es que el demonio podría ocupar un cuerpo tullido e inútil que no valía ni para satisfacer las bajas pasiones de los hombres, porque ya no lo era, no lo era.

Viajó de nuevo a sus últimos días de gloria, cuando todavía caminaba erguido, con aquella buena planta que había enamorado a tantas, pero sobre todo a Diara, su dulce Diara. Avistaron los barcos ingleses al alba. Tal y como acordaron la tarde anterior, dos de los cañones estaban ocultos en la parte derecha del acantilado, fuertemente calzado con grandes zuecos de madera que impedirían el retroceso tras el primer cañonazo. Al mando, Cibala con cien de los hombres que se turnarían para ir introduciendo las balas negras por el cañón, en un intento de no parar de disparar hasta que se agotaran todas y cruzando los dedos porque hicieran blanco causando el mayor daño posible a las dos fragatas que acompañaban a los ingleses, las únicas capaces de destrozar el fuerte en cuanto contraatacaran sus dragones y cañones. Dos más situados en el flanco izquierdo, al otro lado del acantilado, mucho más rocoso y con peores vistas pero más cercano y cuyos matorrales los ocultarían. Al mando, Padilla con otros cien de los hombres. Dentro del fortín, hasta que se acabaran las balas o bien hasta que los ingleses consiguieran desembarcar en la bahía, Crespo y él mismo con el resto de ciento noventa hombres que se batirían en el cuerpo a cuerpo. En el interior tan sólo la figura de Fernández con los últimos dos cañones y los pocos hombres indios y negros restantes que les darían el fuego de cobertura, en un intento desesperado de igualar fuerzas.

Sin embargo, el plan había salido a la perfección. Nada más avistar las naves, se inició el fuego cruzado de los dos bandos. Naturalmente, sabía perfectamente que atacarían primero el flanco derecho, mucho más a la vista que el izquierdo. Dispararon primero desde ese lado, y los ingleses cayeron en la trampa girando sus naves y encañonando al acantilado donde Cibala,

tras agotar parte de la munición, al ver los cañones, ordenaba retirada. No hubo tiempo, antes de que se dieran cuenta, las rocas caían al agua llenando el lugar de gritos ensordecedores de los hombres que no tuvieron tiempo de marcharse. Sin embargo, el plan salía según lo acordado, porque mientras aquellos altaneros ingleses celebraban su pronta victoria, desde el lado izquierdo Padilla comenzaba a cargar contra ellos, con el consiguiente hundimiento de una de las fragatas que por mala suerte no fue la del general Campbell, que para no perder más efectivos en una segura victoria, ordenó que la segunda fragata fuera mar adentro, bajando él a una de las barcas que a buen ritmo con el remo de los soldados se acercaban a tierra. Aún así, Padilla tenía orden de seguir atacando a la fragata y evitar así la tentación de aproximarse a la bahía.

Llegó entonces su turno. Armados con las armas cargadas del único cartucho de pólvora que tenían, ordenó que las tropas avanzaran y dispararan justo cuando los casacas rojas se detuvieron en frente. Bajó la mano y el ruido ensordecedor llenó la arena, con gemidos de hombres heridos y otros que caían yertos manchando la playa de sangre. La primera fila dejó paso a la segunda, para sorpresa de los ingleses, que esperaban su turno para disparar sus armas en el combate que estaban acostumbrados. Pero Marco no podía permitirse seguir aquellas estúpidas reglas, y como hicieron los romanos en el pasado consiguiendo aquel inmenso imperio, la segunda fila relevó a la primera sin dar ninguna tregua, a la par que Fernández comenzaba a impartir fuego de cobertura.

Aquella estrategia no la esperaba Campbell, que maldijo para sus adentros ordenando que los hombres corrieran con las bayonetas en alto para el cuerpo a cuerpo. Y la playa se llenó de sangre, sudor y el ruido de los metales de las espadas chocando unas contra otras, sin saber qué bando contaba con más fuerza. Poco a poco, el color de las casacas rojas fue llenando la playa, y Marco supo que lo había conseguido. La corneta de los ingleses tocó retirada, montándose en aquellas barcas que les llevarían de regreso a Pensacola. Los gritos y la alegría de los españoles se escuchó por toda la arena, y con las armas en alto celebraron salir de allí con vida y sin perder Mobile.

Fue entonces cuando escuchó el silbido en el aire. Por instinto, giró su rostro para encontrarse con la sonrisa de German Crespo, que llevaba su arma al aire para disimular que había disparado, en medio de una multitud que con el jolgorio y la alegría de la victoria no se había enterado de nada. Sintió la quemazón en su espalda, y un intenso dolor recorrer su cuerpo a la par que caía desplomado en el suelo, con el único pensamiento de que jamás regresaría con Diara.

Se despertó dos semanas después en el hospital, con su espalda completamente vendada. Gracias a Dios, aquel rufián no había conseguido matarle, y su vida al lado de Diara y su pequeña aún sería posible, incluso antes de lo esperado, porque en aquellas circunstancias no viajaría a Pensacola con el almirante Gálvez. Sin embargo, pocos días duró la alegría, porque cuando intentó mover las piernas, comprobó que no podía. Era más, no sentía absolutamente nada de cintura para abajo, ni siquiera su miembro viril que no respondía ni cuando lo acariciaba, en un intento desesperado porque reaccionara. Los médicos le dieron entonces la noticia. Aquel balín se había incrustado en su espalda dañando su columna vertebral para siempre, algo que no le permitiría volver a caminar ni ser un hombre.

Y allí, en el lecho mugriento de aquel hospital, comprobando día a día como bellas enfermeras le tenían que asear moviéndole como un muñeco de trapo, fue cuando comenzó a cambiar. Se volvió hosco, huraño y amargado. Respondía a todo el mundo con feas palabras, y el muchacho que llegó a la guerra convencido de que regresaría como un héroe, se había convertido en un tullido. Tan sólo la sed de venganza le mantenía con ganas de seguir viviendo. Esas ganas de acabar algún día, no sabía cómo, con Germán Crespo. Cuando regresó a casa y vio de nuevo a Diara, supo que jamás lo conseguiría, porque ver de nuevo aquel bello rostro que tanto amaba no le hizo sino terminar de amargarse, sabiendo que jamás podría volverla amar como los hombres ¿Cuánto tiempo le amaría ella entonces? A pesar de las buenas palabras que tenía, indicándole que le amaría hasta la muerte sin importarles no tenerle nunca más dentro, que tan sólo con poder hablar, reír, y vivir a su lado le bastaba, Marco supo que no era verdad. Diara era muy joven, bella ¿Cuánto tiempo estaría feliz con un tullido? ¿Cuánto tiempo

tardaría cualquier caballero en cortejarla y amarla como él mismo había hecho? ¿Por qué llenar de vergüenza a su hija y que toda la alta aristocracia la tuviera lástima por ser la hija de un tullido? Ahora no importaba, era un héroe, pero los héroes se olvidan con cada nueva batalla, y nadie jamás querría casarse con la hija de un tullido al no ser coaccionado por una buena dote, y no quería eso para Mía.

Contempló por última vez a su hija, derrotado por las últimas lágrimas que había derramado Diara. Giró la silla y abrió el cajón de su escritorio, cargando el revolver con pólvora. Por un instante, los gritos en la puerta golpeada donde Diara le llamaba estuvieron a punto de disuadirle. Pero fueron aquellos mismos gritos, la desesperación en su voz la que le hizo coger fuerzas, seguro de que si abría la puerta y la veía de nuevo jamás podría hacerlo. Fue de nuevo hacia la ventana para contemplar de nuevo a Mía, y sin pensarlo, presionó el gatillo para un merecido descanso.

74

Escuchó el disparo y comenzó a correr con un nudo en el estómago. Hacia tiempo que vigilaba a Diara, y estaba al tanto de todo lo que acontecía en su vida. Si alguna vez creyó odiarla por dejarle abandonado a las puertas de la muerte en aquella cueva, se le había olvidado nada más verla. Por eso, todas las tardes se escondía entre los árboles y la observaba jugar con la pequeña que escuchó llorar aquel día. Era igual de bonita que su madre, que sonriente la elevaba en el aire provocando una dulce risa en la niña.

Cuando llegaron de rescatar a Noa, Ashauti le contó que Diara había estado allí. Sin saber por qué, no le había dicho que todo ese tiempo estuvo con ella, seguramente por no causar en el hombre el dolor de saber que Tafari estuvo vivo para perderle de nuevo. Diara era así, noble y buena, y él la conocía mejor que nadie, y entonces tuvo la certeza de que Diara jamás le había abandonado a su suerte.

Las dudas que algún día tuvo se acallaron cuando un día, escondido en lo alto del árbol para que no le encontrasen, agazapado igual que cuando vivía en

África y de pequeño cazaba, escuchó la historia de sus propios labios. Le contaba a una señora bella pero algo mayor, la madre de su esposo supuso él, relatos de su vida pasada mientras merendaban a la sombra del árbol en el que estuvo subido, oculto por su espesa copa plagada de hojas verdes. Diara expresaba con la voz compungida que de lo único que se arrepentía era de no haber regresado para despedirse de su hermano, y ver que su tumba estuviera en buen estado tal y como le había contado Marco. Fue entonces cuando supo que le creía muerto, que aquel joven que llegó a caballo debió de confundir la tumba de Milagros con la suya, alejándole de Diara para siempre. Aún así, algo de resquemor albergaba su alma todavía, porque si hubiera ido a despedirse enseguida hubiera sabido que seguía con vida al no hallar su colgante, algo que los fulani dejaban en sus tumbas para que todo el mundo supiera que allí yacía un guerrero. Quizás, si ella hubiera acudido en una última despedida, jamás se hubiera marchado con aquel joven que ahora castigaba Gueno manteniéndole en aquel artilugio con ruedas.

Sí, estaba convencido. Gueno le había castigado porque ante sus ojos Diara era su esposa, pues ambos se habían amado en aquel estanque bajo aquella catarata de agua fría. Los fulani no necesitaban más pruebas para ello, ni ceremonias de esas que hacían los blancos ante sus dioses. Con solo ser el uno del otro, estaban unidos para siempre. Y aunque deseaba agarrarla y llevársela sin importarle sus llantos, Ashauti le hizo ver que debía ser paciente, porque si Gueno había castigado al joven dejándole sin poder mover las piernas, era porque Diara era suya. Si la tomaba ahora por la fuerza, jamás le perdonaría, y eso era algo que Tafari no podría soportar, ver el odio en su mirada. No, tenía que ser paciente y dejar que Gueno obrase. Y al escuchar aquel disparo, supo que los acontecimientos se habían precipitado.

Llegó a la hacienda sin aliento y corrió hacia el manzano para ocultarse entre su copa. Desde lo alto, divisó a Diara que andaba con la mano en el pecho, primero despacio para acabar con una carrera desesperada. Se ocultó un poco más, dejando a su sentido auditivo descifrar lo que ocurrió, y fue cuando la sintió llorar, en un llanto lleno de un dolor que jamás sintió, ni siquiera cuando tuvo que mandar aquella flecha al corazón de su querida madre. Escuchó como se escurría derrotada hacia el suelo, y sintió un nudo en el

estómago, sintiendo la piedad en su alma, algo que no solía ocurrir a menudo. Bajó por el otro lado del árbol, rodeándolo con cuidado para no ser visto, pero Diara no vería ni a su peor enemigo, sumida en una profunda tristeza que provocaban que el vello de sus brazos se pusiera de punta. Se armó de valor y tendió su mano tocando su hombro, sintiendo el latido fuerte y rápido de su corazón latir con el contacto. La mujer giró el rostro, bello a pesar de estar lleno de lágrimas y tener sus bonitos ojos azules completamente enrojecidos, y nada más verle, y para su sorpresa, se aferró fuerte a su cuello refugiándose en su cuerpo.

El calor de su cuerpo le reconfortó de nuevo. Aspiró el aroma de su pelo, mientras lo acariciaba suavemente para darle consuelo. La apretó con fuerza, para que supiese que jamás la volvería a dejar sola, y dejó que llorara y llorara, desahogando toda la pena antes de que la consumiera. Supo entonces que Diara había amado mucho a ese hombre, un hombre cobarde que no pudo soportar la vergüenza pegándose un tiro, o al menos eso supuso. Pero no importaba, Diara era fuerte, y con su ayuda, porque estaba dispuesto a borrar de su mente al hombre, conseguiría que fuera de nuevo feliz en casa, junto a los suyos, en aquella hermosa África de donde jamás debieron salir.

Para Diego:

Me he despertado con la terrible sensación de que mi muerte está próxima, si es que se puede decir que sigo viva, y por ello, quiero expresarte en estas líneas la clase de mujer que fui y lo arrepentida que estoy por ello, pues no quiero llevar carga tan pesada cuando vaya a reunirme con nuestro Dios creador, si es que tiene a bien perdonar mis pecados. Por eso, amado Diego, te escribo estas líneas que si bien te producirán un gran dolor, tienes derecho a saber: la verdad de mis actos.

No voy a excusarme ni en mi juventud ni en que mis padres siempre me dieron todo lo que quise, pues muchas señoritas de mi condición se crían de igual forma y no se convierten en el monstruo que soy yo. Desde que tengo uso de razón, he sido caprichosa y he conseguido cuanto hombre me he propuesto, pues me tengo por muy bella y ese hecho siempre me ayudó. Aún recuerdo cuando me seguías por todos lados, quizás cuando aún me amabas, antes de que yo misma estropeará todo.

En el tiempo que nos prometieron, mi amor pertenecía a otro hombre que bien conoces. Desde que tengo uso de razón y le conocí, bebía los vientos por Lucien Bellamy. Perdóname por ello Diego, porque son amores de juventud que nada tienen que ver con la realidad. Sentirme despechada por Lucien, al que me insinué de toda forma posible otorgándote la tranquilidad de que jamás correspondió a nada, me hizo despertar la sed de venganza. Por eso, cuando el nuevo gobernador llegó a Nueva Orleans, con fama de querer acabar con cualquier revuelta, vi mi oportunidad de cobrar todos los desplantes sufridos para con mi persona, y no dudé en denunciarle con el consiguiente desenlace que ambos conocemos. He de confesarte, amado mío, que el demonio debía poseerme por entonces, porque en lugar de apiadarme de su desgracia, no pude evitar una sonrisa de triunfo cuando colgando de aquella cuerda nuestras miradas se cruzaron. Sin embargo, ahora me arrepiento, aunque no me creas.

Pero aunque ya sientas asco y tengas ganas de romper estas líneas, mis fechorías solo acaban de comenzar, querido mío. Sé que no tengo derecho a llamarte así, pero aunque tarde, te he amado como a nadie, aunque ya no pudiera borrar todo mi pasado. De poder regresar en el tiempo, créeme si te digo que hubiéramos sido los mejores amantes, viviendo felices para siempre, pero no puedo, por desgracia.

Ashauti ha venido para llevarse a nuestros hijos, castigo que en honor a la verdad me merezco por urdir un macabro plan que comenzó la noche antes de tu marcha en busca de esa tal Diara, tu hermana. Aquella noche, eché un brebaje en tu copa que te hizo perder la consciencia, para luego desnudarte y meterte en mi cama. No ocurrió nada Diego, tan solo pensabas en Niara, algo que me traspasaba el alma aunque no lo creas. Pero mis pecados tan solo comienzan. No sólo te hice creer que esa noche me amaste, algo que hubiera deseado con todas mis fuerzas, sino que la pasé con tu padre y de ahí nació Juanito. Si, Diego, a pesar de que en estos momentos se que me estás odiando, no puedo irme de este mundo sin decirte que Juan no es tu hijo, sino tu hermano. Para añadir más atrocidades a mi vida, yo misma acabé con la vida de tu padre para no dejar ninguna pista, y aunque de sobra soy consciente de que estás palabras están perforando tu alma y que sin lugar a dudas estarás lleno de ira, todavía me queda relatarte lo más doloroso.

El día de tu partida, comencé a envenenar a Niara con la comida. Los celos de que la amaras como jamás me amaste a mí me nublaron el juicio, y saber que en su vientre llevaba un hijo tuyo me hizo perder la cabeza, por poner alguna excusa. No sé si por acto divino o para que me diera cuenta de que jamás entraría en el Paraíso Eterno, Manuela se dio cuenta, y prepararon su huida. Tan solo los rastros de sangre me dieron esperanzas de que muriera, algo que no puedo cerciorarte de no ser por la visita de Ashauti, que se llevó a mis hijos en venganza de haberle quitado a su hija.

Sin embargo, y a pesar de mis pecados, creo que puedo darte algo de paz en estas líneas, y es que al igual que me dejó sin lo que más quería y que la tortura de saber si siguen con vida hace que pague todas mis faltas, también me confesó que el niño que llevaba en su vientre vivió.

Desconozco si te dará consuelo o no, pero nada más puedo hacer para intentar aliviarte la pena. Sólo me queda despedirme, despedirme y esperar que albergues el perdón en tu corazón, porque como en mi sueño, siento los pasos que se acercan para quitarme la vida, una vida que no merezco llena de secretos que de no estar a las puertas de la muerte nunca pudiera haberte confesado. Te deseo que encuentres a tu hijo desaparecido, y que puedas conseguir que nuestros hijos regresen a tu lado, un hombre ejemplar que los educará en el bien echando de su alma toda la maldad que pueda transmitirles. Y aunque te parezca egoísta, una petición tengo, y no es otra de que sigas amando a Juanito como hasta ahora, pues no olvides que a parte de ser una criatura inocente en todo esto, sigue siendo tu sangre.

Soy consciente que de mí no guardarás un buen recuerdo, y que seguramente querrás que me pudra en el infierno. Por ello, apelo a tu noble corazón para que intercedas por mí ante Dios, y me concedas el perdón que no merezco. Apíadate de mí, por favor Diego, porque estoy pagando un precio muy elevado por mis actos, separada de mis hijos. Recuerda que todo fue por amor, y me arrepiento de no haberme dado cuenta cuando tu sentías lo mismo que yo. Te deseo toda la felicidad del mundo, si es que el daño que te he causado te permite encontrar la paz algún día.

Siempre tuya, Isabel.

76

AÑO 1783

Aguardó en la escalinata de la entrada de la hacienda. De nuevo Umi se había escapado sin decir a dónde. Llegaba magullado y lleno de barro, señal de que no se había dejado atrapar fácilmente. Desde que había recuperado a su hijo, Diego sentía que le mantenía cautivo e infeliz en aquella casa, y supo que las sabias palabras de Diara eran acertadas.

Tras leer la carta de Isabel rompió el vaso de ron contra la chimenea lleno de cólera. Siempre había supuesto que fue ella quien había denunciado a Lucien,

pero leer la confirmación de su puño y letra, le causaba un dolor indescriptible en el alma. Todas aquellas confesiones...¡Qué ciego había estado! Se había dejado manejar como una marioneta movido por hilos que ella movía a su antojo, perdiendo a su amada Niara, la única mujer con la que fue realmente feliz y él mismo. Todos los seres queridos que había amado y odiado en determinados momentos, habían desaparecido por su culpa: Lucien, Niara, Ashauti, su padre... Lo que menos le importaba había sido enterarse de que Juan no era su hijo, sino su hermano, porque quería a ese niño de todas formas, y como bien decía Isabel en aquella cruel confesión, era sangre de su sangre, por lo que jamás le dejaría desamparado aunque cuando creciera le contaría la verdad: que era su hermano y no su padre omitiendo detalles.

Había pasado una semana encerrado en el despacho, sin comer ni asearse, hasta que por fin tomó una determinación. Sus hijos dormían por fin en casa traídos por la mano de su hermana, que hábilmente había convencido a Ashauti para que los regresara, pero sin embargo, se había quedado con Umi. Por un instante le dolió la traición de su hermana, que aún sabiendo que Umi estaba vivo, dejó que viviera en la ignorancia hasta encontrar la carta de Isabel, que en su confesión al menos reparaba el daño ocasionado contándole que el hijo que tanto amó hasta antes de nacer engendrado por el amor que sintió por Niara, estaba vivo.

Cogió el sombrero para guarecerse del intenso calor y sin pronunciar palabra fue hacia las cuadras donde montó en su caballo blanco, de pura sangre española e importado desde la hacienda que mantenía en tierras gaditanas, herencia de sus queridos abuelos de los que se despidió aquel día que partieron para África. Entendía a su hermana y la excusaba. Era normal que no sintiera por él la misma lealtad que por los fulani, porque aunque por sus venas corría la misma sangre, Diara se había criado como uno de ellos, a pesar de haber abandonado África a la fuerza a una edad temprana. Pero aunque la tuviera un infinito amor, no iba a permitir que Ashauti se llevara a su hijo lejos, de nuevo a África como suponía que tramaban.

Recorrió al galope el mismo camino que cuando siguió a Diara, intentando

descifrar el camino que tomó tras deshacerse de él. Siempre tenía que haber supuesto que la muchacha se daría cuenta, porque no era una señora de ciudad como las demás blancas, sino una guerrera. Llegó hasta el punto donde les despistó, y bajando de su montura, inspeccionó la zona. Aquella vez ofuscado como estaba no lo había hecho, y aunque había pasado el tiempo y mucho del rastro se hubiera perdido, Lucien le había enseñado todo lo que necesitaba en aquellos días de caza cuando perseguían a su presa.

Sonrió cuando encontró las señales en los árboles, que a número de tres, dejando dos de los troncos sin marcar, eran iguales, y se decidió a seguir las lentamente llegando hasta el río. Allí perdió de nuevo el rastro, pero era un hombre culto en artes de guerra, y la opción más lógica era que hubieran pasado el río, por lo que hizo lo mismo. Justo en la otra orilla, comenzaron las señales, hasta que tras una larga media hora, vio en el horizonte el humo de la hoguera y los picos de las tiendas indias. Aguardó oculto entre los matorrales, sin olvidarse de que era blanco y que nada más poner un pie en aquella tribu que parecía apache, no dudarían en dispararle una de sus flechas.

No supo cuanto tiempo tuvo que aguardar hasta que la figura fuerte, grande y negra, sin apreciaciones apenas del paso del tiempo, apareció en aquel campamento. Ashauti seguía igual que siempre, si bien sus cabellos se tornaban algo más grises, llevando de la mano a una niña blanca que supuso la hija de Diara. Hacía tiempo que su hermana había vuelto a vivir con los fulani llevándose a su hija con ella, sin importarle que los dos ancianos que perdieron a su hijo que no soportó estar tullido en una silla de ruedas se pegara un tiro en la cabeza. A veces, sentía que Diara tenía el mismo corazón de piedra que los fulani, y cuando le dieron la noticia, supo a ciencia cierta que jamás podría formar parte del mundo blanco, no sin Marco.

- ¡Ashauti!- gritó en alto saliendo de entre los matorrales.

Decenas de arcos se tensaron apuntando con las flechas hacia su cuerpo. Diego no iba a marcharse de allí sin Umi, y cuando aquel enorme negro le reconoció, movió una de las manos haciendo que todos bajaran el arco. Fue entonces cuando Diego dio el primer paso entrando en el poblado y mirando

para todos los lados para ver si por primera vez podía contemplar el rostro de su hijo perdido, el mismo que con tanto amor engendró en el vientre de su madre. Sin embargo, no parecía estar por allí, y aliviado en cierta medida, suspiró porque con Ashauti sólo estaba Tanisha con un bebé en los brazos.

- ¿Qué haces aquí Diego? Si no recuerdo mal, mi hija ya te llevó a los niñosdijo en tono desafiante, intuyendo el motivo de la visita.
- A todos menos a uno- contestó sin miedo.
- Umi no te pertenece, como no me pertenece a mí. Se ha criado con los apaches, y se siente uno de ellos. Tiene edad suficiente para decidir su futuro ¿No crees?
- Sólo tiene seis años.
- Suficiente para elegir su destino, como los demás guerreros apaches.
- Y dime Ashauti ¿Acaso sabe que tiene un padre blanco? ¿No crees que para elegir primero debería saber que tiene otro hogar que está deseoso de que vuelva?

El silencio se hizo cuando los cazadores regresaron. Al lado de Diara, que se quedó perpleja al ver a Diego, un niño mulato de seis años alardeaba de su presa a Tafari, que nada más ver a Diego puso todos sus músculos en tensión alertando al niño, que no dudó en tensar la cuerda de su arco mirando fijamente a su abuelo.

- Baja el arco Umi. Este hombre blanco es Diego, el hermano de Diara. Fue entonces cuando el niño elevó los hombros y bajó el arco sin hacer caso a nada más. Retomó el orgullo de su presa, y corriendo se dirigió a la tienda donde Manuela le recibió con los brazos abiertos acariciando su cabeza, y tirando de él para meterle dentro alejándole de Diego.

- No es buena idea que estés aquí Diego- susurró entonces Diara- Tienes que olvidarte de Umi.
- ¿Por qué Diara? ¿Acaso podrías tu olvidarte de Mía?- respondió abriéndolos brazos.

Tafari dio un paso al frente cuando Diego fue acercándose a su hermana. Sin embargo, Diara le calmó como ella sólo conseguía, y tomando la mano de su hermano blanco, hizo que le acompañara fuera del poblado.

Diego regresó a casa con la promesa de Diara de que le llevaría a Umi. Afortunadamente, su hermana era razonable y entendió el amor que sentía por el niño. O bien, quizás por no querer un enfrentamiento con sus seres queridos, intercedió por él. El caso es que al día siguiente Diara había aparecido en la hacienda con Umi que jamás se había acostumbrado a vivir allí, medio blanco medio negro, sin ser aceptado por ninguna de las partes de no ser porque era el hijo del amo.

Ahora que le veía llegar de nuevo magullado y lleno de barro, recordó las sabias palabras de su hermana, cuando le advirtió que Umi jamás podría vivir entre los blancos, al igual que le había pasado a ella. Ni siquiera podría vivir con los fulani. Para Umi, su familia eran Manuela y Bartolo, junto con todos esos apaches que le habían traído a la vida y que le querían sin importar el color de su piel y que no corriera por sus venas verdadera sangre india.

Suspiró mirando al pequeño Juan, que contaba ya con cinco años, y sin que el niño entendiera nada, se dirigió a él.

- Creo que tendremos que dejar que tu hermano vuele libre ¿No crees?
- No es mi hermano papá, es negro- obtuvo por respuesta contemplando como el niño se giraba y entraba en la casa.

En ese preciso momento fue consciente de que Umi sería más feliz con los apaches. Su hijo pequeño tenía razón. Umi era mulato, un color de piel que jamás le permitiría vivir como un blanco, a pesar de que su padre fuera un importante hacendado. No, la vida les separaba en ese mísero mundo controlado por el color de la piel. No había podido casarse con Niara, ni podría criar ahora a su hijo al no ser que le tratara como un esclavo, algo que no iba a hacer bajo ningún concepto. Ni siquiera sus propios hermanos, ni Juanito ni la pequeña Beatriz, le veían como sangre de su sangre, ordenándole como hacían con las personas de color de su casa. Y se sentía culpable por no haber hecho caso a Ashauti, que intentó advertirle en su día.

Umi llegó a su altura y contempló las lágrimas en su rostro, a pesar de quererlas disimular. Diego suspiró y acarició los cabellos sucios llenos de barro. El niño miró para otro lado, cruzando sus brazos mostrando todo su

enfado. Diego estiró el dedo y lo puso debajo de la barbilla, haciendo que el crío le mirase a los ojos. Suspiró de nuevo antes de hablar.

- Vamos Umi, te llevaré a casa.

Por primera vez en aquel año donde había intentado ver sonreír a su hijo con todo tipo de astucias, lo consiguió. Con aquella sonrisa, a pesar de tener el alma rota por la separación, Diego se sintió feliz de nuevo.

77

La admiró de nuevo. Desde que la viera en la misa en honor a la victoria que años atrás consiguiera Gálvez, le había intrigado sobremanera y se alegraba de haber acudido al baile con el que gentilmente Bernardo de Gálvez invitaba a todos al segundo aniversario de la victoria que le catapultó a lo más alto, siendo nombrado conde¹³ por el monarca de España. Los rumores apuntaban a que le quedaba poco en Nueva Orleans, y que pronto regresaría a España con su esposa y los tres hijos que ambos tenían.

Germán Crespo no estuvo convencido de acudir a aquella celebración, pero había merecido la pena. Desde la misa donde vio por primera vez a aquella misteriosa dama, algo se le removía por dentro y sintió que a lo mejor cupido le enviaba por fin una de sus flechas. En aquel baile, lucía muy distinta a por la mañana, más bella si cabía. La primera vez que se fijó en ella vestía un vestido recatado abotonado hasta el cuello, de color negro, y su rostro estaba oculto por la toquilla. Por un instante, sus miradas se cruzaron sintiendo ese primer palpito y el hormigueo en su estómago.

Ahora, a la luz de todas aquellas lámparas de aceite alumbrando la sala del baile, donde las piezas de Mozart deleitaban a los presentes antesala del baile de más tarde, era aún más hermosa. Lucía un atrevido vestido con escote de barco que dejaban insinuar dos turgentes pechos prietos y juntos, y tenía la cara del más hermoso de los ángeles. La buscó de nuevo con la mirada y halló sus enormes ojos azules mirándole fijamente, mientras ocultaba el resto de la expresión de su rostro tras un enorme abanico a juego con la indumentaria.

No lo pensó más, era la oportunidad que estaba buscando. Ya se había fijado en que no parecía llevar acompañante, por lo que dedujo que acababa de llegar a Nueva Orleans. Una dama tan bella, de la alta aristocracia, se hubiera cruzado con él en cualquier otro momento, y ese rostro angelical no se olvidaba fácilmente. Se atrevió a dar el primer paso directo a la mujer que comenzaba a enturbiar el entendimiento, y amablemente, se inclinó hacia delante en una reverencia cuando estuvo ante ella.

- No he podido apreciar que está usted sola en esta maravillosa fiestacomentó a la par que se levantaba estirando la mano. La mujer tendió la suya y la besó suavemente, sin querer parecer pretencioso- Germán Crespo, capitán de las tropas españolas que vencieron en Pensacola- Se enorgulleció.
- Encantada de conocerle, Don Germán ¿Le apetecería sacar a esta dama a bailar?

Germán sonrió ante la directa de la mujer que sin remilgos se había adelantado a sus pensamientos. Todo iba bien, lo sabía. Ser tan atrevida provocaba que aún le gustara más. Caminaron hasta el centro de la sala, y tras una reverencia, Germán cogió una de sus manos y con el otro brazo rodeó su cintura, sin pegarla demasiado a su cuerpo para que no se ofendiera, habría tiempo para ello.

- Aún no me ha dicho su nombre- le dijo pegando sus labios al oído de la dama que, coqueta, sonrió.
- Tiempo habrá para ello Don Germán. Por lo pronto, me divierto manteniendo el enigma.

Germán no pudo más que sonreír de nuevo. Además de bella, aquella mujer era coqueta y misteriosa. Sintió como se pegaba más a su cuerpo sintiendo la erección de su entrepierna, y se sintió feliz, bailando como si no hubiera nadie más en aquella enorme sala de la hacienda de Don Bernardo de Gálvez. Lo que se preveía una de tantas noches aburrida de no ser por los exquisitos licores, resultaba ser la mejor de las veladas.

No pudo evitar sonrojarse cuando la mujer se pegó más a él, tanto que podía sentir la turgencia de sus senos. Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo, hasta

que el dolor incomprensible que sintió le sacó del momento mágico. Por acto reflejo, sintiendo un gran escozor como si le clavaran un hierro candente, se llevó las manos al cuello que manaba la sangre espesa y cálida del interior de su cuerpo. Aquella sala comenzó a dar vueltas, y los gritos de las damas no se hicieron esperar cuando se dieron cuenta de que aquellos hermosos vestidos se teñían con salpicaduras de su sangre. La música cesó de inmediato, y se contempló así mismo cayendo de rodillas intentando sujetar la sangre que brotaba por su cuello con las dos manos. Miró fijamente a la dama, que con la daga afilada en las manos manchadas, sonreía triunfalmente.

- Mi nombre es Diara, viuda de Marco Fuertes del Pozo, capitán del tercerregimiento de la marina a las órdenes del almirante Bernardo de Gálvez, héroe de España que resistió en Mobile para dar a su almirante la mayor de las victorias, hombre que recibió un tiro en la espalda que le dejó en una silla de ruedas, motivo por el que decidió quitarse la vida. Ese tiro no fue del enemigo, sino de un codicioso y envidioso oficial. Ese oficial fue usted, Germán Crespo.

La sala permanecía en silencio escuchando a Diara, que en voz alta contaba toda la verdad. El hombre, intentando respirar boqueando como los peces cuando salen fuera del agua, la miraba fijamente con el estupor en sus ojos, consciente de que aquella noche dejaría de existir teniendo que entablar acuerdos con el demonio, porque después de lo que hizo no tendría sitio en el paraíso del Señor, por muy misericordioso que fuera.

- ¡Eto do bae!

Escuchó gritar por última vez a la mujer, a la par que observó como estiraba su dedo índice introduciéndolo en la herida quedando manchado de sangre. Después, y ante el asombro de todos, se llevó el dedo a la boca y se relamió los labios con la lengua. Germán Crespo cerró para siempre los ojos cayendo al suelo de mármol de aquella sala completamente yerto.

No supo cuantos segundos transcurrieron hasta que los soldados la detuvieron. Uno de ellos, cogiendo muy fuerte su muñeca a pesar de no poner resistencia, apretó con fuerza hasta que la daga cayó al suelo. Allí se acababan todos los planes de regresar a África que tenía Tafari, aunque nunca

los había compartido, porque sabía que su misión en este mundo era vengar la muerte y desgracia de Marco.

Con los brazos detrás en la espalda, la sacaron fuera de la hacienda fuertemente escoltada, rumbo a los calabozos donde después del juicio, sería ahorcada en mitad de la plaza.

Tafari había observado que Diara estaba muy extraña. Cada vez que le contaba los planes de formar una bonita familia en cuanto regresaran a África, desviaba su mirada. Desde entonces tenía la certeza de que algo estaba tramando. La conocía mejor que nadie, desde que eran niños, y nunca podía guardarle un secreto que no descubriera antes de tiempo. Sin embargo, esta vez no había cedido y mantenía el plan de su mente bien oculto. Por eso la había seguido sin que se diera cuenta. Aunque fuera Diara, él era el más sigiloso del mundo, acostumbrado desde bien niño a no hacer ruido para no espantar la caza. Ni siquiera ella se dio cuenta de que seguía sus pasos hasta casa de Diego, ausente de la hacienda para acudir a un evento de aquellos de blancos que no entendía.

Se cobijó de nuevo al amparo de aquel manzano compañero de intrigas, hasta que la observó salir de la hacienda vestida con ropa de blancos, un largo vestido hasta los tobillos. En la cabeza, llevaba una especie de velo que sólo había visto cuando las españolas acudían a misa ¿Iba a rendir culto al dios de los blancos? No, no lo creía, porque sabía a la perfección que Diara sólo veneraba a Gueno. Un baúl iba con ella, y en vez de acudir a la ciudad cabalgando en su yegua como tenía por costumbre, esta vez acudió en carruaje guiado por un esclavo negro.

Aún con todas las dudas que no alcanzaba a entender, siguió sus pasos corriendo como cuando estaban en África, con aquella resistencia típica de los fulani que ejercitaba constantemente. No era difícil, porque el carruaje no tenía prisa y los caballos iban al trote. Cuando llegaron a la ciudad, momentáneamente el coche de caballos se detuvo delante de una de esas casas donde los extranjeros que visitaban la zona pernoctaban. Diara aguardó en el coche hasta que regresó el esclavo, dándole una llave y sin el baúl que se había llevado.

Se quedó con la boca abierta, oculto entre las sombras, cuando comprobó que efectivamente Diara entraba en el templo de los blancos. No era posible, una explicación debía haber para todo aquello, y Tafari sintió que no era nada

bueno. Conocía muy bien a Diara y en las últimas semanas había estado demasiado callada y pensativa, algo que le llevó a tener la certeza de que algo tramaba, algo que sólo ella sabía.

Aguardó pacientemente a que terminara la misa. Diara, tras saludar a algunos presentes, en especial a un hombre estirado con bigotes anchos y sonriente, se montó de nuevo en el carruaje y fue hacia la casa de huéspedes. La espera se le hizo interminable, sintiendo a todo momento el rugido de sus tripas hambrientas. No le importó, en aquellos largos días de caza y tras todo lo que había acontecido en aquella odiosa tierra a la que fueron llevados a la fuerza, había vivido días llenos de hambre. Cuando el sol casi se ocultaba, comprobó como Diara salía de nuevo, y no pudo evitar que se le abriera la boca de par en par, intentando refrenar el impulso que le llevaba a parar todo aquello que estuviera tramando. Sin embargo, estaba paralizado. Jamás había visto a Diara tan hermosa, un regalo de Gueno que mostraba toda la belleza del País de Heli y Yoyo en ella.

Siguió de nuevo al carruaje hasta llegar a la hacienda donde vivió como esclava Noa. Apretando los puños, recordó que durante un tiempo mantuvieron a sus hermanos y a su padre como esclavos encerrados allí dentro, sirviendo a aquellos odiosos blancos que se creían con el poder en aquella tierra. La música sonó entonces y Tafari supo que Diara acudía a uno de sus bailes. Pero...¿Por qué? Que el recordara, ni siquiera el tiempo que vivió en la hacienda de su esposo muerto había acudido a ninguna celebración de blancos, ¿Por qué ahora sí? ¿Qué era lo que había cambiado para no darse cuenta? O peor aún ¿Qué planes llevaban a Diara hasta allí poniendo todo el regreso a África en peligro? No podía ser que ahora que conseguían el barco que tanto costó que les llevaría de vuelta al añorado hogar, ocurriese esto.

En decenas de ocasiones sintió tentaciones de entrar dentro y sacarla de allí aunque fuera a rastras. Pero no podía, primero porque aquella hacienda estaba repleta de soldados que portaban en aquellos trajes militares sus espadas, y aunque no era por miedo, no podía entrar por prudencia. Segundo, porque fuera lo que fuese que Diara tuviera en mente, jamás le perdonaría que lo

echara todo a perder, y si alguien conocía bien la ira de Diara era él.

Fue entonces, sumido en todas aquellas dudas cuando contempló como los soldados la sacaban aferrando fuerte sus brazos pegados a su espalda. Sintió la chispa en sus ojos, aquellos que se llenaban de ira y que todo el mundo decía que eran los del mismísimo diablo. Echó la mano a la espalda desenvainando la espada, dispuesto a matar a todo aquel que quisiera llevarse a Diara. Antes de dar el primer paso, una mano le sujetó dedicándole unas palabras.

- Aún no, Tafari. Sólo conseguirías tu muerte y Diara correría la misma suerte.

Tafari contempló el rostro serio de Diego, y aunque su instinto le impulsaba a enfrentarse a cualquiera que pusiera una mano en el cuerpo de Diara, supo que el hombre llevaba razón. Ocultos entre la maleza, contemplaron como se llevaban a Diara detenida, para darle un justo castigo por lo que fuera que hubiese hecho allí dentro, que a tenor de su boca llena de sangre y las salpicaduras de su indumentaria, era una venganza añorada.

79

Querida Diara, amor mío:

Sé que en estos momentos debes estar odiándome por el acto vil que he cometido, pero no me quedan fuerzas para seguir viviendo en el estado en el que me encuentro. No deseo que te culpes por ello, porque si algo tengo claro es que junto a ti he sido el hombre más feliz en el mundo, y que te amo como nunca he amado a nadie, aunque ahora dudes de ello.

No te juzgo por considerarme un cobarde, pero piensa que eso es para los hombres, y yo ya no lo soy. Esa bala disparada por el desgraciado de Germán Crespo, hombre envidioso, me ha convertido en un despojo humano que, aparte de impedirme caminar, me impiden realizar mis funciones de hombre. Sé que me dirás que me amas, y que eso no te importa, pero seamos

realistas querida, eso es ahora. Eres aún muy joven, y pronto te darás cuenta que un amor pleno es el que conlleva todo, y no puedo dártelo. Por eso querida, y porque ya no soy el mismo y realmente deseo mi muerte para no verme sometido a esta humillación día tras día, me despido de ti con todo el dolor de mi corazón.

Si puedo, solo pedirte dos cosas quiero: la primera, es que cuides de nuestra hija y le des todo el amor que no voy a poder entregarle. Si te parece bien, y si puedes perdonarme, dile que fallecí en la guerra como el héroe por el que todos me tienen, evitándome la vergüenza de que sepa que su padre dejó de ser hombre. La segunda, más difícil para ti, es que si algún día está en tu camino la venganza contra Germán Crespo, la hagas por mí, porque no me quedan fuerzas ni para ello. Soy consciente de lo que te pido, amor mío, pero no descansaré tranquilo hasta que sepa que ese mal nacido que me ha destrozado la felicidad a tu lado, paga por ello.

Recuerda siempre esto: eres lo mejor que me ha pasado en mi corta existencia, y aunque sea difícil para ti creerlo en estos momentos, cuando tu corazón se calme y comprenda mis actos, recuerda que te quiero.

Siempre tuyo, Marco

Diara arrugó la nota que sacó de su ropa interior y se cubrió el rostro con las manos para derramar las últimas lágrimas en su vida. Lo había arriesgado todo por cumplir aquella última voluntad de Marco, vengarse de Germán Crespo que a estas alturas estaría pudriéndose en el infierno junto con todos los enemigos. Por fin su corazón tenía paz y descanso, y aunque lo tenía roto porque jamás volvería a estar con Mía, había merecido la pena.

Llevaba tres días encerrada en aquella mazmorra. Por suerte, se había acostumbrado al olor a orín y excrementos, recordándole aquel desgraciado viaje que hicieron en barco hacía muchos años, cuando fueron sacados de la aldea a la fuerza. Tafari jamás le perdonaría que ahora que estaban a las puertas de regresar y volver a ser felices sin que nadie más pudiera quitarles esa felicidad, lo echara todo a perder, pero el amor que sintió por Marco era

más fuerte, y no tuvo más remedio que cumplir en su nombre aquella venganza que había saboreado hasta extenuarse. Sí, estaba convencida. No volvería a ver a su niña, pero se marchaba al País de Heli y Yoyo consciente de que sería la niña más feliz en este mundo protegida por Tafari y junto al resto de la tribu fulani, igual que lo fue ella en el breve tiempo que fue libre en África. A ella, tan sólo le quedaba reunirse con los suyos en las tierras prometidas, y aquello le consolaba, consciente de que vería de nuevo a su madre, a sus hermanos muertos y a Siomara. Quizás, y con un poco de suerte, el Dios de los blancos y Gueno eran la misma persona y también podría reunirse con Guillermo, María Valentina y Marco. Sí, estaba segura que tras su muerte sería feliz contemplando a su hija crecer feliz en la tierra junto a Marco.

El carcelero entró con una visita para ella inesperada. Aquel hombre se tapaba las fosas nasales con el pañuelo. Aguardó paciente a que abrieran su celda, y tras echar una hosca mirada al lugar, se dirigió al carcelero.

- Realmente tienen que mantenerla aquí hasta la ejecución.
- Lo siento Don Bernardo, son órdenes del general. Recuerde usted que estamujer asesinó a sangre fría al capitán.

Bernardo movió la mano para indicar al hombre que se marchara, y tras contemplar a Diara y exhalar un suspiro, se sentó en el mugriento camastro intentando no vomitar con aquellos olores. Acostumbró un poco su olfato, quitándose el pañuelo, y cuando lo consiguió dio unas palmadas para que la mujer se sentara a su lado.

- Lo siento mucho Diara, no he podido hacer nada para que te indulten lapena de muerte- se lamentó.
- Sabía lo que me pasaría con mi acto, no se preocupe por mí Don Bernardole consoló posando la mano en su rodilla.
- Sabes hija, le debo mucho a Marco, entre otras cosas mi vida. Sin embargo,ahora que me necesita, nada puedo hacer por ti a pesar de toda la grandeza de mi nombre.
- Don Bernardo, maté a sangre fría a un capitán del ejército del rey españolle consoló de nuevo Diara.

- Un traidor que jamás dio la cara. Si hubiera sabido antes que él disparó a Marco a traición y a sangre fría...
- Nada podemos hacer ahora. Sin embargo, si hay algo que quiero que me prometa.
- Dime querida.
- Quiero que me asegure que mi familia fulani podrá embarcar en el puerto sin problemas, y que nadie dirá nada porque se llevan a una niña blanca, mi hija. Es mi voluntad que todos regresen sanos y salvos a Senegal, en mi querida África, y solo usted puede lograr que el viaje no se tuerza y vuelvan a caer en las redes de los esclavistas.
- Te doy mi palabra de honor querida- Alzó la mano en el aire para después acariciar el rostro de Diara y darle un beso en la frente.

Diara se quedó algo más tranquila, contemplando sin levantarse como Don Bernardo se marchaba de allí para siempre. A través de la dura y húmeda piedra escuchó el tablón del entarimado abrirse. La próxima vez que lo hiciera, ella pendería de la soga.

Diego no pudo estarse quieto paseando de un lado para otro en aquel balcón de lujo que jamás quiso tener. No podía dejar de mirar aquel entarimado, con la trampilla en el medio que se abriría para dejar caer el peso muerto de su hermana. Atado a la columna vertical, la viga que sujetaba la sogá que acababa en el nudo que abrazaría y apretaría el cuello de su hermana. No pudo evitar regresar al pasado, a aquel día donde acompañado su querido Lucien corría la misma suerte por la acusación de Isabel, a la que todavía no conseguía perdonar a pesar de las súplicas de su carta. Todo se había cerrado con ella, incluso su muerte, porque con el tiempo supo que fue Tafari quien obtuvo la venganza por la muerte de su hermana Niara, y tras leer aquellas líneas, no podía culparle porque hubiera hecho exactamente lo mismo.

¿Tafari? ¿Dónde demonios estaba, él y el resto de fulanis! Desde que le había parado en aquel intento suicida de acudir en ayuda de Diara, sólo una cosa le había jurado, y era que no dejaría que mataran a su hermana. Sin embargo, por más que se empeñaba en buscar entre los rostros de la multitud que se congregaba en la plaza, no los hallaba por ningún lado, y el tiempo, desafortunadamente, se agotaba. Ni siquiera Don Bernardo de Gálvez, con todos los títulos y riqueza que poseía, había podido evitar el fatal desenlace.

Pensó entonces en Diara, en su querida hermana. No le cabía en la cabeza cómo pudo cometer tal atrocidad delante de toda la alta aristocracia de Nueva Orleans, sin importarle las consecuencias. Por fin se daba cuenta de que la hermana que durante años estuvo buscando vivía solo en su imaginación, y que aquella pequeña niña que mamaba del pecho de una negra africana, había muerto el día en el que se la llevaron, dejando paso a una niña blanca pero fulani en toda regla. Quizás, haber mamado de su leche había provocado que fuera como ellos, acatando sus mismas leyes a pesar de ser separada a una edad temprana. Y sin embargo, la admiraba por tener las agallas de vengar a su amado, y no vivir en aquella utopía en la que el mismo había estado dejándose engañar por Isabel, sin querer escuchar lo que su corazón le gritaba a voces.

Los tambores resonaron anunciando que el final se acercaba. Una gran exclamación se produjo entre la gente cuando Diara enfiló hacia su cruel destino. Sin duda, le habían permitido su última voluntad, esa que no se niega a ningún condenado. Con un trozo de tela que tapaba su virtud, los collares adornando su pecho desnudo, el pelo trenzado y la cara con las pinturas de guerra, completamente descalzo, iba a morir como una auténtica guerrera, con la cabeza bien alta desafiando a todos mientras caminaba hacia su muerte sin mostrar un atisbo de miedo. Diego se aferró a la barandilla, deseando saltar para liberarla, consciente de que no podía, mientras su corazón latía con fuerza, escuchándose incluso más que los tambores.

Como si el tiempo no pasara, escuchó el suave rumor del alguacil pronunciar los delitos y la sentencia, con el corazón en la boca cuando pasaban la cuerda alrededor de su cuello. Fue entonces cuando Diara le buscó con la mirada, consciente de que estaría viendo su muerte. Por un instante, aquella mirada de hermanos dijo todo, y Diego supo que siempre guardaría un rincón de su corazón lleno de amor para aquella niña que durante breve tiempo fue todo su mundo, haciéndole no ser débil y sumirse en la tristeza tras la muerte de su madre ¡Oh, madre!- pensaba- ¡Si la vieras ahora, que orgullosa te sentirías! Y era así porque en mitad de la pena Diego no podía evitar sentir un gran orgullo por ella.

Los tambores resonaron por última vez anunciando que el final se acercaba, y no pudo evitar cerrar los ojos escuchando el crujir de la trampilla de madera al abrirse. Por un instante, aunque no mirara y con la imagen en el recuerdo de Lucien, se imaginó el cuerpo tambaleante en el aire de Diara, que seguramente se agitaba intentando que sus pulmones cogieran el aire que la faltaba. Sin embargo, fue el clamor y los gritos de los guardias quienes le hicieron abrir los ojos. Diara luchaba con las manos atadas y se marchaba.

81

Diara aspiró el olor característico de su amada tierra. Era cierto que habían pasado muchos años, casi una vida entera, pero aquel olor lo reconocería hasta en el fin del mundo. Con cuidado, quitó el brazo de Tafari que dormía

con Mía, y a pesar de sus protestas, cogió a la niña en brazos subiendo a cubierta.

El sol las recibió con aquellos colores dorados que anunciaban el amanecer de un nuevo día que sería el primero feliz en mucho tiempo. Anduvo con su hija en los brazos, que frotaba sus ojos para desperezarse del plácido sueño del que su madre la había sacado, hasta la proa del barco, y desde la barandilla contempló su bella África.

- Mira Mía, llegamos a casa- susurró con cariño a la pequeña, que no entendía nada.

Contemplando la tierra en el horizonte, recordó sus últimos momentos en América, cuando creyó que el final se acercaba. Sin embargo, Tafari había estado allí para salvarla, como aquel día que se despertó en mitad de la noche y al no hallarle, salió en su busca cruzando la selva donde aquella pantera quiso comerla. Tafari, su buen Tafari y a la vez tan temido. Le amaba, le amaba mucho, y sería feliz a su lado. Siempre le había amado, aunque fuera de una forma distinta a como amó a Marco, que tan sólo pervivía en su recuerdo. Marco fue un amor puro, tranquilo, pausado, con aquella flecha que el Dios Cupido de los romanos blancos manda de vez en cuando. Pero Tafari era un amor en el tiempo, primero como los hermanos que no eran y luego como un hombre y una mujer envueltos en una pasión constante, amparados en el cariño y la confianza que solo el tiempo otorga. Sí, lo habían conseguido, llegar sanos y salvos a África para retomar su vida donde la dejaron, y a pesar de los ausentes que ahora les contemplarían felices en el País de Heli y Yoyo.

Por un instante creyó que jamás regresaría cuando se vio en aquella tarima.

Aquellos guardas habían mudado su rostro al desconcierto cuando pidió su última voluntad, vestir como la guerrera que era. Levantó bien la cabeza a pesar de sentir el temblor de sus piernas mientras caminaba hacia lo inevitable, y el único consuelo que tuvo, fue cruzarse con la mirada de Diego, al que jamás olvidaría. Sintió la desesperanza y el miedo cuando la sog

apretó su cuello, oprimiéndola incluso antes de que abrieran aquella trampilla, donde quedó con el cuerpo colgando intentando luchar por respirar durante unos instantes. Pero la flecha de Tafari voló por el cielo con esa puntería que tanto le caracterizaba para romper la soga y que su cuerpo cayera al suelo, permitiéndola retomar el aire que le faltaba a sus pulmones. El verdugo encapuchado, era su padre, que rápidamente rompió las cuerdas que ataban sus manos y le tendió la espada, saliendo de allí sin mirar a los hombres que se cruzaban en su camino para intentar pararla y sin pensar que allí mismo les quitaba la vida. Fuera de la plaza, Sharik aguardaba con los caballos preparados, que al sentir el talón de sus jinetes corrieron como el viento hasta el puerto.

No pudo evitar que la sonrisa se dibujara en la cara cuando divisó la figura del barco, con todos los demás esperando en cubierta. Subieron aquella rampa sin mirar atrás, conscientes de que los soldados pisaban sus talones, y justo cuando creyeron que les cogerían, apareció Bernardo de Gálvez para cumplir su juramento. Y así, desde la cubierta del barco, sin tiempo para despedirse de su hermano excepto por esa mirada que se dedicaron, fueron dejando atrás las costas de Nueva Orleans con tan solo una pena, que Umi no estaba entre ellos.

- ¿Estás bien padre?- preguntó entonces Diara cuando vio que su mirada seempañaba.

- Umi será feliz con los apaches- respondió sin más para marcharse al camarote, seguramente a derramar toda la nostalgia de perder a su nieto.

Sintió el abrazo cálido de Tafari que rodeó su cintura. Le dio un beso en los cabellos y acarició el rostro de Mía. Se le veía feliz, contemplando las costas de su amada África. Lentamente, con aquel ardor que provocaba en Diara, se acercó a su oreja, y amorosamente le lanzó su susurro.

- Ahora, mi amor, seremos felices para siempre.

FIN

PRÓLOGO

Anna cuidaba de su huerta tranquilamente, asombrada porque aquel invento que se le ocurrió, cubriendo las plantas de camomila con aquellas telas para protegerlas del duro invierno, habían funcionado. Hacía tiempo que vivía en Kiev junto a Nicolai, después de ser repudiada por su padre al que se enfrentó delante de todos sus oficiales. Jamás le perdonarían sus actos, pero aunque en ocasiones les extrañaba, era realmente feliz en aquella casa.

Acarició su enorme barriga sintiendo una punzada que supuso cansancio, a la par que terminaba de regar las plantas. Nicolai estaba en una de esas misiones secretas que jamás le contaba para no comprometerla, perteneciendo al bando rebelde que luchaba contra su propia gente, aquellos rusos que querían poseer Kiev a toda costa, sometiendo a sus habitantes. A veces, se avergonzaba de ser rusa.

El dolor fue haciéndose más fuerte y pronto comprendió que la criatura que llevaba en su vientre decidía salir de él sin previo aviso. Descubrió que su frente se empapaba en sudor a pesar del gélido tiempo, y cruzó los dedos para tener el tiempo suficiente de regresar a casa. Entre dolor y dolor, intento pedir auxilio, sin tener la fortuna de que algún buen vecino la escuchara.

Sentía que jamás llegaría hasta la casita de madera donde habitaba felizmente junto a Nicolai. Cada pocos minutos, tenía que detenerse a respirar fuerte para recobrar el aliento y que el dolor disminuyera.

- Por favor, espera un poco cariño- susurró acariciándose el vientre.

Pero aquella criatura no iba a esperar. Estaba decidida a salir cuanto antes a enfrentarse al mundo. Y, a duras penas, llegó hasta la puerta de la casa para subir aquellas escaleras que la llevaban hasta el dormitorio que compartía con el amor de su vida en aquel altillo.

Volvió a gritar desesperada, y se tumbó en la cama cogiendo todo el aire que sus pulmones le permitían. No iba a llegar nadie en su ayuda, estaba segura.

Tendría que hacerlo sola pero ¿Cómo, si era su primer hijo?

Estar echada sobre la cama complicaba las cosas, porque según apretaba con fuerzas para que saliera la cabeza, retrocedía al instante regresando a su vientre. Se levantó con dificultad para ponerse de pie, acuclillándose un poco, pero pronto comprobó que perdía las fuerzas. Con paso lento, llena de temor por si le pasaba algo malo a la criatura, acercó una silla en la que apoyó sus manos a la par que se acuclillaba de nuevo y daba el último empujón, soltando la silla en el momento que vio la cabeza de la criatura. Agarrándola con las manos temblorosas de emoción y miedo mezclados, tiró suave de ella y sintió como se deslizaba entre sus piernas.

Aquel diminuto ser lloraba a pulmón abierto nada más sentirse fuera del cuerpo de su madre, al que todavía estaba unido por el cordón umbilical. Anna no pudo evitar sonreír al comprobar que era una niña que con su llanto venía para comerse el mundo. Sí, aquella niña, sería alguien especial, una luchadora que desde el nacimiento mostraba una gran personalidad. Con la niña en brazos, se arrimó a la cama y cogió la toquilla, envolviendo su diminuto cuerpo para que no tuviera frío, y agotada como estaba tras el esfuerzo, se tumbó en el lecho luchando por no dormirse.

Fue entonces cuando sintió el crujir de la madera de la puerta. A los pocos instantes, el rostro de Nicolai asomaba por el hueco de la escalera completamente pálido. Tembloroso, se acercó hasta el lecho sentándose a un lado, y con ternura acarició el pelo mojado de Anna.

- Nicolai, te presento a tu hija Katrina.

El hombre cogió al bebé que seguía unido por el cordón umbilical a su madre con manos temblorosas. Cuando la tuvo en brazos, se enamoró de ella y entonces supo que sería lo que más querría en la vida, sin saber que estaba muy equivocado porque otra persona aparecería en su vida. Con sumo cuidado, cortó el cordón que la unía a su madre para envolverla otra vez en aquella manta que durante tantos meses había bordado su madre y que llevaba su nombre.

- Te querré toda mi vida, Katrina- y besó su frente.
Así nació Katrina, una mujer luchadora que defenderá los derechos de las mujeres trabajadoras, a la par que intentará ser feliz con el amor de su vida.
Sigue su historia en “ Pan y Rosas para Katrina”.

- 1 Llamada Guerra de los Siete años. Se llevó a cabo entre los años 1756 y 1763. Fue un conflicto bélico que enfrentó a Gran Bretaña y Prusia contra Francia, Austria, Rusia y posteriormente, España.
- 2 también llamados fula, peul o fulbe. Actualmente son el pueblo nómada más grande del mundo y los primeros que abrazaron el Islam. Su economía es nómada y pastoril.
- 3 Es el equivalente al paraíso en el Cristianismo. Lugar creado por Gueno, su Dios, los habitantes de el País de Heli y Yoyo se volvieron mezquinos, lo que llevó a Gueno a crear a Njeddo Dewal, madre de todas las calamidades y equivalente al diablo para castigarles.
- 4 O prueba de palos. Dos jóvenes se apalean por turnos por el amor de una mujer. El vencedor será el esposo. Sale victorioso el que más aguante tenga, y deben de hacer gestos de no importarles recibir los golpes del rival.
- 5 Descendientes de los antiguos aristócratas del clan Usman Dan Fodio. Son de mentalidad conservadora y llegan a los rituales de diversas partes de África donde se han asentado amasando grandes fortunas.
- 6 Circuncisión del pene en el chico, mutilación del clítoris en la chica. Duran alrededor de un mes y se llevan a cabo entre los 7 y 14 años porque los fulani dividen las fases de sus vidas de 7 en 7
- 7 1716-1795. Fue un naturalista, militar y escritor español. Tras otros muchos destinos, fue gobernador de Luisiana desde marzo de 1766 hasta 1768, expulsado por los colonos franceses que no aceptaron el dominio español y la restricción del comercio. Todo lo demás está adaptado a conveniencia del autor para la historia del libro.
- 8 Oración inventada por la autora, no es fulani
- 9 El cimarrón Guillermo Ribas fue uno de los primeros revolucionarios negros que hizo huir a los terratenientes de los Valles del Tuy desde 1768 hasta 1771 cuando murió. Liberó numerosos esclavos y los terratenientes temblaban de miedo solo con que los negros de sus haciendas mentaran su nombre.
- 10 Es un libro sobre tácticas de guerra y estrategias militares, escrito por Sun Tzu, un famoso estratega militar chino. Se cree que fue escrito en el S.IV a.C. Se dio a conocer en Europa a finales del S. XVIII.
- 11 Fue un militar y político español gobernador de la Luisiana desde el año 1777 hasta 1785. Participó en la guerra de independencia de Estados Unidos y recuperó la Florida para la corona española
- 12 Tanto Diego Navarro como el comandante General Navia son personajes históricos que autorizaron a Bernardo de Gálvez proporcionándole tropas para asediar Pensacola.
- 13 En realidad Bernardo de Gálvez fue nombrado conde en 1784, año en el que regresó a la Península Ibérica. Se ha adelantado la fecha por conveniencia del relato.